

C.J. CHERRYH



**LA VENGANZA
DE CHANUR**

SAGA DE CHANUR/3



Lectulandia

Una peligrosa partida de rescate para liberar a Hilfy y al humano Tully de las garras de los kif se convierte en un atrevido juego de política interestelar, en el que los aliados de hoy pueden convertirse en enemigos de mañana. La lucha entre facciones de las diversas razas del Pacto y el peligro de la imprevisible intervención de los knnn y los tc'a, los misteriosos respiradores de metano, son los elementos centrales de esta nueva novela de la saga de Chanur.

Tras los éxitos de *El Orgullo de Chanur* y *La aventura de Chanur*, Cherryh plantea aquí en toda su complejidad y profundidad la problemática central de una serie que se configura ya como el modelo más acabado de la nueva *space opera*, capaz de altas cotas de aventura y acción y también de complejas intrigas políticas de gran alcance.

Lectulandia

C. J. Cherryh

La venganza de Chanur

Saga de Chanur 3

ePub r1.0

sentinel 23.04.14

Título original: *The Kif Strike Back*

C. J. Cherryh, 1985

Traducción: Albert Solé

Diseño de portada: LA MANUFACTURA / Arte + Diseño

Editor digital: sentinel

Portadilla: GONZALEZ

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



Presentación

Uno de los subgéneros más habituales en el seno de la ciencia ficción es la narración de ámbito interestelar, repleta de acción y aventuras, que posiblemente fue el esquema más utilizado en las narraciones de los años veinte y treinta. Sus características hicieron que en 1941 Wilson Tucker propusiera el término space opera (ópera espacial) para identificar esas narraciones de cariz aventurero que transcurrían en torno al viaje interestelar. El nombre deriva, con clara intención peyorativa, de las soap opera (literalmente «óperas de jabón») que era la denominación popular de los seriales radiofónicos de la época patrocinados por marcas de detergentes.

El término fue acuñado en tono crítico para destacar la ingenuidad literaria y el carácter de cliché de ciertas narraciones de la primera época de la ciencia ficción. Tiene su equivalente en la ya muy tradicional novela de aventuras del oeste (la horse opera u «ópera de caballos») en la que se ha substituido el caballo por la nave espacial, el revólver por la pistola de rayos y las anchas llanuras del oeste norteamericano por el espacio interestelar sin fin.

Aunque el término space opera mantiene todavía, para algunos, muchas de las características peyorativas que tuvo en los años cuarenta y cincuenta, se utiliza más recientemente con un cierto grado de nostalgia y sirve para identificar cualquier narración de aventuras espaciales, en particular aquéllas en las que la acción tiene un papel preponderante e incluso definitivo.

Puede decirse que, con estos elementos, la space opera ha sido uno de los subgéneros de la ciencia ficción que más ha resistido al cambio y a la modernización. Sus tramas argumentales han pecado demasiadas veces de esquematismo, los personajes no tenían prácticamente ninguna profundidad psicológica y las narraciones rezumaban un etnocentrismo excesivo. El protagonista solía ser un joven aventurero terrestre, rubio y apuesto, tal y como ha popularizado el Han Solo de la saga cinematográfica de La Guerra de las Galaxias de George Lucas.

Ha habido que esperar a los años ochenta para que la space opera, uno de los subgéneros más entrañables de la ciencia ficción, alcanzara la madurez. Y ello ha sido posible gracias a una obra que marca un punto a partir del cual perdura la acción y la aventura pero más allá del limitado esquema del etnocentrismo machista que había sido su elemento central hasta ahora. Se trata, evidentemente, de EL ORGULLO DE CHANUR (1982) de C. J. Cherryh, que ha resultado ser el inicio de una saga de aventuras galácticas no protagonizadas por varones humanos y que se desarrolla en el seno de un inestable Pacto entre varias de las especies más sorprendentes que ha creado la ciencia ficción.

Ha sido precisamente el gran éxito de EL ORGULLO DE CHANUR en Estados Unidos lo que ha llevado a su autora a seguir desarrollando las grandes posibilidades abiertas en el universo del Pacto. Nos encontramos, en este caso, con una nueva space opera en la que se realizan dos modificaciones muy importantes y fundamentales para la madurez del subgénero. Por una parte Cherryh huye del etnocentrismo habitual presentando la aventura y la acción desde la óptica de los hani, una raza de leones de forma humanoide, y, al mismo tiempo, abandona el punto de vista de los personajes de sexo masculino para centrar el relato en las peripecias de una capitana hani. Y, además, entre los hani se da también una intencionada inversión del papel de los sexos respecto de lo que ha sido habitual entre los humanos.

Y junto a ello, la saga de Chanur nos ofrece también aventura y acción como corresponde a la space opera y también ese inestimable e imprescindible «sentido de la maravilla» que se traduce en las diversas especies que componen el Pacto y, sobre todo, en sus complejas interrelaciones político-comerciales que superan en mucho la simple trama habitual en la clásica space opera.

Todo ello es mucho más visible en las tres últimas novelas de la saga: LA AVENTURA DE CHANUR, LA VENGANZA DE CHANUR y EL REGRESO DE CHANUR. En realidad EL ORGULLO DE CHANUR es una novela aislada que no pretendía ser el inicio de una serie y cuyo éxito propició la aparición de la saga. Por un acuerdo con su editor norteamericano, Cherryh (tal y como cuenta en una «Nota de la autora» que se incluye al final de este tercer volumen de la serie) ha escrito como continuación un largo relato de más de un millar de páginas que se ha editado, también en Norteamérica, en tres volúmenes. Pero lejos de forzar artificialmente conclusiones parciales a cada uno de los tres libros, la autora se ha decidido por mantener su unidad. Se respeta en cierta forma el esquema tradicional de planteamiento, nudo y desenlace que corresponden respectivamente a cada una de las tres últimas novelas de la serie.

La presente novela se anunciaba en la edición norteamericana como «LA VENGANZA DE CHANUR» pero finalmente, al editarse en los Estados Unidos, recibió el casi ridículo título de Los Kif contraatacan, que procede evidentemente del mimetismo, buscado por los editores, con la famosa saga cinematográfica de La Guerra de las Galaxias de George Lucas. Después de consultar a la autora hemos decidido seguir su consejo y devolver al libro el título original por ella deseado. Así se unifican en cierta forma los títulos de las cuatro novelas de la saga de Chanur.

LA VENGANZA DE CHANUR es una continuación inmediata de los hechos narrados en LA AVENTURA DE CHANUR que quedó claramente inconclusa. Aunque no sea el proceder más recomendable, los lectores que se incorporen ahora a la narración de las hazañas de la capitana hani Pyanfar Chanur disponen al

principio de este libro de una breve sinopsis argumental de lo ocurrido hasta ahora. Aunque mi consejo es, como es lógico, la lectura secuencial de la serie.

Conviene tal vez recordar que al final del anterior volumen, LA AVENTURA DE CHANUR, se puede encontrar un apéndice que resume las características centrales del Pacto y las especies que lo forman. Aunque, como mostrará claramente LA VENGANZA DE CHANUR, tal vez en ese apéndice hay algunas simplificaciones excesivas sobre todo en lo que hace referencia a ese intento de considerar como un bloque a cada una de las especies que forman el Pacto.

Es precisamente la existencia de posibles facciones dentro de cada una de las especies y los inevitables enfrentamientos entre ellas lo que otorga toda su complejidad a la trama del presente libro. En él se mantiene el interés por la aventura y un alto ritmo narrativo en la descripción de las acciones. Pero lo sorprendente es la complejidad de la trama político-comercial subyacente y el impreciso carácter de las alianzas que se forman.

Sobre este punto, Faren Miller, en su comentario en el famoso fanzine Locus ha dicho de esta novela que:

«Sólo C. J. Cherryh puede escribir una space opera de gran suspense e incorporar en ella maniobras políticas de tal complejidad que John le Carre tendría dificultades para seguirlas».

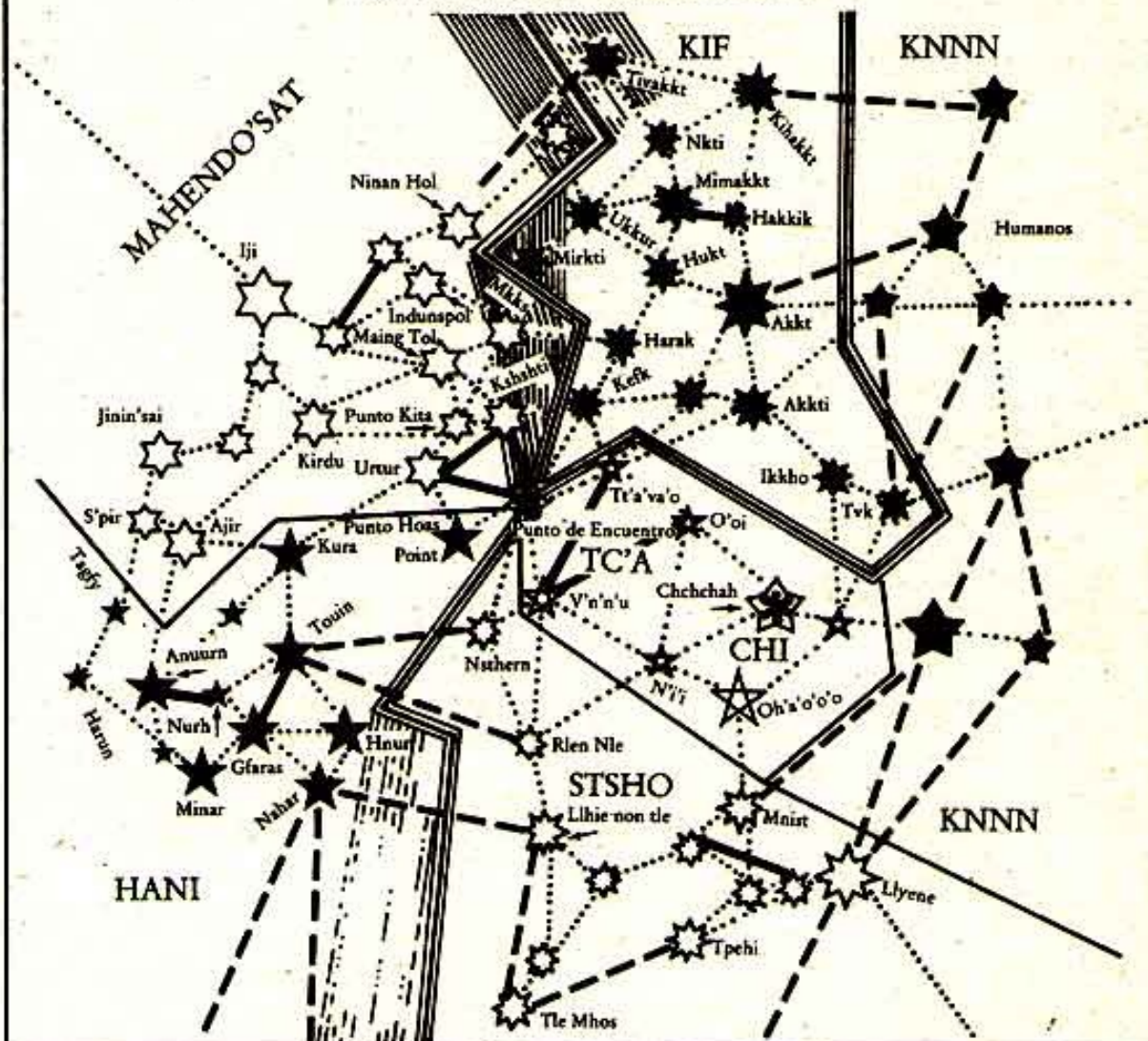
Y ésa es en realidad la impresión que produce LA VENGANZA DE CHANUR: una continua acción y aventura salpicada por la incertidumbre de no saber de qué lado se encuentra cada uno de los personajes centrales, a excepción de la propia Pyanfar Chanur y, tal vez, su compleja tripulación formada por experimentadas navegantes hani, un macho hani, un humano e, incorporado en este volumen, incluso un kif.

Y debo advertir que, en mi opinión personal, la serie de Chanur adquiere en este libro un alto grado de interés que no es ajeno a la clara incertidumbre por el devenir de las frágiles y dudosas alianzas que empezamos a vislumbrar. Pero el elemento más atractivo sigue siendo la continua tensión narrativa y la encadenación de los momentos de crisis. La ágil prosa de Cherryh logra aquí ese tópico tantas veces citado de un libro que es difícil abandonar hasta llegar a su conclusión.




Y esa conclusión se encuentra de forma parcial al final de este volumen, aunque culmina de forma definitiva en el cuarto y último volumen de la serie: EL REGRESO DE CHANUR, en el que se explican todos los misterios y se resuelven todas las tramas en un gran fin de fiesta todavía más sorprendente que lo mucho que ofrece el libro que el lector tiene en las manos. Pero ésa es otra historia...

MAPA ESPACIAL DEL PACTO

Profundidad de campo — más/menos 40 años luz






SÍMBOLOS

-  — Estrella central de un sistema
-  — Estrella y/o estación de importancia
-  — Punto de salto y/o estación comercial de poca importancia

FRONTERAS

-  — Pacificas
-  — Prohibidas
-  — Disputadas

RUTAS

-  — Rutas posibles sólo para naves knnn
-  — Rutas posibles sólo para naves de poca masa
-  — Rutas posibles sólo para naves que lleven masa

NOTA: Algunas veces las estrellas aparecen unas al lado de otras cuando en realidad la profundidad del campo representado en el mapa debería situarlas bastante alejadas. Las rutas de navegación han sido planeadas tanto para «subir» y «bajar» como para el desplazamiento lateral.

En nuestro último episodio ^[1] ...

Un príncipe kif llamado Akkukkak consiguió apoderarse de un botín que le proporcionaba una oportunidad sin precedentes: una nave alienígena y su tripulación cayeron en sus manos, abriendo con ello nuevos terrenos de caza para los kif y una nueva especie sobre la cual cebarse. Lo único que debía hacer era descubrir de dónde venía la nave y lo poderosos que podían ser esos alienígenas.

Pero el último alienígena sobreviviente se le escapó en los muelles de Punto de Encuentro y se refugió en la nave hani *El Orgullo de Chanur*.

Y así fue como Pyanfar Chanur conoció a Tully, el humano; y como el antiguo clan de Chanur acabó metido en una pelea intestina hani que en otras circunstancias habría evitado.

Akkukkak acabó con todo ello mediante un combate encarnizado que le permitió ocupar la Estación de Gaohn, situada en el sistema natal de la especie hani. El clan de Chanur se unió a un par de capitanes mahendo'sat llamados Dientes-de-oro y Jik para derrotar a los kif.

Akkukkak pereció en esa batalla... o, como mínimo, se vio obligado a desaparecer del mapa en compañía de una especie llamada knnn, seres respiradores de metano con una mentalidad más bien extraña.

Tully volvió al espacio humano. Pyanfar Chanur pensó que con eso conseguiría un buen negocio. Calculó que tenían por delante una nueva era de prosperidad hani, con el clan Chanur enriqueciéndose cada vez más.

Pero no tardó en ser doblemente traicionada. Primero por los stsho; propietarios de Punto de Encuentro, quienes le prohibieron el acceso a tan importante estación comercial, impidiéndole así el acceso a la humanidad. Después por sus compañeros mahendo'sat, que partieron para hacer un trato particular con los humanos. Finalmente, fue su propia especie quien la traicionó, pues bastantes clanes hani veían en el clan Chanur una amenaza para su propio poder y apoyaban cualquier acción que pudiera empobrecerlo.

Para las hani, Pyanfar Chanur había cometido un acto abominable al haber llevado alienígenas a Gaohn: la especie hani había llegado al espacio gracias a los mahendo'sat y esa deuda siempre la había molestado. A pesar de que los mahendo'sat habían procurado no influir directamente en Anuurn, el mundo natal de la especie hani, jamás lograron ganarse su confianza. Los kif les gustaban aún menos, desconfiaban de los stsho y no tenían el menor deseo de entrar en relaciones con los knnn. Pero lo que menos deseaban era relacionarse con alienígenas no pertenecientes al Pacto, como los humanos, a los cuales Pyanfar Chanur había llevado hasta el mismo centro de la civilización hani.

Y lo que era aún peor, se había convertido en una extraña. Cuando un señor hani

es derrotado en un desafío, muere. Pero Pyanfar intervino cuando su hijo suplantó a su esposo: se llevó a su marido fuera del planeta, allí donde jamás se había permitido la presencia de ningún macho hani, y afirmó que formaba parte de la tripulación de la *Orgullo*. Más aún, Kohan, señor de Chanur, apoyó su acción, circunstancia que ocasionó el nacimiento de bromas groseras respecto a Chanur y que dañó todavía más la reputación de Chanur entre las hani.

Durante dos años la *Orgullo de Chanur* y otras naves del clan se dedicaron a los trayectos reducidos, pero apenas lograban mantenerse en funcionamiento, y se hundían cada vez más profundamente en la ruina financiera.

Pyanfar reiteró constantemente sus peticiones de que se le permitiera acceder a Punto de Encuentro; pero le faltaba el dinero necesario para los sobornos imprescindibles en todo trato con los stsho, carecía del apoyo de los mahendo'sat, y del prometido comercio humano nada había llegado. Con todo esto la fortuna de Chanur parecía condenada.

Pero inesperadamente y sin que ella pudiera adivinar la razón, los stsho le avisaron de que su petición había sido aprobada: la *Orgullo* puso rumbo a Punto de Encuentro con el último cargamento de importancia que Chanur fue capaz de reunir.

Una vez en el muelle, Pyanfar se dirigió inmediatamente a las oficinas de Stle stles stlen, maestro de estación en Punto de Encuentro, para firmar los documentos necesarios y renovar su licencia mercantil.

Allí se encontró con Dientes-de-oro, que la llevó a bordo de su nave, la *Mahijiru*, y la enfrentó con Tully, que había vuelto al espacio del Pacto justamente en una estación que estallaría en una oleada de tumultos xenófobos nada más saber que un humano estaba presente en ella.

Pyanfar Chanur no se arredraba ante nada, pero esto era más de lo que podía soportar... hasta que Dientes-de-oro empezó a enumerar las ventajas del trato, entre ellas el comercio con los humanos, el dinero y una alianza. Entonces en su cabeza empezó a sonar una diminuta y silenciosa alarma que la avisaba de *quién* había logrado arreglar sus papeles y la facilidad con que se desvanecería todo si rehusaba el trato que le ofrecía Dientes-de-oro. Así que lo aceptó, junto con Tully y un paquete de documentos, volviendo luego a su nave para informar de lo ocurrido a su tripulación.

Pero los kif que había en la estación prepararon una pelea con la cual camuflaron el intento de secuestrar a Tully de su custodia. Dientes-de-oro abandonó precipitadamente el muelle. Pyanfar y su tripulación recibieron una abultada factura por los daños causados, gastos que cargó al gobierno mahendo'sat, mediante los documentos que Dientes-de-oro le había dejado. Stle stles stlen se ablandó bastante ante ello, y de hecho, quedó en tan buena disposición de ánimo, que aun siendo amigo declarado de los mahendo'sat le dio un consejo muy directo: «no confíes en

Dientes-de-oro».

Los kif también se acercaron a Pyanfar con dos ofertas directas: *comprarle* a Tully, y aliarse con ella contra cierto kif que había puesto precio a su cabeza. Era una oferta tentadora. El dinero bastaba para resolver sus problemas: era un modo de salir del dilema en que se hallaba y abría las puertas a una posible paz con los kif.

Sin embargo, rechazó las ofertas. Dejó en los muelles su precioso cargamento, y abandonó Punto de Encuentro con Tully a bordo tan rápidamente como le fue posible. Su crédito ante Stle stles stlen dependía de una autorización mahendo'sat y esa autorización sólo tenía validez si jugaba su papel como mensajera de Dientes-de-oro. Con ofertas kif o sin ellas, jamás había hecho tratos con los kif y no tenía deseo alguno de hacerlos ahora. Por otra parte, Dientes-de-oro la tenía atrapada, y además había huido rumbo a lo más hondo del espacio stsho con naves de caza kif detrás suyo, *algunas* de las cuales estaban también interesadas en la *Orgullo*.

Más tarde se enteró de que llevar a Tully y su mensaje a la capital regional mahen era sólo parte del trato.

Un knnn les siguió al salir de Punto de Encuentro. Ésa no era una buena noticia. Era evidente que entre los respiradores de metano se habían filtrado rumores sobre su carga. Los knnn, tan extraños que nadie era capaz de hablar con ellos, tan avanzados tecnológicamente que nadie era capaz de combatirles, pertenecían al Pacto, pero actuaban fuera de la ley. En cualquier momento podían acabar con una nave y nadie movería un dedo al respecto... porque nadie podía hablar con ellos. Ya había sido un logro monumental el que los tc'a, parecidos a serpientes, hubieran hecho entender a los knnn el concepto del comercio: en los tiempos actuales los knnn aparecían en una estación, entraban corriendo en el muelle reservado a los respiradores de metano, dejaban sobre él lo que les placiera y se marchaban tras coger lo que les viniera en gana. Resultaba una gran mejora sobre su conducta anterior, que consistía simplemente en robar lo que querían y marcharse. O hacer pedazos una nave.

Tully, al ser interrogado, confesó que los humanos habían tardado tanto en volver al Pacto porque sus naves eran interceptadas. *Alguien* estaba pirateando las naves humanas dentro de su espacio y los kif eran con toda probabilidad los autores de esas rapacerías. El mensaje y la misión parecían estar relacionados con la decisión que habían tomado los mahen de abrir una ruta regular que pudiera ser fácilmente patrullada y que permitiera el paso de los humanos al espacio del Pacto, al mismo tiempo que les abría camino a través del espacio de sus viejos enemigos kif. Todo encajaba y Pyanfar estaba de acuerdo en todo lo que pudiera molestar a los kif.

Pero Tully le habló de algo que la hizo sospechar: no eran los kif quienes les atacaban, sino los knnn. Los humanos habían disparado sobre algunas naves knnn.

Pyanfar se quedó horrorizada.

Si Tully estaba en lo cierto entonces llevaban a bordo un blanco potencial para los

knnn. Transportaban un mensaje relacionado con asuntos knnn, y eso era tan bienvenido como el tic-tac de una bomba. Si los knnn decidían actuar, no tendrían salvación. Peor aún, los kif que las perseguían controlaban la ruta más directa a la capital mahen por lo que se veían obligadas a trazar una nueva ruta hacia la estación fronteriza de Kshshti. Éste no era ni mucho menos un lugar seguro para alguien tan codiciado como Tully, pues se encontraba cerca del territorio kif y era frecuentada por los respiradores de metano.

Como si necesitaran aún más problemas, tenían ahora un nuevo perseguidor. Una nave del gobierno hani capitaneada por una tal Rhif Ehrran andaba a la caza de una renegada hani llamada Tahar. Tahar se había aliado con los kif en la batalla de Gaohn, y se había ganado una merecida fama como persona al margen de la ley: se decía que operaba como pirata en las cercanías de Kefk y Punto de Encuentro. Pero la *Orgullo de Chanur* apareció justo bajo el hocico de Rhif Ehrran, concertando negocios con los mahendo'sat y los kif. De esta forma, la agente de policía del *han* se olvidó de una presa para centrarse en otra potencial traidora. Los jefes políticos de Rhif Ehrran se alegrarían mucho más de ver arruinada a Chanur que de la captura de una simple pirata que ya no tenía poder alguno en los asuntos hani. Por lo tanto, las prioridades fueron revisadas. Rhif Ehrran se enteró, probablemente gracias a Stle stles stlen, de que Chanur tenía a Tully en su nave y de que se hallaba al servicio de un gobierno extranjero, con lo cual Rhif Ehrran vio una excelente ocasión para arruinar a Chanur de una vez por todas.

Ehrran pidió ayuda: Banny Ayhar, de la *Prosperidad de Ayhar*, se vio obligada a dejar su cargamento y acompañarla como aliada, partiendo las dos en la única dirección que aún era posible.

Pyanfar apenas si logró llegar a Kshshti con vida: la *Orgullo*, que llevaba ya mucho tiempo funcionando sin las reparaciones necesarias, se averió bajo la tensión del salto. Llegó a duras penas a Kshshti para descubrir en el muelle a un comité de bienvenida: Rhif Ehrran, Banny Ayhar... y el mismo kif que había intentado comprar a Tully en Punto de Encuentro.

El nombre de este kif era Sikkukkut an'niktukktin, antiguo vasallo del viejo enemigo de Pyanfar, Akkukkak. Este último había tenido dos lugartenientes: Akkhtimakt y Sikkukkut. Ahora los dos se encontraban luchando entre ellos por la supremacía entre los kif. Akkhtimakt era el que habían logrado evitar en su camino hacia Kshshti. Akkhtimakt había impuesto el bloqueo no sólo para detener el tráfico, sino para ponerle obstáculos a su rival Sikkukkut. Ahora, por una increíble casualidad, Sikkukkut tenía en bandeja todo el plan de los mahendo'sat para vencer a los kif... en las personas de Pyanfar Chanur y Tully.

Las autoridades mahendo'sat en Kshshti sabían lo que pretendía Sikkukkut, y estaban más que ansiosas por sacar de allí a la *Orgullo* a cualquier precio.

Desmontaron la parte trasera de la *Orgullo* para sacar sus motores y empezaron a instalar unos nuevos, reconstruyendo prácticamente toda la nave. Pero mientras la *Orgullo* se encontraba inmovilizada en la última fase de las reparaciones, un grupo de kif secuestró a Tully y, por accidente, a la joven sobrina de Pyanfar, Hilfy Chanur, hiriendo gravemente a la prima de Pyanfar, Chur Anify.

Fueran quienes fueran los que armaron todo el jaleo, agentes de Akkhtimakt o de Sikkukkut, no hubo duda alguna de que fue la nave de Sikkukkut, la *Harukk*, la que salió a toda velocidad de Kshshti con Tully e Hilfy a bordo mientras la *Orgullo* se encontraba indefensa y sin poder moverse del muelle.

Además, los tc'a, respiradores de metano, le hicieron a Pyanfar una ambigua advertencia sobre las múltiples facciones y bandos que había entre los kif; así como del peligro que ellos mismos corrían y la implicación de los knnn en todo el asunto.

Cuando la situación era más desesperada, otra nave apareció en Kshshti: era la nave de caza mahen *Aja Jin*, a cuyo mando iba nada menos que Keia Nomesteturjai, *Jik* para los amigos. Era el compañero de Dientes-de-oro, agente del gobierno mahen, provisto de la cantidad suficiente de autorizaciones como para intimidar incluso a Rhif Ehrran.

Pyanfar seguía conservando los documentos que debía llevar a Maing Tol, pero el último mensaje de Sikkukkut indicaba que si deseaba ver con vida a Hilfy y Tully, debía dirigirse a Mkks. Esto implicaba adentrarse todavía más en la zona fronteriza, donde predominaba el poder de los kif.

Jik convocó una conferencia de capitanas y le entregó el paquete de documentos a Banny Ayhar con la orden de que lo llevara a Maing Tol; al mismo tiempo, mostró a Rhif Ehrran tal cantidad de autorizaciones que logró su cooperación en el asunto.

Así pues, un mensaje ha partido hacia Maing Tol; Hilfy y Tully siguen como rehenes a bordo de la nave kif, dentro de su territorio; Dientes-de-oro no ha hecho acto de presencia; y otro muelle más ha sido destrozado.

Todos hacen lo que deben hacer. Y la *Orgullo* sale de Kshshti, sabiendo perfectamente que se dirige hacia una trampa de los kif.

1

La *Orgullo* entró en el espacio, apareciendo bruscamente en el aquí y el ahora. Pyanfar Chanur, aún medio aturdida, extendió las manos hacia los controles.

¿*Dónde?*, pensó, dejándose dominar durante un segundo por la loca y aterradora idea de que los motores las habían traicionado y quizás ahora se hallaran perdidas en la nada. Había nuevos programas y rutinas que recordar. Nuevos parámetros, nuevos sistemas...

No. *Usa el ordenador, idiota, deja que los automáticos la lleven...*

—Situación —dijo, haciendo brotar las palabras por entre unas mandíbulas reseca como el polvo.

—Estamos dentro de alcance —dijo Tirun.

Hubo una primera reducción de velocidad que las situó brevemente en fase una vez más con la frontera entre espacios, haciéndolas salir luego de ella; y la *Orgullo de Chanur* regresó de nuevo al espacio real con un absoluto dominio de sí misma.

—Estamos vivos —dijo Khym.

Eso era un motivo de sorpresa para todos.

—¿Chur? —preguntó Geran.

—Aquí —dijo una voz débil algo pastosa por el comunicador—. Estoy aquí, estoy bien. Lo conseguimos, ¿eh?

Segunda reducción: la *Orgullo* se desprendió de otra fracción de la velocidad que le había prestado la caída gravitatoria. Y siguió avanzando mientras los números rojos desfilaban por el tablero, indicando una velocidad tal que las medidas astronómicas eran para ella como simples trivialidades locales.

—Acabamos de pasar la tercera indicación —dijo Haral.

—Ya —dijo Pyanfar.

—Alarma del faro.

—No respondas. —Pyanfar mantenía los ojos clavados en la imagen de observación que les mandaba el faro robot de Mkks, con las posiciones de todos los objetos en el sistema de Mkks. El faro estaba protestando por su velocidad—. Consígueme esa trayectoria, por todos los dioses, podemos hacerlo... ¿*dónde está esa trayectoria?* ¡*Despertad de una vez!*

La trayectoria apareció en el monitor, una línea roja cargada de peligro, que dibujaba un curso que violaba todos los códigos de navegación existentes dentro del Pacto.

Las alarmas se encendieron y apagaron: la sirena empezó a gemir. Pyanfar agachó levemente las orejas y sus manos se tendieron frenéticamente hacia los controles. Haral sincronizaba sus actos con los de ella para arrancarle los números al ordenador de observación y meterlos en el de navegación. Tecleó una confirmación y apretó uno

de los botones. Las alarmas se apagaron y la *Orgullo* continuó avanzando, siguiendo a toda velocidad por la trayectoria fijada por la línea...

(«¡Adelante, adelante, adelante!», jadeaba Tirun).

... y enviando una nave de salto cargada aún con velocidad en un rumbo directo hacia la estación de Mkks, una maniobra con sólo dos estrellas de margen, apostándolo todo a que el faro de Mkks fuera totalmente preciso. Estaban logrando superar el frente de ondas de la velocidad de la luz que había provocado su propia llegada, el mensaje que ese faro situado a distancia de salto mandaba hacia Mkks... perseguían ese instante en el curso del tiempo a la máxima velocidad posible en una nave, con la suficiente energía contenida en su masa como para crear una buena llamarada si aparecía en su camino algo que el faro de Mkks no había sido capaz de detectar... una nova en miniatura, un sol que ardería durante unos fugaces instantes.

Pyanfar soltó los controles, flexionó sus doloridas manos y luego rebuscó dificultosamente entre la ausencia de gravedad tratando de encontrar el paquete que había dejado antes en el brazo de su sillón. El paquete escapó de sus garras, pero Pyanfar logró cogerlo al vuelo. Lo agujereó de un mordisco y tragó su contenido en varios sorbos convulsivos, estremeciéndose ante el sabor y su impacto en el estómago. Era necesario: su cuerpo estaba desprendiéndose de la piel y el vello muertos, apenas le quedaban minerales ni líquido. Pronto empezaría a subir el nivel de *azúcar* en la sangre y necesitaba haber superado ya ese punto cuando el curso de la *Orgullo* entrara de nuevo en una zona crítica.

Ahora no había posibilidad alguna de dirigir la nave. Viajaban a tanta velocidad que no podían apartarse de ninguna influencia salvo la de una estrella, y ese tirón estaba incorporado a los cálculos de su rumbo. Pyanfar se echó la melena hacia atrás con un manotazo y se frotó la nariz para eliminar un picor que había estado sintiendo desde Kshshti.

—Mkks a nueve minutos luz —dijo Haral.

Nueve minutos para que la estación de Mkks recibiera las noticias de su llegada; las autoridades mahendo'sat precisarían unos cuantos más para comprender que no habían llevado a cabo la tercera y decisiva reducción de velocidad. Mientras tanto, la *Orgullo* estaba acortando el intervalo de contestación de esos nueve minutos. Dentro de unos dieciocho minutos, o quizá menos aún, se toparían directamente con la ola de comunicaciones emitida por una estación frenética.

Ése era el tiempo tal y como lo veían las naves estelares, pero alguien tenía que llamar a los kif por el comunicador; alguien tenía que estar ahí físicamente para apretar botones y hablar con la autoridad kif, mientras que a cada rápido paso de ese kif lanzado a la carrera por un pasillo, la nave que entraba en el sistema recorría todo un diámetro planetario.

—Envía esto —le dijo a Khym—. La *Orgullo de Chanur* entrando en Mkks:

pedimos lista de naves y asignación de muelle. Queremos tener un muelle vacío a cada lado del nuestro. Llevamos carga peligrosa. Mándalo.

Eso les confundiría: una nave comportándose como si tuviera una tobera averiada y hablando como si tuviera problemas con la carga. Ocho punto nueve minutos para que el mensaje llegara a la estación. Quince punto algo para que la estación contestara, aun suponiendo que la decisión se tomara al instante. *Alguien* tenía que girar su asiento, hablar con un supervisor, informar sobre el mensaje recibido. Oyó como Khym lo enviaba... dioses, una voz de macho llegando de una nave hani; con eso ya bastaría para confundir a la central de la estación. Nunca habían oído una voz semejante: estarían comprobando los doppler de sus receptores en busca de alguna avería, cuestionando la verdad en tanto que ésta se lanzaba hacia ellos. Incluso los técnicos acostumbrados a pensar en fracciones de velocidades lumínicas...

—Manda esto: mensaje a la *Harukk*, al mando de Sikkukkut. Tenemos una cita. Hemos venido para asistir a ella. Te veremos en los muelles.

(Alguien que decidía enviar ese mensaje a los kif; pies de kif corriendo para localizar al comandante; otro momento para decidir si se abandonaba el muelle o si la nave seguía en él... Un instante para decidir y un diámetro planetario recorrido).

Diez minutos para lanzar una nave como la *Harukk* si la soltaban del muelle sin los preámbulos necesarios. Cuarenta más para alejarla lo bastante de la masa cercana y dar comienzo a la pulsación de los campos. La *Harukk* tenía que combatir con una estrella para conseguir velocidad, y esa estrella las estaba *ayudando* en su entrada.

Otro medio minuto.

Viajando a tal velocidad y encerradas dentro de esa bolsa de tiempo, Pyanfar tenía la curiosa sensación de estarse moviendo a cámara lenta, protegida de los kif y de sus amenazas. Pero también tenía la sensación de estar indefensa. *Había* cosas que los kif podían hacer. Y *había* tiempo para esas cosas... cosas como apretar un gatillo o cortar una garganta indefensa...

Un rápido mareo: el concentrado del paquete había llegado a su torrente sanguíneo.

—¿Te encuentras mal, Khym?

—No. —Una voz débil, medio sofocada. No era la primera vez.

—Chur.

—Sigo aquí, capitana.

—Tirun, ¿has comprobado el tiempo real?

—483 horas en tránsito, según el faro.

—Esto representa veinte minutos para la última reducción —dijo Haral.

Dentro del horario previsto, dentro de la distancia. Lo habían planeado todo en Kshshti antes de emprender este loco viaje, justo cuando era más difícil hacerlo, en las horas que precedieron a la salida del muelle y durante el largo y duro tiempo de

aceleración que mandó a la *Orgullo* a un salto realmente profundo dentro del pozo gravitatorio, por todos los dioses, y que luego la hizo salir condenadamente desviada de este otro pozo, en una maniobra que una nave de caza no emprendería muy alegremente y que ninguna nave mercante debería ni tan siquiera intentar.

Toda la tripulación era hani: melenas y barbas rojo y oro, vello de los mismos colores. Todos excepto uno, llevaban anillos de oro en la curva de sus peludas orejas, oro que indicaba experiencia, viajes y riesgos corridos desde el hogar en Anuurn hasta Idunspol, Punto de Encuentro, Maing Tol y Kura; Jininsai y Urtur; puertos extraños, comercio con otras razas; muchas tiradas de dados y apuestas muy elevadas. Pero ningún viaje había sido como éste. Mkks no era un puerto hani y no era el sitio al cual quisiera ir ningún comerciante honesto. Y ningún comerciante honesto tenía ese hipertrofiado paquete de motores que llevaban ellas, ni tampoco su proporción tobera-masa.

Pyanfar guardó silencio. Quitó la cubierta protectora del control de las pocas armas transportadas por la *Orgullo* y rompió otra ley.

—Dieciocho para la última reducción —dijo Haral.

—Llega un mensaje... Tirun... Tirun... ¿cuál? —La voz de Khym traicionaba su pánico y su tensión. No tenía experiencia con ese tablero. Era muy posible que estuviera desorientado, y aparte se encontraba mal. Pero al final se logró la conexión y la voz de la estación emergió por el comunicador, racional e inteligible gracias a los doppler.

Una voz mahen.

—*Confirmen reducción, confirmen reducción...*

—Repite el mensaje anterior. Diles que pedimos esa lista de naves. Rápido.

Disponían de ciertos códigos para obtener la cooperación de los mahendo'sat, pero no podían utilizarlos ahora. También los kif tenían oídos. Por eso tenían que hacerlo todo del modo más difícil y peligroso posible. La estación de Mkks empezó a ceder al pánico, un mensaje se superponía al anterior. Siguieron durante unos segundos aún con su idea inicial: que se les estaba echando encima una nave sin motores, indefensa por las averías.

Ahora su mensaje ya estaría llegando a los kif, que no se mostrarían tan ingenuos.

Los kif todavía podían salir huyendo con su nave, pero Pyanfar no creía que Sikkukut an'niktukktin fuera de esa clase de kif.

No con prisioneros en sus manos.

La habitación se encontraba en la parte superior de la nave, atracada sólo los dioses sabían dónde. Ahora Hilfy Chanur ya sabía el nombre de esa nave. Era la *Harukk*.

Y podía distinguir al kif que tenía sentado ante ella de los demás kif. Su nombre

era Sikkukkut. Estaba sentado igual que un fardo cubierto con una túnica oscura en una silla parecida a un insecto, como perdido entre sus negras patas retorcidas. Luces de sodio mantenían a cierta distancia la oscuridad, arrojando sombras de duros contornos y una claridad entre naranja y rosa. El incienso humeaba en globos negros dispuestos por la estancia, y su olor se mezclaba con el asfixiante vaho del amoníaco. Hilfy ni tan siquiera podía frotarse su ofendida nariz: tenía las manos atadas con cuerdas a la espalda. Tully se encontraba en idéntica situación, aunque no estaba muy claro lo que podría haber hecho de tenerlas libres. El rostro de Tully estaba pálido, su barba y su melena doradas se hallaban revueltas y pegajosas por el sudor, su frágil piel humana cubierta de heridas de garras que aún sangraban, no muy visibles dado lo débil de la iluminación. Había hecho todo lo posible. Ella también, pero no había bastado.

—¿Dónde esperabais ir? —preguntó Sikkukkut—. ¿Y para hacer qué?

—Esperaba fracturar uno o dos cráneos —dijo Hilfy Chanur, porque con los kif no servía de mucho ser diplomática o mostrarse acobardada.

—No hay fracturas —dijo Sikkukkut—. Sólo conmoción. —Era imposible saber si esas palabras demostraban el sentido del humor kif o su total ausencia de él. El capitán de la *Harukk* se levantó de su silla parecida a un insecto, irguiendo su largo y flaco cuerpo con un susurro de negras telas. En ningún lugar de la nave había otro color que el de las luces de sodio. Objetos, muros, telas: todo era negro y gris. *Son ciegos al color, pensó Hilfy, no los distinguen en absoluto.* Recordó los cielos azules de Anuurn, el verdor de sus campos y la tempestad de rojos, oros y otros matices con que la especie hani gustaba de rodearse. Abrazó ese recuerdo, blandiéndolo como si fuera un talismán contra la oscuridad y el infernal resplandor de las luces de sodio.

Sikkukkut se acercó a ellos. Otros kif se movieron más allá de las luces y las nubecillas de humo, creando un susurro parecido al del viento sobre las hojas secas. Hilfy se envaró, pero el kif se dirigía hacia Tully.

—Este ser habla hani —dijo Sikkukkut—. Intenta fingir que no...

Hilfy se interpuso en su camino.

—Y allí donde no logremos comprendernos —dijo el kif, hablando en impecable hani sin ningún acento—, ya sé que tú eres experta en tratar con el humano. Podemos conseguir tu ayuda, ¿verdad? —Pasó junto a ella y, cogiendo bruscamente a Tully por los brazos, lo atrajo hacia sí. Las garras del kif abrieron pequeñas heridas en su carne y Tully se encontró cara a cara con él, con apenas un palmo de distancia entre las temibles mandíbulas del kif y sus ojos. Hilfy podía oler su miedo y el sudor que le cubría.

—Suave —dijo Sikkukkut, apretando con más fuerza—. Una piel tan, tan magnífica y delicada... Puede que tenga cierto valor por sí sola.

Aún más cerca.

—¡Suéltale!

El negro hocico se frunció, temblando levemente. El sustento de los kif consistía básicamente en líquidos, según decían los miembros de otras especies, pero en el fondo eran carnívoros y a veces no desdeñaban el usar sus mandíbulas externas y sus dientes, afilados como navajas. Dos hileras de dientes, dos juegos de mandíbulas. Uno servía para morder, y el otro, capaz de moverse muy rápido y situado al fondo de su largo hocico, servía para reducir lo que había sido mordido por la mandíbula externa a una pasta fluida que la pequeña garganta era capaz de engullir. La lengua emergió como una flecha por entre la abertura de las fauces en forma de uve. Tully dio un respingo y, aunque no dijo nada, intentó retroceder. El flaco rostro se alzó un poco más, colocando sus ojos a la altura de los de Tully, y sus mandíbulas...

—¡Basta! ¡Por los dioses... basta!

—Pero tendrá que dejar de resistirse —dijo Sikkukkut—. No puedo desprender mis garras... *Dile* que...

Hilfy tragó aire. Pero Tully había dejado de oponer resistencia, quedándose quieto... y delatándose.

—Ah. Comprende.

—Suéltale.

El kif resopló suavemente y luego atrajo a Tully hacia su pecho, empujándole hacía atrás un segundo después, en dos gestos ágiles y rápidos.

Tully retrocedió, tambaleándose. Hilfy interpuso su hombro entre él y Sikkukkut, que había dado un paso hacia adelante. Después permaneció inmóvil, sintiendo que le temblaban las rodillas de puro miedo. Tenía las orejas echadas hacia atrás y su nariz se arrugaba en una extraña mueca sonriente que no se parecía en nada a la sonrisa de Tully y su indefensa especie de primates.

Un ruido de aire expelido con brusquedad, como un seco bufido: la risa kif. Sikkukkut la estaba mirando desde las profundidades de su capucha, con los ojos brillantes debido a la escasa luz.

—Implícitos en la lengua hani hay conceptos como el de la amistad. O la ternura. Son distintos del *sfik*. Pero son igualmente útiles. Y yo en particular no pienso descartarlos, viendo que has tenido tanto éxito en tus conversaciones con esa criatura. ¿Cómo has conseguido domeñarle?

—Prueba con las palabras amables.

—¿Eso crees? Ya he sido amable y bondadoso. Quizá mi acento le confunda. Dile que deseo que me diga todo lo que sabe: por qué ha venido, a quién deseaba ver, lo que esperaba conseguir con ello... *Díselo*. Dile que estoy impaciente, que estoy nervioso y muchas cosas más.

Hilfy pensó en ello durante unos instantes que le parecieron eternos. Se preguntó si la paciencia del kif tendría tanto aguante.

No aguantó. El kif extendió la mano y ella se interpuso de nuevo.

—Está haciendo preguntas, Tully —le dijo a toda prisa—. Quiere hablar.

Tully no respondió.

—Supongo que no me entiende —dijo ella—. Confunde las palabras...

—En su tiempo fui *skku* del *hakkikt* Akkukkak. —La voz de Sikkukkut era suave e instruida, pero en esa suavidad Hilfy pudo oír claramente los chasquidos del fondo de su garganta y el ruido que hacían las mandíbulas interiores al levantar él su hocico—. Ya nos conocemos. Nos hemos encontrado... antes de esto. En la estación Punto de Encuentro. ¿Lo recuerda?

—Amigo de Akkukkak —dijo Hilfy. *Distráele; distráele, por los dioses, apártale de la caza*—. Si es que entre los kif existe la amistad...

—Este humano posee *sfik* —dijo Sikkukkut, sin moverse—. Akkukkak no logró darse cuenta de ello. ¿Cómo es posible que una criatura tan blanda como ésta posea tanto *sfik* y lograra eludir a los kif en los muelles de Punto de Encuentro? Si yo hubiera estado ahí, no le habrían ido tan bien las cosas, por supuesto. Pero ahora estoy aquí, ante él, y quiero la respuesta a todas esas preguntas.

—Sigue haciendo preguntas —le dijo Hilfy a Tully.

—Y se las seguiré haciendo —dijo Sikkukkut—. Se las hago ahora una vez más. —El silencio se fue prolongando. Los flacos dedos del kif tocaron suavemente su hombro, acariciando su pelaje...

... y se apartaron. Aspiró una honda bocanada de aire ensuciado por el olor a kif, temblando. Tenía las orejas pegadas al cráneo. Hilfy dejó de oír y se quedó prácticamente ciega, su visión reducida al largo túnel negro de la caza, enfocado sobre el kif. Pero Sikkukkut se apartó de ella. Volvió a sentarse en el asiento con múltiples patas de insecto y alzó las piernas pegándolas a su cuerpo hasta que él mismo pareció otra desgarbada silueta de ese mismo reino.

El hombro de Tully se apretó contra el suyo y se apoyó en ella. Sintió su peso, la frialdad de su carne: *dioses, no, ponte recto, no cedas, no te desvanezcas, se lanzarán sobre ti...*

El kif alzó sus manos hasta la capucha que llevaba y la hizo caer sobre sus hombros medio encorvados: era la primera vez que veía a un kif sin su capucha. El espectáculo no era muy agradable. Un cráneo negro y alargado, una melena negra y deslustrada que se prolongaba hasta muy adelante siguiendo una línea recta. Apenas si tenía orejas, en este aspecto se parecía a los *stsho*. Había visto algunos diagramas y holografías, pero ninguna representaba con fidelidad a esta criatura horrible y, al mismo tiempo, extrañamente grácil.

Sus ojos se posaron sobre ella: eran muy oscuros y relucientes, como convenía a semejante rostro.

—Acabarás entendiendo esto: la criatura posee algo más que un simple valor de

sfik; es, en sí misma, *sfik*. Deja que te hable en términos hani: Akkukkak pereció a causa de la vergüenza. Por lo tanto, amo a esta criatura, porque ella ha matado a mi superior y ahora yo tengo la hegemonía.

—Tonterías.

—Creo que está muy claro. Tiene valor. Si me entrega su valor y responde a lo que pregunto, me mostraré aún más agradecido.

—Claro, claro.

—Quizá llegue a conservarlo conmigo. Le profesaría siempre mi afecto y le permitiría ver la muerte de mi amigo Akkhtimakt. Es posible que le dejara comer de mis rivales.

Seguía hablando hani, pero las palabras adquirirían un nuevo significado y se referían a costumbres de los kif. Hilfy sintió que su melena se erizaba. Quería salir de aquí, salir ahora mismo.

—Traduce esto.

—Está loco, como todos los kif.

El delgado cuerpo del kif se estremeció en lo alto de su silla de insecto, emitiendo un siseo.

—Fanática. Yo mismo me encargaré de traducir mis palabras. ¡Kkkt!

—¡Estúpida! —gritó la autoridad mahen por el comunicador, añadiendo luego otras palabras todavía menos educadas.

—Preparadas para la tercera reducción —dijo Pyanfar.

—*¡Estúpida, hija de diez mil estúpidas!, ¿qué hacer, qué hacer? Tú ver informe enviado al han por esta ofensa: informamos tú pones en peligro...*

La *Orgullo* redujo su velocidad, interrumpiendo toda la telemetría... y entró nuevamente en fase, recibiendo una nueva oleada de mensajes desde la estación.

—Khym. La lista. —La voz de Tirun, imperiosa, sacándole de su aturdimiento—. Ponía en los monitores. *Muévete*.

La lista de naves que habían recibido apareció en la pantalla número dos, en tanto que Haral empezaba a transmitir los datos tan rápida y eficiente como siempre. La voz de la estación se quedó repentinamente callada...

—Eso son dos minutos luz —dijo Geran. Ahora se encontraban prácticamente en tiempo real con la estación de Mkks, moviéndose con mucha mayor lentitud al estar dentro de la capacidad de frenado de su espacio real.

Harukk, decía la lista de naves. Había otros nombres kif. Un montón de ellos. Unos cuantos mahendo'sat. Un stsho. (¡Un stsho, en Mkks!). Un grupo de tc'a y chi en el pequeño sector para respiradores de metano de Mkks.

—Demos gracias a los dioses —murmuró Pyanfar, y empezó a ocuparse nuevamente de las transmisiones telemétricas, concentrándose de nuevo en la nave y

sus problemas—. Aproximación —dijo; y, al ver que Geran tardaba en contestar, añadió—: ¡*Que despejen el curso*, por todos los dioses, ocúpate de ello! — Inmediatamente empezó a poner en funcionamiento la secuencia de frenado para alta velocidad de la *Orgullo*—. Aguanta. Vamos a empezar. Ahora.

—¿Qué asunto? —preguntó Sikkukkut mientras Hilfy se apretaba un poco más contra el costado de Tully, sin tiendo cómo se movían varios cuerpos invisibles más allá del humo y las luces—. ¿Qué acuerdo hizo con los mahe? Kkkt. Pregúntaselo. Consigue una respuesta, joven Chanur.

—Está haciendo preguntas sobre los tratos —dijo Hilfy. Cambió nuevamente de postura pues un kif se había movido a un lado de Tully. Miró a Sikkukkut—. *No lo entiende*. No puede entenderlo, por todos los dioses. En nuestra nave utiliza un traductor. No puede hablar. Ni aun suponiendo que comprendiera lo que le estoy diciendo, no podría articular nuestros vocablos.

Sikkukkut cogió de la mesa una copa de plata, una especie de esfera en la cual había pequeños salientes planos. De su hocico salió una lengua oscura que metió dentro de la copa para beber... sólo los dioses sabían qué. Luego alzó nuevamente el rostro. Su delgada lengua se agitó fugazmente alrededor de su hocico. Seguía sosteniendo la copa, sus dedos acariciaban los salientes que la adornaban.

—Escoge mejor tus palabras. Mis *skkukkun* le harán daño, joven Chanur, ten por seguro que se lo harán. Persuádele. Rompe este silencio suyo. Si hacen falta traductores mecánicos os los proporcionaremos. Lo único que debes hacer es conseguir que hable.

—Lo estoy intentando. —Hilfy volvió a moverse, intentando situarse entre Tully y el círculo de kif—. ¡Atrás! Tully... Tully, dile algo. Cualquier cosa. Creo que sería mejor para ti.

...*miente*, le suplicó en silencio, *sigue el juego, yo te ayudaré*. Sentía el frío de su cuerpo pegado a ella. Intentó atraer su mirada pero él sólo tenía ojos para los kif, quizá tan aturdido por el miedo que no le quedaba la inteligencia suficiente ni para mentirles.

—Quizá... —dijo Sikkukkut. Una puerta se abrió bruscamente, dejando entrar una débil claridad. Otro kif entró en la estancia, una silueta idéntica a las ya presentes — deberíamos pensar en mantener otra conversación privada con él. ¿*Kkkk-t?*

El kif pasó rápidamente ante los otros. Sikkukkut volvió la cabeza.

—Ksstit —siseó el recién llegado—. Kkotkot ktun.

Un mensaje. Hilfy respiró hondo y sintió temblar el cuerpo de Tully contra el suyo. El nuevo kif inclinó su cabeza encapuchada junto a la de su capitán y le habló brevemente en un murmullo. Sikkukkut permanecía inmóvil con las manos en las rodillas. Sus hombros se agitaron en un interminable suspiro y su mentón se levantó

un poco.

—¡Kkkt! Kktkhi ukkik skutti fikkti knkkuri. ¡Ktikkikt!

La habitación se llenó con el susurro de las ropas kif. «*Llévatelos de aquí*»; Hilfy conocía suficiente kif como para entender eso. Pero no podía interpretar las inflexiones. Ni el porqué, o lo que había ocurrido, o lo que iba a ocurrir luego.

Los kif estaban ya sobre ellos: Tully dejó escapar un sonido muy poco habitual en él cuando le apartaron de su lado.

—Las garras *dentro*, ¡malditos idiotas! —les gritó Hilfy a los kif. Desgarró la espinilla de un kif con una patada de su pie descalzo. A cambio, recibió un golpe en su mandíbula que la hizo vacilar y unas garras se hundieron en su espalda. Con las manos atadas no podía hacer nada. Eran suficientes en número como para alzarla en vilo y, una vez que la hubieron cogido por las rodillas, eso fue lo que acabaron haciendo pese a todos sus esfuerzos y contorsiones—. ¡Bastardo! —gritó por entre el remolino de cuerpos kif. Vio a Sikkukkut que seguía sentado, inmóvil como un grabado en la oscuridad, flanqueado por otros kif.

—Están aquí —dijo Sikkukkut.

La puerta se interpuso entre ellos y se cerró.

La estación de Mkks se alzó ante la *Orgullo* como una gran pared: el muelle que les había asignado Mkks relucía con sus indicadores de entrada libre en la pantalla número dos en tanto que las cifras del ataque iban desfilando rápidamente.

—*Por favor, esperar* —había estado protestando la autoridad mahen a través del comunicador durante la última parte de su entrada, en un tono ahora mucho más conciliador—. *Ya tener aviso Harukk, también querer conferencia, repito, querer conferencia. Réplica pedir...* —y, sin perder ni un segundo, ante su silencio—: *Hacemos petición atrasar entrada muelle, Orgullo de Chanur, tener problema, por favor, nosotros negociar...*

Para una estación como Mkks no había modo alguno de impedirle la entrada a una nave. Y, peor aún, había quince naves kif totalmente vulnerables varadas en los diques, unidas al todavía más vulnerable flanco de Mkks. En esos momentos la estación ya habría hecho sonar sus alarmas y los sellos de los diques estarían cerrados, temiendo el lanzamiento de proyectiles, temiendo a los kif y los posibles disturbios.

—*Por favor* —seguía llegando la protesta de la autoridad de Mkks—, *detener esto, hacer negociación con los kif: nosotros prohibimos que llevar discusión hasta aquí.*

Pero tenían el dique tal y como habían pedido, perfectamente despejado y sin nada a los lados. Los kif estaban cerca. La *Harukk* se encontraba en el sexto dique siguiendo por la sección. Dos cargueros mercantes mahen se hallaban al otro extremo

de la silueta toroidal de Mkks. Las naves kif llenaban los otros diques de la sección. Más allá había otras naves mahen. El stsho solitario. Y los tc'a y los chi en el lado de metano.

—*Recibimos en muelle. Traemos seguridad. Hacer negociación este asunto. Apelamos...*

Un choque sordo. Las abrazaderas de su casco se encontraron con las de la estación y las rutinas de enganche se iniciaron rápidamente. Les esperaba una cuadrilla del dique, y los de seguridad. Eso había dicho la central de Mkks.

—Han dejado de emitir —dijo Khym con voz algo ansiosa, queriendo decir con ello que no había sido él quien les había desconectado accidentalmente debido a su falta de experiencia—. Se han callado, eso es todo.

Pero inmediatamente después llegó otro mensaje.

—*Aquí autoridad kif del puerto* —dijo una voz entre chasquidos y crujidos—. *Pueden atracar. Bienvenida a Mkks, Orgullo de Chanur. Pueden acudir incluso con armas. El hakkikt les proporciona salvoconducto. Tendrán guías. Una vez más, bienvenidas a Mkks.*

—¡Que los dioses se lleven a esos bastardos! —exclamó Geran.

—Está claro que tienen personal propio dentro de la Central —dijo Tirun—. Ése era uno de los códigos válidos.

—Adelante: no tenemos dónde elegir. —Pyanfar hizo girar su asiento y se levantó de un salto, dando una palmada en el respaldo del asiento que ocupaba Haral—. Prepara esa conexión.

—¿Rifles o pistolas automáticas? —Tirun ya estaba en pie: era la hermana de Haral, muy alta, con la barba y la melena crecidas y anillos de oro brillando en su oreja. Junto a ella estaba Geran, más delgada y de pelaje algo más claro. Aún parecía más delgada al observar a su lado la inmensa mole de Khym *nef* Mahn, que también se había levantado de su asiento y se alzaba como una torre, más corpulento y de mayor talla que ninguna de ellas, con una expresión mortalmente seria en el rostro.

—Automáticas —dijo Pyanfar sintiendo cómo se tensaban los músculos de su rostro y bajando levemente los bigotes—. Pero yo cogeré un rifle, y quiero que tú también lleves uno. Quizá nos haga falta un arma de largo alcance en esos muelles... quizá necesitemos salvar una gran distancia, ¿eh? Y no creo que debemos preocuparnos mucho por la ley aquí.

Hubo algunas risas apagadas, una leve explosión de ceñudo buen humor. Tirun abrió el armario y cogió pistolas para ella y para Geran. Armas mahen que disparaban un proyectil explosivo, no las poco potentes pistolas de bolsillo que habían tenido en Kshshti; éstas eran auténticas pistolas automáticas, con su cargador de repuesto en el cinturón. Cogió también los dos rifles, uno para ella y otro para Tirun, armas que, a diferencia de las automáticas, eran capaces de alcanzar una enorme distancia sin

perder precisión.

Pyanfar cogió el rifle, comprobó el seguro y el funcionamiento del arma en tanto que en el comunicador se oía la misma voz dando nuevas instrucciones con un fondo de crujidos y chasquidos.

—*Nos veremos fuera* —dijo la voz kif. En el exterior seguían resonando los golpes y los sonidos metálicos al conectarse cables y tuberías.

Todas daban por sentado que los kif tenían intención de prepararles una emboscada. Ésta podía llegar algo después, cuando se hubieran alejado de la nave, o quizá consistiera en un repentino ataque kif cuando se abriera la escotilla, y que los dioses ayudaran a cualquier obrero mahen del muelle que se viera atrapado en ella.

—Están acercando el pasillo de conexión —dijo Haral, haciendo girar su asiento—. Ya estamos. —Se levantó abrochándose el cinturón con la automática que Tirun le tendía.

—Una de nosotras tiene que permanecer aquí para cuidar de la granja, ¿no? —dijo una voz desde la puerta.

—Por todos los... —A Pyanfar no le hizo falta volverse a mirar. Desde donde estaba podía distinguir claramente a Chur. La hermana de Geran estaba apoyada en el umbral del puente, con sus pantalones azules tan bajos que casi estaban a punto de caerse por culpa de los vendajes que le cubrían el estómago—. Chur...

—Estoy bastante bien, gracias. —La tensión que se percibía en la boca y la nariz de Chur desmentía sus palabras—. *Na Khym* será mucho más útil en el exterior, ¿no? Y si llega a ser necesario yo puedo encargarme de soltar la nave de las conexiones del muelle. —Chur avanzó cojeando a través del puente hasta llegar junto a su hermana. Apartó con un gesto la mano que le había tendido Geran para ayudarla. Cuando estuvo junto a su asiento de costumbre se apoyó en él por un segundo y luego siguió andando hasta el puesto de Haral, el asiento de la copiloto, y se instaló en él—. Cuando quieras que abra me lo dices, capitana. Creo que lo mejor será que cuando esté sola mantenga la nave bien cerrada. Nada de obreros mahen aquí dentro, ¿eh? Y, por los dioses, desde luego que ningún maldito kif.

Pyanfar se mordisqueó los bigotes y miró rápidamente hacia Geran, que mantenía bien levantada la cabeza en una mueca de inmovible tozudez. Era imposible razonar con ninguna de las dos hermanas: llevaban la obstinación en la sangre. Y también era imposible razonar con ese fuego que se había encendido repentinamente en los ojos de Khym cuando vislumbró la ocasión de hacer algo más de su agrado que estar montando guardia en la nave.

—Estupendo —dijo—. Un rifle para Chur... sólo por si acaso. Y otro para Khym. Venga, venga... Khym, cuando estemos fuera quiero que mantengas la calma y no pierdas la cabeza. No quiero que *respire* si no te lo ordeno yo. ¿Entendido? Tenemos un problema en esos muelles. *Uno* solo. ¿Me has oído bien?

—Sí.

En otros momentos eran marido y mujer. Aquí no lo eran y ahí fuera tampoco lo serían. Dado el habitual comportamiento de los machos hani, Khym era toda una roca de estabilidad y autocontrol. Y Chur tenía razón: no sabría qué hacer con los tableros de mandos.

Choque, crujido, golpe. El pasillo de entrada ya estaba asegurado. Ahora tenían su conexión de acceso a la estación de Mkks.

Geran le entregó un rifle a Chur quien lo sostuvo con un gesto decidido, aunque antes del salto apenas habría sido capaz de levantar una mano. Chasquido, chasquido. Quitó el seguro y volvió a ponerlo. Luego alzó la mirada, con las orejas bien erguidas y la boca retorcida en una feroz sonrisa que mostraba los huecos que había bajo sus pómulos, allí donde los tejidos se habían consumido en el esfuerzo de recuperarse después del salto. Su pelo rojo dorado estaba mate y sin brillo. En su oreja, allí donde habrían tenido que estar los anillos, no se apreciaba nada. Chur nunca se había tomado la molestia de vestirse con elegancia, ni tan siquiera para una ocasión tan importante como ésta.

—Sacadles de ahí, ¿eh? —dijo Chur, refiriéndose a Hilfy y a Tully, mirando luego fijamente a Geran sin importarle la presencia de todos los demás—. Y quiero que volváis —añadió.

—Vamos —dijo Pyanfar. Conectó el comunicador de bolsillo que se había colgado del cinturón y señaló la puerta. En este viaje no llevaba ningún adorno ni se había vestido con los colores brillantes que tanto le gustaban: sólo su ropa azul para el espacio, igual que todos los demás excepto Khym, que llevaba ropas marrones.

Se dirigió hacia la puerta sin mirar ni una sola vez lo que dejaba atrás, con Khym andando a su lado y con Haral, Tirun y Geran a su espalda.

—*El comunicador funciona.* —La voz de Chur las persiguió por el pasillo que conducía hasta el ascensor y resonó en todos los monitores de la nave. La puerta del puente se cerró a su espalda con un siseo, dejando encerrada a Chur dentro de él.

—Aprisa. —Pyanfar apretó con un golpe seco el botón del ascensor y mantuvo abierta la puerta, entrando a toda prisa en último lugar cuando la puerta se cerraba ya y el ascensor saltaba hacia abajo con una brusca aceleración debida a la acción directa de la gravedad. Sus cuerpos llenaban de olores rancios el angosto recinto de la cabina: no se habían lavado desde el salto. Mechones de vello muerto se enredaban en cuerpos y telas. Pyanfar sentía un sabor a cobre en su boca. Las demás tampoco se encontraban en muy buena forma y nadie estaba en las condiciones óptimas para ocuparse de problemas diplomáticos en los muelles. La pistola colgaba pesadamente de su cadera, y el rifle que sostenía entre sus dedos no le ofrecía ningún consuelo. Dioses, dioses, kif en el exterior; o mahendo'sat... honrados guardias de estación

mahen intentando evitar problemas y proteger a su propia gente. Lo último que deseaban era tener que abrirse paso a tiros por entre unos aliados cuyo deber era detenerlas.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió en el nivel inferior. Mientras se dirigían hacia la entrada, adoptaron una especie de orden instintivo: primero ella y Haral; luego Khym con Geran, que no tenía compañera; y en último lugar Tirun, la hermana-sombra de Haral, que ya no era capaz de realizar los esfuerzos físicos que tan sencillos le resultaban antes pero que era veterana en demasiados puertos como para permitir que algo las atacara por la espalda.

Y Khym... una calamidad ambulante esperando la ocasión de estallar, pensó Pyanfar; un pésimo tirador, como todos los machos y, como todos ellos, una continua preocupación en las situaciones de crisis. Pero también era el doble de fuerte que cualquiera de ellas, característica importante si la situación acababa en un combate físico.

—*He recibido una llamada de un oficial mahen llamado Jiniri.* —La voz sin cuerpo de Chur retumbó en el comunicador—. *Ahí fuera tenemos unos cuantos guardias de estación mahen y un montón de ciudadanos. Les he aconsejado que se mantengan apartados de la entrada; pero no... no me hacen caso...*

—¿Te encuentras bien, va todo bien ahí arriba?

—*Perfectamente, capitana.* —La voz de Chur era ronca y algo vacilante—. *Perfectamente.* —Ahora había sonado con más fuerza—. *Id con cuidado, ¿de acuerdo?*

Llegaron a la curva final del pasillo que conducía hasta la compuerta.

—Ya estamos —dijo Pyanfar a los monitores del corredor—. ¿Dónde se encuentran los kif? ¿Ves alguno?

—*No puedo decirlo con seguridad. No he oído nada en el tubo de conexión a pesar de que tengo los receptores al máximo. El comunicador... dicen que están ahí. Mahe... mahendo'sat, fuera. Personalmente, prefiero que estén.*

—Problemas, por todos los dioses. Diles que salgan. Rápido.

—*No quieren hacer caso... Están invocando el Pacto. Dicen... dicen... ya puedes suponer lo que dicen, malditos sean.*

Pyanfar quitó el seguro de su rifle. Hubo otros dos chasquidos haciendo eco al suyo y después dos ruidos distintos cuando Haral y Geran sacaron sus automáticas de las fundas, quitaron los seguros e introdujeron un cartucho en la recámara.

—Estamos preparadas. Empieza la secuencia de apertura.

La escotilla se abrió con un silbido. Cruzaron el umbral y se detuvieron ante la compuerta exterior.

—Pon el sello y saldremos —dijo Pyanfar.

La puerta se cerró tras ellas y la escotilla que tenían delante se abrió dando paso a

un tubo de conexión vacío, iluminado por una luz amarillenta, en el que hacía un frío tremendo.

Pyanfar avanzó rápidamente hasta el último punto en el que la curvatura del pasillo le ofrecía cierta protección. Mientras, Tirun avanzaba por el otro lado con su rifle preparado. Doblaron la esquina juntas, cubriéndose la espalda con tres armas.

No había ningún kif, el pasillo estaba vacío. Pyanfar avanzó trotando hacia el final del tubo iluminado por la claridad amarilla, y llegó hasta donde empezaba la rampa de bajada, una estructura metálica en pendiente que conducía hasta las puertas de presión y, una vez en ellas, a otro largo trecho sin protección que finalizaba en el muelle. Ahí abajo sí había alguien y, a juzgar por el ruido, se trataba de toda una multitud. Al final de esa larga rampa aguardaba un grupo de unos cuarenta civiles mahendo'sat junto con un puñado de guardias mahen, altas siluetas de pelaje oscuro entre las cuales destacaba el marrón de un tasunno, perfectamente visible entre el grupo. Y, dioses, toda una rareza en el centro de los presentes, una blanca piel stsho cubierta por delicadas telas que no paraban de moverse emitiendo todos los colores del arco iris. Al verlas, el grupo avanzó parlotando confusamente.

—¿Lo hueles? —murmuró Haral junto a ella.

Amoníaco: el olor característico de los kif. El muelle estaba sumido en la penumbra. Por el extremo más alejado de la nave se podían ver cien portales cada uno de los cuales podía esconder un francotirador. Si el viento no les hubiera venido antes por la espalda, su olor podría haberle delatado.

Pyanfar bajó rápidamente por la rampa, sus veloces pasos resonaban sobre la vieja estructura de acero, con Haral a su lado. Los mahendo'sat que esperaban abajo empezaron a gritar y a darse empujones, intentaban llegar hasta la rampa mientras los guardias luchaban por contenerlos.

Uno logró pasar y se plantó al final de la rampa justo cuando Pyanfar y Haral descendían el último tramo.

—¡Loca, loca! —Era un mahe que, por su aspecto, parecía un funcionario de la estación; una hembra que no paraba de agitar las manos ante sus rostros y gritaba mucho más alto que los demás, dominando incluso el nervioso parloteo del stsho—. ¡Tú vuelves a bordo, nosotros negociar, no problema, no traer armas a este muelle! ¡Tú mantenerte detrás de nuestros cordones de vigilancia, tú dejar que nuestra guardia se encargue, capitana hani! ¿Entendido? ¡Vuelve a tu nave! Nosotros arreglar conversación; ¡ir, hacer intermediarios, tú, kif *hakkikt!* ¿Entendido? ¡No bajas! Tenemos arreglos preparados, podemos acomodar... nosotros arreglar...

Haral y Pyanfar lo habían ensayado antes: ella podía encargarse de hablar con los mahe mientras su segunda en el mando vigilaba al grupo y Geran y Tirun vigilaban a derecha y a izquierda, con el familiar espacio de la rampa que ya habían explorado a su espalda. Sólo los dioses podían saber qué llamaba la atención de Khym. Pyanfar

no hizo caso de las manos que se agitaban ante su rostro ni del intento que hicieron por cogerla del brazo, y apartó sin contemplaciones a la funcionaria mahen de su camino.

—Vamos —dijo a su tripulación, y abandonó la rampa, siguiendo un rumbo paralelo a la fila de guardias que ahora tenían trabajo más que suficiente al intentar contener a los nerviosos dignatarios.

—¡Tú no ir! —gritó la hembra mahe, intentando ponerse nuevamente ante ella. Su negro rostro se retorció en una mueca de angustia—. ¡No ir!

Pyanfar la empujó levemente con el rifle, sosteniéndolo con firmeza, y el gesto hizo que del grupo escapara una mezcla de jadeo y respingo colectivo.

—Asuntos privados —dijo—. Saca a tu gente de mi camino, he intentado decíroslo antes... ¡Largo! ¡Fuera! ¡Poneos a cubierto!

—¡No traer armas! ¡Ir, ir tu nave, no hacer, no, no ir!

Y el stsho, que había logrado eludir a los guardias para lanzarse corriendo hacia ella, agitó sus blancos brazos ante su rostro:

—Rompes la ley del Pacto. Queja, nosotros hacemos queja ante esta bárbara conducta... Nosotros testigos...

—¡Fuera de aquí!

Un segundo empujón. El stsho retrocedió agitando locamente sus flacos miembros, retirándose entre un revoloteo de ropas tenues como gasas, emitiendo un rápido chorro de palabras en su lenguaje, intentando huir del lugar a toda velocidad.

—¡Ni shoss, ni shoss, knthi mnosith hos!

—¡Maheinsi tosha nai mas! —gritó la funcionaria mahe; y los guardias mahendo'sat le dieron la espalda a la multitud a la que intentaban contener para enfrentarse a los rifles hani con sus varas antidisturbios. En ese mismo instante, la multitud descubrió que ya no sentía el menor deseo de acercarse. Se oyó un murmullo de inquietud y los muelles quedaron en absoluto silencio.

—Que se muevan —dijo Pyanfar, agitando el rifle, cuidando todavía de que éste no apuntara a la funcionaria mahen—. *Hasano-ma*. Autorización de vuestro Personaje. ¿Me has entendido?

La hembra mahe se había retirado unos cuantos pasos para unirse al grupo de sus guardias. Estaba totalmente inmóvil, con sus pequeñas orejas pegadas al cráneo, pero al oírle decir «*Personaje*», éstas se irguieron de golpe. Su rostro se llenó de miedo puro y simple.

—Voz, tienes el rabo metido entre unas tenazas. Te aconsejo que vuelvas ahora mismo a la Central y no te muevas de allí. ¡Rápido!

—¡Capitana! —siseó Haral—. A tu izquierda.

Una sombra apareció por su flanco, emergiendo de entre la oscuridad que albergaba la maquinaria y las grúas del muelle... kif, y más de uno. La Voz mahen

giró en redondo y alzó su mano ante el grupo que avanzaba rápidamente.

—¡Alto! ¡Deteneos! ¡Rompeis ley! —La multitud empezó a chillar y a removerse y un segundo después todos habían huido, todos salvo la Voz y su puñado de nerviosos guardias.

Los kif se detuvieron al unísono como una oleada de sombras. Sólo uno siguió avanzando, una silueta envuelta en negras telas. Los demás se quedaron muy quietos, sosteniendo rifles en sus manos. En todo el muelle reinaba el silencio y sólo se oía el distante zumbido de los ventiladores, el golpe seco de las bombas y los ruidos, cada vez más débiles, de los civiles que huían.

Ley. La Voz había protestado, pero los ecos de su protesta eran débiles y casi inaudibles. En este momento Mkks se hallaba muy, muy lejos de la ley mahen. Y los mahendo'sat, que afirmaban tener el siempre disputado derecho al control de la estación estelar, sólo podían confiar en que se respetaran esas pretensiones cuando había naves de caza mahen en el puerto.

Estaba muy claro que en este momento no era así.

Las orejas de Pyanfar se pegaron a su cráneo y no hizo ningún esfuerzo para erguir las.

—¿Y bien? —le dijo al kif encapuchado que se había detenido a unos pasos de ella, mientras sostenía el rifle en posición horizontal entre sus manos—. Alguien llamado Sikkukkut nos invitó a venir aquí. ¿Eres tú su embajador?

El kif se acercó un poco más. Hubo un movimiento general de armas que se levantaban: la de Khym, la suya. Haral y Geran mantenían vigilado al grupo principal de kif y Tirun... Tirun, en la retaguardia, estaba fuera de su campo visual, pero Pyanfar estaba segura de que se encontraba allí atrás, y bien alerta.

El kif las miró con sus oscuros ojos ribeteados de rojo. La grisácea piel de su hocico, ya de por sí cubierta de arrugas, se frunció todavía más, y a continuación volvió a relajarse.

—Tengo mensaje, hani.

Extendió hacia ella una flaca mano que sostenía en el pulgar un pequeño anillo de oro, equilibrándolo con la garra.

Era de Tully. Pyanfar extendió su mano y el kif dejó caer el anillo en su palma, mostrando tan pocos deseos de ser tocado como los tenía ella de que la tocara.

—¿Se encuentra vivo el humano?

—Por el momento.

¿*Hilfy también?* Pyanfar hervía en deseos de hacer esa pregunta pero sabía demasiado bien que no debía dar ninguna indicación a los kif de cuáles eran sus puntos débiles.

Sus labios mantuvieron con un esfuerzo su desdeñosa mueca inicial.

—Dile a Sikkukkut que estoy dispuesta a conversar.

Un largo silencio.

El kif no se movió.

—Vienes a comerciar. El *hakkikt* te verá. Escogimos un terreno neutral. Traes tus armas. Nosotros también tenemos armas.

Era mejor de lo que había esperado. De hecho, resultaba una oferta tan buena que Pyanfar desconfió inmediatamente de ella.

—Podemos tratar el asunto aquí —dijo—. Ahora mismo.

—Esto requiere tiempo para ser discutido. Tú pides condiciones. Vivo, pero no está muy a gusto. ¿Cuánto retraso deseas tú?

Pyanfar movió el arma unos centímetros hacia arriba para dejar de apuntarle directamente, y frunció la nariz en una mueca de disgusto.

—Está bien —dijo, con la misma voz suave y tranquila que había empleado hasta ahora, como si jamás una hani le hubiera roto el cuello a un kif, como si nunca se hubiera derramado sangre en Gaohn—. Está bien. Ya haremos cuentas luego, kif.

—Sígueme. —El kif se volvió hacia los suyos con el revoloteo de una gran manga negra.

Pyanfar se puso en movimiento y oyó a su espalda el suave murmullo de unos pies sobre la cubierta: su tripulación la seguía entre leves ruidos de metal y correajes.

—Capitana... —El rápido golpeteo de unas garras sobre metal. La Voz la cogió nuevamente por el brazo—. No ir...

—Mantén a los kif lejos de mi nave. ¿Quieres mantener entera la estación?

La Voz se quedó quieta.

—Tú loca... —Las palabras parecieron perseguirla, despertando ecos en el vacío gris, rebotando en las paredes del muelle—. ¡Tú loca ir ese sitio!

2

Los kif se situaron a su alrededor como una escolta, sus negras túnicas formaban un muro en continuo movimiento bajo la penumbra del muelle. De sus cuerpos brotaba el seco olor del amoníaco mezclado con los acres aromas del incienso y los aceites. Las armas tintineaban a cada paso: rifles y pistolas tan ilegales como las de Pyanfar y su tripulación.

Habían atracado en la misma sección que la *Harukk* y gracias a eso no tuvieron que franquear ninguna de las puertas entre secciones. La oscura superficie del muelle se extendía hacia arriba. Se unía al horizonte que formaban los otros muelles de la estación, y terminaba en el imponente sello de la sección sobre el que parpadeaban las luces rojas: *peligro, peligro, peligro...* una precaución contra disturbios o catástrofes. Mkks se preparaba para lo peor.

En el espacio situado frente a los muelles, reservado como de costumbre a los bares y comercios que utilizaban los navegantes espaciales, los portales se fueron llenando de kif que permanecían inmóviles, observando cómo pasaban con ojos cargados de odio mientras hablaban en susurros. En los ventanales relucían los neones, las luces de sodio y argón; las vigas del techo estaban medio ocultas por un telón de humo que ningún sistema de ventilación era capaz de eliminar, formando una neblina luminosa bajo la potente luz de las lámparas del techo.

—Un condenado infierno mahen... —murmuró Haral, caminando junto a Pyanfar—. Este sitio está absolutamente lleno de kif.

Los kif parloteaban entre ellos, chasquidos y crujidos cargados de acentos inidentificables. Casi ninguno hablaba el kif que estaban acostumbradas a oír. Pyanfar sabía suficiente kif para comprenderlo medianamente, pero ahora andaba completamente perdida.

Pasaron ante más puertas de las que salían olores distintos, olores de especies que comían hierba. También oyeron extraños gemidos y quejidos: animales criados y encerrados ahí. Aunque las hani pertenecían a una especie cazadora, Pyanfar sintió que se le revolvía el estómago. Los kif se alimentaban siempre de seres vivos. Mientras éstos vivían al menos... Y los rumores decían que algunas veces llegaban a comerse a los de su propia especie, si habían sido derrotados.

El kif que iba delante se desvió hacia la pared interior y un pasillo lateral; le siguieron por el angosto corredor, pasando entre grupos de kif armados que se mantenían pegados al muro y que se apartaban de ellas al pasar.

—*Kk-kk-kk* —dijo uno de los kif, insultándoles. Khym se paró.

—*No* —dijo Pyanfar con voz sibilante; y Geran le cogió del brazo. Siguieron andando. Los kif formaban una masa compacta a su espalda y por delante de ellas. Habían quitado los seguros de sus armas ya al salir por la compuerta, y no habían

vuelto a ponerlos. Pero en este lugar no había nada que ganar. Ni tan siquiera los kif tenían nada que ganar aquí.

Las puertas se fueron abriendo ante ellas y finalmente entraron en una habitación iluminada con luces de sodio que apestaba a kif. A sus oídos llegó el inconfundible chasquido de sus voces, y un agudo gemido que no era kif murió bruscamente en un graznido.

—Aquí —dijo su guía encapuchado. Se detuvo ante una puerta abierta, extendiendo su brazo cubierto por la holgada tela de su manga—. El *hakkikt* os dará la bienvenida.

—Ya —dijo Pyanfar, entrando en la penumbra. Se apartó de la puerta nada más entrar y se pegó a la pared. Haral y el resto la seguían y muy pronto se encontraron entre una multitud de kif, perdidas entre las sombras y ese olor a papel viejo, incienso y vapores de amoníaco, tan fuerte que inutilizó su olfato para percibir cualquier otra pista.

Había sillas y mesas: kif sentados, kif de pie.

Y, al extremo de esa gran habitación, entre el brillo infernal de las luces y el humo en continuo movimiento del incienso, había dos siluetas de color claro, una de piel casi blanca, la otra entre rojiza y marrón.

El rifle de Pyanfar se movió bruscamente entre sus dedos, alzándose como si poseyera voluntad propia. A lo largo de la habitación, rifles y pistolas se movieron con un seco crujido que fue propagándose igual que una oleada, cien veces más fuerte que el ruido de su arma. Cinco de esos crujidos eran suyos. En las culatas de sus rifles las luces que indicaban «listo para hacer fuego» relucían igual que una constelación de estrellas ensangrentadas.

Después de eso no hubo movimiento alguno. Tenían la espalda pegada a la pared, y tanto Hilfy como Tully habían quedado rodeados por un anillo de kif erizado de rifles.

—¡Sikkukkut! —gritó Pyanfar—. ¿Te encuentras presente, *hakkikt*?

Sólo un kif había seguido sentado en un asiento con muchas patas. Se puso en pie lentamente, apartándose de la confusa silueta del asiento con una mano levantada.

—Me sorprendes, Chanur. Y ahora, ¿qué harás? ¿Vas a pedirme que les deje marchar?

—Oh, no. Voy a quedarme aquí. Todos vamos a quedarnos tal y como estamos ahora. Nadie se moverá, hasta que *mis* amigos lleguen aquí.

—¿Tus amigos?

—Dos naves de caza. Sólo para mantener equilibrada la situación mientras negociamos.

El kif bajó su mano con mucha lentitud. Al pasar ante el resplandor anaranjado de una lámpara, su cuerpo se convirtió en una masa de sombras. Las manos se movieron

hacia los lados, chorros de luz delinearon las mangas. Pyanfar sintió en sus oídos el seco resoplido del kif, su risa.

—Así que *ésa* era la razón de que pidieras un dique despejado a ambos lados. Bien, hani. Muy bien. —Señaló hacia sus prisioneros—. ¿Quieres llevártelos ahora?

Pyanfar no miró hacia ellos, evitando cualquier distracción. Mantuvo su arma apuntando hacia el pecho del *hakkikt*.

—Podemos tener un baño de sangre realmente grande, *hakkikt*. Deja que lo exprese en términos kif: tenemos ante nosotros un problema de *sfik*. Es mi orgullo lo que está en juego. Por lo tanto, vamos a permanecer aquí sin hacer nada, tal vez durante horas. Tenemos mucha paciencia. ¿Quieres enviar un mensaje? ¿Quieres desviar a mis amigos del muelle? Estupendo. También puedes lanzarte sobre nosotras. Pero en este caso, todo terminará aquí mismo.

El kif agitó sus manos en un gesto de despreocupada elegancia y volvió a instalarse en su silla semejante a un insecto, una masa negra perdida entre las negras columnas de su gente. A su lado tenía las dos siluetas que constituían la recompensa, las únicas manchas de blanco y de color que había en la estancia. Por el rabillo del ojo, Pyanfar notó que los prisioneros se habían movido y oyó un repentino jadeo de dolor.

—*Hakkikt*, yo dejaría de hacer eso ahora mismo —dijo—. Si alguno de los dos gritara, eso podría distraerme, ¿comprendes?

Sikkukkut alzó una mano.

—Cazadora Pyanfar, tendrías que haber sido kif. Bien, digo que haré un trato contigo.

Podían morir. Podían morir todos si ese kif se veía demasiado empujado por temor al ridículo. También podían morir si le resultaban inútiles o si confiaban en él. Pero era una oferta. Pyanfar aspiró lentamente una bocanada de aire.

—Estupendo. Esperemos a mis amigos.

—¿Existen realmente tales amigos?

—Existen, cierto.

—Tienes una nave muy rápida, cazadora Pyanfar.

Un kif... reconociendo la fuerza del adversario, casi admitiendo que estaba sorprendido. Que los dioses las ayudaran, parecía que intentaba mostrarse conciliador. Quizá todo fuera una burla, tal vez había cualquier otra oscura razón sólo conocida por los kif.

—¿Qué quieres? —le preguntó. Tenía que hacer la pregunta adecuada o ninguno de ellos saldría con vida de la habitación—. Querías tenerme aquí. ¿Para qué? ¿Cuál es la propuesta?

Un prolongado silencio.

—Skokitk —dijo el kif—. *Basta. ¡Skokitk!*

La silueta de piel pálida cayó sobre el suelo, recibiendo un fuerte golpe en las rodillas. La silueta de color rojo y marrón dio un paso y se inclinó sobre ella. Pyanfar no volvió la cabeza.

—Hilfy —dijo Haral—. Levántale con mucho cuidado y tráele hasta aquí.

—No —dijo Sikkukkut—. No sería prudente.

—Entonces, esperaremos —dijo Pyanfar—. Hilfy, ¿se encuentra bien?

—De momento sí —dijo Hilfy. Oyó una respiración espasmódica y vio como la silueta de piel pálida volvía a levantarse, ayudada por Hilfy—. De momento...

—Arreglemos este asunto entre nosotros —dijo Sikkukkut. Apoyó un codo sobre el arco que formaba una de las patas de su asiento y reclinó su larga mandíbula en la mano—. Olvidemos todos estos problemas sin importancia y hablemos como aliados.

—¿Aliados? Sí, en el infierno mahen.

—Mkks es terreno neutral. Podemos darles la bienvenida a tus amigos en cuanto vengan.

—Esperaremos.

—Entonces, realmente van a llegar...

—Desde luego. Y tus naves siguen teniendo pegado el morro a la estación. Son unos blancos perfectos.

—Si tuvieras intenciones de morir, primero habrías acabado con tu pariente.

—Quizá.

—Por lo tanto, esos aliados no tienen intención de abrir fuego sobre nuestras naves, al igual que no la tenías tú. Pretendes salir de aquí. Yo también. Por lo tanto, lo que buscas debe seguir intacto. Yo estoy en la misma situación.

Típico pensamiento de kif, un auténtico laberinto.

—¿Qué buscas, kif?

—A ti —dijo Sikkukkut. Irguió su cuerpo con gran lentitud y se puso en pie, como una nube de humo recortada contra el resplandor de las luces—. Estás aquí. Y tus aliados también lo estarán. No soy un comerciante. El comercio... no me interesa. Las transacciones que yo hago son distintas. Joven Chanur... puedes cruzar la habitación. Hazlo muy despacio.

—Tully... —oyó Pyanfar que decía Hilfy—. Vamos.

—No —dijo Sikkukkut—. Él es nuestro. Puedes irte, joven Chanur.

Silencio.

—Hilfy —dijo Pyanfar. Sus ojos no se apartaban nunca de Sikkukkut; el arma permanecía inmóvil—. Ven aquí. Ahora.

—¡Él...!

—¡Ahora!

Un movimiento lento y cuidadoso. Los kif se agitaron, ocultando la blanca silueta de Tully. Pyanfar mantuvo inmóviles sus ojos, confiando en que Haral y las otras

vigilarían al resto de los kif. Ella ya había escogido su blanco particular. Oyó un susurro junto a ella, la áspera respiración de Hilfy que ya había llegado.

—Dadme un arma —dijo Hilfy con voz ronca y cargada de cansancio, una voz en la que se adivinaba el deseo de matar.

—No te muevas —murmuró Pyanfar—. Chiquilla, quédate quieta... No te metas en la línea de tiro de nadie.

—Saquemos a Tully de este lugar.

—Con el tiempo —dijo Sikkukkut—. Quizá.

—¿A qué viene ese quizá? —preguntó Pyanfar.

—¿Cuándo llegarán esos *amigos* tuyos? —preguntó Sikkukkut.

—Deben estar entrando en el sistema —dijo Pyanfar. Sikkukkut agitó su brazo y la tela de su manga barrió el aire, como acelerándose en una serie de pequeños movimientos—. Estáte quieto, *hakkikt*.

—Ah.

—Te lo aconsejo: no te muevas. —Su disparo acabaría con Sikkukkut. La respuesta bastaría para hacerla desaparecer a ella, su tripulación y la pared que tenían detrás—. No es buen momento para salir del muelle, aunque pudieras llegar a tus naves. *Hilfy, fuera. Sal de aquí.*

—También negociaré —dijo Sikkukkut— con tus aliados. No hay necesidad de apresurarse. —Empezó a caminar de un lado a otro, la única silueta en movimiento en toda la habitación—. Después de todo... —Siguió caminando. Más cerca de ella. Abriendo sus brazos en una oscura oleada—. Dispara, cazadora Pyanfar. O admite que he sabido juzgar lo que pretendes hacer.

—No me presiones, kif.

—*Civilización*. ¿No es así como lo definís? ¿*Amistad*? Los mahendo'sat que morirán a causa de tu temeridad son tus amigos y aliados. Tu propia vida es todavía más preciosa. Yo seré tu aliado, cazadora Pyanfar, igual que lo fui en Kshshti. ¿No es cierto? Hubo otros que pretendían conseguir a esta joven hani y a este humano. Fui yo quien los consiguió. A partir de entonces, y gracias a ello, estuvieron a salvo. ¿No se trata eso de una demostración de *amistad*?

—¿Quieres vernos fuera de aquí antes de que los demás lleguen a la estación? ¿Se trata de eso?

—Haré un trato *contigo*, cazadora Pyanfar. ¡Nankhit! Skki sukutkut shik'hani skkunnokkt. ¡Hsshtk!

Los rifles bajaron uno a uno con cierta reluctancia entre los kif. Pyanfar sintió en sus músculos un lento y prolongado estremecimiento; su corazón retumbaba entre sus costillas. Pero su rifle siguió inmóvil, sin temblar.

—Puedes irte —dijo Sikkukkut.

—Haral. Saca a todo el mundo de aquí.

—Capitana...

—¡Muévete! —Pyanfar oyó un ronco gruñido—. *Khym*. Fuera.

—Vamos —oyó decir a Haral. Tragó aire y oyó el susurro de la tela y los silenciosos pies hani, el ligero tintineo de las armas al moverse.

Y se encontró sola. Sola, en una habitación llena de kif. Con Tully y Sikkukkut.

—¿Planeas morir así? —le preguntó el *hakkikt*.

Su nariz se arrugó en una sonrisa hani.

—¿Te doy miedo, kif?

Sikkukkut empezó a caminar nuevamente de un lado a otro y finalmente se dirigió hacia Tully que estaba sujeto por unos kif. Le puso una mano sobre el hombro. Suavemente.

—Un último trofeo. Lo conservaré durante un tiempo. Puede que te entregue otro a cambio de tu *sfik*. Tu tripulación sigue fuera. ¿Obedecen tus órdenes, son capaces de entenderlas?

—Las entienden y me obedecen.

El kif la contempló desde el sombrío interior de su capucha, su rostro era invisible debido al resplandor de las luces.

De nuevo lanzó su reseca carcajada. Apartó su mano del hombro de Tully.

—Naves de caza.

—Vendrán.

—*Skhi nokkthi*. —Sikkukkut se retiró nuevamente a su asiento y, mientras tanto, un susurro de telas le indicó que algo se movía a su lado. El kif tendió la mano hacia la mesa que había junto a su silla de múltiples patas, sobre la que reposaba una jaula metálica. En su interior algo correteaba lanzando chillidos enloquecidos y arañando el metal: cuando la mano del *hakkikt* se cerró sobre él, lanzó un chillido aún más fuerte que se interrumpió bruscamente. El kif metió al ocupante de la jaula dentro de su boca y sus mandíbulas se movieron rápidamente durante uno o dos segundos. Luego cogió una copa labrada y escupió en ella.

Pyanfar agachó las orejas.

—¿Deseas sentarte a mi mesa? —le preguntó Sikkukkut—. No, ya me lo había figurado. —Una mano de huesudos nudillos señaló hacia Tully—. Debes saber que no ha pronunciado palabra alguna desde el día en que le capturamos. Ni una sola palabra. De vez en cuando emite algún sonido. Me encanta este *sfik*. Sus palabras son preciosas, un tesoro. Quizás acabe entregándomelas.

Intenta apartarlo de mí, quería decir el kif, haz algo al respecto si es que puedes.

—Los mahe te dieron este pasajero en Punto de Encuentro —dijo Sikkukkut—. ¿Era eso todo? ¿Fue esto todo lo que te trajo la *Mahijiru*? Dientes-de-oro. ¿No es el nombre que le das a ese mahe? Ismehanan-min es su nombre. Somos viejos conocidos. Hablé con él de la alianza, pero tenía sus dudas. —Una vez más,

Sikkukkut alzó su copa metiendo el hocico dentro y apartándola unos segundos después para mirarla—. Creo que todo esto es mero fanatismo y prejuicios.

—Me trae sin cuidado lo que pienses. Hablemos de Tully, ¿quieres?

—Yo fui *skku* de Akkukkak. Tu dirías más bien vasallo. Y heredero potencial, para usar términos hani, que pueden resultar engañosos. Me hiciste un buen servicio.

—¿Te refieres a la muerte de Akkukkak?

—Incluso a ella. Nuestros intereses han coincidido más de una vez. Por ejemplo, este humano. ¿Te has fijado en el *stsho*? Muy fuera de lo normal. Los *stsho* enviaron emisarios, incluso aquí, a Mkks. Cuando los comedores de hierba levantan tal polvareda, es que se trata de algo importante. Y ese algo existe, hani. Desde Llyene hasta Akkt y Mkks. Incluso Anuurn. Sólo una estúpida rechazaría mi oferta, y tú no eres una estúpida.

—No. No lo soy.

Sikkukkut apartó la copa a un lado.

—¿Es la *Mahijiru* una de esas naves?

—No. Según creí entender, me dijiste que se había perdido.

—Quizás. *Ismehanan-min* está siempre lleno de sorpresas.

—¿Y la gente de Tully? ¿Qué fue de ellos?

Un encogimiento de hombros kif.

—Por todos los dioses, tenías un anillo. Vino de la *Ijir*. ¿Cuál es tu parte en todo eso?

—Tengo mis agentes, incluso entre los esbirros de Akkhtimakt. Ese anillo ha viajado mucho, ¿no? Igual que el mismo Tully. Quizá quieras devolvérselo.

—¿Te apoderaste de esa nave?

—¿Yo? No. Fue Akkhtimakt. Es él quien tiene esa recompensa. Yo tengo la mía. Vuelve a tu nave. No me gustaría crear un malentendido con tus aliados que están a punto de llegar. Si mis naves sufrieran daños en el muelle... ya me comprendes. Sería un gran error.

—También lo sería hacerle daño. Quieres hablar. De acuerdo: devuélvemelo y tendrás tu conversación. Además, obtendrás algo más. Estoy en condiciones de prometerte que no dispararemos.

Hubo un largo, largo silencio.

—Ah. *Promesas*. Otro término hani. Algunos hani conceden a las promesas el valor de *sfik*. Los *mahendo'sat* son distintos. Me quedaré con este humano para asegurar vuestra buena conducta. Pero a cambio de tu promesa, te daré otra.

—Quiero que vuelva conmigo. Vivo, y sin haber sufrido daños.

—No existe ninguna palabra kif que signifique «promesa». Cuando tus aliados estén aquí... lo prometo. —Las arrugas subieron y bajaron por el oscuro hocico del kif, acentuadas por la luz—. Te digo la verdad. Deberías darme las gracias, hani.

Otros en mi lugar hubieran caído sobre tu gente en los muelles de Kshshti. Los encontré en un callejón. Pero no fui yo quien los puso en movimiento.

—Akkhtimakt.

—Sus agentes. Si hubiera logrado apoderarse de ellas no hubieran tenido ninguna posibilidad de ayuda. Las he protegido. Comparativamente hablando.

—Tully... —Pyanfar seguía sin mirarle. No deseaba ver esos ojos, esa expresión confiada en sus pupilas azules que sólo lograba confundirla y hacer que sintiera un nudo en sus entrañas—. Tully. Quieren que me vaya. Unas horas más, pocas. Lograré que vuelvas, Tully.

—Perfecto —dijo él con voz débil y pastosa—. Pyanfar. Ve.

—Kkkt. Sabe hablar.

Pyanfar permaneció muy quieta. Puntos, por los dioses: Tully se había apuntado un tanto sobre el *hakkikt* y quizá no lo sabía. Su rifle seguía apuntando constantemente a Sikkukkut, sin atreverse a mirar hacia Tully.

—Promesas —dijo—. Tus naves están a salvo. Tan a salvo como lo está Tully.

El silencio volvió a prolongarse.

—Hablaremos —acabó diciendo Sikkukkut—. Él y yo. Mientras esperamos a que des tu acuerdo. Vuelve a tu nave. No tienes dónde elegir, hani. Y ten mucho cuidado.

—Haz tú lo mismo. —Retrocedió hacia la puerta y llegó a una arcada donde la brillante luz del vestíbulo apenas si alcanzaba la periferia de su campo visual. A un lado había luz: rojo, azul y marrón hani. A la derecha, sólo el negro de los kif. Continuó apuntando al *hakkikt* en el interior de la habitación—. Quieres un trato, kif —dijo, hablando con la penumbra—. Una alianza. Se lo preguntaré a mis aliados. No lo echés todo a rodar, ¿eh?

Sólo obtuvo el silencio por respuesta. Quizá casi todos los presentes esperaban que ella abriera fuego y devastara el interior de la estancia. La mayoría de los kif en su caso lo habrían hecho aunque con ello perdieran, especialmente contando con la presencia de Tully. Lo destruirían todo, tanto la esperanza de pérdidas como la de ganancias.

Pero quizás un kif muy arrogante no pensara de ese modo.

O una hani con amigos ahí dentro. En su orgullo, Sikkukkut confiaba en conocer a las hani. Sus ojos no se apartaban ni un segundo de la solitaria sombra sentada bajo las luces. A la derecha del *hakkikt*, entre los guardias, vio el pálido rostro de Tully, pero se negó a fijarse en él. En el interior de la habitación los indicadores de fuego de un centenar de rifles relucían con un maligno brillo rojizo.

Pyanfar se apartó bruscamente a un lado, sintiendo cómo sus hombros giraban sobre la pared. Tras rebotar en ella partió al trote hacia su tripulación que estaba cubriendo a su capitana de los kif del vestíbulo.

—Tully... —dijo Hilfy.

—Aún no podemos sacarle de ahí.

—Dame un arma —dijo Hilfy, tirando de la muñeca de Geran—. Por todos los dioses...

—Por todos los dioses, *muévete*. —Pyanfar apartó a Hilfy de Geran con una sola mano y la llevó prácticamente a rastras por el vestíbulo. Hilfy, con las garras escondidas, intentó volverse para golpearla pero Khym la cogió por el otro brazo.

Hilfy luchaba sin emitir ni un solo sonido. Se debatía tan frenéticamente que acabó perdiendo el equilibrio. Khym la cogió en volandas y se la llevó por todo el vestíbulo hasta doblar la esquina. La llevó en brazos hasta llegar a los muelles. Hilfy todavía luchaba pero ahora más débilmente, pero Khym no aflojaba su presa sobre ella.

Pyanfar mantuvo la marcha sin dejar que nadie se retrasara. Había kif, kif por todas partes, en todos los umbrales del muelle, inmóviles junto a las grúas de las naves.

A lo lejos se veía el pestañeo de luces azuladas en la pared que dominaba dos diques: naves que estaban a punto de llegar, una a cada lado de la *Orgullo*.

—Le sacaremos de ahí —le prometió a Hilfy, que seguía jadeando mientras el grupo avanzaba hacia su objetivo—. Le sacaremos.

La rabia de Hilfy se fue calmando a medida que sus jadeos se hacían más fuertes y entrecortados. Khym la soltó y ella se apartó de su lado; tambaleándose, siguió al grupo con pasos vacilantes y las adelantó.

Rabia y pena. No era la jovencita que había perdido algo y lo había vuelto a encontrar. Todo esto era demasiado profundo para la alegre Hilfy de siempre. Pyanfar sentía un agudo dolor en sus entrañas al ver cómo se encorvaban sus hombros. Se dio cuenta de lo que le había ocurrido y sintió ese dolor que nadie es capaz de consolar o curar. Se había vuelto demasiado vieja para ofrecer ningún consuelo. Ya no estaba ante esa sobrina a la que balanceaba cogiéndola del cinturón; a la que hacía reír con historias que tanto le agradaban; que le preguntaba dónde iba la nave, cómo había sido el viaje y a qué se parecían las estrellas.

Hilfy caminaba por delante de ellos, tropezando de vez en cuando. Había manchas de sangre en sus pantalones y también en el vello de sus hombros. Tenía la melena revuelta y cubierta de sangre seca.

Y las naves estaban llegando.

—Chur —dijo Pyanfar por el comunicador de bolsillo una vez que llegaron al pie de la rampa—. Chur... ya estamos aquí. —Miró hacia atrás. Tirun seguía al final del grupo con el arma preparada, cubriéndolas contra la posibilidad de un ataque desde el otro extremo del muelle, donde estaban los comercios llenos de sombras y de kif. Los mahendo'sat y el stsho habían desaparecido para ocultarse, dejándolas abandonadas.

—¿Están con vosotras? —La voz que le respondió desde el puente era débil y entrecortada.

—Hilfy viene con nosotras —dijo Pyanfar. Cuando empezaron a subir la rampa, Hilfy irguió las orejas. Era la primera muestra de animación desde que la habían encontrado—. Tuvimos un pequeño problema en cuanto a la liberación de Tully. Ahora intentamos solucionarlo.

Sus orejas se abatieron de nuevo.

—Uhhh —dijo Chur, o quizá fuera que el comunicador no había logrado captar lo que decía—. *La compuerta está abierta. La Vigilancia y la Aja Jin vienen hacia aquí; todavía no han reducido velocidad. Piden instrucciones.*

—Ya. —Instrucciones de Pyanfar—. Confirma lo acordado. —Un comunicador de bolsillo sin la protección adecuada no era el mejor lugar para hablar de eso. Pyanfar empezó a subir por el helado metal de la rampa, girándose cada tres pasos. Tirun se había puesto a cubierto usando la protección de la rampa y ahora estaba junto a la consola de control de la grúa, barriendo lentamente el muelle con su rifle. Por fin entraron en el pasillo y Pyanfar se volvió nuevamente a mirar. Haral estaba junto a ella, automática en mano—. ¡Tirun! —gritó, y Tirun echó a correr, el cuerpo encogido, subiendo velozmente por las planchas metálicas entre una tempestad de ecos.

Una vez dentro atravesaron a toda prisa la compuerta, con Tirun aún falta de aliento, hasta encontrarse seguras en los pasillos internos de la *Orgullo*. Geran lanzó un juramento, de puro alivio. Tirun volvió a poner el seguro de su rifle y empezó a usarlo como bastón para caminar.

—Ya no sirvo para las carreras —murmuró mientras se quitaban las automáticas y volvían a colgar los rifles en el armario. Hilfy iba delante de ellas por los corredores, con las orejas gachas; subió la primera en el ascensor y, ya calmada, mantuvo la puerta abierta para que entraran. Pero nadie la tocó. *Bienvenida a casa, chica, bienvenida a casa. Me alegro de que estés bien, al menos.* Nadie osó correr ese riesgo.

Ni ha vuelto ni está bien, pensó Pyanfar, contemplando el joven perfil de su sobrina en tanto que el ascensor subía: las orejas hacia atrás, la boca tensamente apretada para soportar el silencio. *Por todos los dioses, sobrina, hice cuanto pude.*

El ascensor las dejó en el nivel del puente. Salieron de él sin seguir ningún orden en particular. Khym fue con ellas, pasando de largo ante su camarote, a pesar del baño y de todos los demás atractivos que ofrecía. Estaban sucias, sentían aún el frío de los diques y apestaban a kif. Habían traído *ese* olor a la *Orgullo*.

Chur hizo girar el asiento de copiloto cuando entraron en el puente, y el inexorable movimiento de la maquinaria puso en evidencia todavía más la débil y encogida silueta de la hani vendada que yacía medio derrumbada sobre el acolchado.

Pero alzó las orejas y levantó la cabeza hacia ellas.

—Me alegro de verte, niña.

Hilfy cruzó el puente y se inclinó sobre Chur, dándole un buen apretón en el brazo.

—Me alegro de verte —dijo Hilfy con voz ronca—. Pensé que habían acabado contigo. Dioses, pensé que habías muerto.

—Ya. Pues no —Chur apoyó la cabeza en el respaldo en tanto que los demás la rodeaban. Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos estaban fijos en Pyanfar—. Capitana, he mandado el mensaje de confirmación. No hemos recibido ni la más mínima ayuda por parte del control de estación mahendo'sat. Sólo el control de tráfico: la Central está completamente muda. Han estado muy preocupados desde que nuestros amigos entraron en el sistema. Tienen miedo. No abren la boca salvo para los mensajes imprescindibles.

—Bueno —Pyanfar apoyó la mano en el respaldo del asiento—. Será mejor que te vayas ahora mismo a la cama.

—Comida —dijo Chur—. Ese asqueroso brebaje para el salto... Quiero una taza de gfé.

—Yo iré a por ella —dijo Khym. Dejó el rifle (dioses, encima de la consola, sin nada que lo sujetara) y se fue.

—¡Ponle el seguro a eso! —dijo secamente Pyanfar. Khym se quedó inmóvil y miró a su alrededor, intentando averiguar qué había hecho mal esta vez. Pero Tirun ya había cogido el arma, junto con la de Chur.

—La tengo yo, capitana. Él me la había dado.

Pyanfar asintió con la cabeza y se dejó caer sobre el borde de la consola mientras Khym salía del puente. No pensaba mostrarse piadosa con él, en lo más mínimo. La tripulación siempre andaba buscando formas de cubrirle. Y no lo hacían sólo porque fuera un macho, o porque fuera su esposo, sino porque se lo había ganado: si al menos tuviera el suficiente sentido común como para apreciarlo... Al pensar sobre ello el frío de sus entrañas cedió un poco. Un poco. Ese cansancio vencido que se evidenciaba en los hombros encorvados de Hilfy, esa mirada vacía de todo lo que no fuera los problemas actuales... todo eso quedaba fuera de su alcance.

—¿Cuánto les falta a nuestros amigos para la última reducción? —le preguntó a Chur, mientras entregaba su rifle a Haral—. ¿Tenemos algo digno de confianza por parte de la Central?

—Detecté la primera alarma —dijo Chur, señalando vagamente hacia el ordenador y al cronómetro que tictaqueaba en la pantalla del monitor número dos—. Supongo... supongo que nuestras naves estarán reduciendo velocidad ahora mismo, pero es posible que Jik decida no ceñirse al protocolo. No podemos confiar en que los kif nos avisen de ello, ¿verdad?

Un modo muy suave de expresarlo. Operaciones muy complicadas con el ordenador a cargo de una tripulante que bastante trabajo tenía en mantenerse recta en su asiento.

—Se acabó el turno para ti. Ahora les toca a Tirun y Haral. El resto nos asearemos un poco y luego volveremos. Venga, pronto tendremos compañía.

Un breve silencio y luego una rápida mirada de Haral.

Un interrogante. *¿Qué haremos? ¿Quedamos aquí sentadas?...* Quedarse inmóviles en el muelle no parecía la opción más prudente. *¿Crees que aún hay una oportunidad de salir con bien de todo este embrollo?*

—Envía un mensaje a esas dos naves —dijo Pyanfar—. Cuéntales que hemos vuelto a bordo. Diles que hemos hablado con los kif y que ya hemos hecho la mitad del trabajo. Los kif quieren seguir hablando.

—¡Tully sigue ahí! —dijo Hilfy, girándose de repente e inclinándose hacia ella por encima de la consola. Su voz estaba a punto de quebrarse y sus palabras sonaron más bien como un bufido—. Cuatro días, tía... cuatro días estuvieron trabajándole...

—Entonces lo hemos realizado en un tiempo récord —dijo Pyanfar en un tono frío, muy frío, porque sabía que Hilfy deseaba que le respondiera con pasión—. Yo pensaba que habían sido cinco. Le sacaremos de ahí.

—Le están haciendo pedazos —Hilfy se puso en pie y retrocedió un par de pasos—. Ese bastardo kif dispone de todo el tiempo necesario para ello.

—Hicimos todo lo posible.

Hilfy tragó aire con mucha lentitud.

—Sí —dijo por toda respuesta.

—Envía ese mensaje —le indicó Pyanfar a Tirun. Después se quitó el cinturón con su automática y la entregó a Haral para que la guardara en el armario con las demás. Luego se volvió hacia Hilfy—. Ve a lavarte. Aún no hemos acabado, sobrina.

—De acuerdo —contestó Hilfy. Se dio la vuelta y se marchó.

—Tú también —ordenó Pyanfar a Chur—. Geran, sácala de aquí.

—Quiero mi gfé —protestó Chur.

—Estupendo. Cuando vuelvas te estará esperando, recién preparado. —Se quedó inmóvil en tanto que Geran ayudaba a su hermana a levantarse del asiento de Haral, y la sostenía en el trayecto hasta la puerta—. Quédate en el camarote de Khym, ¿de acuerdo? Quiero tenerte cerca de los controles, puede que me hagas falta para montar guardia.

—Bien —dijo Geran respondiendo por Chur, mirándola por última vez antes de marcharse.

La situación, después de todo, no era tan terrible como habían temido: los rehenes no habían muerto, Mkks no había sufrido daños... Eso era todo lo que podía haber ocurrido incluso antes de que atracaran en el muelle. Lo que habían conseguido era

prácticamente un milagro: habían entrado ahí y habían liberado a Hilfy.

Pero no bastaba.

Haral se deslizó en el asiento que Chur había dejado libre, volvió a ponerlo en funcionamiento y empezó a trabajar con su incommovible calma de siempre, apartando su mente de los muelles inmediatamente para centrarse de nuevo en esos tableros de control en los que tantos errores podían estar esperándola. Pyanfar se aseguró de que la puerta del armario que contenía las pistolas estuviera bien cerrada y oyó el chasquido electrónico del cerrojo.

—Será mejor que la cámara de acceso y el sensor de movimientos sigan conectados. No podemos controlar esas puertas de ahí abajo.

—Bien —dijo Haral. Extendió la mano para teclear la secuencia y los números sin dejar su anterior tarea en tanto que los números iban pasando velozmente en las otras secciones del ordenador.

—Tengo una confirmación de la última reducción —dijo Tirun, con la conexión del comunicador en su oreja—. Capitana, acabo de recibir confirmación de la *Aja Jin*. Los saludos del capitán y dice que apenas llegue aquí la verá.

Pyanfar miró el cronómetro. Ahora existía una distancia de dos minutos luz, dos minutos como tiempo de respuesta entre ellas y las naves que se aproximaban.

—Comprendido —dijo. Dos minutos a la velocidad de la luz. Mucho más tiempo para una nave que acababa de perder los restos de su energía lumínica para entrar en el mucho más lento marco de referencia de la estación, y mucho más tiempo aún para los muelles—. Voy a buscar ese baño.

El caos y la muerte podían surgir en cualquier momento. Podían ser atacadas. Sentía que sus rodillas temblaban y que su cuerpo empezaba a pasar factura de las privaciones sufridas. Aún tenía tiempo para darse un baño y beber algo; mientras tanto, los controles estaban a cargo de las tripulantes más veteranas de la *Orgullo*. No habría errores, no habría decisiones emocionales ni imprudencias. Alabados fueran los dioses.

Dejó que ellas se encargaran de todo y anduvo por el pasillo, desabrochándose el cinturón mientras caminaba.

Hilfy había ido a los camarotes de la tripulación, ahora vacíos. Sola. No era lo que Pyanfar deseaba pero no podía hacer nada, no tenía nada más que ofrecerle.

Luego haremos la fiesta, niña. Cuando sea el momento.

Que los dioses nos ayuden a todas.

Abrió la puerta con la secuencia adecuada y se dirigió en línea recta hacia el baño. Dejó caer los pantalones en el depósito de la ropa sucia, y colgó el comunicador en la pared del baño, allí donde pudiera llegar hasta él desde la cabina de la ducha; y puso en funcionamiento la cálida neblina del baño lanzando un suspiro.

Puñados de vello desaparecieron por el desagüe entre sus pies... dioses, sólo la

mitad se debía al salto: el asunto con los kif había hecho que el resto se cayera de puro miedo. Y mientras, se enjabonaba y se iba aclarando. Luego bajo el agua caliente intentó recobrar el control de su mente, planeando una y otra vez cuál iba a ser la siguiente tirada de dados. Sabía muy bien que los kif guardaban uno o dos ases en la manga.

Y cuando alargaba la mano para desconectar el ciclo de secado, sonó el comunicador.

—Dioses, ¿qué? —preguntó Pyanfar, agarrando el comunicador de un manotazo, esparciendo chorros de agua en el suelo. El corazón le latía con fuerza. Las duchas y, en realidad, cualquier momento que se permitía estar lejos de los controles, estaban empezando a volverla paranoica. Lo sabían; no sabía cómo, pero todo el universo estaba enterado de cuándo se hallaba con la guardia baja.

—Tenemos un kif en el pasillo de acceso —le contestó la voz de Haral—. Capitana, jura que es *tuyo*.

3

—Tú. Kif. —Pyanfar se inclinó sobre la consola de comunicaciones y vio al intruso en la cámara que habían montado estando en *Kefk*, una silueta encorvada y cubierta con su túnica negra bajo el resplandor amarillo que iluminaba su tubo de acceso. Ahí fuera hacía frío y no era un lugar apropiado para permanecer demasiado tiempo. El aliento del kif formaba una blanca nubecilla sobre la oscuridad de su silueta—. Kif, aquí Pyanfar Chanur. Puedes hablar conmigo desde ahí. ¿Tienes algo nuevo que comunicarme?

—Mi nombre es Skkukuk. Déjame entrar, Chanur. El *hakkikt an'nikktukktin* me ha enviado.

—Antes me veré en el infierno mahe.

—Entonces, debo congelarme aquí.

—*¡Saca tus despojos medio helados de mi tubo de acceso!*

El kif permaneció inmóvil y luego alzó los brazos. Las mangas cayeron hacia atrás, mostrando sus largos y negros miembros carentes de vello y sus flacas manos provistas de garras retráctiles.

—La seguridad de Chanur es la mía. Le ofrezco mis armas.

—Biblioteca —le musitó a Haral; y Haral se lanzó sobre el ordenador, intentando ver lo que Lingüística era capaz de sacar en claro de esa frase. Mientras tanto Pyanfar intentó ganar tiempo, sintiendo cómo se le erizaba el vello de la espalda—. Kif. Skkukuk. ¿Qué esperas de mí?

—Espero descubrir.

—Capitana —murmuró Haral—, la biblioteca no tiene nada sobre eso.

—Soberbio. Por todos los... *Kif, aceptarás mis órdenes, ¿no?*

—Soy de Chanur.

Pyanfar quitó el sonido y se irguió.

—Sólo los dioses saben qué puede significar eso. Estamos ante toda una situación —dijo, y se quedó boquiabierto al ver que la pantalla número cuatro, en la cual aparecía toda la información del control de tráfico y de la central de la estación, se cubría repentinamente de caracteres kif—. Que los dioses les frían...

Tirun manipuló rápidamente los controles, pero no hubo ningún cambio en la pantalla.

—Ésa es la emisión de control de navegación —dijo Tirun, tecleando a la máxima velocidad de sus dedos. La traducción empezó a surgir en la pantalla: *Dificultades de transmisión*. En otro lugar del tablero de comunicaciones empezaron a parpadear las luces, indicando las comunicaciones urgentes que llegaban de la *Vigilancia* y la *Aja Jin*, que habían visto cómo sus monitores de navegación se llenaban de caracteres kif.

Durante un instante todo se convirtió en un caos, en tanto que Haral maldecía y

empezaba a probar distintos sistemas. Las imágenes se sucedieron en una rápida secuencia sobre los monitores.

—¡Dioses! —siseó Pyanfar, apartando de su mente al kif y la compuerta, sintiendo que le esperaban desastres mucho peores. Hizo sonar la alarma general para convocar a la tripulación en el puente—. ¿Tenemos algo que transmitirles?

—La estación no pone obstáculos a eso —dijo Haral—. Podemos mandar a nuestros amigos de ahí fuera nuestra imagen de observación, teniendo en cuenta que nuestra posición no es gran cosa. Lo que sí podemos hacer es servirles de faro para el muelle.

El ascensor estaba funcionando en la popa. La tripulación acudía de los niveles inferiores al puente tan aprisa como podían llevarles sus pies y el mecanismo del ascensor de la *Orgullo*. La alarma seguía sonando a ráfagas, ahogando periódicamente cualquier otro sonido.

—Mensaje de la central —dijo Tirun—. Los kif dicen... transmiten saludos del *hakkikt* y aseguran que no van a interferir en la maniobra de atraque de nuestras naves. Tenemos otra llamada: stsho... una protesta. Mahendo'sat: un grupo está enviando una protesta a los kif y piden que se les rescate. Parece que están atrapados en algunas tiendas al final del muelle y temen salir de ellas. Quieren que venga la policía. Mientras tanto los kif dicen que las cuadrillas mahen se encargarán del atraque de la *Vigilancia* y la *Aja Jin*... Otra vez saludos del *hakkikt*.

Un leve ruido, el silbido del acolchado de un sillón al ser aplastado; era Chur, que había llegado al puente sin ayuda y ocupaba su sitio. En el corredor se oyó ruido de pasos.

—¿Qué tenemos? —preguntó Chur, sin más rodeos.

—Tenemos que los kif se han apoderado de toda la maldita estación —murmuró Pyanfar—. Tenemos que en nuestro condenado acceso hay un kif, los dioses se lo lleven... ¡*Vuelve a la cama!*

—Dame eso —le murmuró Chur a Tirun, su mente va concentrada en los controles. Las dos se enfrascaron en una conversación casi inaudible, entre el parloteo del comunicador.

Una tormenta de pasos, el chirrido de unas garras sobre las planchas del suelo: más cuerpos ocuparon los asientos, uno, dos, tres. Haral informó brevemente con voz tensa a los recién llegados de lo que ocurría y Pyanfar la dejó hacer, descubriendo que en sus pantallas iba apareciendo cada vez más información a medida que los monitores cobraban vida. La *Vigilancia* y la *Aja Jin* seguían con su maniobra de aproximación a los muelles.

—Negativo. No hay fuego ni disparos —respondió a la pregunta formulada por los mahendo'sat que se acercaban—. Dales la información disponible, Tirun. —Hizo dar media vuelta a su asiento y vio el puente de la *Orgullo* más concurrido de lo que

lo había estado nunca desde Kshshti: tanto Hilfy como Khym estaban en sus puestos —. Los kif cuentan con nosotras para que no armemos escándalo y ayudemos a calmar las cosas —les dijo a todos en voz baja—. Por los dioses, nos están presionando con toda la fuerza que tienen a su disposición. Esos bastardos kif, que los dioses les maldigan, *saben* que no dispararemos las primeras sin que haya provocación.

Hilfy volvió su cabeza hacia ella.

—Tienen a Tully —dijo secamente sin añadir nada más. Estaba claro que eso representaba toda una diferencia.

Y que los dioses se cubrieran de plumas si Pyanfar deseaba verse obligada a hacer algo que ya la había hecho pensar que estaba loca por hacer sin que nadie la obligara: quedarse sentada en el muelle en vez de arrancar todas las conexiones y salir corriendo con lo que había conseguido salvar...

—Bueno, también nosotras tenemos un prisionero —repuso Pyanfar, ante el desconcierto de Hilfy, cuyas orejas se inclinaron a causa del asombro. Pyanfar conectó un canal con el comunicador que había en el tubo de acceso—. Skkukuk. ¿Qué hacemos contigo?

El kif se había encogido formando una bola. Al oírla se puso en pie.

—Me estoy congelando, cazadora Pyanfar.

—Bien. ¿Qué tal si te vuelo la cabeza? ¿Le gustaría eso al *hakkikt*? ¿Le has ofendido en alguna forma?

—No tengo la menor posición ante él.

—¿Acaso esperas conseguirla?

—Carezco de toda esperanza, a menos que tu *sfik* sea más grande de lo que parece.

Pyanfar pegó las orejas a su cráneo.

—Kif, ¿quieres vivir?

—Naturalmente.

—Entonces, desnúdate y mete todas tus ropas en ese compartimento. Luego ve por el corredor principal. Y espera ahí.

El kif se inclinó en una reverencia, sus manos quedaron nuevamente ocultas dentro de sus mangas.

Pyanfar se acercó al tablero y tecleó la secuencia de apertura de la compuerta exterior. Hizo girar luego su asiento y se encontró con Hilfy, que la miraba con las orejas aún pegadas al cráneo.

—Tenemos un artículo dotado de *sfik* ahí abajo, y no se trata de Tully. Ya veremos lo que nos han mandado. Transmite a la *Vigilancia* y la *Aja Jin* que intentaremos seguir con este juego y que nos quedamos en el muelle; ellas pueden hacer lo que quieran.

—Tenemos ya imagen de observación y la estoy mandando —dijo Haral—. Jik dice que va a entrar en la estación.

—Quieran los dioses que no esté bromeando —replicó Geran.

—Así sea —murmuró Pyanfar. En su mente aparecían una y otra vez imágenes de un ataque. Un rápido barrido del muelle por parte de cualquiera de sus dos aliados y todo habría terminado. Pero confiaba en Jik. Ésa era su esperanza—. Khym, vamos.

—¿Vas a bajar ahí? —preguntó Hilfy, haciendo girar su asiento.

—Ten la nariz bien pegada a ese tablero, jovencita. *No te muevas de ahí*. Ven, Khym. Éste es asunto tuyo.

Las orejas de Khym se irguieron rápidamente. No había parecido tan animado desde que le hicieron entrar en acción y soportar el fuego real en los muelles durante el jaleo de Kshshti.

Mientras bajaban en el ascensor sostenía en la mano su pistola de bolsillo y se ajustó un comunicador en el cinturón con la potencia puesta al máximo. Khym sólo contaba con sus manos desnudas y, desde luego, no estaban nada mal... a menos, pensó ella, que el kif que había en su compuerta tuviera un cuchillo o algo peor. Los dioses eran testigos de que la *Orgullo* no era una nave de combate: carecían de precauciones de seguridad y de los detectores necesarios. Debían actuar siguiendo su intuición, correr el riesgo...

... lunática, dijo una vocecilla. Poner en peligro la *Orgullo* por un humano harapiento y medio loco.

—Ve con cuidado —le dijo a Khym mientras el ascensor seguía bajando. Quitó el seguro de su pistola—. Quieran los dioses que no haya decidido que estamos fanfarroneando y se haya traído una granada...

—Y si es así, ¿qué harás? —le preguntó Khym.

—¡Intentaré devolvérsela, por los dioses! ¿Cómo quieres que lo sepa? —La sola idea hizo que se le erizara el vello de la nuca. Apretó el botón del comunicador interno—. Haral, abre el pestillo de esa compuerta interior cuando yo te lo ordene.

La puerta del ascensor se deslizó a un lado. Pyanfar salió de él detrás de Khym, con el arma preparada en la mano.

—¿Ahora, capitana? —preguntó Haral.

—¡Ahora!

A un pasillo y medio de distancia se abrió la compuerta interior de la entrada. Pyanfar cogió a Khym por el brazo y le arrastró hacia uno de los lados del pasillo, desde donde podrían ver mejor y estar algo más a cubierto.

El kif dobló la esquina igual que una resbaladiza mancha de aceite negro, y luego se inmovilizó a una buena distancia de ellos dos en el mayor pasillo que poseía la *Orgullo*: una silueta inmóvil, desgarrada, de un color negro grisáceo, con las manos

extendidas para demostrar que estaban vacías.

—Está bien —dijo Pyanfar, sin apartar ni un solo instante su arma del vientre del kif—. Mantén esas palmas bien abiertas, kif, y que yo las vea siempre.

—El aire apesta.

—Ahí fuera también, kif. Ahora acércate un poco más... párate ahí. Khym, ve al compartimento y trae sus ropas. Examínalas por si hay armas.

—Llevan sólo mi cuchillo y mi pistola —dijo el kif.

—Estupendo. Muévete, Khym.

Khym obedeció y, por la forma en que se movía, estaba claro que no le hacía demasiada gracia tener que recorrer ese trozo de pasillo. Al pasar junto al kif sus orejas se pegaron al cráneo. El kif volvió levemente la cabeza con los hombros encorvados y al hacer ese gesto su prolongada mandíbula adquirió la extraña gracia de un reptil. Luego invirtió su gesto, volviéndose de nuevo hacia ella. Sus manos se alzaron, mostrando las palmas vacías.

—Eres mío, ¿eh? —dijo Pyanfar con áspero sarcasmo—. ¿Qué se le ha metido en la cabeza a Sikkukkut para hacer este intercambio? No pienso abandonar al humano, todavía quiero recuperarle, ¿entiendes?

El kif movió lentamente sus manos.

—Entiendo.

—Pues responde, bastardo sin orejas. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperando —dijo.

—¿Esperando qué?

Un encogimiento de hombros kif.

—No lo sé.

—Si vas a seguir hablando en acertijos, kif, te arrancaré la piel.

Khym apareció de nuevo en el corredor a espaldas del kif sosteniendo en sus manos una masa de cuero y tela negra.

—Un cuchillo y una pistola —dijo—. Nada más.

—Dale sus ropas.

Khym las dejó caer junto al kif.

—¿Puedo vestirme? —preguntó éste.

Pyanfar movió la pistola, como señal de asentimiento. El kif inclinó la cabeza y, moviéndose con gran lentitud, recogió sus pertenencias. Por un instante las sostuvo ante su pecho con ese encogimiento de hombros y ese movimiento de cabeza tan peculiar de los kif. Bastaba con que se moviera un poco para que las luces y sombras jugaran sobre su piel negra y gris, cubierta de arrugas, dándole durante un instante un aire siniestro y adquiriendo un segundo después una apariencia abatida y patética.

Pyanfar sintió que se le erizaba el vello de la espalda.

—Khym, abre ese lavabo. Skkukuk, métete dentro.

La cabeza del kif se alzó hacia ella.

—No vale la pena —dijo Skkukuk—. Entrégame mis armas y yo te entregaré a tus rivales.

—¡Dentro!

—Sirvo a un estúpido.

—No es lo bastante estúpido como para que piense darte la espalda, kif. O te ha enviado Sikkukut o te ha echado de su nave, y en ninguno de los dos casos quiero tener nada que ver contigo.

La cabeza de Skkukuk pareció hundirse entre sus hombros. Se dio la vuelta con la misma gracia de serpiente que había mostrado antes y cruzó la puerta del lavabo. Pero Pyanfar creyó que había logrado apuntarse un tanto.

—Coge sus otras pertenencias y entrégaselas. El viejo refugio de Tully... —le dijo Pyanfar a Khym, que permanecía inmóvil ante la puerta del lavabo.

—¿Vamos a quedarnos con esta criatura a bordo?

—Dale sus cosas.

Khym arrojó las botas y el cinturón a través del umbral, pero conservó la pistola y el cuchillo. Luego cerró la puerta y conectó el cerrojo.

—Lo más probable es que lo destroce todo —dijo.

—Eso sería el menor de nuestros problemas.

—¿Qué pretende, por todos los dioses?

—Cuando hayas logrado adivinarlo, cuéntamelo. —Pyanfar volvió a poner el seguro de su pistola, y descubrió que sus rodillas parecían haberse vuelto de gelatina—. *Maldita sea*, tengo un kif en mi nave y él quiere saber la razón de que esté a bordo... ¿cómo quieres que lo adivine? Tengo naves que se acercan, tengo una estación en manos de los kif y éstos se dedican a un juego que no comprendo... —Se dio la vuelta y fue hacia el ascensor, volviéndose de nuevo antes de llegar a él—. Quédate vigilando aquí abajo. Asegúrate todas las veces que haga falta de que ese condenado cerrojo sigue entero. Guarda bien esas armas y, por todos los dioses, si se te ocurre abrir la puerta de ese lavabo... no me importa si el kif estalla en mil pedazos, pero si abres esa puerta te arrojaré al espacio y ese kif irá detrás de ti. ¿Me has entendido bien?

Las orejas de Khym se pegaron al cráneo y su mandíbula se aflojó.

Pyanfar se dirigió al ascensor.

—Y cuando yo te diga que le des algo a quien sea, no quiero que se lo tires al vuelo, ¿entendido? —gritó volviéndose hacia el pasillo.

La puerta se cerró. Khym seguía mirándola.

Mientras la cabina salía disparada hacia arriba, Pyanfar se apoyó en la pared. Estaba temblando, por los dioses, y entonces pensó: *comida*. La necesitaba desesperadamente.

Pero no había tiempo para eso.

—Haral, ¿qué ocurre?

—Están entrando en la distancia crítica.

—¿Las dos?

—Sí, capitana. Vienen las dos.

Por lo tanto, no se trataba de un ataque. Tanto la *Vigilancia* como la *Aja Jin* pensaban atracar en los muelles sin dejar atrás nada que pudiera proteger sus vulnerables espaldas.

La cabina se detuvo y la puerta se abrió. Pyanfar fue por el pasillo hacia el puente.

—*Se guían por nuestro faro* —decía la voz de Haral por el comunicador, detectando el avance de Pyanfar por los altavoces del pasillo—. *Ahora los kif están emitiendo señales de guía. Se mezclan con las nuestras, de momento son idénticas. Capitana, tenemos otro problema. Gente de la estación. Tenemos los tableros atascados con mensajes y preguntas. Ahí fuera reina el pánico.*

Pyanfar masculló un juramento y apretó el paso. Un motín en la estación... esto bastaba para que se coagulara la sangre de cualquier navegante espacial.

—Tenemos que mantener seguro este muelle —dijo, entrando en el puente. Ni una sola de las ocupadas cabezas que había en él se volvió cuando su voz adquirió bruscamente un cuerpo—. Hilfy, sé cortés. Dile a esa gente de la estación que tenemos problemas con un francotirador en esta zona y que se mantengan lejos de ella. —Se dejó caer en su asiento y lo hizo girar con un zumbido hasta su posición habitual de trabajo. Las pantallas le mostraron toda la información que la *Orgullo* era capaz de recoger con las emisiones de la estación tan drásticamente reducidas.

—Quizá los kif estaban de acuerdo en filtrar esas llamadas de la estación —dijo Haral.

—Es mejor dejarlas pasar, de ese modo el pánico no será tan grande. Lo último que necesitamos ahora son diez mil ciudadanos acercándose en busca de noticias.

—Uhhnn. —Haral envió otra lista por el tablero—. Aquí tengo algunos mensajes que quizá quieras ver.

Pyanfar examinó la pantalla.

Saludos del hakkikt: se ha reanudado el sistema de transmisión de imágenes de observación a las naves que se aproximan. El sistema funcionará con precisión.

El Personaje pide urgentemente información...

Protestamos ante esta acción tan imprudente como irresponsable. Presentaremos las protestas ante la autoridad stsho...

Saludos del hakkikt, las dotaciones del muelle han recibido órdenes de ocupar sus puestos...

Alabados fueran los dioses.

Jik, de la *Aja Jin*, entró en el puente, Jik... solo: entró como un navegante medio aturdido buscando el bar adecuado, con su negro rostro tan lúgubre y preocupado como siempre. Llevaba un collar de oro y media docena de brazaletes; un ancho cinturón de oro y bronce sobre un faldellín a rayas bronce y púrpura; y por encima de todo esto, dos cuchillos y una pistola automática en una funda negra, un arma capaz de hacer volar la mitad del puente por sí sola. Jik no solía escatimar nada en cuanto a su atuendo y equipo, y el estado actual de los muelles no era precisamente de los que invitaban al optimismo.

—Muy a tiempo, Jik —le dijo Pyanfar.

—¿Ves? Decirte que este nuevo motor aguantaría, ¿afirmativo? Tú número uno lista, Pyanfar, manejar bien esta nave. *Ker Hilfy*, me alegra ver tú viva.

—*Na* Jik... —Educada, conteniendo sus emociones—. Me alegra verte.

Nada de «¿cuándo vamos a entrar ahí, cuánto vamos a esperar? Dadme un arma». *Hilfy* había decidido cumplir con sus funciones, ser una más de la tripulación. Pero si había sonreído alguna vez desde su rescate, había sido con una sonrisa tan medida que resultaba casi imperceptible.

Y había pasado varias horas esperando.

Todo el mundo había estado esperando. Y seguían esperando, ocupando sus lugares en el puente, incluso *Chur*, que se hallaba en su asiento envuelta en vendajes.

—Tú muy dura —afirmó Jik, señalando con la cabeza hacia *Chur*. *Chur* agitó las orejas—. Yo paso *na* *Khym*, dice tiene que montar guardia en corredor abajo. *Clan Ehrran* tiene segura vuestra compuerta. —Jik apoyó su algo ruidosa magnificencia sobre la consola más próxima y empezó a mordisquear una de sus garras no retráctiles. Parecía tan cansado como el resto. Sus ojos estaban rodeados de pequeñas arrugas y junto a las comisuras de su boca se observaban surcos bastante profundos—. También tengo guardia hani y hacer tomar posiciones en muelle. Esa *Ehrran* poner mucha seguridad en torno a nosotros, ¿eh? Pero también tener gatillo rápido. Eso preocupar mí.

—Por todos los dioses, Jik... ¿le has echado una mirada a este muelle?

Se encogió de hombros. Frunció el ceño y levantó los ojos hacia ella.

—Problemas, seguro. Montones de llamadas, gente estación montón pánico. *Kif*. —El ascensor estaba funcionando al otro extremo del pasillo—. Trabajo número uno primera clase llegar aquí, hani. Trabajo número uno primera clase tener otra vez *ker Hilfy*.

—Aún no hemos terminado. Todavía tenemos que salir de aquí, no lo olvides. — Sus orejas se volvieron hacia el ruido del ascensor, y sus ojos miraron rápidamente en esa dirección. *Khym* avanzaba por el pasillo con una expresión ceñuda en su rostro. Cuando llegó al puente, *Pyanfar* estaba preparada para acogerle con una expresión idéntica: había dejado su puesto sin que nadie le autorizara para ello. Pero el ascensor

había vuelto a bajar, alguien lo había Llamado. Pyanfar oyó el ruido que hacía al funcionar.

—Pido disculpas —dijo Khym con voz algo tensa—. Ehrran viene hacia aquí. Lo he dejado todo limpio.

Pyanfar descifró sus palabras según el mismo código que él había pretendido usar: se había encargado de que el lavabo no atrajera la atención de ningún extraño. Política e intrigas: Khym no era ningún tonto en esos asuntos. Jik no hizo ninguna pregunta y, tan indolente como de costumbre, empezó a mordisquear otra de sus garras. El ascensor funcionaba de nuevo. Tirun y Geran se pusieron en pie; Hilfy ya se había levantado un segundo antes. Haral permaneció sentada ante su tablero.

—Muy buena capitana —dijo Jik en un murmullo, refiriéndose a los huéspedes que estaban a punto de entrar—. Llegar justo donde debía; buena nave, la *Vigilancia*. También maldita loca estúpida. Yo quizá gustar dejar una nave fuera de muelle, algo lejos de aquí... asustar esos kif. Pero esta hani asusta *mí*, ¿eh? Igual que tener chi por aliado: locura. Así que yo hacerla venir también ella al dique. Mantener ojo sobre ella. Te odia, Pyanfar. Quizá quiere tú tengas accidente.

Las orejas de Pyanfar se abatieron bruscamente y un instante después el mismo gesto se repitió a lo ancho de todo el muelle, exceptuando tan sólo a las pequeñas orejas del mahe vestido de oro y bronce.

—Maldita bastarda... —dijo Pyanfar—, pero no creo que lo sea hasta tal punto. Le gustaría que los kif se encargaran de ello.

El ascensor se abrió al final del pasillo y de su interior salió una oleada de hani armadas, con pantalones negros y atuendos rojo y oro.

—Desde luego, se ha traído una buena cantidad de tripulantes —murmuró Tirun—. ¿Cuántas tiene en su nave?

—Comprobé los datos en Kshshti —respondió Haral, también en un murmullo—. La *Vigilancia* lleva unas ciento cincuenta tripulantes. Mucho papeleo oficial, ya sabes...

—Qué raro —dijo Geran—, cuando nos faltaban manos para la *Orgullo* jamás pareció que pudieran prescindir de nadie.

—Qué raro —dijo Pyanfar—, me habría encantado rechazar su oferta.

El Ojo del *han* entró en el puente tan inmaculada como siempre, con su barba y su melena sedosa adornadas con brazaletes de bronce. Sus pantalones de seda negra pertenecientes al uniforme de un clan Inmune, estaban perfectamente limpios y planchados; la automática colgaba de su cadera dentro de una pulida funda de cuero negro. Elegancia. Riqueza... ¿*qué intenta conseguir?*, se preguntó Pyanfar. ¿*Atraer a los bandidos y a los kif?* Sus orejas se negaron a erguirse. Su pulso no quería mantener la calma. Que los dioses se llevaran al clan Inmune y a toda su ralea. Funcionarias del gobierno, siempre rellenando papeles.

—Hubiese sido mejor haber evitado todo esto —dijo Rhif Ehrran. Lo que quería decir: «*lo has echado todo a perder*»—. Las transmisiones que nos llegaron de la central venían *todas* en kif. ¿Acaso nos proponemos negociar bajo estas condiciones?

Rhif Ehrran miraba única y exclusivamente a Jik, sólo a Jik. Rehuía los ojos de Pyanfar.

—Nos las arreglaremos —repuso Pyanfar dado que Jik guardaba silencio. Rhif Ehrran volvió la cabeza hacia ella con el grado exacto de lentitud necesaria.

—Espero que sí.

No lograrían nada discutiendo. La Inmune no hacía más que recoger quejas sobre los asuntos y tratos del clan Chanur, incluso en estos momentos. La lista era ya bastante larga.

—Vamos —dijo Jik—. Quizá tiempo que hemos hablado ya bastante largo tal y como humano ése lo cuenta, ¿eh? Queremos él vuelva. Val-i-oso, ¿eh?

—Lo único que debemos hacer es ir ahí.

—Eso no representa ningún problema —dijo Pyanfar. Se apoyó deliberadamente en el brazo del asiento que había dejado libre Tirun, tan relajada e informal como Jik, mientras que la Inmune y sus tripulantes seguían de pie—. Entramos ahí y salimos sin ningún problema. Los kif se están mostrando realmente muy amistosos.

La enviada del *han* se volvió hacia ella, con sus orejas cargadas de anillos pegadas al cráneo.

—¿Quieres entrar de nuevo ahí, Chanur? Quizás esta vez puedas terminar el trabajo.

—Todo irá perfectamente bien. Estás delegando tus funciones en Chanur, ¿verdad que sí?

Jik se puso bruscamente en movimiento, irguiendo el cuerpo con un estruendo metálico de armas.

—No bromas —dijo dirigiéndose hacia ellas—. Tenemos problema número uno serio. No tiempo peleas hani. Tenemos un humano, tenemos mal problema. Maldito condenado gran jaleo, kif tienen estación, tienen montones gente asustada, hace mucho tiempo no oigo nada autoridad mahen esta central. ¿Tienes modo de entrar ahí, amiga Pyanfar, afirmativo?

—Sólo hay que pedirlo. Ese kif nos dejará entrar a toda velocidad. Lo que no puedo garantizar es la salida.

—¿Cuántos kif?

—La última vez había unos cien, tal vez más. Ésos son los que vi en la habitación. Si te refieres a los que había en el muelle... oh, puede que cuatro o cinco mil. Puede que más aún. ¿Tienes algunos datos actualizados sobre Mkks?

—Entrar ahí es una locura —dijo Rhif Ehrran.

—¿Tener idea? —le preguntó Jik.

—Para empezar, ya consideraba una locura el venir a este muelle con tres naves —dijo Rhif Ehrran—, pero tus opiniones al respecto diferían de las mías.

—¿Qué quieres tú? ¿Disparar sobre muelle? Tenemos ciudadanos ahí.

—Capitana, se recibe una señal —dijo Haral, haciendo girar su asiento.

Los ojos de Pyanfar ya se estaban moviendo sobre los tableros, examinando la imagen de observación que un segundo después apareció en la pantalla principal situada encima de los asientos de control.

Todos los presentes en el puente clavaron sus ojos en la pantalla. La tripulación se lanzó hacia sus puestos sin necesidad de orden alguna. Pyanfar hizo lo mismo, dejando que Jik, Rhif Ehrran y las demás se arreglaran como pudieran.

—Por todos los dioses, conseguí la identificación, ¿qué señal es ésa? —Hizo girar su asiento y sintió que algo pesado se apoyaba en el respaldo. Era Jik, que examinaba las pantallas: Pyanfar no protestó, estaba demasiado ocupada como para dejar que algo la distrajera.

—¡Emisiones stsho! —exclamó Hilfy.

—Mejor que lo sean, por los dioses —dijo Tirun—. Los kif podrían...

—Pregunta a la estación —dijo Pyanfar.

Una luz se encendió en el tablero de salida del comunicador: confirmación del mensaje emitido.

—Aquí la *Orgullo de Chanur* —gruñó la profunda voz de Khym, en tanto que otras luces indicaban que el resto de la tripulación también estaba actuando—. ¿Qué está haciendo esa nave ahí fuera?

Bien sabían los dioses que no seguía la etiqueta habitual en las comunicaciones: iba directo y sin perder tiempo.

—Khym, dame la respuesta —dijo Pyanfar. Al ver que Rhif Ehrran venía hacia ella como si intentara darle algún consejo, añadió—: No te acerques. Maldita sea, estamos trabajando.

—...*del hakkikt, Orgullo de Chanur, esta información es privada.*

—¡Pásame la emisión! —dijo Pyanfar y ésta fue transmitida a su tablero—. ¡Kif, saludos de Pyanfar Chanur, por todos los dioses, si le ponéis una sola mano encima a ese stsho, nos soltaremos del muelle y nos llevaremos toda la pared con nosotras! ¿Qué sucede ahí fuera?

Un largo silencio.

—Dame ese tablero de contacto —dijo Rhif Ehrran, apoyándose en el respaldo de su asiento.

—No en mi puente.

—El stsho se marcha —dijo Haral—. Se dirige al exterior del sistema, en dirección hacia el nadir...

Unas noticias algo mejores.

—...del hakkikt, Orgullo de Chanur, *el stsho salió del muelle sin haber solicitado permiso y sin ninguna ayuda. No se trata de un ataque. No fue autorizado. No hubo provocación.*

—Central, ¿ha sufrido algún daño la estación?

Un instante de silencio.

—*Estamos autorizados a informar que sí.*

—Tenéis problemas, ¿eh, kif?

Silencio.

—No les provoques —dijo Rhif Ehrran—. Chanur, pásame el tablero.

—Hhhuh. —Era Jik—. Dejar. Obtener código nave. No contacto.

—Es la *Nsthenishi* —informó Hilfy—. El ordenador dice que su puerto de salida es Rlen Nle.

—Eso será cuando empiece a llover hacia arriba —dijo Ehrran—. Los stsho nunca han salido de puertos tan alejados como ése. Te apuesto huevos contra perlas a que es Llyene. Esa nave viene directamente de la capital.

—Cuando entramos pude ver un stsho en el muelle —dijo Pyanfar—. No sé de dónde pudo salir.

—*Mensaje del hakkikt* —dijo la voz de la central—. *La situación actual en la estación puede provocar incidentes. Se ha permitido que sus aliados entraran en contacto con Chanur. ¿Está preparada ahora para negociar cara a cara, o debemos esperar todavía más retrasos?*

—No habrá más retrasos. Vendremos con nuestras armas, kif.

Silencio.

—*El hakkikt dice: todos los bandos irán armados, caza dora Pyanfar.*

—Ahí estaremos —dijo Pyanfar—. Dentro de un cuarto de hora, más o menos. — Rhif Ehrran se inclinó hacia adelante y Pyanfar la apartó del micrófono direccional con el antebrazo.

—Maldita seas... —dijo Ehrran.

—*Es aceptable.* —Contestaron los kif.

Pyanfar cortó la comunicación.

—¿El stsho sigue en su curso? —preguntó, volviéndose hacia la derecha.

—Así es —dijo Haral.

—Controla esa emisión. —Pyanfar hizo girar su asiento y alzó los ojos hacia Jik—. Bien, esta vez intentaremos sacar a Tully. ¿Todos listos?

—No posees autoridad para negociar —dijo Rhif Ehrran—. A partir de ahora, deja el asunto en nuestras manos. Ya tienes todo lo que podías conseguir sin demasiados problemas. Nos serías de mayor utilidad si permanecieras aquí.

—Sin problemas, ¿eh? —En los tableros seguían efectuándose las operaciones de rastreo y traducción. Pyanfar se puso en pie y contempló las espaldas de su

tripulación—. Dejad en acción sólo los puestos de Hilfy y Chur. Haral, pásale el control a Chur. Vamos a dar un pequeño paseo por los muelles, eso es lo que haremos... —Y, cuando Hilfy hizo girar su asiento con la boca ya abierta, añadió—. Hilfy, sobrina... tu presencia representaría toda una provocación para ellos, creo que ya lo sabes. Te quedarás aquí.

—Tía... —Hilfy se puso en pie.

—*Sfik*, sobrina. Te guste o no, representas uno de los premios que hay en este embrollo. Ponerte de nuevo al alcance del *hakkikt* es provocar que los kif utilicen más trucos. Quédate aquí y no te muevas, y deja que Chur se encargue de hablar con la central. Ahora, intentemos *sacar* a Tully de ahí, ¿eh? Eficientemente y sin hacer demasiado ruido, por su propio bien.

Hilfy apretó ferozmente las mandíbulas. Sus orejas estaban echadas hacia atrás y sus garras se hundían en el respaldo de su asiento.

—Bien —dijo. Todas se estaban levantando excepto Chur. También Khym se había puesto en pie. El grupo de las Ehrran se encontraba inmóvil a un extremo del puente, una masa de pantalones negros entre los cuales estaba *ker* Rhif, con el ceño aún fruncido. Jik tenía la espalda apoyada en un compartimento de datos y se rascaba detrás de una oreja.

—¿Va a encargarse de dirigir esto? —preguntó Rhif Ehrran con voz indignada—. Capitán Nomesteturjai, llevé a cabo esa misión a petición de su gobierno porque creí entender que se trataba de una petición personal suya y...

—Mi gobierno mismo pide vaya con lo que ahora ocurre —dijo Jik—. Mismo pide tenga paciencia, honorable. Chanur tiene cosa organizada, ¿eh?

—Venga —dijo Pyanfar—. Las armas, Tirun. Pongámonos en movimiento de una vez.

—Bien —dijo Tirun y apartó a un par de tripulantes de Ehrran que se encontraban ante el armario de las pistolas y rifles.

—Tengo una identificación positiva de ese carguero *stsho* —dijo Chur—. Y no piensan pararse por nada.

—Ir *casa* —dijo Jik—. Montones de problemas tener.

—Por todos los dioses —dijo Ehrran—, ¿qué más hace falta? Ya tenemos a un *stsho* metido en este incidente, los *tc'a* y los *chi*...

—También tener ciudadanos *mahendo'sat* en la estación —replicó Jik con voz punzante. Sus pequeñas orejas estaban pegadas al cráneo—. Quizá mismo agente *mahen*, ¿eh?

—¿Su agente?

Jik se encogió de hombros.

—Quizá. Quizá no. Tener que comprobar archivos. Pero yo apostar otra cosa: cuando *Sikkukkut* venir aquí, algún maldito kif que escapar hablar con autoridad kif

en sistema de Harak. Cuatro, cinco días hace. Quizás otro ir a Kshshti. Tenemos que mover, tenemos que arreglar cosa, ¿afirmativo, Pyanfar? Pronto quizá todo maldito montón kif aquí mismo.

—Vamos —dijo ella. Cogió el rifle que le tendía Geran mientras Haral se abrochaba el cinturón de su automática. Khym aceptó el rifle que le ofrecía Geran y comprobó rápidamente el seguro.

—Espera un momento, Chanur —dijo Rhif Ehrran—. No pensarás llevarle ahí fuera... a él no, ¿verdad?

—No me lo llevo a ningún sitio. Viene por voluntad propia.

—Chanur, eso es el límite. Tengo un dossier sobre ti que se remonta a...

—No me cabe la menor duda.

—Mira, Chanur... —Las orejas de Ehrran, que estaban pegadas a su cráneo, se irguieron con un esfuerzo convulsivo. Alzó una mano en la que relució una de las garras, cuidadosamente controlada—. Puedes practicar tus enloquecidas teorías sociales en tu propia nave; eso es asunto tuyo. Pero si planeas meterle dentro de una negociación delicada y, además, entregarle un rifle...

Maldita sea, di algo, pensó Pyanfar deseando que Khym hablara. Pero él no pensaba decir nada. Tenía las orejas gachas, humillado y ofendido. Todas estas emociones se almacenaban en su interior, y el estallido que Ehrran estaba esperando no haría sino confirmar todos los viejos prejuicios a los que ella estaba sirviendo. Machos inestables. Histeria. Rabia asesina e incontrolable. Khym mantuvo la cabeza baja y volvió a poner el seguro del rifle. Y la miró.

Era un pésimo tirador. Pero los kif respetaban su inmensa talla, y en caso de que se llegara al combate cuerpo a cuerpo, ese temor era justificado.

—Prefiero tenerle a mi espalda... antes que a otras —dijo Pyanfar articulando con mucho cuidado las palabras. Se colgó el rifle del hombro evitando ostentosamente la mirada de Ehrran. De pronto pensó que sería conveniente una última ojeada a Hilfy—. Y no te muevas de aquí arriba, ¿entendido?

Porque, oh, dioses, abajo tenían a un invitado kif; y lo último que deseaba en estos momentos era tener que preocuparse por Hilfy y Chur con un kif suelto por la nave.

—Sácale de ahí —dijo Hilfy.

—Lo haré.

—Chanur —dijo Rhif Ehrran—, haré constar en el informe tu insistencia en que viniera y su participación en el asunto.

—Perfecto. Quizá puedas entregárselo al propio *han* en persona. O puede que ninguna de nosotras tenga que preocuparse por todo esto, ¿verdad? —Agitó su mano izquierda—. ¡Vámonos!

—No puedes dar órdenes en este asunto.

—Nos vamos —dijo Jik, apartándose del compartimento en el cual había estado apoyado.

—Ese cuarto de hora se está acortando —dijo Pyanfar. Se quedó la última. Vio cómo los pantalones negros de Ehrran cruzaban la puerta seguidos por Jik y su propia tripulación. Miró hacia atrás por última vez y cruzó el umbral, reuniéndose con Jik a mitad del pasillo.

—Tengo unos pocos mi tripulación esperando fuera —dijo Jik al verla a su lado—. Vigilan nave.

—Quizá fuera mejor que Chanur y Ehrran entraran ahí solas y que tú y los tuyos os encargaraís del muelle —dijo Pyanfar con cierta reluctancia—. Los kif te conocen, Jik. Te conocen realmente bien. Puedes quedarte aquí y servirnos de apoyo a Ehrran y a mí; eso es cuanto nos hace falta.

Jik se frotó la nariz.

—Largo tiempo yo cazo kif. Seguro ellos querer mí. Lo mismo querer ti, Pyanfar. Querer mucho malo. Quizás incluso querer enviada *han*, ¿eh? Pero mente kif, eso ser cosa loca: nosotros matar kif, no importar, eso dar nosotros montón *sfik* con ellos. Nosotros no tener *sfik*, ellos primero de todo comer corazón nuestro, seguro eso. Tenemos *sfik*, quieren comer nuestro corazón... pero al mismo tiempo piensan quizá sacar *sfik* de nosotros en otra forma. Como hacer trato con nosotros. Como quizás esperar que nosotros dar más problemas a sus rivales que dar a ellos, ¿eh? Todos ir hablar con Sikkukkut. Si no, perder *sfik*.

—Sabes lo que estás haciendo, ¿eh? —dijo Pyanfar.

—Claro —dijo Jik con voz animada—. Seguro primera clase.

Eso no la tranquilizaba demasiado. Tampoco le resultó muy tranquilizadora la puerta del lavabo junto al que pasaron en el corredor de abajo, camino de la compuerta: cuando miró hacia ahí, se le erizó el vello de la nuca.

Mátale, decía el instinto. Mata ahora mismo al rehén kif, deja que se esfume sin un solo rastro. Que Sikkukkut se devane los sesos intentando averiguar qué ha podido ocurrir.

Pero ¿dónde estaba el *sfik* de tal acción y qué se suponía que debía hacer con tal regalo? ¿Comportarse como una idiota y dejar que se perdiera?

Un mercante *stsho* había salido ya de la estación, huyendo del muelle presa del pánico. Sólo con que hubiera un solo disparo en ese muelle y los comerciantes se asustaran, era posible que huyeran más naves de los diques de *Mkks*... naves a las cuales les faltaban las obsesivas tendencias pacifistas de los *stsho*. Por ejemplo, y era un ejemplo muy grande, estaban las naves de los respiradores cíe metano.

Era una trampa, por supuesto. De pronto habían perdido el ritmo de los acontecimientos y habían tenido que aceptar el que imponían los kif, intentando recuperar el preciado objeto de todo este juego que seguía en poder de los kif.

Y jamás había existido kif alguno que entregara lo que poseía sin obtener un beneficio a cambio.

En los muelles reinaba un extraño silencio. En puntos estratégicos se podían distinguir algunos pantalones negros pertenecientes a miembros del clan Ehrran armados con rifles, aunque indudablemente había otros que no resultaban visibles. Otras dos tripulantes de Ehrran permanecían inmóviles en el interior de la rampa, vigilando el acceso y la compuerta de la *Orgullo*. La solitaria silueta de una mahendo'sat con una pistola automática, al mismo tiempo más y menos ominosa que las anteriores, apareció por la rampa en dirección a su capitán. Era delgada y de piel negra, con los mismos destellos de oro que adornaban a Jik: le faltaba media oreja y en su mandíbula se veía una zona sin pelo, resultado de la cicatriz dejada por una quemadura.

Jik habló rápidamente con su tripulante en algún lenguaje que ambos compartían, uno entre la gran multitud de lenguajes que se hablaban en Iji.

—Afirmativo —dijo la hembra mahen y, con la mano sobre la culata de su automática, se perdió nuevamente entre las sombras que rodeaban a la grúa.

—Khury —murmuró Rhif Ehrran a su ayudante—, vuelve a la nave y toma el mando. Y, si no volvemos, regresa al hogar sin pérdida de tiempo y presenta un informe completo al *han*.

El hani que Ehrran hablaba era el dialecto de Enaury: Pyanfar lo entendía, igual que Geran, pero nadie más de las presentes era *capaz* de comprenderlo. Pyanfar agachó la cabeza y se frotó la nariz, pensando que siempre era mejor aparentar saber menos de lo que sabía en realidad. Con la enviada del *han*, estaba segura de que ésa era la mejor estrategia. En aquella nave había ya montañas de informes que causarían las delicias de los enemigos de *Chanur* en cuanto *Ehrran* volviera con ellos al planeta Anuurn y toda la colección de quejas se presentara ante el *han* para ser debatida...

Y cierto cheque stsho iba camino a un banco mahen en Maing Tol, si es que no había llegado ya hasta ahí. Cuando *eso* apareciera sobre el escritorio de cierto Personaje...

La enviada del *han* todavía no había descubierto ese pequeño asunto.

Y Jik tampoco.

Pyanfar alzó la cabeza y, después de pensar en todo ello, el comité de bienvenida kif que se les acercaba casi le pareció amistoso.

No fueron por el pasillo que habían tomado antes. La media docena de guías kif les llevó cada vez más lejos por el muelle. En este sector el aroma a amoníaco y papel seco era tan fuerte que incluso hacía olvidar el frío. La luz, tenue, tenía un pálido brillo rojo anaranjado, representaba el único calor visual en ese ambiente negro y gris que las rodeaba. Todos los letreros y señales estaban escritos en la enrevesada caligrafía kif.

A su izquierda observaron una hilera de naves kif; a su derecha una serie de edificios y cobertizos kif, abandonados y silenciosos, que no resultaban nada tranquilizadores. A medida que el horizonte se iba desplegando ante ellas el vello de la espalda de Pyanfar se erizó más y más. Llegó a su punto máximo cuando, de repente, más allá de las grandes vigas que formaban la curvatura de la estación, aparecieron todos los kif que no habían visto hasta ahora... una masa oscura, miles de kif concentrados en el muelle.

Oh, dioses, pensó. Sus piernas querían detenerse aquí mismo; pero Jik no vaciló ni una tracción de segundo, y tampoco Ehrran... quizás esperaban que fuera Chanur quien tomara la iniciativa, creyendo que ya conocía el camino.

—Hay más que la última vez —dijo Pyanfar, olvidando toda cautela al hablar—. Un maldito y condenado montón más.

Jik emitió un sonido gutural. Ante ellos empezaba a oírse un ruido que no se parecía a nada que hubieran oído anteriormente: era una mezcla de palabras y chasquidos, el rugido de la lengua kif surgiendo de miles de bocas kif juntas. Y no tenían más remedio que pasar a través de la multitud... Pyanfar era totalmente consciente de la presencia de Khym a su espalda, con el vello indudablemente erizado. También sabía que a su lado caminaban Haral, Tirun y Geran, en la misma posición que antes. Por último estaban Rhif Ehrran y su puñado de tripulantes; y Jik, con sus piernas capaces de igualar la zancada de los kif pero que, en vez de ello, se mantenían al paso de las hani, para obligar a sus guías a mantener ese mismo paso.

Quitó el seguro de su rifle a medida que la curvatura del suelo avanzó hacia ellas y la escena que tenían delante perdió su ángulo inclinado para enderezarse con esa loca variación de perspectivas propia de los muelles de la estación. Pronto pudo distinguir sus rasgos aislados. Vio kif vestidos con sus túnicas ante ellas, y pronto hubo kif rodeándolas por todas partes, tan cerca que casi podían tocarles. Se volvían a mirarlas mientras ellas pasaban con su escolta. De la multitud brotó un chasquido gutural: «Kk-kk-kk. Kk-kk-kk». El sonido, suavemente burlón, podía oírse por doquier.

Territorio kif, desde luego. Superadas en número y en armas más de mil veces. Si tenían que abrir fuego... que los dioses las ayudaran, porque nadie más lo haría. Y si tenían que entrar en una de las naves atracadas para llevar a cabo la negociación... bueno, no estaban en posición de protestar ante ello.

Los kif que les guiaban hacían que los demás kif se apartaran de su camino con un susurro de telas negras, como si estuvieran hendiendo un campo de hierba oscurecida por la noche. Finalmente, les indicaron las puertas de un corredor que daba a una oscuridad igual a la anterior, un lugar que apestaba con el olor de los kif y las bebidas.

Kokitikk, decía el cartel que había sobre la puerta... o, al menos, a eso se parecían los barrocos símbolos. *Entrada prohibida*, decían unas letras mahen. *Sólo para kif*.

Dioses, desde luego eso mantendría alejados a los turistas.

—Sala reuniones —dijo Jik.

Cuando entraron se vieron sumergidas por el ruido de varios kif sentados a cada lado de una hilera de mesas. Se oía el tintineo de los vasos y en el aire flotaba el olor del alcohol. Y el de la sangre.

—Que los dioses nos salven —murmuró Geran—. Kif borrachos. *Es lo último que necesitábamos...*

Pyanfar entró en primer lugar, el rifle preparado, con Jik a su lado. Rhif Ehrran se puso a su altura alargando un poco la zancada. Por todo el lugar se observaban asientos como el que había utilizado Sikkukkut; también había lámparas y cuencos donde humeaba el incienso. Emitían desagradables vapores y de ellos se alzaban nubecillas de vapor iluminadas por la sucia claridad anaranjada de las luces. Sombras kif, siluetas kif... *kkkt*, susurraban burlándose. *Kkkt*.

Y su media docena de guías kif avanzaban ante ellas flotando como espectros negros, abriéndoles camino. Los murmullos de la multitud se fueron haciendo más roncós. Chasquear de mandíbulas, vasos llenos de hielo tintineante. En los extremos de la gran habitación se veía un resplandor de lucecitas rojas, indicadores de rifles listos para hacer fuego.

—Por todos los dioses, es un maldito bar —dijo Rhif Ehrran.

La multitud se despejó ante ellas creando un pequeño espacio abierto en cuyo centro había sillas kif y una mesa encajada en el suelo.

En la mesa estaba sentado un kif y del techo colgaba una luz.

La silueta alzó un brazo cubierto de tela negra y les indicó que avanzaran.

En la habitación hubo una agitación general: los kif se levantaban de sus asientos para ver mejor.

—Sentaos —dijo el kif de la mesa—. Keia. —Era el nombre de Jik, su nombre auténtico—. Pyanfar. *Amigos míos...*

—¿Dónde está Tully? —preguntó Pyanfar.

—Tully. Sí. —Sikkukkut movió la mano y los kif que le rodeaban se removieron. Se oyó un inconfundible grito mahen; el chillido de una criatura que sufría—. Pero la cuestión del humano ya no es el único asunto que debemos discutir.

La oscura multitud se abrió junto a las puertas traseras. Un instante después, unas oscuras siluetas que no eran kif fueron empujadas a través de las puertas: prisioneros mahendo'sat, algunos con faldellines, varios con los atuendos de funcionarios de la estación. Uno de ellos llevaba insignias que indicaban su rango religioso. Y había un stsho muy pálido, con sus delicadas ropas llenas de manchas, su piel color perla ensuciada por la iluminación kif y cubierta de zonas oscuras. Se encontraba en un estado lamentable: apenas podía sostenerse sobre sus pies y varios kif le agarraban por los brazos.

—Ah —dijo Jik—. Por lo tanto, el stsho que marchar Mkks tener razón ello.

—La estación de Mkks está bajo mi poder —dijo Sikkukkut—. Sus funcionarios me han cedido formalmente todas sus operaciones. Sentaos y hablemos, amigos míos.

Jik fue el primero en moverse y se instaló en una de las varias sillas negras con patas de insecto que rodeaban la mesa. Pyanfar se dirigió hacia el otro lado de Sikkukkut y, poniendo primero un pie sobre la silla, se agazapó en ella con el rifle sobre su rodilla, apuntando más o menos hacia Sikkukkut. Quedaba un asiento libre. Rhif Ehrran lo ocupó. Haral y Tirun se colocaron a espaldas de Pyanfar; Khym, Geran y el resto de las hani del clan Ehrran se quedaron junto a la mesa, con un muro de kif detrás.

—Deja marchar ellos —dijo Jik. Con una sola mano abrió una pequeña bolsa y extrajo de ella un cigarrillo y un pequeño encendedor que emitió una breve llamarada. Jik aspiró el cigarrillo y dejó escapar una nube de humo grisáceo—. Viejo amigo.

—¿Me propones un trato? —dijo Sikkukkut.

—Yo no comerciante.

—No —dijo el kif—, yo tampoco lo soy. —Agitó negligentemente su mano y Pyanfar notó en el aire una leve sombra de otro olor, un olor extraño que le pertenecía, el olor del miedo. Una fracción de segundo antes, otra silueta blanca había aparecido empujada por entre el muro de kif. Tully cayó ruidosamente sobre la mesa, golpeando con los codos el borde que había entre ella y Sikkukkut—. Toma. Acéptalo como un regalo.

Pyanfar no se movió. Su visión de cazadora estaba centrada únicamente en el kif. Sentía el gatillo bajo su dedo, el peso del rifle sobre su rodilla. Si Tully se erguía un poco más quedaría en mitad de la línea de fuego. Era lo que pretendían, Pyanfar estaba segura de ello. Movié levemente la rodilla y el rifle subió unos centímetros. Ahora apuntaba al rostro de Sikkukkut.

—¿Quieres que te devuelva a tu rehén?

—¿Skkukkut? No. Es para que te diviertas con él. Ahora hablemos de cosas importantes.

Las orejas de Rhif Ehrran se habían erguido bruscamente. Jik dejó escapar una densa nube de humo que ascendió hasta el techo, mezclándose con el incienso de los kif.

—Tenemos tiempo.

—Excelente. Hokki. —Sikkukkut cogió su copa de la mesa y la llenó con algo queapestaba a petróleo y que parecía hierba podrida. Bebió y volvió a dejar la copa, sin dejar de mirar a Pyanfar—. ¿Y tú?

—También tengo tiempo.

—Incluso antes de Kshshti —dijo Sikkukkut—, incluso antes de eso, en Punto de

Encuentro yo mantuve una conversación con Ismehanan-min. Dientes-de-oro, como le llama la cazadora Pyanfar. Le aconsejé que evitara ciertos puntos y ciertos contactos. Ya te habrás dado cuenta de que la nave stsho no se halla entre nosotros.

—También yo dar cuenta —dijo secamente Jik.

—Habrás notado cierta inquietud en el stsho que está con nosotros... quizá sientas deseos de interrogarle personalmente. Afirma ser un buen negociador y...

—Tú dices eso —replicó Jik, lanzando otra nube de humo—. ¿Tener algo beber, amigo kif?

—Ciertamente. Koskkit. Hikekkti ktotok kkok. —Un gesto de su mano. Uno de los kif abandonó la estancia—. ¿Estabas siempre cubriendo la retirada de Chanur?

—No, no yo estar. Loco accidente yo venir Kshshti. Amiga Pyanfar decir ella tener problemas. Por tanto, yo venir. Traer esta excelente noble hani. —Señaló a Rhif Ehrran con un gesto de su cabeza—. Tú recordar, ¿afirmativo?

—Punto de Encuentro —dijo Sikkukkut. Su rostro de largas mandíbulas se levantó un poco hacia ella pero no se observaba ninguna expresión legible en él—. Sí. Esta hani estaba negociando con los comedores de hierba...

Rhif Ehrran tosió.

—Permíteme recordarte que por el tratado...

Sikkukkut agitó la mano.

—No quiero más tratados. Lo que me interesan son las operaciones. Chanur me interesa.

—Cazador Sikkukkut, ha habido un largo y persistente malentendido en cuanto a los canales de autoridad hani.

Oh, dioses, pensó Pyanfar, sintiendo que se le revolvía el estómago. *Cazador*, desde luego. Con una sola palabra Rhif Ehrran había insultado al kif, rebajándole ante todos sus subordinados.

—El malentendido parece ser mutuo —dijo irónicamente Sikkukkut, sin mostrar ira y apartando deliberadamente sus ojos de Ehrran—. Cazadora Pyanfar, hablaré contigo. Y con mi viejo amigo Keia. ¿Cuándo intercambiamos disparos por última vez? Fue en Kita, ¿no?

—¿Tú en Mirkti? —preguntó Jik.

—No.

—Entonces, Kita. —Otra calada al cigarrillo. Jik dejó caer un poco de ceniza sobre el suelo—. ¿Disparos allí?

—Torpeza mahen... Un hábito muy desagradable, Keia.

Jik rió, colocando otra vez el cigarrillo entre sus labios.

—Cierto. —Volvió la cabeza, sintiendo que se acercaba un kif con un vaso. Tomó un sorbo después de husmear el contenido—. Mahen. Estupendo.

—Ssskkt. Me gusta tomarlo de vez en cuando.

—¿Qué tener?

—¿Mi asunto? Es un asunto muy serio. Interferencias mahen. Complicidad stsho con las hani. Esta *humanidad*... —Sikkukkut alargó la mano y cogió a Tully por el mentón alzándole la cabeza—. ¿Qué tal te encuentras? ¿Estás bien, kkkt? ¿Comprendes todo esto? —Soltó a Tully y éste mantuvo la cabeza erguida. Tenía la tez pálida y estaba cubierto de sudor. Se mantuvo casualmente en mitad de su línea de fuego hasta que se dejó caer de nuevo sobre la mesa, apoyando sus brazos en ella—. Esta humanidad es un problema. No sólo ha perturbado el comercio con su presencia: nosotros, después de todo, no dependemos tanto del comercio... ¿kkkt? Pero los stsho sí. Los stsho temen cualquier cosa que se les acerque demasiado. Por lo tanto, el equilibrio del Pacto se ha visto alterado. Y cuando ese equilibrio vacila, los acuerdos se rompen; y cuando los acuerdos se rompen la autoridad se derrumba... con lo cual surgen los trastornos. Esto es lo que pensamos. Y ésta es nuestra oportunidad. Akkukkak trajo por primera vez esta criatura al espacio del Pacto. Si eso hubiera sido obra mía, naturalmente, habría actuado mucho mejor que él, ¿kkkt?

—Akkukkak muerto. Montones des-acuerdos, ¿eh?

—Confiamos en que esté muerto. Los knnn resultan impredecibles. Es posible que al final aparezca en algún puesto comercial... pero demos por sentado que está fuera de la escena. El que sí está presente es Akkhtimakt, quien se hace llamar a sí mismo *hakkikt*. Posee Kita, interrumpe el tráfico...

—... hace gran sucio problema —dijo Jik.

—¿Le habéis echado de allí?

—Puede sí. Puede no. ¿Por qué atacar muelle Kshshti?

—Ah. En eso estás confundido. El Personaje de Kshshti tenía un traidor entre sus seguidores y...

—Ahora no tener.

—Kkkt. Estás logrando que vuelva a tenerte en mejor opinión. Pero ese espía trabajaba para Akkhtimakt, no para mí.

—Ummmm. ¿Tú tener también espía en Kshshti?

—Ya no. Pero entonces sí lo tenía. Cuando el humano estaba cruzando los muelles... los agentes de Akkhtimakt se pusieron en acción para apoderarse de él. Yo, por fortuna, supe prever tal acción, con lo cual me uní también a la cacería. Kkkt. ¿Acaso crees que Kshshti habría salido tan bien parada en esa pelea si en los muelles no hubiese habido kif disparando contra otros kif? Los mahendo'sat deberían darme las gracias; creo que ésa es la expresión... de cualquier modo, entré en escena y me apoderé del premio antes de que los agentes de Akkhtimakt pudieran capturarlo. En Kshshti no había posibilidad alguna de negociar, no con todo patas arriba y con una alta probabilidad de que los agentes de Akkhtimakt pudieran obtener información de todo lo ocurrido... bien, ahora ya no pienso mantener mi discreción al respecto.

Mediante esta intervención en Kshshti he desafiado abiertamente a mi rival. Ahora estoy luchando con él. Supuse que me seguirías tan pronto como tu nave pudiera moverse, cazadora Pyanfar, y no me equivoqué.

—¿Cuál es el trato? —preguntó Pyanfar.

—¿Sabes? Podrías ponerle el seguro a esa cosa.

—Ah. Sí, podría. Pero así me encuentro a gusto, *hakkikt*.

Su hocico se frunció en una mueca de diversión.

—¿No confías en mi palabra?

—El trato, *hakkikt*.

—Ah. Kkkt. Sí. Sencillamente: he escogido Mkks para que sea mi base temporal.

Y nuestros intereses coinciden.

—¿De veras?

—Kkkt. En este asunto hay demasiados idiotas sueltos. Montones de idiotas y locos. Los stsho buscan un modo para evitar que la humanidad cruce por su espacio. Los stsho entran en tratos con las hani... ¿estoy en lo cierto, enviada?... tratos contra los mahendo'sat, los cuales desearían que los humanos aparecieran a *nuestras* espaldas, por razones que desconocemos. ¡Qué rápidamente me intentó distraer Keia cuando mencioné a los negociadores stsho! Pero lo sabemos: los mahendo'sat hacen pasar a los humanos a través del espacio tc'a para conseguir una cabeza de puente en la estación. Poco sabio. Los stsho no tolerarán esto como tampoco pensaban tolerar la llegada de los humanos. La sola posibilidad de una ruta humana que se aproxime a su territorio o incluso al de sus vecinos y aliados los tc'a, les pone tan nerviosos que pierden totalmente la cordura. Akkhtimakt actúa con el puño. Yo lo hago con el cuchillo. Akkhtimakt desea que los humanos desaparezcan. Pero yo soy amigo vuestro, el único entre todos los kif. Nuestros intereses coinciden frecuentemente. ¿No estamos más ante una *alianza* que ante una amistad?

Jik emitió una nubecilla de humo.

—Error, amigo. Humanos ideas propias ellos. Malditamente estúpidas. Pero ellos quieren pasar.

—Han insistido. ¿No es cierto?

—¿Quién saber? Yo digo ti algo ser cosa seria primera clase: respiradores de metano preocupados. Tenemos problema. Kif tienen problemas. No todo provechos, cada lado. ¿Afirmativo?

—Estás dispuesto a cerrar un trato.

—Puede. —Otra nubecilla de humo—. ¿Qué tener tú yo quiera?

—Mkks.

—Ah. Ahora hablamos lógica kif.

—Entonces, lo comprendes.

—Claro sí. No comercio. Quizá dar regalo. Tú darme Mkks. Entonces yo mucho

sfik. Yo hacer buen aliado, ¿eh? Quizás hacer algo más.

—Apoderarnos de Kefk.

Las gruesas cejas de Jik se lanzaron hacia lo alto. El cigarrillo vaciló brevemente durante el trayecto hasta sus labios. Al final llegó.

—Ya. Puede.

Apoderarnos de Kefk. Conquistar nada menos que la única puerta de los kif hacia Punto de Encuentro, el único canal kif hacia el mayor punto comercial de todo el Pacto... una estación de gran importancia y probablemente el punto más delicado de todo el espacio kif, aparte de la mismísima Akkht. Pyanfar logró mantener erguidas las orejas con el mayor de los esfuerzos y su rostro no cambió de expresión. Durante toda la conversación pensaba que tanto el kif como su aliado se habían vuelto locos de atar.

—¿Piensas que es posible? —preguntó Sikkukkut.

—Tener aliados. Tú también tener. Nosotros ir tomar Kefk. —Jik le dio una última calada al cigarrillo y luego lo apagó entre los restos de su bebida—. Personal estación recuperar trabajos suyos. Luego yo tomar Kefk. ¿Quieres trato?

—Espera un momento —dijo Rhif Ehrran—. Espera un momento...

—Yo hablar con ella —dijo Jik, sin ni tan siquiera mirar en esa dirección—. Tener mismo buena amiga Pyanfar, dura bastarda hani. Tú querer Kefk, perfecto bien. Tú tener.

—Alianza —dijo Sikkukkut—. Yo y tu Personaje.

—Tener.

—Hay que hacer algo más que hablar —dijo Ehrran.

—La enviada del *han* quiere saber cuál es su ventaja en todo esto —dijo Sikkukkut—. Pero las hani se han aliado ya antes con los kif. Por lo tanto, la enviada sabe de qué hablo. Las hani han formado varias asociaciones.

Pyanfar miró de soslayo a Ehrran: la enviada tenía las orejas gachas.

—¿Qué sabe el *hakkikt* sobre alianzas hani con los kif? —preguntó Ehrran.

—Una palabra: *Tahar*. ¿Te interesa?

—¿Dónde está Tahar?

—En una misión de servicio para Akkhtimakt. La *Luna Creciente* es una de sus naves y Tahar una de sus *skkukun*. No le tiene en gran estima... pero le es de cierta utilidad.

—Por los dioses... —murmuró Pyanfar y, por primera vez, miró directamente a Sikkukkut.

—Una hani famosa por su traición... *traición*, ¿no es la *palabra*?

—Se le acerca bastante. ¿Dónde está?

El kif se encogió de hombros en un gesto tan fluido como el resbalar del aceite sobre la seda.

—¿Dónde está Akkhtimakt? Ahora, ¿te interesa la confrontación?

—Ella hacer perfectamente —dijo Jik, estudiando el hielo que aún quedaba en su vaso, mientras Rhif Ehrran permanecía en silencio—. ¿Qué decir, *hakkikt*?

—Ssko kjiokhkt nokthokkti ksho mhankhti akt. —Sikkukkut agitó una mano—. El personal de la estación es libre de irse.

—Ah. —Jik se giró un poco en su asiento para que los mahendo'sat y el stsho le vieran bien—. ¡Shio! Ta ham-hensi nanshe sphisoto shanti-shasti no.

Todos empezaron a parlotear de inmediato. El stsho lanzó una especie de trino y los mahendo'sat se soltaron de los kif que les sujetaban. Se dirigieron hacia la puerta, andando, pero aumentaron paulatinamente la velocidad de su marcha. El stsho echó a correr, cayó, se incorporó con dificultad y huyó a través del gentío de kif que no paraba de emitir chasquidos y crujidos, logrando adelantar finalmente a los mahendo'sat.

Cuando se hubo aclarado la momentánea confusión creada en el umbral, Jik se dio la vuelta. Sacó otro cigarrillo de su cinturón y lo encendió.

—¿Cuántas naves tú tener? —preguntó.

—¿Aquí? Todas las naves kif son mías salvo una. Y esa nave se encuentra inmovilizada; su tripulación... se está operando un cambio de lealtades entre ella.

—Catorce naves. Nosotros tener tres. No problema. Akkhtimakt quizá venir Kshshti; quizá venir Mkks. De todos modos, no bueno tú quedar aquí. Ser consejo gratis, ¿eh?

—Así que Mkks volverá a caer... si Akkhtimakt viene aquí.

—El no quedar. No tener razón quedar. —Otro gran chorro de humo—. Rápido saber nosotros ir Kefk, ¿afirmativo? Por tanto venir. Él dejar Mkks, ir a Kefk número uno primera velocidad, hacerte visita.

En el hocico de Sikkukkut se formó una cadena de arrugas.

—De manera que ayudándome, ayudas a Mkks.

—Tú correcto, amigo.

—Cazadora Pyanfar, ¿dónde se encuentran tus lealtades en todo este asunto?

—Yo. Mi tripulación. Mis amigos. Jik nos quiere aquí y no dudo de que hablaremos sobre ello.

—Bien. Y una promesa. ¿La mantendrás?

—Pensé que los kif no tenían esa palabra.

—Tú sí la tienes.

Pyanfar frunció el ceño.

—Sí, la tengo.

—Entonces, llévate al humano como regalo. Únete a nosotros. Yo daré las órdenes en este ataque. Me encargare personalmente de que tengas información sobre las defensas de Kefk.

—¿Jik?

—Tú prometer. No problemas.

Pyanfar clavó sus ojos durante unos largos instantes en Jik. Pero él no respondió a su mirada, estaba muy ocupado estudiando el contenido de su vaso. Pyanfar apartó los ojos y contempló el rifle que sostenía sobre su rodilla.

—Jik y yo hablaremos de ello.

—Tú ir —dijo Jik.

—Ya —dijo ella.

—Ella prometer.

—Excelente. —Sikkukkut se alzó lentamente de su silla. Los kif se agitaron—. Estáis todos libres. Aceptadlo como un regalo.

Se fue. Las negras túnicas de los kif les rodearon.

—Tully —Pyanfar alargó la pierna y tocó suavemente a Tully con el pie, sosteniendo el rifle con las dos manos—. Tully. Arriba. Hemos logrado sacarte de aquí. Camina, Tully.

Tully logró ponerse en pie agarrándose con dificultad a la silla que había dejado vacía Sikkukkut, y se quedó inmóvil, tambaleándose.

Nadie dijo nada. Era probable que Rhif Ehrran estuviera a punto de atragantarse ya que había contenido con gran esfuerzo todo lo que tenía pensado decir sobre la situación, pero éste no era el tiempo ni el lugar apropiados para ello. Pyanfar se puso en pie, se colgó el rifle a la espalda y posó su mano sobre el hombro de Tully que mostraba una herida de garras kif. Su hombro estaba frío como el hielo. En su brazo había un profundo corte que empezaba a cicatrizar.

—Ven —le dijo—. Ven con nosotros.

Tully empezó a caminar. Geran le cogió del brazo con la mano izquierda y mantuvo la derecha sobre la culata de su pistola. Jik ya se había puesto en pie: aún tenía el cigarrillo en la boca y estaba aspirando otra calada de su repugnante humo. Rhif Ehrran ya se había puesto en movimiento, seguida por su tripulación.

El trayecto por entre la silenciosa multitud kif hasta llegar a la puerta fue muy largo y lento debido al precario estado de Tully. Pero finalmente lograron salir a la luz de los muelles y a su atmósfera cargada de aceites y sustancias volátiles, que les pareció brillante y fresca después del asfixiante encierro en la sala de reuniones.

Khym iba a su lado y Haral delante. Tirun sostenía el rifle con la mano izquierda para ayudar a Tully, en tanto que Jik y Rhif Ehrran cerraban la marcha. Pyanfar miró hacia atrás; dioses, Jik no paraba de darle caladas a su repugnante cigarrillo, esparciendo la ceniza mientras caminaba. Pero los kif se mantenían apartados del grupo. Les miraban, sí, y no dejaban de murmurar, pero eso era todo.

—Llegar rápido tu nave —dijo Jik una vez que Pyanfar hubo frenado un poco el paso para quedar a su altura—. Montones trabajo tener, hani, auténticos *montones*

trabajo.

—¿Tienes intención de seguir adelante con todo esto? —preguntó Rhif Ehrran.

—Seguro sí. ¿Quieres esperar aquí, decir hola Akkhtimakt? Tener también otro gran problema. Ese stsho que salir de aquí. Puede ir Kshshti o quizás en lugar eso ir a Kefk, ¿eh?, en su camino a Punto de Encuentro. Quizás hablar demasiado. Stsho mucho hablar. No buena cosa, nosotros tener complicaciones. Stsho hacer tener eso, ¿eh? Ir.

—Hay un límite a lo que el tratado me permite hacer. Tendremos que discutir esto, *na Jik*.

—Perfecto. Discutir mientras tú hacer curso. Nosotros hacer igual. Yo digo ti, apostar algún kif salir de aquí, ir a Kshshti. Ellos decir Akkhtimakt qué pasar aquí en Mkks, nosotros tener pequeño tiempo. Akkhtimakt tiene nave rápida. Tener mismo problema si kif quizá ir Harak. Tener mismo problema si stsho ir Kefk... mucho listo, stsho, quizá ya tener rumor Akkhtimakt venir Kshshti, así que correr maldito rápido a Kefk, ir Punto de Encuentro... quizá Tt'a'va'o, quizá Llyene... Apostar Sikkukkut mucho poco feliz, no detener esa nave.

—Tus intereses ya no coinciden con los del *han*.

—Ah. Entonces quizá desear ti adiós, mucha suerte. Akkhtimakt comer corazón ti.

—Has echado a perder todo este asunto...

—... él comer mío. Número uno seguro, hani. Akkhtimakt quiere mí, hace mucho tiempo. —Posó su mano sobre los hombros de Rhif Ehrran y les hizo apresurar el paso—. Mejor movemos, ¿eh?

—Kefk, por todos los dioses —murmuró Pyanfar.

—Cosa fácil.

—*Entonces, en nombre de todos los dioses, ¿por qué no se ha encargado de hacerlo Sikkukkut?*

—*Sfik*. —Jik se sacó el cigarrillo de los labios y emitió una nube de humo—. Necesitar *sfik*, hacer así convencidos otros kif, ¿eh? Ahora tiene nosotros. Todos tenemos montones *sfik*, le-gi-ti-midad, ¿eh?

—Locuras —murmuró ella.

—¿Tú correr, buena amiga?

—Que los dioses te lleven, sería mejor que encontraras una buena razón para que no lo hiciera.

Jik sonrió y volvió a ponerse el cigarrillo en la boca.

—Tú debes mí. ¿Cuándo Chanur ha fallado en deuda?

—Que los dioses te pudran la piel.

Pyanfar siguió caminando junto a él, pero miraba de vez en cuando hacia atrás al igual que hacían las tripulantes de Ehrran. *Dioses, sacadnos de este muelle*. Cada vez

iban apareciendo más kif a lo largo del camino, todos hablando entre ellos con agudos chasquidos y murmullos. *Nuestros aliados. ¡Dioses!*

Tully avanzaba cojeando, tan rápido como le era posible. Ante ellas se encontraba la zona de seguridad, la parte del muelle que estaba bajo la vigilancia de sus armas. Llegaron por fin hasta ella y Pyanfar miró hacia atrás. Los kif no las habían seguido al otro lado de esa línea imaginaria... alabados fueran los dioses.

—Estamos a salvo —dijo una tripulante de Ehrran. Las tripulantes que habían estado montando guardia abandonaron sus refugios en el muelle; algunas de las siluetas visibles eran gente de Jik.

—Estamos todas bien —dijo Haral por su comunicador de bolsillo, ya que ahora se hallaban en el radio de recepción de la *Orgullo*—. Soy Haral. Le tenemos y se encuentra bien.

Pyanfar no logró oír la respuesta. Vio cómo Rhif Ehrran hacía una señal con la mano a su tripulación cuando pasaban ante el muelle de la *Vigilancia de Ehrran*: la señal no indicaba que fueran hacia ella, sino de que siguieran acompañándola. Rhif Ehrran apretó el paso y detuvo a Tirun, Tully y Geran al pie de la rampa de la *Orgullo*. Al llegar, puso su mano sobre el brazo de Tully.

—El humano estará más seguro con nosotras —dijo Rhif—. Nos lo llevaremos.

—No —dijo Pyanfar, cuando hubo llegado hasta el grupo—. Por todos los dioses, Ehrran, ya discutiremos en algún otro lugar. Sal de nuestro camino. Tenemos kif ahí atrás... suéltale. ¡Ya ha tenido bastante! Que los dioses te consuman, le estás poniendo la mano encima a uno de mis *tripulantes*. —Pyanfar lanzó un golpe, pero el antebrazo de Jik, lo detuvo.

—Yo llevo —dijo Jik—. Yo llevo, ¿entendido?

—No, por los dioses. ¡No! Figura en las listas como miembro de mi tripulación. Que los dioses te confundan, déjale en paz... —En ese mismo instante, Haral derribó a una tripulante de Ehrran y la pelea se generalizó. Se formó un confuso grupo de combatientes con Tully en el centro. Pyanfar apartó a Jik de un codazo e intentó abrirse paso al mismo tiempo que aparecía Khym.

—¡Fuera! —gritó Khym, con su voz de macho hani que despertó ecos entre las vigas del techo. Se lanzó entre el tumulto y se apoderó de Tully. Luego se volvió hacia Ehrran con las orejas gachas y una mueca feroz, con Tully medio aplastado contra su pecho.

Ehrran se quedó inmóvil. Todos se quedaron inmóviles.

—Estoy loco —dijo Khym—. ¿Recuerdas?

Incluso Pyanfar pensó que en ese instante podía perder el control. Abrió la boca y la cerró de nuevo. Tully no se resistía: se agarraba con los puños al vello del hombro de Khym. Ehrran parecía aguardar a que los pedacitos de carne ensangrentada empezaran a volar por los aires. Macho y macho, Tully colgaba entre las manos de

Khym igual que un juguete mecánico sin cuerda.

—Es un tripulante de Chanur, ¿no? —gruñó Khym—. Igual que yo. —Agitó los brazos y Tully giró en ellos. El rifle colgaba de su codo... por todos los dioses, un rifle *capaz* de agujerear blindajes con el seguro quitado. La cabeza de Tully osciló flojamente y su cuerpo quedó repentinamente flácido—. ¿Vamos dentro, capitana?

—Adelante —dijo Pyanfar. Su corazón empezó a latir de nuevo.

—Hhhunnh. Disculpadme. —Khym pasó deliberadamente por entre las tripulantes de Ehrran, liberando las piernas de Tully con un gesto.

—Chanur —dijo Rhif Ehrran.

—Ya lo sé. Presentarás una protesta. Saca a tu tripulación de nuestro camino o pronto tendrán que quitar mechones de pelo de todos los filtros de Mkks.

—Loca tonta —murmuró Jik, Apagó su cigarrillo con la punta de los dedos y lo dejó caer en una pequeña bolsa—. ¡Mover! ¿Pensar que no tenemos testigos? —Agitó una mano hacia los kif que aguardaban al final del muelle—. ¿Querer qué? ¿Darles diversión?

Rhif Ehrran movió bruscamente la mano hacia arriba. Los rifles se apartaron ruidosamente de su camino. Sus ojos eran círculos negros rodeados de anillos color ámbar. Su melena revuelta se levantaba en mechones rizados como si estuviera cargada de electricidad estática.

—Arreglaremos esto más tarde, Chanur.

—Estupendo. —Pyanfar condujo a sus tripulantes y esperó al pie de la rampa, junto a la barandilla, con la cabeza vuelta para asegurarse de que no sucedía nada a su espalda. Las tripulantes de Ehrran permanecían inmóviles mientras *ker* Rhif la miraba con las orejas pegadas al cráneo con una expresión que prometía muchas cosas—. Entra —dijo Pyanfar al ver que Geran vacilaba durante una fracción de segundo: *¿necesitas ayuda?*, quería decir en realidad. Geran empezó a subir y Pyanfar la siguió. Cuando entraban en el pasillo de acceso recordó a las centinelas de Ehrran en el nivel inferior—. Dioses —murmuró, y echó a correr, arrastrando con ella a la tripulación.

Khym había llegado a la escotilla sosteniendo a Tully en sus brazos. La compuerta estaba abierta y en ella se veía a dos centinelas de Ehrran, inmóviles, con el pánico en los ojos y los rifles entre sus dedos, sin saber muy bien qué hacer con ellos.

—No pasa nada —dijo Pyanfar con tanta amabilidad como pudo, aunque casi no tenía aliento. Logró que sus labios se fruncieran en una sonrisa dirigida a las dos centinelas que ignoraban el tumulto exterior—. No os mováis de aquí. Vamos, Khym. ¿Necesitas ayuda?

—No pesa gran cosa —Khym movió el brazo para sostener la cabeza de Tully contra su pecho en tanto que cruzaban la compuerta y entraban en el pasillo interior.

Tully se agitó levemente y realizó un débil gesto con la mano.

—Py-an-far.

—Estás con nosotras —dijo Haral. Cogió el rifle que Khym llevaba todavía en el brazo y se encargó del arma antes de que ésta pudiera dispararse haciendo un boquete en el techo—. No debes preocuparte más, Tully, estás con nosotras.

Cuando entraban en el pasillo principal el ascensor ya estaba llegando. Hilfy salió de él y se acercó corriendo hacia ellas.

—Se encuentra bien —dijo Geran.

Hilfy se detuvo ante Khym con expresión preocupada, pensó que se enfrentaba a un grave problema; pero, con Khym o sin él, Tully alargó la mano y ella le cogió del brazo.

—Hil-fy... —Tully intentó darle un apretón en el brazo, algo bastante difícil ya que Khym lo llevaba en vilo, reanudando otra vez la marcha—. Hilfy... —repetía una y otra vez.

—Bueno... —dijo Pyanfar. Le alegraba ver de nuevo a Hilfy con las orejas levantadas y ese brillo en los ojos. Era como si algo se hubiera arreglado—. Dioses, metedle en cama. Tenemos otros problemas.

Una vez que Khym se hubo alejado llevando a Tully en brazos se apoyó en la pared del corredor. Tirun la imitó, sosteniéndose con un solo pie. La herida que Tirun había recibido hacía dos años en Punto de Encuentro, la herida que nunca habían tenido tiempo para tratar adecuadamente durante el viaje... dioses, ya estaban otra vez corriendo, presas del pánico. Pensó en Chur y en la apresurada cura que había recibido en Kshshti. Igual que la misma *Orgullo*.

—Kefk —dijo Haral, apoyándose en la pared junto a su hermana—. Va a ser un condenado jaleo, capitana.

Pyanfar la escuchó en silencio. Geran llegó junto a ellas y se unió a la fila de cuerpos apoyados en la pared. Pyanfar apenas sentía sus músculos. Le dolían las entrañas de tanto caminar y del esfuerzo que había realizado para contenerse y no romperle el cuello a Rhif Ehrran.

—Sí, un condenado jaleo, por todos los dioses... —Se apartó de la pared con un brusco empujón y fue por el pasillo hacia el ascensor, sola.

Dioses, la preocupación y la confianza que había en los ojos de Haral. La más vieja de sus amigas y la más sincera. Le seguía Tirun que tenía un año menos que ella y Geran y Chur, con dos años menos. Cinco hani con unos cuantos pelos grises alrededor de la nariz y algunos dolores sí corrían demasiado; una niña joven y tonta. Un humano perdido y un macho hani que ya había dejado atrás sus mejores años... Hubo un tiempo, cuando se metió en todo esto, en el cual tuvo ambiciones... hacer tratos comerciales con los mahendo'sat y los humanos, corregir los desarreglos financieros de Chanur; conseguir que la nave volviera a estar en condiciones. Bueno,

al menos *eso* lo había conseguido. Y la *Orgullo* tenía ahora un perfil distinto, unas toberas más grandes, sistemas diseñados por otra especie que, desde luego, serían capaces de darle un buen susto a los enemigos de Chanur si las cosas desembocaban en un conflicto espacial.

Pero había otras clases de enemigos, como los que surgirían en la reunión del *han*, cuando Rhif Ehrran se pusiera en pie para enunciar las acusaciones que habían de traer la ruina de Chanur.

Khym, dioses, Khym... el momento en que había desafiado a Rhif Ehrran en los muelles era un tesoro precioso para Pyanfar, algo que guardaría siempre con ella. Pero tendría que pagar un precio. Y cuando Ehrran y la *Vigilancia* llegaran al hogar, el precio sería muy alto. Chanur había puesto demasiado en este trato con otras especies, había corrido demasiados riesgos. Chanur se había vuelto como la *Orgullo*, medio hani, con un perfil extraño, de otra especie. La riqueza extranjera traía siempre tales cambios.

... Pero ¿volver otra vez a casa? ¿Ver de nuevo el hogar de su clan? ¿Hacer tratos de nuevo como si se tratara de una hani y no de una agente mahen a la cual se pagaba, comprándola con dinero?

Apretó el botón del ascensor. Se volvió. La tripulación se había quedado al final del pasillo, nadie la había seguido. Quizá percibían sus pensamientos. Les hizo una seña y Haral, al verla, puso en marcha a las demás.

Otra nave hani se había separado de la especie hacía dos años: la *Luna Creciente de Tahar*. Ahora la *Luna Creciente* servía a los kif. Hubo un tiempo durante el cual Pyanfar se habría lanzado sobre Tahar, ya fuera en el muelle o en el espacio abierto, con la seguridad de quien sabe que actúa correctamente.

Llegó el ascensor casi al mismo tiempo que su tripulación. Entonces se le ocurrió algo que le hizo sentir un viento helado en su espalda.

—Seguimos teniendo a ese kif en la nave —dijo.

—Podemos echarle —dijo Tirun—. Ya tenemos lo que deseábamos.

Pyanfar pensó en ello, su garra curvada sobre el mando del ascensor. Pero cuanto sabía sobre los kif hacía sonar en su interior un sinfín de pequeñas alarmas.

—*Sfik* —dijo. Dejó que entraran en el ascensor y las siguió—. Si le soltamos perdemos un artículo cargado de *sfik*, sea cual sea el significado que los dioses le den a eso, ¿no? Posición. Honor.

—¿Qué pretende Sikkukkut que hagamos con ese kif? —preguntó Geran, disgustada.

—Lo que él hizo con Tully —se aventuró a decir Haral, interrumpiendo el silencio general mientras el ascensor seguía su camino—. Quizás algo peor. ¿Qué puede importarle eso a un kif? Quizá sea sólo un poco de unguento para nuestro orgullo herido, sólo eso.

Pyanfar sintió un escalofrío en todo su cuerpo.

—Dioses.

—¿Capitana?

—Nos habló de una nave kif que no le pertenecía. —El ascensor se detuvo y la puerta se abrió—. Un cambio de lealtades, eso dijo.

—¿Ese kif es uno de los agentes de Akkhtimakt? —preguntó Haral siguiendo el mismo rumbo que habían tomado los pensamientos de Pyanfar.

—Puedes apostar a que sí.

—Bondad divina, ¿qué *hacemos* con él?

Pyanfar salió del ascensor y miró por encima del hombro hacia el puente, donde estaba Chur.

—Si consigues suponer cómo es una mente kif, ya me informarás. Afirma que pertenece a Chanur. Si le dejamos ir perderemos *sfik*. Y si hacemos eso tendremos toda una estación llena de kif dispuestos a tirarse sobre nuestro cuello.

—Podríamos lanzarlo en el espacio —murmuró Tirun con cierto anhelo en la voz.

—Podríamos entregárselo a Ehrran —dijo Geran.

—Pyanfar miró hacia atrás, a unos pasos de la puerta del puente.

—Ésa es la mejor idea que he oído hasta el momento.

—¿Lo hacemos?

Pyanfar se mordisqueó los bigotes lenta y repetidamente durante varios segundos.

—Uh —dijo, guardando la idea en su mente para el futuro—. Uh. —Y entró en el puente.

—¿*Kefk*? —preguntó Chur, haciendo girar su asiento bruscamente.

—Te lo he traído —dijo Khym, enorme y sucio, con las manos engarfiadas alrededor del cinturón de sus maltrechos pantalones color marrón. Sus orejas llenas de quemaduras y cicatrices estaban medio caídas y su curtida nariz se fruncía en un gesto de incomodidad. Hilfy fue hacia él y le ordenó la melena, alisándola. Las orejas de Khym subieron lentamente hacia la vertical. Había otro macho en esa habitación, Tully, que estaba tendido sin moverse en el lecho y presenciándolo todo.

—Estuviste maravilloso —dijo Hilfy.

—Uh —murmuró Khym—. Uh. Huele fatal. Y yo también. —Y, con un encogimiento de sus grandes hombros, salió al pasillo.

Entonces Hilfy se estremeció. Y pensó en matar kif, algo que había llegado a convertirse en una llama que ardía constantemente en su interior.

—Hilfy —Tully intentó levantarse de donde le había dejado Khym: su propio lecho en su propio camarote, tendido sobre una manta manchada con la sangre de su pobre espalda. Hilfy le miró y él, con una mueca, intentó ponerse en pie. Pero no pudo y se dejó caer nuevamente en el lecho, dándose un golpe en el codo.

—Dioses. —Cogió el comunicador de bolsillo que llevaba y conectó el canal del traductor—. Tully, no te muevas, tiéndete. —Se acercó a él y le puso el comunicador entre los dedos de modo que le fuera posible hablar y comprender gracias a esa unidad que transmitía toda la información al ordenador del puente.

Pero Tully dejó caer el comunicador y la cogió por los hombros. Se agarró a ella, sólo eso, como cuando le causaron daño, o cuando se lo habían hecho a ella, o cuando los kif amenazaron con separarles.

—No pasa nada —dijo Hilfy. Le abrazó, algo que ya había hecho en su oscura celda, cuando él era incapaz de entender poca cosa más aparte de ese gesto—. No pasa nada. Estás con nosotras. No más kif.

Tully levantó la cabeza y la miró. Hilfy le vio como un ser extraño, de otra especie, que olía terriblemente mal. Su barba y su melena, el más hermoso de todos sus rasgos, como oro tejido cuando estaban limpias, ahora parecían una masa revuelta y sucia. Sus extraños ojos estaban enrojecidos y derramaban lágrimas que corrían sobre su rostro: el olor de los kif también había afectado los ojos de Hilfy, y sus harapos estaban llenos de ese olor y de la peste a incienso de los kif.

—Pyanfar —dijo—. Pyanfar... ¿amiga esos kif?

—Dioses, no.

Tully se estremeció con tal violencia que pareció se le iban a dislocar los miembros. Hilfy le abrazó con fuerza, como a un talismán de su propia seguridad. Al igual que en su prisión de la *Harukk*, era consciente de su masculinidad de un modo tan vago como turbador; pero Anuurn, el hogar y los machos estaban muy lejos de aquí... excepto Khym, que bastaba para recordarle esas cosas aunque él perteneciera a Pyanfar y fuera, con mucho, demasiado viejo. En cuanto a Tully, fueran cuales fueran las sensaciones de los humanos eran tan complicadas como ajenas a ella. Sólo los dioses podían saber si alguna vez él pensaba en ella como en una hembra.

Pero alguien debía defenderle. Hilfy había sabido toda su vida que los machos eran objetos preciosos; que su equilibrio mental era precario y que sus temperamentos eran tan vastos e incomprensibles como su vanidad. *Na* Khym era... bueno, era *excepcional*; por otra parte, tenía la nariz rodeada de canas y la edad le había calmado, a pesar de lo que creyera Pyanfar. Los machos jóvenes eran otra cosa. Había que construir un sitio para ellos y mantener alejado de ahí todo lo desagradable.

Vestían sedas, cazaban y hacían que una hembra se sintiera orgullosa de ellos. Luchaban sólo cuando sus esposas y hermanas habían fracasado, cuando llegaba el desastre. Y su valor era la valentía del último recurso, no era nada complicado ni que pudiera aprenderse... nadie esperaba que los machos mostraran astucia. No cuando la locura se apoderaba de ellos y menos cuando eran jóvenes.

Pero Tully era inteligente. Y valeroso. Hubo un momento en el cual los kif le

pusieron las manos encima y Tully se lanzó sobre ellos, aunque no tenía garras. Le habían apartado brutalmente a un lado, pero él siguió defendiéndola hasta que le dejaron inconsciente a golpes. En aquella ocasión no pudo llegar hasta él, no pudo tocarle. Eso le dolió mucho más que todo el dolor de los golpes y heridas. La habían drogado. Y cuando se lo llevaron para interrogarle, ella estaba indefensa.

—Chur está bien —dijo, acordándose de que debía comunicárselo, pues él todavía no había podido subir al puente para enterarse de ello—. También ella ha podido salir.

Él la miró y parpadeó.

—Chur a salvo.

—Todas estamos a salvo.

Tully emitió un sonido gutural, se limpió la cara y luego pasó sus dedos sin garras por entre los enredos de su melena.

— # # —dijo, algo que el traductor mutiló, incapaz de comprenderlo. Pasó un pie por encima del borde de la cama y luego sacó también el otro—. Yo # tripulación. Yo tripulación. Hilfy, ir trabajar... quiero trabajar... entiendes.

Logró ponerse en pie. Durante el proceso se tambaleó un poco, pero logró conservar el equilibrio gracias a la mano que ella le ofrecía. Luego dijo:

—Baño. —Y fue en esa dirección.

Hilfy comprendió perfectamente que deseaba un baño.

—Te esperaré —dijo.

Bueno, así que todos estaban un poco locos. Tenía la impresión de que iba a derrumbarse de un momento a otro y la cabeza todavía le daba vueltas debido a uno de los golpes que había recibido. Pero la *Orgullo* estaba a punto de moverse. Pronto saldrían del dique, pronto saldrían de todo esto; y ella había pasado por la prolongada pesadilla de un salto en manos de los kif...

... atrapada abajo, en lo más hondo de la nave, sin tener ni la menor idea de adónde iban, de dónde estaban o de cuándo morirían.

Chur le había dicho que estaban en Mkks. Y también le había contado muchas cosas... como, por ejemplo, que en la estación de Kshshti se había hecho un trato, que eso había hecho partir a Banny Ayhar como un rayo hacia Maing Tol con mensajes; y que había traído luego a la *Vigilancia* y a Jik... una alianza improbable pero muy útil.

«*Jik tiene en su poder parte del pellejo de Ehrran*», había dicho Chur mientras esperaban que algo sucediera. «*Le enseñó un documento en Kshshti y ella se encogió de pronto. Ese Jik no sólo es capitán de una nave de caza, desde luego que no. Tiene enlaces y conexiones... nos sacó del sueño, usó ese extraño ordenador que lleva en la Aja Jin y trazó para nosotras un curso que nos llevó directamente a Mkks a las tres naves sin un solo problema. Salimos justo donde debíamos y, por los dioses, cuando*

llegamos de nuevo estábamos donde teníamos que estar. Tiene unos motores nuevos que...».

Chur se los había enseñado con las cámaras de popa. El ver en la pantalla de vídeo lo que ahora llevaban en la cola había hecho que Hilfy sintiera un estremecimiento en la espalda.

La *Orgullo* había cambiado. Desde que atracaron en Kshshti se había convertido en algo totalmente diferente.

Igual que ella. Habría preferido ver en la cola los viejos contornos y sentir que había vuelto al hogar, a un sitio conocido y que nunca cambiaba.

«¿Pyanfar amiga esos kif?».

Hilfy conjuró ciertas escenas en su mente... cosas que Tully había visto y ella no, cuando Pyanfar estaba sola en esa habitación llena de kif; y algo más tarde, cuando Pyanfar había ido en busca de Tully con Jik y Ehrran y toda la tripulación excepto Chur. *Así que, por los dioses, ¿cómo se le ha ocurrido preguntar eso?*

Cierto, tenían un kif a bordo pero Tully no lo sabía. La presencia del kif hizo que Hilfy sintiera un cosquilleo mental y un temblor en los huesos. La criatura se hallaba al final del corredor, sólo unas cuantas puertas más allá de la curva.

Se sentó sobre la cama de Tully y apretó fuertemente los brazos alrededor de su cuerpo, abrazándose, deseando algo con una intensidad que no había sentido desde que suplicó ir al espacio y consiguió que su padre, incapaz de negarle nada, le diera su consentimiento... Quería recobrar su hogar, y la seguridad; no quería ver lo que se le avecinaba. Hubiese preferido cazar en las colinas, era otra clase de matanza: una muerte limpia. Encontrar un compañero. Merecía tener todo eso, sentir de nuevo la hierba bajo sus pies y el sol sobre su espalda, en algún lugar donde ningún hani a su alrededor supiera qué era un kif ni lo que ella había visto.

Tully salió tambaleándose del baño, desnudo. En su cuerpo había heridas que aún sangraban y también morados, quemaduras y todo tipo de malos tratos concebibles. Ella llevaba cicatrices parecidas. Tully abrió un cajón buscando otro par de los vicios pantalones inservibles de Haral. Por fin encontró el que debía ser el último.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Hilfy.

Él meneó la cabeza, una negación humana. Cuando se hubo sentado, hizo varios intentos de meter una pierna en el pantalón. Descansó un poco y la apartó con un gesto. Apoyó el cuerpo al borde de la silla y, finalmente, logró meter al menos una pierna.

Alguien abrió la puerta sin haber llamado antes. Chur apareció en el umbral, cubierta de vendajes. Sus ojos se abrieron un poco más por causa del asombro, sus orejas cubiertas por los anillos de los viajes oscilaron hacia atrás.

—Chur —dijo Tully, y logró meter la otra pierna. Luego consiguió ponerse en pie, subirse los pantalones y atárselos a la cintura, apoyándose de vez en cuando en el

respaldo de la silla para no caer.

—Queda muy poca parte de nuestros malditos cuerpos que no hayamos visto ya —murmuró Hilfy dirigiendo un pequeño encogimiento de hombros hacia Tully y sintiendo cierto calor en torno a las orejas—. Tanto él como yo... No pasa nada, Chur.

—Tú bien —dijo Tully. Se apartó de la silla y tendió as dos manos hacia Chur. Chur, instintivamente, dio un pequeño respingo; pero él no la abrazó, lo único que hizo fue cogerle las manos y apretarlas entre sus dedos—. Chur, bueno verte. Bueno verte...

—Lo mismo digo —contestó Chur. Sus labios se fruncieron en una débil sonrisa en tanto que Hilfy se levantaba—. Tenemos un aspecto soberbio, ¿verdad?

—Nosotros *perfectos* —dijo Tully, y en sus labios la sencillez de esas palabras resultaba dolorosa. Empezó a sonreír y luego, con un esfuerzo, dejó de hacerlo para componer su rostro en una expresión de placer más parecida a una hani—. Chur, pensaba..., pensaba que tú muerta.

—Pues no... —Chur le palmeó la mejilla con mucha delicadeza—. Dioses, desde luego, te masticaron un buen rato y luego te escupieron, ¿eh?

Hilfy frunció el ceño, medio apoyándose en la silla.

—Por todos los dioses, deja que se siente. Y tú también, siéntate. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo un pequeño descanso. Ahí arriba están recogiendo los datos que llegan; Tirun anda en ello, y pensé que podía aprovechar para bajar un momento y veros ahora que tenía tiempo.

—Vamos a salir de aquí, ¿no?

Las orejas de Chur se abatieron rápidamente.

—¿No?

—Todavía estamos negociando algunas cosas —dijo Chur.

—¿Qué cosas?

—Jik. Tenemos... bueno, tenemos una pequeña deuda que saldar. Jik nos ha pedido que vayamos a Kefk. Ha convencido también a Ehrran de que vaya.

—Por los dioses... —Las garras de Hilfy se hundieron en el acolchado y un segundo después volvió a esconderlas. Miedo. Miedo, puro y simple. Sabía que, en lo más hondo de su ser, en sus nervios y en sus huesos, había escondidos para siempre pequeños temblores de miedo—. ¿Qué hay en Kefk aparte de kif? ¿Acaso perseguimos todavía esa loca fantasía del comercio con los humanos?

—Es otro tipo de acuerdo —dijo Chur. Sus orejas estaban medio erguidas y en sus ojos se veían leves círculos blanquecinos—. No sé muy bien en qué consiste. La capitana está hablando con Jik sobre ello.

—¿Ir Kefk? —preguntó Tully. Estaba junto a la pared y por unos instantes osciló

sobre sus pies y tuvo que apoyarse contra ella para no perder el equilibrio—. ¿Kif?
¿Ir kif?

—¿*Qué* trato?

—El trato de Jik —dijo Chur—. Hilfy... te sacamos de ahí mediante un soborno. No sé muy bien de qué se trata, pero lo que sí sé es que tenemos problemas pisándonos la cola. Vamos a salir rápidamente de aquí para apartar a ese Akkhtimakt de Mkks, ya que es muy probable que se le ocurra venir por esta dirección. Tenemos a dos kif preparándose para una batalla en Kefk, y Jik ha escogido su bando. Política mahen. Y estamos metidas en ella.

—¡Dioses, no! —La habitación se oscureció, sus ojos se perdieron en el túnel de la caza. Hilfy apartó la silla con un empujón y se lanzó hacia la puerta, apartando bruscamente la mano que Chur tendía en su dirección.

—Hilfy... —La voz de Chur la seguía.

—¡*Hilfy!* —Ése era Tully, un grito áspero a punto de quebrarse.

—Y un infierno mahen... —dijo Hilfy a cualquiera que pudiera escucharla, dirigiéndose rápidamente hacia el ascensor.

—*Tenemos acuerdo, Ehrran* —fue el lacónico mensaje de Jik. Había tenido el tiempo justo para que Jik hubiera podido volver a su nave y transmitirlo. («Por los dioses», había murmurado Haral entonces. «¿Qué tipo de chantaje está usando?». («Debe ser bueno...», había dicho Tirun). Y Jik había añadido—: *Tenemos hakkikt enviando datos alimentar ordenador, mucho asunto interesante. Pasar por biblioteca. Tú aceptar, luego hacer comprobaciones.*

Y después llegaron datos de la *Harukk* de Sikkukkut:

—*Yo, Sikkukkut, envío un regalo. Kefk no es Mkks. Lo descubriréis pronto. Saldremos del puerto dentro de doce horas o menos.*

—*Aja Jin* —protestó Pyanfar de inmediato—, es un tiempo muy cono. Ya sé que tenemos prisa, pero, maldita sea, no hemos tenido ni un momento para descansar.

—Siento —dijo Jik—. Tengo que hacer. *Intenta*, amiga. Tenemos problema.

—¿Qué problema?

—Como vector en ese stsho.

—Ha ido a Kefk, ¿eh?

—Justo maldito acertado.

—Dioses... —Pyanfar se pasó los dedos por entre la melena, con los codos apoyados en la consola, sintiendo que la tensión le acechaba detrás de sus ojos.

El ordenador emitía un continuo crujido de parloteo kif y mahendo'sat. Las oficinas centrales de la estación estaban todavía bajo el control de los kif, pero unos cuantos mahendo'sat hablaban ya desde las oficinas del muelle. Rápidas oleadas de luces recorrían los tableros de sistemas. Eran los datos enviados por la *Aja Jin* de Jik, que estaba filtrando los datos de la *Harukk* a través de su propio ordenador y los comparaba con sus registros antes de transmitirlos.

—Me gustaría echarle un vistazo a ese sistema de ordenadores que tiene ahí —dijo Tirun—. Por el modo en que nos llevó hasta aquí, apostarí a que es condenadamente complicado.

—Pues todo lo que puedo decir yo es que prefiero comprobar todos sus datos por duplicado —dijo Haral—. Khym, ¿quieres terminar con eso? Ayúdale, Geran, creo que se ha armado un lío.

—Ha desaparecido. Lo siento. Se me ha escapado de los registros.

—Tan sólo es una factura más —dijo Geran.

Dos tripulantes menos. Chur no estaba en condiciones de trabajar por ahora e Hilfy estaba descansando y recuperándose con Tully en la cubierta inferior. Mientras tanto, el universo accesible intentaba abrirse paso a través del sistema de ordenadores con un montón de quejas.

—Denunciamos... —era uno de los mensajes más frecuentes.

—Maldito optimista —acabó gritándole Pyanfar a un mahe mucho más insistente que los demás—. ¡Manda tu denuncia a Maing Tol y, por los dioses, espero que llegue!

Luego deseó no haberlo dicho. Le temblaban las manos y sentía en las entrañas ese vacío que la hiperactividad ocasionaba en el organismo después de un salto. Comió concentrados y bebió, pero no sirvió de nada.

Pasara lo que pasara, necesitaban dormir; todas tenían que dejar los turnos ante los tableros y descansar un poco, pero las comunicaciones de Jik llegaban en un torrente continuo que no les daba reposo.

—Ese maldito mahe no tiene nervios —murmuró Pyanfar—. Ha debido conseguir una tripulación de refresco mientras entraba en el sistema. Probablemente se ha tomado toda una cena de cinco platos. ¿Qué se cree que *somos*?

Nadie respondió a eso.

—Dioses —murmuró Geran cuando el plan de curso y la información sobre Kefk empezaron a cobrar forma—. Esto tiene realmente *mal* aspecto.

—Y todo antes de que llegemos ahí —dijo Haral—. Apuesto a que en ese sistema hay más sorpresas de las que quiere darnos a entender el kif.

—No pienso apostar a eso —respondió Geran.

No había ningún punto de salto en su camino hacia Kefk, ni tampoco ningún punto de masa en el cual tres naves en malas condiciones pudieran aparecer, sumirse en el silencio, descansar y dormir un poco. La ruta se hallaba justo donde se superponían las influencias gravitatorias de dos estrellas; la *Orgullo* iría con el impulso de su propio campo de salto y el tirón de Kefk, entrando directamente a toda velocidad. Tres estrellas, contando a Mkks, Kefk 1 y Kefk 2. Kefk era una binaria cercana, y eso implicaba en el mejor de los casos una navegación difícil.

—Seis naves van con Sikkukkut, Jik y nuestra amiga Rhif —dijo Tirun—. Nos han colocado atrás para vigilar las colas.

—Solitas con siete kif —dijo Geran—. Dioses, vaya fiesta.

—Siempre es mejor que entrar las primeras.

—¿Qué intervalo tenemos?

—No el suficiente, por todos los dioses —Haral garabateaba notas furiosamente y el ordenador de Pyanfar escupió un documento por su ranura de salida.

Pyanfar no pensaba en otra cosa que en dormir, en la oportunidad de tender sus doloridos huesos sobre una cama y dejar que su mente se perdiera... mientras, se hallaban inmóviles en un muelle kif, con una fuerza de ataque kif, que muy probablemente estaba a punto de aparecer en el sistema, a su espalda, procedente de cualquiera de sus dos enemigos: las autoridades kif en Harak o las naves de Akkhtimakt procedentes de Kshshti. Su única esperanza era que Akkhtimakt no estuviera más cerca aún, que hubiera salido de Kshshti.

Sólo los dioses podían saberlo. Si un ataque las sorprendía en esta situación, si Akkhtimakt llegaba a Mkks antes de que hubieran salido o de que hubieran podido acumular velocidad, entonces se convertirían en blancos inmóviles con el morro pegado a la estación. No tenían ningún modo de acumular la velocidad necesaria con el tiempo de que disponían... lo mismo que le había ocurrido a la *Harukk* y sus aliadas.

No hacía falta ser telépata para adivinar la razón práctica por la cual Jik quería salir a toda prisa de Mkks.

Pero Pyanfar pensaba en otras cosas, como en la posibilidad de que Jik tuviera datos sobre operaciones que se desarrollaban en otras zonas, y que se los callara. Eso era una posibilidad: estaba absolutamente segura de que Sikkukkut sí lo sabía y no hablaba de ello.

«Hay fuego, hani. De Llyene a Mkks y Akkt. Incluso Anuurn».

Incluso Anuurn.

Y la *Vigilancia* había accedido a participar en un acto al que sólo se podía llamar de una forma: piratería.

«Supuse correctamente que me seguirías tan pronto como tu nave pudiera moverse, cazadora Pyanfar».

Entonces, ¿por qué nosotras? Dioses y truenos. Aparte de Tully, ¿qué poseemos que deseen los dos bandos? Y Sikkukkut nos lo ha devuelto. Jik podría haberlo reclamado. Y Jik no lo ha hecho.

¿Por qué deseaba Sikkukkut que nos metiéramos en esto?

Kif por todas partes. Un kif en el lavabo de abajo. Montones de pleitos llegaban a cada instante, porque una nave mercante hani era más fácil de acusar que una enviada del *han* o una nave de caza mahen. Y desde luego, mucho más fácil que los kif.

—Tenemos un mensaje de la *Vigilancia* —dijo Haral—. Un aviso oficial de que se ha presentado una queja.

—Diles que se la coman.

—Capitana...

—No, no les digas eso. Acusa recibo. —Pyanfar se concentró en otro tablero en el cual acababa de aparecer una comprobación de sistemas: todo despejado—. La tobera número dos está bien. —Verificó la comprobación de Tirun, tecleó la secuencia de la número tres y volvió nuevamente al sistema con los datos de Kefk.

El diagrama mostraba las estaciones de vigilancia armadas, tres de ellas en Kefk. Dentro de la distancia de salto el faro robot de navegación no proporcionaba datos sobre senderos de aproximación a las naves que llegaban hasta que no obtenía su identificación; y si la información que recibía no le parecía correcta, se desconectaba por completo. Eso significaba que muy pronto deberían reducir su velocidad para evitar la colisión, e incluso a esa velocidad reducida correrían el riesgo de chocar. Y

con una velocidad de entrada insuficiente se convertirían en blancos fáciles para cualquier cosa que las estaciones de vigilancia decidieran hacerles caer encima. Dioses, era una locura.

—Desde luego, funcionar con un equipo en buenas condiciones es algo grande —dijo Tirun—. Ya me había acostumbrado a las alarmas.

—Uh. —Pyanfar leyó la previsión de secuencias que había surgido en la pantalla dos, la eliminó y se frotó la oreja derecha. Los caracteres se apartaban unos de otros formando una neblina verdosa y luego volvían a juntarse. Ni una queja de la tripulación. Ahí estaba sentado un macho hani con los huesos molidos por el cansancio, apretando teclas, gruñendo de vez en cuando en una especie de gemido reflejo que podía convertirse en un murmullo: pobre Khym, estaba demasiado bien educado como para maldecir como ellas, pero realizaba el trabajo de una tripulante con la firme y continuada concentración de una hembra, sentado junto a Geran.

—Dadme vuestra información. —Ésa era su letanía, recitada impecablemente—. Se la transmitiré a la oficial correspondiente. —Y, luego—. Lo siento, eso es totalmente imposible.

Oyó que el ascensor empezaba a funcionar: Pyanfar le dio media vuelta a su asiento, encarándose hacia el corredor. Un puro reflejo nervioso con un kif a bordo y las tripulantes de Ehrran montando guardia en la compuerta de la *Orgullo*.

Hilfy se acercaba al puente y, al parecer, tenía prisa. Cuando hubo cruzado el umbral, Pyanfar pudo apreciar que sus ojos eran dos círculos oscuros.

—Tía, ¿qué es todo ese asunto de Kefk?

Pyanfar hizo girar su asiento hacia Hilfy y apoyó la cabeza en el acolchado. *Nadie* podía entrar en el puente de la *Orgullo* y utilizar ese tono con ella. Pero Hilfy... Hilfy necesitaba cierta indulgencia en estos momentos. Pyanfar se la concedió.

—Vamos ahí, cierto. Tenemos un pequeño asunto del que encargarnos.

—¿Un asunto *kif*?

Ahora fueron las orejas de Pyanfar las que se pegaron al cráneo. Pudo ver claramente las líneas de tensión en el rostro de Hilfy, los lugares por donde podía estallar. Y se quedó callada durante unos instantes.

—Bien, ¿lo es?

—Es un asunto de Jik. Mira, sobrina, tenemos una factura que pagar. Una factura condenadamente grande, por los dioses.

—¿A quién?

—Para empezar, a Jik. —Sin poderlo evitar, sintió que su corazón latía a toda velocidad. Sus orejas seguían gachas. Sus garras salieron a medio camino de sus dedos y empezaron a hundirse en los acolchados del asiento—. Hilfy, ¿crees que tengo la influencia suficiente como para conseguir que una nave de caza mahen y una enviada del *han* nos ayuden a sacarte de apuros sin dar algo a cambio? Eres cara,

sobrina.

Eso fue como una bofetada en el joven rostro de Hilfy. Círculos blancos aparecieron en sus ojos. Sus fosas nasales se dilataron.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Lo que vamos a hacer... —La voz de Pyanfar se quebró: estaba agotada. Levantó una mano. Hilfy oscilaba ante ella, insegura, casi en tan mal estado como ella. Era una locura. Todas estaban igual de agotadas—. Lo que vamos a hacer, sobrina, es lo que debemos hacer, sea eso lo que sea: no hay más remedio. Sí, vamos a Kefk. No tenemos dónde elegir. Empiezan a reclamar el pago de las deudas y no podemos engañar a Jik. Incluso Ehrran va a participar en esto, y no me preguntes por qué. Puedes estar condenadamente segura de que en parte es para espiar. En cuanto a nosotras, ya te lo he dicho. Deudas. Logramos sacarte de ahí. No supe hacerlo mejor.

—Tenemos un kif en esta nave.

—No por mi gusto.

—¿Algo de lo ocurrido últimamente ha sido decisión tuya?

Durante un segundo Pyanfar fue incapaz de creer lo que había oído; luego sus músculos se movieron en un espasmo que la levantó del asiento. Hilfy retrocedió un paso, con el rostro lleno de pena y confusión y las orejas pegadas al cráneo, como si tampoco ella fuera capaz de creer lo que había dicho.

Khym abandonó su puesto; con las orejas gachas, y *eso sí* que era un auténtico problema ambulante.

—¿Cuánto territorio tengo que darte? —preguntó Pyanfar—. ¿Cuánto te mereces, eh? —Las puertas del ascensor se abrieron otra vez al final del pasillo. Chur y, dioses, Tully, los dos se acercaban al puente, más aprisa de lo que deberían caminar ninguno de ellos. En todo el puente reinaba un silencio cargado de aciagos presagios, un murmullo de cuero a medida que la tripulación giraba sus asientos—. ¿Tienes alguna recomendación particular que hacerme, sobrina?

—No. —Por fin logró pronunciar la respuesta. Chur y Tully entraron en el puente: durante el último trecho del camino, prácticamente se habían sostenido mutuamente.

—Quizá será mejor que sigas descansando —dijo Pyanfar—. Tenemos trabajo que hacer.

—Tía, por todos los dioses...

—*¡Quiero verte fuera de aquí! Dioses y truenos. Hilfy Chanur, ¿acaso vas a enseñarme cómo llevar esta nave?*

Tully se apartó de la consola en la que se había apoyado: débil, medio aturdido por la fiebre, dispuesto a interponerse entre dos hani enloquecidas. Pero por fin se detuvo oscilando atrás y adelante sobre sus pies, con pánico en los ojos.

Entonces Pyanfar comprendió y por un instante vio cómo habían sido las cosas

cuando estaban con los kif. Y toda la tripulación lo entendió también. No quería seguir por esa línea de pensamiento. Hilfy cogió a Tully por los hombros y, con mucho cuidado, lo apartó hacia un lado en dirección opuesta a donde se hallaba Khym, confiándolo nuevamente al cuidado de Chur.

Después de eso reinó un silencio mortífero, roto sólo por el zumbido y el destello inanimado de los sistemas.

—Hilfy —dijo Pyanfar, y se hundió en su asiento—. Hilfy... —oía esos zumbidos y el crujido de la impresora escupiendo los mensajes que llegaban—. Todas estamos cansadas. No nos encontramos en condiciones de enfrentarnos a esto. Otras naves han podido cambiar de tripulación, han tenido tiempo para descansar... Geran, llama a Jik. Dile que a su maldito plan de operaciones se lo pueden llevar los dioses; vamos a descansar un poco. Hilfy: cuando recogimos a Jik había tenido una escaramuza con los kif no sé dónde. Le había dado un buen pisotón al rabo de Akkhtimakt. No sabemos dónde se encuentra Akkhtimakt ahora, pero quiere nuestros pellejos, de eso no cabe duda alguna. Sikkukkut jura que fueron los agentes de Akkhtimakt los que prendieron fuego a los muelles de Kshshti disparando a diestro y siniestro, intentando apoderarse tanto de Tully como de ti...

—¿Acaso importa qué condenado kif...?

—Cállate y escucha. Sikkukkut se apoderó de ti por razones particulares. Y eso no es que exija gratitud, basta con aplicar el sentido común. Los agentes de Akkhtimakt salieron corriendo de Kshshti. Ahora ya se habrán reunido nuevamente con él, y eso quiere decir que tenemos muy poco tiempo: es muy probable que uno de los exploradores de Akkhtimakt esté ya sobre el sistema de Kshshti. Y, de ser así, descubrirá adónde fuimos cuando empiece a examinar el sistema, obtendrá de ahí toda la información sobre lo ocurrido antes de que reduzca velocidad, y que los dioses les ayuden si se queda el tiempo suficiente como para arreglar un poco las cosas. No creemos que lo haga. Creemos que vendrá a por nosotros sin detenerse. Pero no podemos apostar sobre eso. También tenemos un informe de que ese stsho sin orejas que salió corriendo de aquí tomó la ruta de Kefk hacia su hogar. Y soltó todo lo que sabe durante el camino, no lo dudes. Tenemos un montón de problemas aquí, sobrina.

—¡Por los dioses, nos encontramos a un salto de Maing Tol o Idunspol! ¿No teníamos que sacar a Tully de aquí? ¿No tenía eso prioridad?

—La prioridad dejó de existir cuando Banny Ayhar salió de Kshshti. La *Prosperidad* se ha encargado de llevar se el paquete de Tully junto con una cinta traductora del lenguaje humano, puesta al día. Si Banny no ha tropezado con ningún problema, el paquete habrá llegado ya a Maing Tol. O llegará pronto. —En su estado de agotamiento, tenía algunos problemas con las cifras translumínicas—. Somos más rápidas que antes. Y si tanto te preocupa el bienestar de Tully... piensa en esto: si le

llevamos a Maing Tol con los mahendo'sat, ten por seguro que se apoderarán de él. ¿Por qué pensabas que no quería entregárselo a Jik ahí fuera? Le encerrarían y se lanzarían sobre él hasta que hubiera soltado cuanto sabe. ¿Quieres eso para él, eh? Puede que aún sepa algo. Puede que yo esté loca por no quitármelo de entre las manos; pero no pienso hacerle *eso*. Después de lo ocurrido, sería como matarle. ¿Entiendes? *Nunca* le dejarían libre.

—¡Estabas más que dispuesta a entregarle en Kshshti! —gritó Hilfy y junto a ella se oía el continuo zumbido del comunicador-traductor que llevaba Tully. Sus ojos estaban muy abiertos y oscuros.

—Eso era *antes* —dijo Pyanfar—, por todos los dioses, *antes* de que todo explotara, antes de que nosotras...

—... acabáramos con un montón de facturas y deudas. Admítelo. Está en venta. Prescindirás de él si eso sirve para sacarnos de apuros. ¡*Eso* es lo que te estás callando! ¡Un trato mejor, por todos los dioses!

—¡Cuidado con tus palabras, chiquilla!

—Bien, ¿acaso no es la verdad?

—Dioses y truenos, no, no lo es. No lo es desde... —desde que lo había visto en esa habitación, pensó Pyanfar. No desde que entró en una fortaleza de los kif en su busca y pudo ver por sí misma en qué situación se encontraba, cómo le habían tratado—. No, ya no es así.

—Entonces, ¿nos aliamos con ellos? ¿Vamos a poner en peligro todas nuestras vidas cuando nos hallamos a un salto del espacio mahen?

—Tal y como tú dijiste, tenemos una deuda. Y es el espacio *mahen*. Se encuentra bajo la ley mahen. Política mahen. ¿Quieres meterte ahí dentro, quieres que todas confiemos en su caridad? ¿Quieres poner en juego todo lo que tienes por una prioridad que no es la tuya?

—Pensé que debíamos desmayarnos de pura gratitud ante nuestros aliados. Pensé que se trataba de una deuda. Nosotras y ellos. Ahora se trata de otra cosa.

—Sobrina, en nombre de los dioses, quizá si pudiera saber qué es todo este asunto no tendría que meterme de cabeza en él. Los mahendo'sat se rigen por la posición personal. ¿Quieres ver a Jik muerto, se trata de eso? ¿Quieres que desaparezca... y entonces, qué será de su Personaje, y qué será de sus amigos, como Dientes-de-oro y nosotras? Tenemos algunos intereses en esto. Y tampoco nos piden que confiemos ciegamente en ellos.

—¡Tía, no somos una nave de combate!

—No —dijo ella. Le dolían las tripas. ¿Falta de comida? ¿Falta de sueño? ¿Miedo puro y simple?—. Somos una nave mercante sin cargamento, estamos metidas hasta el cuello en deudas y la enviada del *han* tiene suficiente material en sus archivos como para arruinarnos. Por otra parte, los stsho de Punto de Encuentro acabarán

enviando sus propias quejas al *han*... si no puedo echarle la vista encima no confío para nada en ese bastardo de *Stle stles stlen*. Y de todos modos anda suelto por ahí un *kif* que nos considera el primer blanco en todo este maldito universo olvidado de los dioses. *Akkhtimakt* quiere ser el jefe de todos los *kif*, y si lo consigue, tú misma puedes hacer tus propias hipótesis en cuanto a cuáles son nuestras oportunidades. Así pues ¿quieres saber por qué me he aliado con los *mahendo'sat*?

—No puedes creer que nos dejen participar en ningún comercio humano que se consiga. Nos engañarán, estoy segura de que nuestros preciosos aliados nos echarán de ese negocio a la primera ocasión.

—Ya lo creo que lo intentarán, claro. Son buenos en eso. Pero en estos momentos son todo nuestro crédito. ¿Quieres ir a *Maing Tol*, quieres intentar el camino más largo hasta Punto de Encuentro para rescatar nuestra carga... con qué recursos, sobrina? ¿Quieres regresar a casa, quieres discutir todas nuestras acusaciones con el *han* en *Anuurn*? Cuando esto termine, tu padre va a tener muchos desafíos, cada mocoso provisto de ambiciones va a probar suerte con él; *Ehrran* se asegurará personalmente de que eso ocurra... y *Kohan* se está haciendo viejo, chiquilla. No puede enfrentarse a todos. Así están las cosas.

—Entonces, ¿vamos a poner en peligro la *Orgullo*?

—Ése es el camino que he elegido.

Nadie se movió. *Hilfy* se quedó donde estaba, intentando recuperar el aliento. En el comunicador se oía un insistente zumbido.

—Lo que haremos —dijo *Pyanfar*—, es tomarnos el descanso que tanta falta nos hace. Vamos a colaborar en esta loca misión de *Jik* y le guardaremos el trasero a esa enviada de pantalones negros. Y confiaremos en todos los dioses para que *Dientes-de-oro* esté donde debe. Lo mejor que podemos hacer es mantener la actual buena disposición de los *mahendo'sat* hacia nosotras. *Sikkukkut* no está demasiado loco. Tú saliste viva de aquí. Lo que he oído sobre *Akkhtimakt* no me gusta ni la mitad de lo que sé sobre *Sikkukkut*. Ese *kif* tiene un verdadero agravio personal contra nosotras, comparado con *Sikkukkut* es el doble de malo que él... ésa es la verdad, sobrina. Escúchame. ¿Quieres que *Akkhtimakt* sea el gran *hakkikt*, el que una los mundos, el líder que los *kif* han estado esperando desde que descubrieron la piratería? ¿O quieres a *Sikkukkut* que, al menos, tiene sus límites? Puede que haya algún interés nuestro en esta lucha de los *kif*, ¿eh?

—Entonces, ¿vamos a dejar que *Sikkukkut* se meta en nuestra cama?

La aspereza de su tono hizo que las orejas de *Pyanfar* se fueran hacia atrás.

—No vamos a dejar que ese maldito bastardo se meta en ningún sitio. Sí, hicimos un trato. Beneficia a los dos lados.

—Lo siento, lo siento, pero ese bastardo me ha puesto las manos encima. He recibido drogas, sacudidas eléctricas y cada uno de los sucios trucos que se le han

podido ocurrir a ese kif... y sólo los dioses saben lo que le hicieron a Tully, no quiere contármelo... ¿Quieres que apruebe este trato?

—No. No quiero eso. No te lo he pedido. —Pyanfar apoyó la cabeza en el respaldo—. Sólo he intentado informarte de la situación. Si quieres pasarte este viaje en tu camarote, anda, ve allí. Te mereces el descanso. No te recomiendo que te quedes en Mkks. Las cosas van a ponerse realmente calientes aquí dentro de muy poco, tan pronto como las noticias lleguen hasta Akkt y Maing Tol. Estamos hablando de que los mahendo'sat van a perder una estación estelar, ¿entiendes? O que los kif van a conseguir una. Y, realmente, nadie está demasiado contento. No eres la única que tiene problemas. Sólo los dioses saben qué harán los mahendo'sat o si el crédito de Jik sigue teniendo valor en su terreno. Hemos perdido todo el apoyo que pudiéramos tener entre el *han*. Todo lo que nos queda es Jik. Y Dientes-de-oro. Y, si desaparecen, entonces no tenemos nada. *Nada*. Lo más probable es que nos engañen tal y como tú has dicho. Pero si desaparecen... es probable que el Personaje para el cual trabajan caiga también; y entonces habrá un nuevo Personaje. Nuevos tratos, nuevas políticas. No estoy segura de que eso fuera a gustarme mucho. No estoy segura de que ni tan siquiera le gustara a Ehrran.

Los hombros de Hilfy se abatieron bruscamente. En su rostro había una expresión de dolor. El zumbido del comunicador seguía sonando en su puesto habitual. Agitó una mano con aire derrotado, fue hasta su puesto y cogió el auricular, apretando el botón.

—*Orgullo de Chanur* —le dijo a quien fuera—. Oficial de comunicaciones al habla.

Hilfy ocupó su asiento, dándole la espalda a todos.

—Tully —dijo Pyanfar. Extendió la mano y él fue hasta su asiento. La contempló con su expresión de costumbre, ojos azules y pensativos. Pero tomó su mano suavemente, como había aprendido; y ella curvó sus garras rodeando su mano con cuidado de no herir su delicada piel—. Ve abajo. Descansa. Todo está bien. Todo está bien, Tully. Es sólo una discusión. No son más que palabras. Ve abajo y descansa.

—Yo tripulación. Técnico observación. Yo trabajar.

—En estos momentos no eres más que carne picada. Y no sabes leer nuestros tableros, ¿cómo harás funcionar los controles sin ayuda? ¿Quieres trabajar? Pues duerme un poco. Luego trabajarás. Vete. —Dejó libre su mano y le dio un golpe en el trasero para ponerle en movimiento, pero Tully se quedó quieto. Khym estaba ahí mismo, viéndolo todo. Pyanfar sentía deseos de rechinar los dientes. Su esposo. Este macho. Y una adolescente con un dolor muy profundo dentro y sólo los dioses sabían qué ideas adquiridas en una celda kif—. Todas vamos a dejar de trabajar y dormiremos un poco. Descanso. Comida. ¿De acuerdo? —Un segundo golpe, ahora con la punta de las garras asomando. Tully se movió, algo sobresaltado, y la miró con

expresión aturdida—. Fuera —dijo Pyanfar con una voz que no admitía discusión y las orejas hacia atrás. Tully empezó a retroceder.

—Tía —dijo Hilfy. Su voz oficial, cuerda y controlada—. Es la *Aja Jin*. Saludos del capitán. Tiene un problema. Dice que debe hablar contigo directamente. No acepta una negativa. ¿Quieres hablar con él?

—Aceptaré la llamada. —Cualquier cosa... *lo que fuera*, con tal de mantener tranquila a Hilfy—. Ya supongo lo que es. —Hizo girar su asiento—. Tully, Khym, Chur, Geran: fuera de aquí inmediatamente; id a comer y luego a la cama. Ahora mismo, venga. Hilfy, tú también... otra cosa, Hilfy...

—¿Sí? —A la defensiva.

—Los kif dicen que Tahar se ha hecho amiga de Akkhtimakt.

—¿La *Luna Creciente*? —Las pupilas de Hilfy se dilataron.

—Desde Gaohn. Encaja, ¿no? Estuvo siguiendo las indicaciones de Akkukkak; después de Gaohn, ¿a qué otro sitio podía ir? La *Vigilancia* está *realmente* interesada en eso. Pensé que te gustaría saberlo.

—Por todos los dioses. Tía...

—Vigila ese lenguaje. Has vuelto a la civilización, sobrina. —Apretó el interruptor al mismo tiempo que Haral le pasaba la transmisión. Una corriente casi sólida de peticiones y exigencias mahen fluyó en su oído—. Dioses, Jik...

—... tiempo. Tener aceptar datos ordenador. ¿Qué querer tú, esperar Akkhtimakt, esperar kif Harak?

—¿Y tú que quieres, que mi tripulación caiga agotada a mitad del salto?

—*No maldito tiempo descansar. Tengo misma autoridad estación encima cuello mío, quieren subir nave. Tengo que explicar kif tú querer sueño, ¿afirmativo?*

Pyanfar se echó la melena hacia atrás y agitó las orejas. Los anillos tintinearono levemente, a toda velocidad.

—Entonces yo se lo explicaré al *hakkikt*, amigo mío. ¿Eso es lo que deseas?

Un instante de silencio al otro extremo.

—*Yo hablar hakkikt. Maldición.*

—Gracias.

—*Antes que cerrar, quizás aceptar datos ordenador transmisión. Trato, ¿eh?*

—¡No! Mi tripulación ha llegado al límite, ¿entiendes?

—*Tenemos stsho corriendo a Kefk.*

—No podemos hacerlo, Jik.

—*Yo envío tripulación.*

—No la quiero en mi nave, nada de eso. Imposible.

—*¿Quieres yo venir ahí explicar? Tenemos problemas estación, tenemos petición urgente despejar muelle, tener gran miedo, Pyanfar. Tener problema kif. ¿Qué decir yo kif? ¿«Siento, hani ir echar siesta»?*

—Explícaselo como quieras. Estoy a punto de caerme de bruces, bastardo. Estoy agotada, no puedo más; la tripulación va a dejar de trabajar ahora mismo.

—*Tener terminar datos alimentación ordenador.*

—Doce horas. Sólo entonces lo haremos.

—*Nueve.*

—Once.

—*Maldición, hani, esto no trato comerciantes. Nueve. Nueve todo podemos posible obtener. Cubrirte cola ese tiempo. Escucha.*

—Nueve —musitó ella—. Nueve. —Desconectó el canal, hizo girar el asiento y se levantó.

Hilfy y Chur se habían ido, así como Geran y Khym. Pero Tully seguía ahí, solo, apoyado en el umbral metálico de la puerta con las manos a la espalda.

Mirándola.

—Te he asustado, ¿eh?

—Pyanfar.

—No estoy enfadada contigo. Te di una orden, *na* Tully, y cuando te doy una orden tienes que moverte, ¿entendido? ¿No dije que te fueras?

—Pyanfar. —Seguía sin moverse. Tenía la boca convertida en una línea apretada y había pánico en sus ojos. Pero se apartó de la pared y fue hacia el asiento de observación... y de pronto dio un par de pasos más y la rodeó con sus brazos. Pyanfar odiaba eso. Pero el gesto quería decir mucho más de cuanto Tully era capaz de expresar con palabras. Pyanfar le dio unas palmaditas en la cabeza, le apartó de un suave empujón y le miró.

Confianza. Bien sabían los dioses que no tenía razón alguna para confiar en ella.

—Tully, por todos los dioses, eres un condenado tonto.

—Hilfy decir tú venir.

—Hilfy es otra tonta. —Pero eso la había conmovido. Y, ¿qué había pensado él cuando ella le dejó con Sikkukkut? ¿Qué había creído entonces... no siendo hani, no siendo pariente de ellas, no siendo nada aparte de un problema y un estorbo?—. Ve a descansar, ¿eh? Cuidaremos de ti.

—No ir kif.

—No, no irás con los kif. No irás con nadie. Te conservaremos aquí, con nosotras. —Pensó en lo que había dicho y le clavó suavemente una garra para atraer su atención—. Tenemos un kif. ¿Te lo ha dicho ya Hilfy?

—Kif... ¿en la *Orgullo*?

—Un prisionero. Su nombre es Skkukuk. ¿Le conoces?

Una sacudida de cabeza.

—No. ¿# prisionero?

—Se me ha escapado algo de eso que has dicho. Sikkukkut nos lo entregó. No

tengas miedo de él, ¿eh?

Una segunda sacudida de cabeza.

—Hilfy... Hilfy... querer # decir... ella # kif.

—Eso también se me ha escapado. No está muy contenta con la situación, ya lo sé. Pero también cuidaremos de ella.

—Es buena. Buena.

—También estoy enterada de eso. —Le dio un golpecito en el brazo—. ¿Te han preparado algo de comer?

—No quiero.

—No quiero... Venga. —Cogió a Tully por el brazo y le hizo cruzar el puente. Se detuvo un instante y miró a Tirun y Haral, de cuyos ojos fluían oscuros hilillos de líquido a causa del agotamiento. Pyanfar sintió que los suyos estaban a punto de hacer lo mismo y se los limpió—. Dejadlo, estáis fuera de servicio.

—¿Y tú? —dijo Haral.

—Yo también lo estoy —contestó Pyanfar. Mantuvo a Tully cogido por la muñeca mientras subía la suave cuesta que llevaba a la cocina. A su espalda hubo un zumbido de asientos y el ruido de los interruptores desconectados.

En la cocina había bastante actividad: Geran y Khym habían ido hacia allí y, dioses, Pyanfar tendría que haber temblado ante la idea de meter a Tully en ese lugar, con Khym, pero ya había superado ese punto.

—Siéntate —le dijo a Tully. Éste ocupó el sitio libre más cercano y cogió luego la taza que Geran le puso entre las manos... la taza particular de Geran. Bebió—. Tenemos que llevarle algo de comida a Hilfy —dijo—. Y a Chur.

—Yo lo haré —dijo Geran, poniendo nuevamente en marcha el percolador al mismo tiempo que aparecían Haral y Tirun y empezaban a trastear en los compartimentos de las provisiones.

—Toma. Lo necesitas. —Khym le entregó una taza a Pyanfar—. Siéntate tú también.

—Ya. —Se dejó caer en el banco y bebió el humeante contenido de la taza, sosteniéndola con las dos manos. Luego la dejó sobre la mesa y se apartó la melena del rostro.

El comunicador zumbó.

—Maldito sea... —dijo Haral, echando mano a su comunicador de bolsillo—. *Orgullo de Chanur*, ya han oído nuestra grabación; estamos desconectadas por el momento. ¿Se trata de una emergencia?

—*Tengo un mensaje personal del hakkikt. Estoy esperando en su muelle.*

—Dioses y truenos —gimió Pyanfar—. Kif.

—No vayas —dijo Khym—. Que se largue.

—Si hiciera algo semejante podrías acabar lamentándolo. —Tragó un gran sorbo

de gfé—. Dile que venga y que la guardia de Ehrran le deje pasar. Hablaré con él en la cubierta inferior.

—Kif —dijo Tully en voz baja. Sus extraños ojos se movieron a un lado y a otro, con ostensible alarma—. Kif venir...

Pyanfar le indicó que se calmara con una seña. Haral transmitió el mensaje.

—Ya viene —dijo Haral y luego, alzando el mentón, añadió—: Ya sabes que esa condenada Ehrran va a informar de esto.

—Lo sé. —Pyanfar se levantó—. ¿Vienes?

—Yo iré también —dijo Khym.

—No tiene sentido que venga todo el mundo. Manteneos al corriente desde aquí arriba. No queréis dar la impresión de que estamos preocupadas, ¿verdad?

—Quizá Sikkukkut lo ha mandado para que le devolvamos a ese kif —dijo Haral, mientras se dirigían en el ascensor a la cubierta inferior.

—Eso resolvería un problema. Se lo entregaría adornado con cintas. Pero no creo que se trate de esto.

La puerta se abrió con un susurro y salieron del ascensor.

El kif estaba ya en el pasillo, una sombra oscura recortada contra las luces, los brazos escondidos dentro de sus anchas mangas.

La mano de Pyanfar estaba igualmente escondida en su bolsillo, con el dedo curvado sobre el gatillo de su pistola. Pensó que Haral estaría haciendo lo mismo.

El kif se inclinó al ver que se acercaban. Pyanfar no le devolvió la cortesía.

—¿Bien?

Unas manos negras y flacas emergieron de las mangas, mostrando que no había nada en ellas. El kif era alto, impresionantemente alto. En su pecho relucía una medalla plateada de muchas facetas.

—¿Vienes de parte del *hakkikt*?

—Cazadora Pyanfar, nunca aprenderás a distinguirnos. Pyanfar le examinó con más atención.

—¿*Sikkukkut*?

El *hakkikt* extendió las manos hacia ella, con las palmas hacia fuera.

—Los mensajeros no son de confianza en este asunto, cazadora Pyanfar. E, indudablemente, se les escaparían ciertos matices. Habrá una transmisión de datos para el ordenador, ¿o la has recibido ya?

—Sí, me la transmitiré la *Aja Jin*. La recibiré.

Sikkukkut alzó su cabeza para mirarla mostrando su flaco mentón y su hocico cubierto de una piel muy suave sobre la cual se distinguía el relieve de las venas. Sus ojos brillaban.

—Tienes confianza en tus aliados.

—Digamos que nuestros intereses coinciden.

—Tienes demasiado *sfik* para que vuestros intereses sean los mismos.

—¿Se trata de algún tipo de acuerdo?

—He ofrecido oro.

—No me interesa.

—¿Y te llamas comerciante?

—No me interesa cualquier tipo de mercancía.

—Tu humano no quiso hablar para mí. Ni una sola palabra.

—Ya. —Pyanfar tragó aire, ignorando el olor del amoníaco.

—No me esforcé demasiado en ello. Pero, indudablemente, sus camaradas de la *Ijir* hablaron con Akkhtimakt cuando se apoderó de esa nave. ¿Qué le dirían? ¿Le dijeron quizá que los humanos están decididos a establecer conexiones comerciales... y que con eso destruirán el Pacto? ¿Disgustarán a los respiradores de metano? ¿Inquietarán a los *stsho*? ¿Ves las fuerzas que se alinean contra ti, *ker* Pyanfar? Incluso tu propio *han* se vuelve contra ti. Te has aliado con los mahendo'sat y conoces sus motivos.

—Dime cuáles son.

—Disminuir nuestra posición. Intentan colocar una especie más a nuestra espalda igual que trajeron a la especie hani para proteger su flanco izquierdo. En Ninan Hol hay puestos de escucha. Los mahendo'sat dirigen su atención al espacio que hay más allá de Ninan Hol; mandan constantemente sondas con la esperanza de hallar otro contacto que puedan utilizar. Han metido la nariz en todo, igual que mi viejo amigo Keia.

—Amigo, ¿eh?

—Nuestros intereses coinciden. Quiere que yo derrote las fuerzas de Akkhtimakt, pues no le gustan los objetivos inmediatos de éste. Yo quiero lo mismo, por descontado. Y tú también deberías querer eso.

—Quizá sea así.

La nariz de Sikkukkut se cubrió de nuevas arrugas y luego volvió a quedar lisa.

—Kkkt. Demos por sentado que somos aliados. Recuerda esto en Kefk. Si las cosas tomaran un mal aspecto, *acude a mí*.

Pyanfar le contempló durante unos segundos interminables.

—¿Eso es lo que has venido a decirme?

—Me resultas interesante.

—Dioses, gracias.

Más arrugas.

—Posees ingenio. Tienes enemigos en tu hogar.

Las orejas de Pyanfar cayeron bruscamente hacia atrás.

—¿Qué relación guarda eso con el aquí y el ahora?

—Tiene mucho que ver con el futuro. ¿Me enviarás a ese humano?

—No.

—¿Qué harás con él? Dímelo. Confieso que siento curiosidad.

—No sé si al final haré algo. Es un *tripulante*.

—Las hani siempre lográis dejarme confundido. Pero lo has prometido, ¿no es cierto? Me entregarás Kefk.

—Eso ya lo dijo antes Jik. ¿Hace falta también un acuerdo privado conmigo?

—Te ofrezco *pukkukta* sobre todos nuestros enemigos.

—No me hace falta la venganza.

—¿No? Los *tc'a* cantan tu nombre. Lo he oído.

El vello se le erizó en la espalda.

—Estupendo. Me imagino que deben hablar de montones de cosas.

—*Pukkukta*. —Los negros labios se fruncieron hacia atrás dejando al descubierto unos agudos caninos en forma de uve; un brazo se extendió hacia ella, haciendo aletear la negra manga—. Hani, llegará un día en el cual la desearás.

—¿Qué quiere decir eso, por todos los dioses?

Pero Sikkukkut ya había dado la vuelta y se iba, era ya una mancha negra que disminuía contra las luces. Se detuvo y dio media vuelta, siempre tan fluido en sus gestos.

—Por supuesto, tendrás que dejarme salir... amiga.

—*Tirun. Un visitante se marcha. Déjale salir.*

—*Bien* —Llegó la respuesta. Sikkukkut se alejó con una serena dignidad y Pyanfar tensó la piel de su nuca para alisar el vello. Los músculos se resistieron, y transformaron el gesto en un escalofrío.

—Dioses —murmuró Haral.

—Comprueba que se marche realmente —dijo Pyanfar; y Haral se alejó por el pasillo en la misma dirección por la que había desaparecido el kif, doblando la esquina hacia la compuerta.

Su vello no decidió calmarse hasta que Haral hubo aparecido de nuevo y se reunió con ella.

—¿Has grabado eso, Tirun? —le preguntó al aire.

—*Lo tengo* —respondió la voz de Tirun—. *No en vano fui la abogada oculta de Mahn durante mucho tiempo.*

Pyanfar tragó aire y dejó escapar una seca carcajada. Era como si una tormenta hubiera flotado en el aire de la *Orgullo* y ahora hubiera vuelto a salir el sol.

Pero entonces Haral se quedó inmóvil, mirando hacia el pasillo por encima de su hombro.

Pyanfar se volvió en redondo y vio que Hilfy empuñaba una pistola.

—¿Qué crees que haces? —le gritó Pyanfar.

—Oí la compuerta —dijo Hilfy. Su voz era demasiado suave.

—Ya nos encargamos de eso. Vuelve a tu camarote.

—Bien —dijo Hilfy. El seguro de su arma chasqueó al cerrarse. Hilfy se guardó la pistola en el bolsillo y desapareció por la esquina.

—¿Por qué le he gritado? —le murmuró Pyanfar a Haral, aunque en realidad no se dirigía a nadie en particular—. No tenía que gritar, por todos los dioses.

—Se encuentra bien —dijo Haral.

—Claro.

Pero no logró quitarse el frío de las entrañas hasta que no hubo cruzado de nuevo el puente y se encontró en la cocina.

—¿Qué querer él? —preguntó Tully con aire preocupado, levantándose de la mesa. Pyanfar le hizo sentarse nuevamente con un empujón sobre su hombro.

—Nada, salvo molestar.

—Dar dinero. Querer mí.

—Ya sabe que no lo aceptaría. —Se dejó caer sobre el banco y extendió la mano hacia la taza que había abandonado antes. *Sí, ¿qué deseaba?*

Khym se apoderó de la taza antes de que su mano llegara a ella y le deslizó entre los dedos otra llena de gfé caliente.

—Bien —dijo Khym.

Pyanfar alzó los ojos hacia su esposo, confusa.

—Bien —repitió Khym y ella pensó que se refería a lo que había hecho: buen trabajo. Sin embargo, ella no estaba muy segura de haber actuado adecuadamente. Pero sorbió el gfé y siguió mirándole. Vio paciencia en sus ojos color ámbar. Una paciencia que había conseguido de la forma más dura posible.

—Tu camarote está ocupado —dijo ella con cierta malicia.

—Ya. —Khym pareció algo incómodo al comprender la invitación. Geran estaba presente. Y había también otro macho.

Y luego, sin poderlo evitar, pareció muy complacido. Sus orejas se agitaron rápidamente. *Dioses. Tc'a. Respiradores de metano.* Recordó al knnn que las había precedido al salir de Punto de Encuentro y el vello de su espalda sintió nuevos deseos de erizarse.

Algo de lo que dijo era importante. Algo valía lo bastante como para que viniera hasta aquí. Él. El futuro señor de todos los kif. Visitándome.

«*Demos por sentado que somos aliados. Recuerda esto en Kefk*».

—¿Algo anda mal? —le preguntó Khym.

«*Venganza sobre todos nuestros enemigos. Hani, llegará un día en el cual la desearás*».

—Todavía no —dijo ella. Cogió el recipiente envuelto en plástico que Geran había lanzado hacia ella por encima de la mesa. Haral y Tirun se acercaron también en busca de gfé y comida. Pyanfar arrancó el plástico y empezó a tragar la carne a

grandes bocados, lo que probablemente le produciría hipo, haciéndolos pasar con gfé—. Dioses, tofi. —La especia la hizo estornudar.

—Por todos los dioses, ve más despacio.

—¿Cómo que más despacio? Tenemos ocho horas y media para dormir. —Se puso en pie y cogió a Khym por el brazo—. Ven, esposo, me han entrado ganas de repente.

—Dioses, Py...

—¿Quién se va a dar cuenta? Acábate el gfé. Ven.

6

Ocho horas y media no eran suficientes. El despertador sonó como una combinación de muerte, ataques y destrucción universal. Pyanfar trepó por encima de Khym para apagarlo; pero una vez hecho esto no le quedó otro remedio que recordar quién era y lo que la estaba esperando, arrastrarse fuera de la cama, sacar de ella a empellones a su medio inconsciente esposo y enfrentarse a todo.

Se puso un sencillo par de pantalones azules, los normales en una navegante espacial, porque estaban a punto de salir. Lo más probable era que al otro lado de ese salto no tuvieran tiempo para asearse ni vestirse cuidadosamente. Reservó su mejor par de pantalones de seda para usarlos en los muelles de kefk, cuando hubiera terminado todo y pudiera limpiarse.

Resultaba más sano pensar en esos términos, en el futuro tendría necesidad de unos brillantes pantalones de seda roja y todo el resto de adornos.

Pero se colocó el pendiente con el rubí junto a los demás aros, el rubí que ardía ferozmente entre la melena rojo dorada que enmarcaba su velluda oreja cubierta de anillos. Serviría de advertencia para aquel que deseara discutir con una hani de atuendo tan sencillo, indicándoles que era una capitana. En un día como éste necesitaba apoyar ese convencimiento por todos los medios.

—Dale de comer a ese maldito kif —le ordenó a Tirun cuando la encontró en el puente.

—¿Qué, le doy de comer? —preguntó Tirun e, inmediatamente, Pyanfar sintió cómo se le revolvía el estómago.

—No lo sé: descongela algo. Arrójale un bistec por la puerta. No te acerques a él. Y no lles armas encima.

—Dioses, no es más que un kif. Puedo...

—No te acerques a él. ¿Cuántos problemas más necesitamos tener en esta nave?

—Bien —dijo Tirun, tragándose sus deseos de seguir discutiendo.

Todas se habían levantado y estaban ya trabajando. Chur abandonó el antiguo camarote de Khym para encargarse de las comprobaciones en el puente; Haral, Hilfy y Geran subieron del nivel inferior. También Tully se presentó, pese a sus morados y dolores, para meterse en la cocina con Khym (¡dioses!) y con Hilfy, para preparar el desayuno. En el puente ya se había reanudado el flujo de comunicaciones y la *Orgullo* empezó la absorción de los datos que la *Aja Jin* y la *Vigilancia* habían estado elaborando durante su descanso. Haral, Geran y Chur se encargaban de ello, en tanto que Tirun partía para dar de comer al kif.

—Tenemos una petición de la *Aja Jin* —informó Chur—. Quieren hablar contigo cuando puedas.

—Estupendo —dijo Pyanfar, poniendo cara de mártir—. Estupendo. Me

encargaré de ello.

—Todas las comprobaciones van perfectamente. ¿Aceptamos el curso que nos ha enviado la *Aja Jin* tal cual?

—Aceptaremos lo que nos manden, sea lo que sea. No pienso discutir con su ordenador. —Se inclinó sobre el asiento de Chur y echó un vistazo a las emisiones de la estación. Otra vez lenguaje mahen. Mkks empezaba a dar de nuevo impresión de normalidad en sus operaciones.

Pyanfar pensó que todos los kif de Mkks estarían yendo hacia las naves de Sikkukkut, si es que apreciaban su vida. Pensó en quienes no estaban metidos en este embrollo, los que no eran kif, y deseó que hubieran evacuado toda la estación. Pero eso era imposible. Los mahendo'sat y los stsho debían quedarse y confiar en las escasas convenciones de neutralidad y falta de compromiso que incluso los kif observaban dentro del Pacto. Los tc'a y los chi estaban a salvo. Indiscutiblemente. Y protegían a los demás, a los residentes que respiraban oxígeno, mediante la inmunidad que les otorgaba su locura.

—¿Qué tal va nuestra cuenta?

—Una hora tres minutos para dejar el muelle —contestó Haral.

—Bondad divina, así que siguen con esa idea, ¿eh?

—Ese mahe es un bastardo muy tozudo.

—¿Podremos con ella?

—Estamos logrando ganar tiempo.

Pyanfar activó su tablero, realizó una comprobación de sistemas y examinó los mensajes más recientes que habían llegado por el comunicador.

—De la *Aja Jin*: No problemas tener, tú salir en coordenadas número uno primera clase...

Otro optimista, pensó.

—Llama a Jik.

—Bien —dijo Geran y, un momento después—: No responde.

—¿Cómo que no responde? Estamos en la cuenta. Recuérdale quién llama, ¿eh? Otro retraso.

—Capitana, su primer oficial está en la línea si quieres hablar con ella.

Pyanfar tecleó en su tablero.

—Aquí Pyanfar Chanur. ¿Tenemos algún problema?

—*Aquí Soje Kesurinan. No tener problemas. Arreglos buenos.*

Un escalofrío de inquietud recorrió su espina dorsal. En el tono de la hembra mahen había implícito un «*no hagas preguntas*».

(*Entonces, por todos los dioses, ¿qué ocurre?*).

—¿Quieres que venga ahí?

—*No necesitar. Todo estupendo, honorable capitana.*

—*Orgullo* corto y cierro. —Pyanfar tecleó la desconexión. Dioses, lo más probable era que todos los kif de Mkks tuvieran acceso a esa transmisión por el comunicador. Se dio cuenta de que Haral la estaba mirando con expresión preocupada.

—No está ahí —dijo Pyanfar.

Haral frunció el ceño.

—Apuesto a que no está en la nave —dijo Pyanfar—. Geran, ponme con Rhif Ehrran.

—Bien. —Geran hizo la llamada—. En línea, capitana.

Tan rápido... Así que él no está a bordo y Rhif está en los tableros.

—*Ker* Rhif, es sólo para hacerte saber que ya volvemos a estar en acción.

—*Tenemos vuestra cuenta horaria. Suponemos que es exacta.*

—Lo es. ¿Tenemos ya alguna secuencia?

—*Chanur, ¿podríamos tratar de todo esto a otro nivel de comunicaciones? ¿O se trata de una llamada social?*

—Oh, sólo me estaba haciendo algunas preguntas a mí misma, Ehrran. —Cortó la conexión sin ningún tipo de protocolo y se volvió hacia Haral—. O está con los kif o anda perdido por algún lugar de los muelles.

—Un pésimo momento para dar un paseo.

—Supongo que sabrá lo que hace. —Volvió a los mensajes. Un consorcio de Mkks presentaba sus protestas. Un profeta mahen farfullaba algo sobre visiones y el ajuste de cuentas final. Alguien que proclamaba poseer poderes psíquicos veía humanos que bajaban a millares sobre Mkks y que traían con ellos una invención que convertiría la antimateria en algo anticuado...—. Bondad divina, Geran, ¿ya has filtrado todo esto?

—Lo siento, capitana. Ésos son los más normales, los tenemos mucho peores. Pensé que le gustaría saber qué tal está la temperatura local, ¿no?

—Tienen miedo. No puedo culparles por eso. —Intentó no pensar en ello—. ¿Dónde está la queja de la *Vigilancia* sobre nuestro visitante kif?

—No han llegado a enviárnosla.

—Ah. —Eso le causó una vaga inquietud. Se mordisqueó una garra y vio desfilar las lecturas en la pantalla. Khym llegó con gfé para todas las que estaban en el puente, algo que rompía las reglas. Pero era ella misma quien las había dictado y quien las rompió gustosa lanzando un suspiro de agradecimiento.

—Supongo que deben esperar que una gran parte de estos datos los vayamos dirigiendo en el cruce del sistema —dijo Geran.

—Más les vale. —Sorbió el gfé y alzó nuevamente la mirada cuando Hilfy llegó con el desayuno, una bandeja de bocadillos—. Gracias, chiquilla.

Hilfy la miró de una forma extraña, con las orejas algo gachas, como si la hubiera

sorprendido que la llamara con ese nombre. Quizás era así. Pyanfar se dio cuenta de ello cuando Hilfy se dio la vuelta y sirvió a las demás, incluidos Khym y Tully. Este turno Tully se movía con mucho cuidado, torciendo el gesto bastantes veces. Aparte de sus pantalones de costumbre, llevaba una camisa blanca de confección stsho, como la última que había tenido. Cubría sus heridas. Su melena y su barba estaban limpias y peinadas. Sus ojos, siempre de color claro y tan rápidos de movimiento que resultaban algo inquietantes, se agitaban como flechas de un lado a otro, en una especie de contrapunto desesperado a las reposadas pupilas de Hilfy. Tully sonreía. Parecía contento, pero en esa alegría había un matiz desesperado.

¿Les tenía miedo?, se preguntó Pyanfar con cierta incomodidad. Sorprendió a Tully mirando la espalda de Hilfy, un instante en el cual la sonrisa murió y algo más apareció en su lugar, hasta que Hilfy irguió las orejas en una apariencia de buen humor.

... *es por ella*, pensó; mostraba toda esa falsa animación por Hilfy, y lo que eso representaba hizo que todos sus nervios se estremecieran. Se movía igual que una hembra dando vueltas alrededor de un macho a punto de perder el control. *No le inquietes, ten paciencia, controla tu temperamento*. Era posible que Hilfy se hubiera dado cuenta de ello, pero también era posible que no.

¿Instinto humano?

¿O quizás estaban unidos entre sí, cada uno intentando no perder la cordura a causa del otro... e Hilfy se encontraba peor de lo que había sospechado?

—¿Capitana?

Pyanfar parpadeó y tragó de un mordisco buena parte de su bocadillo, volviéndose hacia el tablero.

—Gracias. —Aparecían nuevos datos. Pyanfar tragó la otra mitad del bocadillo en dos rápidos mordiscos y apretó una tecla. Los sistemas de navegación empezaron a transmitir sus datos.

—Tres cuartos de hora —dijo Haral.

—No recibimos ninguna comprobación de nuestros amigos de ahí fuera.

—Yo... —dijo Geran. Se interrumpió y añadió—: Tenemos una llamada de la *Aja Jin*.

—Ya era hora, por los dioses. ¿Qué dice?

Algo se movió junto a ella. Hilfy se deslizó en su puesto y empezó con las comprobaciones. Tully se colocó junto a Chur.

—Ése es el puesto de Khym —dijo Chur en voz baja—. Ponte al otro lado de Tirun.

—Capitana, Jik viene hacia aquí. Eso dice su puente.

—Ya. —Los ojos de Pyanfar se centraron en el cronómetro que había en una esquina de su monitor principal. Pequeños escalofríos de inquietud recorrían su

columna vertebral. Tomó un sorbo de *gfé*—. Nos estamos acercando a la última media hora de la cuenta atrás y Jik se dedica a hacer visitas de buena vecindad. ¿Siguen esas tripulantes de Ehrran vigilando nuestra compuerta?

—Recibimos una llamada de la *Vigilancia* hace unos minutos —dijo Haral—. Dicen que las harán volver en cuanto lleguemos al límite de la media hora. Les di las gracias y les dije que a partir de entonces ya cuidaríamos de nosotras mismas.

—De todos modos, esas centinelas son una condenada estupidez en estos momentos. Lo que están haciendo aquí es actuar como los oídos de Ehrran, que los dioses se la lleven, bien pegados a los asuntos de Chanur. Una compuerta cerrada y tiene que mantener guardias en ella... —Pyanfar apretó los labios y entonces se le ocurrió una idea—. Esa bastarda de pantalones negros *sabe* que hay algo interesante en nuestro pasillo inferior. No le importa en lo más mínimo lo que pueda entrar o salir por nuestra escotilla.

—¿Eso piensas? —Haral desvió la cabeza levemente en su dirección.

—Cuando Ehrran subió a bordo por primera vez, Khym estaba de guardia ahí abajo. Ese kif, Skkukuk, subió a nuestra nave y no ha salido de ella, ¿acaso crees que nadie se ha dado cuenta de eso en el muelle? ¿Y acaso crees también que esa Rhif Ehrran no ha estado hablando con todo el personal de la estación al que ha tenido acceso? Y aunque no se haya enterado de todo eso, me oyó preguntarle a Sikkukkut qué debía hacer con el bastardo kif: lo sabe, por todos los dioses... Sabe que Sikkukkut vino aquí para hablar. Y está esperando que yo ceda y le mande alguna explicación sobre lo que estamos haciendo con el kif.

—Su archivo de quejas debe ocupar ya bancos enteros de datos.

—¿Verdad que sí? Juro que le voy a entregar ese kif... —Tragó los restos de su *gfé* y miró a su alrededor, buscando alguien que estuviera libre para llevárselo a la cocina. Tully estaba sentado junto a Tirun. Khym andaba en la cocina, podía oír el ruido de los pestillos al abrirse y cerrarse.

Y Tully volvió hacia ella sus grandes ojos azules, siempre con ese pequeño destello de pánico ardiendo en ellos.

—¿Problemas? —le preguntó a Chur.

—Explícaselo. —Pyanfar tiró la taza vacía en la cubeta del depósito—. Hablaré con Jik en cuanto llegue.

—¿Quieres compañía? —le preguntó Haral.

—Quédate aquí vigilando la situación. ¿Quién va a encargarse de la maniobra de despegue?

—La central dice que ya tienen en movimiento a las cuadrillas del dique. Mahendo'sat.

—Estupendo —Pyanfar se dirigió hacia la puerta—. Estupendo... Dale a Tully drogas para el salto. Tully, ¿lo has oído?

—Tengo. —Tully se palmeó el bolsillo—. Pero kif...

—Alabados sean los dioses. Tiene cerebro.

—Yo trabajar salto.

—¿Así que piensas trabajar, eh? Trabajarás tumbado de espaldas. Ahora mismo te irás a la cama, ¿entendido? Y, Chur, en cuanto nos soltemos del muelle, tú también te irás al camarote.

—Capitana... —Chur hizo girar su asiento y abrió la boca, a punto de protestar.

—Ya me has oído. Todavía no estás del todo bien. No tenemos tiempo para cuidar de ti. No me causes problemas.

—Capitana, por favor. Me encontraré bien, de veras. Va a ser bastante difícil. *Quiero estar aquí.*

—Ya —dijo Pyanfar. Lo pensó durante unos instantes demasiado largos y acabó meneando la cabeza—. Está bien, maldita sea, ocupa tu puesto.

—Yo... —dijo Tully—. Yo trabajar.

Le dirigió otra de sus miradas a las que no era posible responder, todo ojos azules. Su boca siempre temblaba de ese modo cuando estaba cerca del límite.

Entonces Pyanfar recordó que el día anterior al quitarse los pantalones, había guardado algo en su bolsillo. Había tenido la intención de entregárselo. Ahora le pareció que hacerlo sería como decirle no a Chur, aunque quizá sólo fuera pura superstición. Cogió el objeto con el pulgar y la garra del índice, tomó la mano de Tully y lo dejó en ella. Era un pequeño anillo dorado fabricado para los dedos de un humano, no para las orejas hani.

Tully cerró el puño sobre el pequeño fragmento de oro que había pertenecido a una de sus amistades perdidas. Para él tenía un significado muy profundo.

—¿Dónde encontrar?

—Esta vez límitate a conservarlo en tu mano.

Tully se lo puso en el dedo y alzó nuevamente la mirada con una expresión febril en sus ojos. Luego le apretó la mano a Pyanfar con tal fuerza que ésta sintió un agudo dolor en las garras y las articulaciones: flexionó sus garras en un reflejo de protección, midiendo su fuerza con la de él, y Tully la soltó.

—Quédate en tu asiento, ¿eh? —*Quédate ahí, no te muevas, haz que Hilfy no pare... dioses, haz que no pare de pensar. Haz que se avergüence, oblígala a ello. No dejes que se porte como una estúpida, Tully.*

—Yo trabajar, capitana.

—Capitana. Ya. —Alguien le había enseñado a decir eso. Logró pronunciarlo en hani, aunque con ello confundió al aparato traductor, que emitió un confuso parloteo por el comunicador que llevaba en el cinturón—. Así que ahora sabes aceptar órdenes, ¿eh? Ya. Tully, quédate en tu puesto y trabaja.

Pyanfar salió del puente.

El ascensor se abrió y ella salió al pasillo principal de la cubierta inferior. Tirun se hallaba en él tal como Pyanfar había supuesto.

Pero que Tirun la esperara con la espalda apoyada en la pared y esa mirada de «hay problemas» en el rostro era algo que no tenía previsto.

Pyanfar frenó un poco el paso, olvidándose de una crisis al ver que otra se le echaba encima. Las orejas de Tirun se agacharon todavía más al doblarse sobre sí mismas.

—Capitana...

—Suéltalo.

—El kif no quiere comer nada congelado. Quiere hablar personalmente contigo.

Pyanfar dejó escapar un lento suspiro.

—Maravilloso. Dile que ya tendremos una larga y amistosa conversación en nuestro siguiente puerto.

—Le dije que estabas muy ocupada.

—¿Y qué dijo él?

—Dijo que eras una estúpida... capitana. —Con los ojos clavados en la nada, sin que sus orejas, apretadas contra el cráneo, se movieran ni un milímetro—. Yo le pregunté quién estaba prisionero en el lavabo de una nave ajena. Dijo que el humor hani no es nada sutil.

—¿Le has dejado la comida congelada?

—Se la dejé: está descongelada. Podría hacerla puré...

—Los kif tienen dientes. —Pyanfar se dispuso a marcharse.

—Capitana, podría... quizá podría sobornar a un obrero del muelle, bueno, conseguir viva una de esas pequeñas criaturas que...

Pyanfar se volvió hacia Tirun con una expresión de repugnancia en el rostro.

—Razona con él, convéncele.

—Ya lo he *intentado*.

—Pues inténtalo de nuevo. —Se dirigió hacia la escotilla con las manos metidas en los bolsillos y sintió la culata del arma en los dedos de su mano derecha. Dioses. Comer algo vivo. Que el alimento estuviera crudo era una cosa: que estuviera crudo y además protestara era otra.

Entró en el breve pasillo que llevaba a la compuerta y apretó el botón del panel con la garra del índice. La compuerta interior se abrió con inesperada rapidez. Pyanfar observó fijamente a las dos tripulantes del clan Ehrran que montaban guardia ahí, las cuales se habían vuelto hacia ella levantando sus armas para dejarlas caer de nuevo un segundo después.

—¿A quién pensáis dispararle desde aquí? ¿A alguna tripulante que intente huir?

—Capitana... —Conseguir que esa palabra sonara cortés estuvo a punto de

costarle un ataque de tos a la tripulante de Ehrran. Cuando Pyanfar pasó entre ellas y se dirigió hacia el panel del comunicador para decirle a Haral que abriera la escotilla, el brazo de una Ehrran se interpuso en su camino—. Capitana, discúlpeme, pero sólo falta media hora...

Pyanfar se volvió hacia ella y la miró, con la nariz a unos escasos milímetros de la suya. Las orejas fueron las primeras en abatirse y luego las siguió el brazo. Unos segundos después, retrocedió un paso y apartó el cuerpo, aunque la tripulante de Ehrran estaba aún demasiado cerca de ella.

—Haral.

—Sí, capitana.

—Abre la compuerta.

La escotilla exterior se abrió rápidamente. Pyanfar oyó el sonido y sintió que el aire helado penetraba a través de ella. Sus ojos seguían clavados en la tripulante de Ehrran.

—Tú —le dijo—. ¿Quieres salir por el acceso y ver si el capitán Nomesteturjai anda por ahí?

—No puedo abandonar mi puesto de vigilancia.

—¿Qué? ¿Ni tan siquiera si conecto el ciclo de seguridad en la escotilla? Estás loca.

—No creo que sea un caso de...

—... es más o menos lo mismo. De hecho, es exactamente lo mismo.

—¿Cómo, capitana?

—El discutir conmigo, a eso me refiero. ¡Largo!

Las dos tripulantes se encogieron visiblemente y, después de eso, ya fue demasiado tarde. Pyanfar avanzó un par de pasos, y ocupó el terreno que ellas habían abandonado al retroceder, dejándolas acorraladas junto a la escotilla abierta. De pronto el asunto se convirtió en el dilema de ofrecer resistencia a una capitana en su propia nave o abandonar su puesto.

—¡Fuera!

Por un instante pensó que iban a quedarse allí, inmóviles, resistiéndose a obedecer su orden, quizá pensando en utilizar los rifles. Sus garras brotaron de sus dedos y su nariz se fruncía en una mueca. Pero una de las tripulantes de Ehrran tropezó con el borde de la escotilla y eso le hizo perder el equilibrio. Logró evitar la caída y siguió retrocediendo, su compañera la imitó y muy pronto las dos se batían en retirada por la fría claridad amarilla del tubo de acceso.

Pyanfar las siguió caminando a grandes zancadas, con una mano sobre la pistola que llevaba oculta en su bolsillo: una vez hubiera doblado esa esquina y llegado al final de la rampa, se encontraría en un muelle dominado por los kif. Oyó el retumbar de los pies lanzados a la carrera sobre las placas metálicas. Cuando hubo llegado a la

curvatura del tubo, vio a una elevada figura mahen que se acercaba a las dos hani de pantalones negros, un mahe chillonamente ataviado con ropas de color verde con franjas rojas, cubierto de cadenas doradas, con muchos brazaletes y una pistola de monstruoso tamaño colgando de su cadera.

Al pie de la rampa había centinelas mahen. Jik siguió subiendo por el centro de la rampa y las dos hani se desviaron de su camino, desapareciendo luego a toda velocidad.

Jik las miró un instante por encima del hombro y luego siguió caminando con un leve encogimiento de espaldas.

—¿Qué tener ellas? —preguntó, señalando hacia atrás.

—De momento tienen aún las dos orejas —escupió Pyanfar. Estaba temblando... dioses, había estado metida en peleas de bar y de muelle, se había enfrentado a su hijo y nunca había perdido la calma de esa forma. Lo que rodeaba a Jik se negaba a precisarse claramente en su campo visual: no lograba desprenderse de la visión de cazadora. Tenía las orejas rígidamente pegadas al cráneo y le temblaban los músculos. Jik se detuvo, sin decir palabra, tieso como una estatua.

Pyanfar tragó aire y luego escupió sobre el suelo metálico.

—¿Quieres algo?

—¿Tener tiempo? —Dijo con voz mesurada y guardando una distancia segura entre ellos dos.

Un tercer escupitajo.

—Tengo tiempo. —La periferia de su campo visual empezó a despejarse. Agitó una mano hacia la compuerta, y se puso en movimiento. Cuando rebasaron la esquina vio a Tirun inmóvil, con las orejas gachas y una pistola en la mano.

—Haral dijo que había problemas —explicó Tirun.

—Ya se han terminado. Vete, Haral necesita ayuda ahí arriba. Tenemos guardias mahen en el exterior.

—Bien. —Tirun se fue corriendo.

—Vamos. —Pyanfar cruzó la escotilla y condujo a Jik por el pasillo interior. Después tecleó en el panel de comunicaciones—. Haral: todo está despejado. Pon los sellos de las dos compuertas.

—*Bien...* —Desde el puente, sin ningún comentario al respecto.

SSSShhhh-t. La puerta se cerró y el sello quedó puesto con un chasquido electrónico.

Pyanfar miró a Jik. Aún le temblaba levemente el labio. Agitó sus orejas que produjeron un tintineo de anillos.

—Jik, te digo que el *han* está cambiado. Ha *cambiado*. Las hani iban antes donde les venía en gana y hacían lo que deseaban sin que ningún condenado gobierno anduviera siempre husmeando a su alrededor, anotando todos sus actos y

movimientos...

—¿Piensas que tú cometer error, eh?

—Creo que acabo de cometer un error condenadamente grande. ¿*Error*? ¿Desde cuándo es un error echar a patadas a dos piojosas e insolentes espías de mi cubierta? ¿Cuándo ha tenido lugar ese cambio, Jik?

—Quizá... —Jik carraspeó levemente—. Quizás hacer tú, Pyanfar. Tú traer montones desconocidos Anuurn. Anuurn hani... no acostumbradas a lo de fuera. Asustar. Montones miedo, Pyanfar. Tener renegada hani, Tahar, que trabajar para kif. ¿Tú saber qué pienso yo? Pienso que esta Ehrran tiene montones sospechas Chanur tiene demasiado poder...

—¿*Demasiado*? Tenemos deudas, amigo... tenemos tantas deudas que nos llegan hasta la nariz, y mi hermano no se está haciendo joven precisamente... llegará un momento en que alguien le vencerá, y sólo los dioses pueden saber si, al menos, será un Chanur quien le venza. Mis sobrinos son todos unos malditos idiotas. —Estaba hablando demasiado, ya había dicho demasiadas cosas. Se encogió de hombros y miró hacia el otro extremo del corredor.

—Chanur tiene *espacio* —dijo Jik—. Quizá Chanur traer cosa que esas hani de planeta no querer, ¿eh?

Pyanfar ladeó una oreja hacia él y luego le miró con atención, para examinar a este capitán de una nave de caza que ocupaba una posición muy, muy elevada en los consejos políticos mahen. Los mahendo'sat habían llevado a la especie hani al cosmos. Les habían dado naves. De hecho, y aunque las hani jamás lo admitirían, habían creado el mismo concepto del *han*. Y Jik entendía todo eso. A decir verdad, lo entendía extremadamente bien.

—Hace mucho tiempo que has metido tus manos en todos los nidos del Pacto, mahe... —Pyanfar, sin darse cuenta empezó a usar la jerga de su mundo. Contemplaba los marrones ojos del mahe que estaban rodeados de pequeñas arrugas, era la mirada de alguien que sabe demasiado—. ¿*Conoces* a esa Rhif Ehrran?

Había esperado un encogimiento de hombros por parte de Jik, una negativa, alguna respuesta para escurrir el bulto. En vez de eso:

—Quizás enemigos Chanur organizar, ¿eh? Quizá tú deber vigilar espalda, amiga. Yo cometer gran error en Kshshti metiendo Ehrran esta cosa. Gran error.

—Te creo —dijo ella—. *Ahora* te creo. ¿Qué deseabas, eh?

—Querer decir misma cosa. Querer asegurar yo que tú no estar en mala posición con *Vigilancia* en Kefk. Me gustas una sola pieza tú, hani.

—Ven aquí.

—¿Eh?

Le cogió por el brazo y le llevó a lo largo del pasillo; dobló la esquina y luego se dirigió hacia donde se encontraba el lavabo del nivel inferior. Apretó el botón y la

puerta se abrió rápidamente.

El kif estaba sentado sobre unas cuantas mantas dobladas en el suelo, al otro extremo de la habitación. Su túnica oscura envolvía apretadamente su cuerpo. Se había bajado la capucha. Al entrar en el lavabo su cabeza se alzó en un fluido movimiento muscular y les hizo una reverencia; mostró sus manos vacías y después alzó nuevamente la mirada hacia ellos.

La cortesía de una raza de asesinos.

—¿Eres *ker* Pyanfar?

—Lo soy. Ése es el capitán de la *Aja Jin*.

—Ssstk. —Una profunda inclinación de cabeza—. Me siento impresionado, Nomesteturjai.

—Kif —dijo Jik.

—Su nombre es Skkukuk. Dice que es mío. Un regalo de Sikkukkut.

—Ah. ¿A noikkhe?

—Skku nik kktitik kuikkht kehtk tok nif fik pukukk.

—¿Por qué? —Pyanfar lograba entender algunas palabras de su conversación.

—Subordinado, arma, por orgullo, venganza...

—Níkokkth shokku hakhot nkki to skohut.

—Ah —dijo Jik.

—¿Y bien? —preguntó Pyanfar.

—Tener kif —dijo Jik, encogiéndose de hombros.

—Me muero de hambre —dijo el kif.

Pyanfar cerró la puerta, con las orejas gachas y miró hacia Jik.

—¿Qué hago con esa cosa, eh? ¿La tiro por la escotilla?

—Matarán él seguro.

—Bueno, por todos los dioses. ¿Acaso dirijo una casa de caridad para kif o qué?

Otro encogimiento de hombros.

—Sikkukkut darte tripulante. No número uno importancia. Quizás él cometer error...

—¿Puede tratarse de un tripulante sobre cuya lealtad existan dudas? ¿Podría ser uno de esa nave que no estaba en condiciones de venir?

Los ojos de Jik llamearon durante un segundo.

—Quizá sí. Todos modos, pertenece ti. Tener trato, ¿eh?

—Maldita sea. ¿Te lo llevarías contigo?

Jik se frotó la nariz.

—Yo decir ti verdad. Eso darte *sfik*. Yo amigo, decir no hacer.

—¿Quieres decir que eso de ahí dentro tiene relación con lo que piensen de mí los malditos kif? ¿Con Sikkukkut?

—Mejor tú matar ese kif. Mandar trozos a Sikkukkut.

—Ya.

—No hacer, ¿eh? Quizá tú dejar él desnudo en muelle.

—Para que le maten.

—Puede que él mismo matar algunos.

—He comerciado en todos los puertos que hay desde Jininsai hasta Punto de Encuentro, y jamás había oído nada semejante. ¿Acaso tú lo entiendes? ¿Que pretende Sikkukkut?

—Yo largo tiempo pelear kif. Largo tiempo, Pyanfar. Kif en Punto de Encuentro, ellos kif tranquilos. Esto ser frontera. Zona dis-pu-ta-da. Este espacio *nadie* tener. Donde nosotros ir ahora, eso ser auténtico espacio kif. Tú no ver antes eso. No ver antes nada semejante. Ninguna hani ver... salvo quizá Tahar. Y ella mucho loca.

—¿Has visto a Tahar?

—Hablar con ella una, dos veces. Ella extraña. Mucho extraña... —Se tocó la frente.

—Era extraña antes de que nos traicionara en Gaohn y nos diera la espalda; antes de que aceptara el dinero de los kif...

—Ley hani.

—Tienes razón, maldita sea; ley hani. A un montón de hani les gustaría conseguir un pedazo de esa nave.

—Quizás hacer.

—Quizá. Rhif Ehrran ya iba en dirección a Kefk cuando la encontramos en Kshshti. ¿Sabes por qué?

—Quizá tú saber.

—No lo sé. Y eso me *preocupa*, Jik.

—Preocupa mí también.

—¿Qué estaba haciendo una hani honrada camino de Kefk? ¿Qué puede saber una hani honrada sobre un sistema kif?

Jik agachó la cabeza y se frotó la nariz.

—Yo decir ti, hani, pocas naves yo saber tener quizás aparato para quitar chillido identificación. Seguro tú no conocer esa cosa. Quizá nave tener también aparato hacer falsa identificación a faro. *Vigilancia* nave de caza, ¿eh? Mucho buen aparato. *Mucho* aparato. Quizá también conocer Kefk bastante bien.

—¿Ha estado ahí?

—Stsho estado ahí. Ir, venir. Stsho saber mucha cosa, montones aparatos. Quizá vender in-for-mación.

—Eso no es difícil de creer. Pero ¿qué está haciendo aquí?

—Kefk ser puerto Tahar —dijo Jik—. Ella caza Tahar. También... quizá... quizá tener intereses stsho. Asuntos stsho. Tú pensar, hani: stsho no luchan. Stsho siempre alquilan centinelas. ¿Quién alquilar?

—Mahendo'... —La sospecha se fue abriendo paso en su mente. Alzó la mirada para encontrarse con los ojos marrón del mahendo, más oscuros y turbios que cualquier par de pupilas hani—. Santidad divina, piensan que somos bárbaras. No contratarían a una hani por nada pero...

—¿Quién más tener alquilar cuando dejar de relación buena con mahendo'sat? ¿Alquilar kif? Ellos no idiotas. No, quizá de pronto ellos tener idea que hani no malas vecinas... quizá de pronto querer hacer buena amistad con *han*. Quizá un día haber guardia hani en Punto de Encuentro, no mahendo'sat. Gran ventaja para hani. Para algunas hani. Montones dinero. Montones dinero *stsho*... y ellas mucho ricas. Yo digo ti verdad, amiga. Yo digo verdad. Ehrran quiere detener toda hani que poder hacer problema en este trato. *Luna Creciente*. Tú.

—Nos estás poniendo en el mismo...

—*Ehrran* pone.

—Dioses. —Pyanfar agitó una mano como si intentara crear una distancia entre ellos dos y miró a Jik fijamente.

—Yo digo ti, tú montones enemigos, hani.

Pyanfar se quedó inmóvil durante un largo instante. La boca de Jik se convirtió en una fina línea, los labios apretados hacia dentro, como si otras palabras pugnarán por salir de ella.

—¿Qué hacer tú? —acabó preguntándole.

—¿Qué haré? Tendría que salir huyendo de aquí y dejaros tanto a ti como a Ehrran para los kif.

—Tú no hacer.

—Ponme a prueba.

—No, tú no hacer. ¿Dónde ir? ¿Maing Tol? *Han* ya tener bastante sospecha. También... tú no *stsho*. Chanur no ir esconderse en combate, esperar cosas ir mejor, permitir amigo morir...

—¡Amigo!

—Salvé cuello tuyo.

—Por razones políticas, por...

—... misma buena razón, ¿eh?

—Que los dioses te pudran, Jik.

—Yo intento salvar ti ahora. Quiero ti en Kefk. *Necesito* ti. *Necesito* ti para seguir vivo, hani.

Pyanfar miró hacia el final del pasillo, a cualquier otro lugar que no fuera éste. Jik hablaba en un tono tan bajo que casi resultaba inaudible. Pyanfar sintió que sus orejas se pegaban al cráneo.

—Entonces, ¿qué hago con ese condenado kif que hay en mi lavabo, eh?

—Tú guardar. Yo quiero tú guardar. Él tuyo. No tiene ningún sitio donde ir, ¿eh?

Tú tener mucho *sfik*, él luchar como diablo matar tu enemigo.

—¿Y si decide que no tengo tanto?

—Tú matar él rápido. Ofrecerte armas, ¿eh?

—Ya.

—Él decir verdad. Verdad kif. —Jik posó con mucha cautela su mano sobre el hombro de Pyanfar—. Tú tener él bien cerrado, ¿eh? Luego yo llevar. Yo tener razón.

—Estoy segura de que la tienes. —Frució la nariz. Aguantó con paciencia el peso de la mano, que no era precisamente muy ligera. Se dio la vuelta y le miró a los ojos—. Entonces, ¿cuál es el juego en Kefk? ¿Qué quiere Sikkukkut? Me quería a *mí*, antes de que tú entraras en todo esto. Me hizo venir a Mkks. ¿Por qué quiere ahora meterme en este asunto de Kefk?

—Tú tener mucho maldito montón *sfik*.

—Estás loco. —Apartó su mano con una sacudida—. Y él también.

—Tú tener que pensar como kif.

—Estoy segura de que tú sabes hacerlo a la perfección.

—Tú amiga.

—Amiga, y un...

—Quizá kif jugar mismo juego que Ehrran. —Jik se encogió de hombros y colocó las manos en la parte trasera de su cinturón—. Él kif. Mente kif tener caminos torcidos. Uno, él odia Akkhtimakt, Dos, él quiere oponerse a Akkhtimakt. Tres, él no tener corazón. No tener modo entender que tú no loca todo tiempo como kif. Tú sumar todo eso, pensar como kif. Él darte consejero kif... él número uno listo: tú aceptar consejo kif, él esperar que tú saber qué hacer. Tú tener montón *sfik* con él. Además, tú tener humano domesticado.

—¿Qué relación tiene *eso* con el resto?

—Kif todo tiempo estar en desventaja cuando intentar adivinar qué hacer otras especies. Sikkukkut *mucho* curioso sobre hu-man-idad. Mismo modo que stsho no entender kif: stsho querer hacer trato con Akkhtimakt, querer hacer mismo trato con Sikkukkut, mismo con hani Ehrran, ¿eh? Alguien comer algún día su corazón. Quizá Sikkukkut. Mientras tanto, Sikkukkut quiere coger mí, ¿eh? Quiere también coger humano. Humanos ser *gran* problema pronto. Mismo tc'a. Stsho... ellos nada sin hacer alianza con hani, si no confiar más en mahendo'sat. Hani de Anuurn malditas tontas dejarse complicar en esta política.

—No son las únicas.

—Tú *naciste* complicada, Pyanfar. Tú hani *espacial*. Tú también demasiado lista.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Tú tener algo apostado. Todos tener algo apostado aquí.

—¿Qué, que las hani se encarguen de todas las peleas y luego los mahendo'sat recojan todos los huevos? ¿Lo que me hicisteis tú y tu compañero en Gaohn? Igual

que el dejarme sin acceso a Punto de Encuentro, igual que...

—Pyanfar, todos tener algo apostado. Esta Mkks ser medio mahen, ¿eh? Tengo que hacer paseo, hablar unas cuantas veces. Aprender cosas.

—¿Y qué has aprendido?

Un gran encogimiento de hombros.

—Cosas como knnn inquietos, preocuparse. Como que tc'a gran preocupación. Chi locos igual que siempre. Como que gran rumor en lado metano venir montones humanos. *Montones* humanos. Stsho condenadamente preocupados.

Visionarios mahen. Profecías en el comunicador.

—Dioses... —Estaba allí, no hacía falta más que leer los signos. Pyanfar se pasó los dedos por entre la melena—. Geran ya lo dijo.

—¿Qué decir?

—Que hay rumores por todo Mkks de que miles de humanos van a venir. ¿De dónde llegarán?

—Creo quizá Tt'a'va'o.

—Bondad divina. —*Tc'a*. Territorio tc'a, hasta Punto de Encuentro—. ¿Qué loco idiota ha preparado todo esto?

—Kif saber. Yo pienso que ellos saber, condenadamente seguro.

—Entonces, ¿para qué vamos a Kefk? Por todos los dioses, Jik...

—Gran juego, mucha apuesta. Ser número uno gran juego, hani.

—Juego... Por todos los dioses, las naves humanas han *disparado* a los knnn.

Jik se quedó boquiabierto. Un segundo después cerró la boca.

—Tully me lo dijo. Ahora, compañero, me debes un punto. ¡Dime la *verdad*, por todos los dioses!

—¿Qué saber tú sobre asunto knnn?

—Nada más. Absolutamente nada. Pero una nave knnn me estuvo siguiendo después de que Dientes-de-oro me entregara a Tully, y después me acompañó cuando salí de Punto de Encuentro con rumbo hacia Urtur. Logré perderla. No se adónde se fue, pero estaba siguiéndome. Podría haber estado en Urtur, incluso podría saber que me fui a Kshshti. ¿Comprendes? Tuvimos actividad tc'a ahí.

—Maldición —dijo Jik—. Maldición.

—Deja que te diga otra cosa. No confío en ese maestro de estación tc'a de Kshshti. No sé muy bien *qué* fue lo que oyó. No me gusta, ¿entiendes?

—¿Qué hacer tc'a?

—¿Hacer? Estaba muerto de miedo, eso es lo que hacía. Bastaba con que mencionaras a los knnn cerca de él para que empezara a parlotear como un lunático. *Evitar*, dijo. Habló de hani muriendo en Mkks. Habló... habló de *tres* bandos de kif a los que se debía vigilar, uno de ellos en su mundo natal.

—Oigo esto antes. No sorpresa. Mundo natal kif esperar ver quién vence, ¿eh?

Ellos no estúpidos.

—No, no son estúpidos, sólo que por aquí hay un lunático mahen convencido de que voy a seguir el juego de los knnn y que voy a mantener tratos políticos con los condenados kif...

—Tú escuchar. —Jik la miró fijamente a los ojos y la roma uña de su índice le golpeó suavemente el pecho—. Yo digo ti verdad, digo verdad, hani y mahendo'sat largo tiempo amigos, ¿eh? Stsho amigos sólo para *stsho*, igual que kif. Tenemos Sikkukkut, tenemos ése encerrado en lavabo, ¿eh? Tenemos montón *sfik*, ese kif Sikkukkut sacar un poco también de nosotros; él ser número uno kif. Kif de *confianza*.

—No estoy muy segura de que lo sea.

—Yo digo esto ti: Sikkukkut tener mismo interés que nosotros tener. Él quiere mantener cosas mucho mismo como ahora. Quiere no problemas, no ruido, claro, él mucho peligroso. Pero tú respetas él, él tiene *sfik*, no necesita matar ti. Este Akkhtimakt, él se opone a Sikkukkut: él tener matar todos aquellos traten con él. Esa ser larga lista, ¿eh? Sikkukkut enemigos ser todos kif pero, Pyanfar, yo digo ti... mucha gente enemiga Akkhtimakt que *no* ser kif. Todo maldito Pacto. Humanidad. ¿Dónde detener él, eh? Y tenemos ya problemas knnn. ¿Cuánto problema necesitamos?

—Están todos locos.

—Tú hani, tú gusta demasiado ley. Kif, ellos tienen Personaje. In-te-li-gen-te, igual que mahendo'sat. Hace vida más simple. —Le tocó nuevamente el hombro—. ¿Tú ver por qué yo quiero ti viva? Tú no ponerte delante *Vigilancia*, ¿eh?

En el exterior se oyó un golpe metálico, un ruido que se producía al retirar las conexiones.

—Ese extraño sistema de identificación sobre el cual se supone no debo hacerte preguntas en cuanto a si lo tienes o no... ¿hay posibilidad de que pueda engañar al faro de Kefk?

Jik se frotó el puente de la nariz y miró con cierto nerviosismo a Pyanfar.

—Yo no decir tengo.

—¿Puede?

—Quizás yo correr... un poco por delante grupo principal. Quizá pasar faro. Yo necesito sólo una buena mirada.

—¡Quizá! ¿Piensas entrar ahí en solitario?

—Afirmativo, tener buen amigo kif, tener buena amiga, *Vigilancia* seguir luego de cerca.

—Claro, claro.

—Eh, tú no preocupar... tú condenadamente lista piloto, ¿eh?

—Claro. Nada de preocupaciones, nada de preocupaciones. ¡*Maldita sea*, Jik, se

trata de un sistema binario y la única guía que tienes es un kif!

—Tú tener venir.

—Dioses, ¿quién te piensas que soy? Estás loco, ¿lo sabías? ¡Todo este asunto es una locura! Piensas llegar hasta ese puesto de vigilancia tú solo, en el cenit del sistema...

—Ana estar bien. Tú tener ojos soberbios.

—Tú...

—Eh, yo tener que ir —dijo Jik, alzando sus manos. Y después añadió frunciendo el ceño—. Afirmativo. —Metió la mano en uno de los pequeños bolsillos de su cinturón y sacó de él un pequeño paquete cuadrado—. Querer dar ti esto.

—¿Qué? —Las orejas de Pyanfar se abatieron bruscamente—. ¡Jik. por los dioses, basta ya de trucos! No más...

—Tú coger. —Tiró de su mano hacia él y le metió el paquete en la palma—. Si cosas ir mal, tú correr hacia Punto de Encuentro. Con esto, encontrar ayuda.

—¿Qué es?

—Grabación. Tengo misma microficha. No preocupar. —Una ancha sonrisa mahen—. Todo código.

—Jik...

—Yo confío. —El casco de la *Orgullo* se estremeció con un segundo choque. Los ventiladores se desconectaron y luego se pusieron nuevamente en marcha con un ruido distinto, más apresurado. Ahora sólo contaban con su energía propia—. Tengo prisa, Pyanfar. Ellos quitar pronto rampa. —Empezó a caminar hacia el final del pasillo. Mientras se alejaba de ella, miró un instante hacia atrás—. Tú ser lista, Pyanfar.

—Vete o perderás la rampa. —Se guardó las microfichas en el bolsillo y cogió el comunicador—. Haral. Deja salir a Jik de la nave. ¿Sigue fuera su gente?

—Siguen ahí. No les he perdido de vista, capitana. Todo va bien.

—Ya. Bien. —Cortó la comunicación y se fue en dirección opuesta a la que había tomado Jik, no sin antes echar un último vistazo, que le causó cierta aprensión, hacia la puerta del lavabo.

Más golpes en el casco. Las cuadrillas trabajaban rápidamente. Seguramente debían tener muchas ganas de que se largaran.

Pyanfar se dirigió hacia el ascensor. En su estómago se había formado una especie de nudo frío que le resultaba imposible digerir.

Dioses, dioses, y pensar que Jik nunca contaba toda la verdad. Ni tan siquiera respecto a lo que *él* pensaba hacer.

Cuando Pyanfar salió del ascensor se encontró con que el caos reinaba en el pasillo del puente. Tully estaba ahí con Hilfy, comprobando por última vez los cierres de las puertas, lo cual quería decir que Khym estaba ocupado en algún otro lugar y no podía encargarse de ello. Tirun llegó corriendo para sujetar la puerta del ascensor con el pie antes de que se cerrara, llevando en cada mano un cuenco tapado.

—Date prisa —gritó Pyanfar en tanto que Tirun pasaba como una flecha junto a ella.

—Bien —dijo Tirun.

—*¡Y no entres ahí!*

La puerta se cerró. Chur se encontraba con Geran ante la puerta de su camarote, en el nivel superior de la nave: tenía un nuevo vendaje bien apretado alrededor de su cintura. Algo sonó estrepitosamente en la cubierta inferior, un nuevo sello conectado.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le dijo Pyanfar al pasar.

—Absolutamente —respondió Chur.

—Capitana... —dijo Geran cortésmente, y Pyanfar las dejó atrás. Se encaminó hacia el puente con largas zancadas.

Haral estaba en su puesto y, de momento, no había nadie más pero Chur y Geran le pisaban los talones a Pyanfar. Los tableros estaban iluminados y todos los sistemas iniciales de la *Orgullo* habían sido conectados, en tanto que los demás mostraban sus luces de preparación. Pyanfar se dejó caer en su asiento y, activándolo, lo hizo girar.

—Capitana. —Haral indicó que transfería el mando de los sistemas con una leve inclinación de sus orejas cubiertas de anillos, sin ni tan siquiera volver la cabeza ni dar un paso en falso con su rutina de conectar interruptores para dar vida a la nave. Pyanfar introdujo la conexión del comunicador en su oreja izquierda y, reclinándose en el acolchado, sacó el paquete de microfichas de su bolsillo y lo metió en el compartimento de seguridad.

—¿Eso era todo? —dijo Haral.

—Ése es nuestro problema más reciente. Dioses, estoy harta de que me utilicen como correo. Que los dioses le den a esa Ehrran...

Khym apareció por el pasillo que conducía a la cocina; sus manos estaban repletas con paquetes de comida y había una expresión alegre en el rostro.

... *hijos*, concluía la vieja maldición. Pyanfar logró tragarse la palabra y escuchó el comunicador. La voz procedente de la central era mahendo'sat, al igual que el jefe de la cuadrilla portuaria que hablaba por la línea exterior. Era fácil creer que el universo había recobrado la cordura y había vuelto a ser un lugar seguro... y entonces un kif habló por otra línea, dándoles la hora de su partida.

Khym pasó junto a ella y sujetó los paquetes de concentrado junto a su codo. Tres

paquetes, uno de agua.

—Gracias —murmuró Pyanfar y luego, dirigiéndose a Haral, añadió—: ¿Sabes lo que pretende Jik?

—Ajá.

—Eso no estaba en el plan. Es algo reciente, realmente reciente. No quería utilizar ese sistema delante de los kif, eso es lo que ocurre, y Sikkukkut no pensaba usar el suyo... va a hacer un buen negocio. La *Harukk* tiene también ese equipo y Sikkukkut no piensa utilizarlo.

—¿Piensas que ése era el motivo de que Jik diera su paseo? ¿Presionar un poco a los kif? Quizás intentaba que ellos...

—Podría ser eso. Sólo los dioses pueden saberlo. Sólo los dioses saben si Ehrran está enterada de lo que él pretende.

—¿Tiene que haberle informado de eso! Si entra sola con los kif...

¡Clang-tunk! El tubo de acceso había quedado suelto. *¡Crash!* Las abrazaderas de la estación de Mkks empezaron a retroceder. Ahora solamente sus propias abrazaderas las sujetaban a Mkks, sosteniéndolas contra el metal del muelle: eso era cuanto las mantenía inmóviles por el momento.

—No quería hablarnos de ello —dijo Pyanfar—. No pensaba hacerlo. ¿Tienes grabado en cinta todo lo de abajo?

—Hhhuun... sí. ¿Lo meto en los archivos?

Pyanfar se mordisqueó los bigotes.

—Es lo bastante grave como para que Ehrran consiga nuestras pieles. No. Pero tampoco lo borres. —Miró hacia el otro lado de la consola divisoria y encontró las doradas pupilas hani de Haral. Eran distintas a las de Jik. Para ellas el honor no era nada complicado pero sí las lealtades—. Mételo en mi archivo personal, ¿eh? No tienes que inmiscuirte en este jaleo.

Las orejas de Haral retrocedieron bruscamente. Estaba ofendida.

—Bien. Si es así como lo quieres...

—Sí. ¿Quién estaba a la escucha?

—Yo.

—Ah. —Pyanfar miró hacia los controles y conectó su tablero. Un asiento silbó al recibir el peso de su ocupante. Pyanfar se giró un poco y vio a Tully sentado junto a Chur—. Tully.

—¿Capitana? —Tully volvió la cabeza sin usar el comunicador o el aparato de traducción.

—Tripulación, ¿eh?

—Yo... —Tully no entendió bien la pregunta y sacó una pequeña jeringuilla del bolsillo lateral de su asiento—. Yo duermo durante salto, despierto en Kefk. Yo trabajar.

Parecía bastante arriesgado. Los dioses habían construido a los humanos y a los stsho de tal forma que el salto les volvía locos. Por esto conducían sus naves de forma que entraban y salían del salto en estado inconsciente. Locos.

—Nada de miedo, ¿eh?

Una mueca de primate, rápidamente dominada y convertida en una sonrisa hani.

—Yo asustado.

—Ya. Nosotras también.

—¡Daos prisa! —la voz de Haral por el comunicador general de la nave despertó ecos a lo largo del puente y de los corredores—. Tirun, venga.

—¿Ha presentado alguna protesta la Vigilancia? —preguntó Pyanfar, dándose la vuelta.

—Sí —dijo Haral, al mismo tiempo que arrugaba la nariz y pegaba las orejas al cráneo—. Daría todos los beneficios de este viaje por haber tenido cerca a una de esas dos que montaban guardia en la escotilla.

—Ya. —*Beneficios*. Se rió, pero el buen humor no tardó en desaparecer—. Fue una estupidez. Una pura y simple estupidez, eso es lo que fue. Como si los dioses...

Khym estaba en el puente y Pyanfar tuvo que tragarse también esa vieja comparación. Tecléo en su tablero, pidiendo la secuencia de partida.

—Mete en el archivo toda la información referente a Ehrran, empezando con la salida por la escotilla.

Una leve vacilación. Una tecla apretada.

—Ya lo había separado.

—Yo me encargaré de explicárselo a las demás... Habla con Geran antes, ¿eh?

(Dioses, Khym estaba a su espalda, iba y venía por el puente mientras ella hablaba con Haral, encontrándose con los mahendo'sat en el pasillo inferior, y no había recibido ni una sola pregunta de sus labios, ni un «¿Qué está pasando?», ni un «¿Por qué?». El mundo se había vuelto loco. Pero ella y Khym se habían dicho un montón de cosas en la oscuridad, durante el último turno).

Miró a un lado. Khym se instaló en el asiento de observación número uno, entre el puesto de Hilfy, todavía sin ocupar, y el asiento de Geran. Empezó a trabajar con los controles. Activó el comunicador: había tomado el relevo de Hilfy. Geran ocuparía el puesto de Chur, en la pantalla uno; y Tirun, una vez hubiera terminado con las operaciones de cerrar el segundo puente y el nivel inferior de carga, se encargaría del puesto de observación tres, en cuanto pudiera ocuparlo. Su misión sería ayudar en los controles, operar el ordenador, vigilar la ingeniería y, si algo iba mal, servir de relevo en armamento. En cuanto estuviera libre.

Pyanfar tecléo en su tablero y activó los monitores de la cubierta inferior.

—Tirun, ¿tienes algún problema ahí abajo?

—Ya vengo —dijo una voz sin aliento que se movía rápidamente. Oyó ruido de

pies en el corredor principal de abajo. Pyanfar cortó el contacto. Hilfy ocupó su puesto, Pyanfar distinguió en el monitor su reflejo que contrastaba con la luz emitida por los tableros de Khym.

Otra vez en su sitio, de nuevo en el hogar. El tablero de Hilfy emitió la señal de preparado.

Una voz mahen chisporroteó en su oído:

—Indique cuándo está lista. Tiene todo despejado, *Orgullo de Chanur*.

Hilfy acusó recibo del mensaje de la estación que Khym se había ocupado en transmitirle, encargándose por fin de su tablero.

—Gracias, Mkks. —Rutinaria y fría. «*Gracias, Mkks*». Pyanfar sintió que se le congelaba la sangre.

El ascensor funcionaba en la popa. Debía ser Tirun.

—Geran —dijo Haral—, pon a la *Vigilancia* en la lista de objetos a controlar junto con los kif.

Un instante de silencio.

—Piensas tomártelo en serio, ¿eh?

—Muy en serio. Eso dice Jik.

—Hum. —No hubo más comentarios por su parte. *Eso era suficiente*.

Sus monitores de observación estaban funcionando.

—*Aja Jin* a *Orgullo*, tener número uno salida, ir, ir.

A su espalda oyó ruido de pasos que corrían por el pasillo del puente.

—*Maldita sea* —elijo Haral por el micrófono—. *¡Hermana, vamos a movemos, rápido, rápido, rápido!*

El ruido de pisadas llegó por fin al puente, un cuerpo se dejó caer sobre el acolchado de un asiento y Haral conectó el programa que soltaba las abrazaderas.

Clank-bang. Un instante después los motores entraron en funcionamiento y hubo un segundo de molesta incertidumbre en todos sus estómagos: la *Orgullo* se apartó de la estación, dándose ese leve empujón que la mandaría hacia el exterior del sistema.

Nada demasiado espectacular. La *Orgullo* podía moverse con mucha velocidad, pero eso era algo que no sentían deseos de mostrar a los kif o los demás espectadores que pudiera haber en Mkks. Haral hizo que la *Orgullo* avanzara sin apresurarse y se tomó su tiempo, igual que si llevaran como carga un montón de cascaras de huevo.

—Tenemos una modificación en las previsiones de entrada —dijo Pyanfar—. Jik cuenta con un...

En ese mismo instante:

—Prioridad —dijo Hilfy, esa horrible palabra que, proviniendo de un puesto de control, siempre anunciaba malas noticias.

La transmisión entró en su canal.

—... *mismo consejo dar*. —La central de Mkks con su voz clara como el hielo—.

Tener tc'a rumbo exterior sistema. Precauciones navegación.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Pyanfar.

—Reducir la energía y esperar —estaba diciendo Hilfy por el comunicador—. Estación de Mkks...

El segundo monitor empezaba a llenarse con las comunicaciones recibidas, protestas kif, protestas de Jik y de la *Vigilancia*...

—Tengo una señal —dijo Geran—. Confirma la presencia de algo con rumbo al exterior del sistema, procedente del sector de metano...

—Eso es un kif que se larga —dijo Haral, tomando el control de los tableros—. Pantalla dos. Ordenador, busca el rumbo de ese tc'a.

—Estoy en ello —dijo Tirun—. Sigue como hasta ahora, Geran.

Pyanfar se mordisqueó los bigotes y pasó los controles del casco a su tablero en tanto que Haral empezaba a redactar la lista de prioridades. Gracias a los dioses tenían la tripulación al completo: el ordenador emitía la información procedente de sus tres fuentes primarias y una docena de salidas de datos no autorizados; Geran examinaba las emisiones de la estación y Chur intentaba clasificar las distintas señales que surgían alrededor de la estación de Mkks igual que las semillas reventando de una vaina.

Pyanfar puso en marcha la rotación para que la *Orgullo* tuviera gravedad interior, e inició un movimiento que no tendría ningún efecto beneficioso sobre el curso calculado anteriormente. Dioses, su horario hasta llegar al punto de salto era tremendamente apretado, lo habían calculado todo hasta el segundo para dar ese salto en grupo, y ahora la situación que tenían a su espalda parecía tan confusa como un puñado de plumas en un vendaval.

—Nuestros planes de horario han ido a parar al infierno mahen —dijo Haral—. ¡Que los dioses se lleven a ese idiota con sus múltiples cerebros! ¡Ahí detrás parece que todos hayan enloquecido!

—Hilfy... —Dijo Khym con voz apremiante.

—Prioridad —le interrumpió Hilfy—. Transmisión general de la estación para todas las naves.

La imagen apareció en el segundo monitor. Luz violeta: la figura de una serpiente cubierta de motas doradas en continuo movimiento, agitándose ante la cámara.

El sector de metano les estaba hablando: el control de tráfico para metano en emisión visual. La silueta amarilla de un chi, parecida a un palo, subía y bajaba corriendo por el lomo del tc'a, giraba como una flecha en torno a su cabeza atendiendo frenéticamente a lo que... bueno, a lo que un tc'a fuera para un chi: amo, camarada, amigo o animal doméstico. El tc'a gemía constantemente, emitiendo con su aparato vocal las complejas melodías de su cerebro segmentado, mentes y puntos de vista múltiples que aparecían traducidos en una matriz colocada en la parte baja de

la pantalla.

Tc'a tc'a hani hani mahe kif kif
Mkks Kefk Kefk Kefk Kefk Kefk Kefk
dar ir ir ir ir ir ir
decir chi ir ir ir ir ir
chi tc'a ir ir ir ir ir
knnn knnn knnn knnn knnn knnn knnn

Pyanfar sintió que un viento helado subía por su espalda.

—Hilfy: pon al ordenador a trabajar en eso. Tirun, al puesto de comunicaciones número uno.

—Bien —dijo Hilfy.

Ni una palabra de crítica. Ni una sola protesta de la tripulación. La nave tc'a estaba muy por delante de ellas y, probablemente, iba a estropear todas sus previsiones de horarios; una estación oficial tc'a estaba hablando sobre los knnn, y ninguna especie cuerda quería que *ellos* se metieran en esto. Nadie podía hablar con los knnn salvo los tc'a; y los tc'a hablaban *así*, en matrices que debían ser leídas en todas las direcciones a la vez. El mensaje hacía referencia a dos presencias tc'a, una en Mkks quizás en dirección... (¿dar un chi?)... hacia los tc'a de Kefk; por otra parte, los knnn estaban mezclados con las motivaciones de todos los bandos. Había dos clases de kif (¿con rumbo a Kefk?) y dos clases de hani (dioses, ¿acaso ya habían detectado ese cisma?), y sólo un grupo de los kif iba a combatir.

—*¡...detened esta locura!* —dijo una voz hani. Era Rhif Ehrran desde la *Vigilancia*, prácticamente gritando en el comunicador—. *¡Aja Jin, haz que volvamos!*

—*Querer eso* —respondió Jik—. *¿Dar tiempo entonces Kefk saber que venimos? Seguro entonces mandarnos en pedazos al infierno, Vigilancia. Seguir en curso, seguir en curso, ¿entendido?*

—Khoihktk mahe kefkkefkti... —de los kif: *El mahe está de acuerdo con nosotros.*

—Tía, el ordenador no ha logrado sacar mucha más información del mensaje. El tc'a está hablando de avisar a los knnn y dice que ese tc'a vendrá con nosotros a Kefk. El ordenador no está muy seguro del resto, pero tiene la hipótesis de que...

—La *Vigilancia* en el canal —dijo Geran—, pide hablar directamente con la capitana.

—Rechaza su llamada —dijo Haral.

—Llamada en el tres —dijo Khym—. Es la *Harukk...* Su oficial de comunicaciones quiere hablar con la capitana.

—Di que no: que hable con Jik.

—No le digas eso —ordenó Pyanfar, mordiéndose los bigotes mientras leía las

conjeturas del ordenador sobre los tc'a, que no estaban demasiado alejadas de las suyas—. Jik hablará cuando pueda hacerlo. Dame las señales de la estación. Redacta un mensaje para los tc'a y diles que seguimos el curso y que nos esperen.

—Bien. —Hilfy, con voz tensa. *Ninguna* nave hablaba con los respiradores de metano sin tener que llenar después un abundante montón de impresos y cuestionarios oficiales. Había razones para ello, razones como la lógica de los respiradores de metano, que siempre podía equivocarse del peor modo posible en cuanto al significado de algo. Eran *distintos*, y mucho. Y perdían el control con gran facilidad. Los tc'a eran los más pacíficos del grupo.

Los knnn... eran otra cosa.

—Tía, aquí está el mensaje, tienes que darle tu aprobación antes de que salga.

hani	hani	mahe	kif	kif	tc'a	tc'a
nave	nave	nave	nave	nave	Mkks	nave
ir	ir	ir	ir	ir	Mkks	esperar
peligro	peligro	peligro	peligro	peligro	peligro	peligro

—Creo que está bastante claro —murmuró Pyanfar mientras que el mensaje desfilaba por su pantalla—. Archívalo y mándalo. Habla con la *Aja Jin*, y diles textualmente: «Seguimos en el horario previsto. Hemos advertido al tc'a de que existen peligros de navegación».

—Jik acaba de mandarnos un mensaje —dijo Geran—. Dice que adelante, que sigamos adelante.

—Estupendo. —No era la respuesta que le habría gustado oír, pero era la que se esperaba. Seguid con ello. Adelante. Corred el riesgo.

Saltar con un tc'a cerca de ellas. Los tc'a navegaban igual que serpientes. *Eran* serpientes. Entrar en Kefk a ciegas con un tc'a del cual podía esperarse que saliera del hiperespacio sólo los dioses sabían a cuánta distancia del lugar previsto; y con las naves de caza más rápidas, haciendo cálculos para rebasarlas durante el salto dentro del hiperespacio... Era pedir el desastre a gritos. Una colisión.

—Si cometemos un error ahora, brillaremos con fuerza suficiente como para que nos vean desde Anuurn —dijo Pyanfar—. ¿Alguien quiere calcular el tamaño que tendrá la bola de fuego?

—Será condenadamente brillante —dijo Haral.

—La *Vigilancia* nos advierte de que está redactando una... —dijo Khym.

Hubo una rápida y fugaz explosión de risas histéricas *que terminó en toses y jadeos*. Sí, tenían los nervios de punta. Eran Hani lanzadas a toda velocidad con rumbo a zonas kif.

—¿Quién se cree que es esa Ehrran? —gritó Hilfy dominando el tumulto, como si nunca hubieran existido los kif ni esos días horribles. Hilfy: juventud ofendida—.

¿Qué es lo que ocurre aquí?

—Bienvenida a casa, chica —dijo Haral secamente, sin apartar los ojos de su tablero ni un segundo—. ¿Quieres una lista?

—Chanur está en apuros —dijo Geran, sentada a la derecha de Hilfy—. Y el nombre cíe esos apuros es Ehrran. Anda detrás cíe nuestros pellejos. No le importa el modo de conseguirlos. No podemos cruzar por delante de ella, así está la situación. Vamos a ciar este salto y esta vez le daremos gracias a los dioses por entrar un poco más despacio que esa nave de Ehrran. Estará delante de nosotras en Kefk. No la queremos tener a la cola; no, muchas gracias.

—Prefieres tener a los kif, ¿eh?

Un pequeño temblor de inquietud en el aire.

—Es condenadamente más seguro —dijo Tirun—. De momento.

Se hizo un silencio ante estas palabras.

—Sobrina —dijo Pyanfar—, tampoco nosotras lo hemos olvidado.

Continuó el silencio.

—¿Y después de Kefk? —preguntó por fin Hilfy, con un tono de voz normal—. ¿Adónde iremos? ¿Tienes alguna idea... capitana? —Respetuosamente—. ¿Me he perdido últimamente alguna de las discusiones al respecto?

Pyanfar flexionó sus dedos sobre los controles, moviendo su codo unos centímetros sobre el soporte del asiento. Luego tragó aire con mucha lentitud.

—Unas cuantas. ¿Quieres que te lo dé concentrado en una cápsula? Esos motores de ahí atrás, todos estos equipos tan nuevos e ingeniosos... nada de eso es gratis, ¿verdad que no? Estamos en un aprieto. Hilfy Chanur. No es nada que pueda pagarse con dinero Y ese problema de Ehrran...

Las líneas luminosas aparecieron en la pantalla y se conectaron entre sí. Estaban en marcha, en dirección hacia su blanco. El tc'a viajaba ahora por delante, con una velocidad igual a la de ellas: a partir de ese momento no habría más giros bruscos, ni tan siquiera para él. Sólo los knnn podían jugar con las leyes físicas.

—Ese condenado tc'a va a estar delante nuestro durante todo el trayecto —dijo Pyanfar—. Sólo los dioses saben donde irá a parar después del salto. Una cosa sí puedo decirte: Jik tiene en la cabeza la idea de emitir una señal de identificación falsa en Kefk. Pretende entrar en el sector un poco por delante de los demás y conseguir una imagen de observación para nosotras antes de que el faro se desconecte.

—Dioses —dijo Tirun—. ¿Qué distancia va a llevarnos?

—No me lo dijo: ningún diagrama, nada... Pero os aseguro que si no lo consigue tendremos graves problemas... Para empezar, tenemos un nido de kif y también tenemos algunas otras cosas. ¿Qué se recibe por el comunicador? ¿Hay calma ahí fuera?

—Nada que valga la pena escuchar —dijo Haral—. Muchas transmisiones kif.

—La *Vigilancia* ha dejado de transmitir —dijo Geran.

—La *Aja Jin* también —añadió Hilfy.

—Está bien. Geran, quiero que ocupes ahora mismo el segundo puesto de comunicaciones; después del salto ve a la pantalla de observación número uno.

—Entendido.

—Hilfy.

—¿Tía?

—Me preguntaste por Ehrran. Te diré lo que creo haber adivinado hasta ahora de todo el asunto. Nuestros problemas no se deben sólo a la mala suerte: alguien lo ha planeado todo.

—¿Ehrran?

—Oh, viene de más arriba, chiquilla... Conseguimos limpiar Gaohn, apartamos a nuestros enemigos hani de Kohan, hicimos que Tahar y su clan quedaran casi destrozados, arrojamos al exilio a la *Luna Creciente*... Hemos atraído a los mahendo'sat a nuestro mundo natal, y también a los humanos y los knnn, lo cual les ha sentado francamente mal a todos los partidarios del aislacionismo que hay ahí, ¿no? Naur, su pandilla... El clan Llun recibió un buen castigo por la ayuda que nos prestó en Gaohn, y lo mismo ocurrió con otras amigas nuestras. Aunque Tahar fuera nuestra enemiga... hemos destrozado su clan y el poder que tenían sobre sus aliados; y eso ha dejado un vacío. Esta situación ha permitido que algunos otros clanes ascendieran dentro del *han*.

—Naur, Jimun y Schunan —murmuró Haral—. Los maravillosos patrones de Ehrran.

—Eso es justamente lo que ha ocurrido. Estábamos mucho mejor teniendo a Tahar como enemiga. Su clan estaba formado por una pandilla de bastardas, pero al menos eran bastardas que navegaban por el espacio. Lo que ahora tenemos es a las viejas sorbehuevos que nunca han salido del planeta, como Naur; y a esas viejas gordas les encantaría vernos de nuevo a todas con faldellines y *sofhyn*.

—Eso se refiere a mí —dijo Khym.

—Aguántate, Khym.

—Mira, si me hubiera quedado en Anuurn...

—Sí no hubiera sido por eso hubieran encontrado cualquier otra excusa. Hicimos que especies de otros mundos entraran en el sistema de Anuurn...

—... y sacamos de ahí a un macho.

—Así que todas las viejas fanáticas cargadas de prejuicios que hay dentro del *han* están nerviosas. Los clanes espaciales quedaron casi destrozados en Gaohn. Nuestras amigas Llun perdieron entre los Inmunes un montón condenadamente grande de buenas hembras, y Ehrran ansia desde hace bastantes años conseguir un pedazo de sus traseros. Claro, Ehrran le besaría los pies a Naur: gracias a ella han conseguido

esa nave tan reluciente, unas orejas bien cubiertas de anillos y unos formularios oficiales donde apuntar las quejas. Y los stsho... esos bastardos que nunca se están quietos han pedido su parte del pastel. Los mahendo'sat presionaron a los stsho para que nuestros documentos fueran declarados válidos una vez más porque, de repente, Dientes-de-oro quería tener nuestra ayuda... quería tener de su lado a hani *espaciales*. Por eso los stsho se doblegaron, como siempre harán... pero inmediatamente después salieron corriendo para encontrarse con Ehrran, tirarle de la oreja y meterla de lleno en esto, condenada idiota. Ehrran estaba en Punto de Encuentro persiguiendo a Tahar y encargándose de los demás negocios del *han* con los stsho... puede que tengan un montón de tratos secretos. Entonces aparecieron los stsho y les ofrecieron nuestros pellejos como recompensa especial.

—Stle stles stlen —dijo Hilfy.

—Los stsho tienen a la humanidad a punto de caer sobre sus espaldas. Estuvieron parlotando sin parar con Dientes-de-oro en Punto de Encuentro. Sólo los dioses pueden saber lo que le han contado a Ehrran; creo que si Stle stles stlen fuera menos corrupto y no le tuviera tanto miedo a Dientes-de-oro, en ese momento el viejo bastardo habría vendido a Tully directamente a los kif. Pero *nosotras* estábamos ahí y no creo que Ehrran les sobornara, dado lo inflexible que es. Esos malditos xenófobos stsho deben estar ahora subiéndose unos encima de otros, deben creer que los humanos aparecerán a su espalda y se meterán directamente en territorio stsho. Pero Ehrran se dedicó a la política y perdió en el juego... o eso pienso yo. Stle stles stlen no tuvo el valor de engañar a Dientes-de-oro cuando aparecimos nosotras, con lo que se convirtió virtualmente en un cheque en blanco y autorizaciones mahen de alto nivel. No me sorprendería que el viejo Stle stles stlen esté ahora muy preocupado por los centinelas mahen que hay ante su puerta durante la noche. Y debo decir otra cosa, algo que es mejor que oigáis con atención. Haral... ¿tienes esa cinta del pasillo inferior?

—Sí.

—Pásala. Y también la cinta de Sikkukkut. Hemos recibido un montón de ofertas, primas... procedentes de todos los bandos.

En el puente sé produjo un largo y tenso silencio, interrumpido sólo por esa hebra de sonido que brotaba de la cinta y por el ruido de las operaciones habituales. Pyanfar la escuchaba distraídamente, frunciendo el ceño de vez en cuando, mantenía a la *Orgullo* en su rumbo al mismo tiempo que evitaba pensar en lo que iba a decir Hilfy o en lo que Tully podía estar recibiendo del traductor.

Tc'a. Tc'a. Jik había dicho que los respiradores de metano estaban inquietos.

Jik había estado durante mucho tiempo en la estación, yendo y viniendo por ella sin obstáculos. En secreto. Haciendo planes. Sólo los dioses podían saber con qué bandos había establecido alianzas, y los tc'a ocupaban un lugar muy alto en la lista de

posibilidades.

Junto con Sikkukkut.

La cinta llegó a su fin, pero el silencio continuó.

—Gracias a mí estamos en un buen lío —dijo Pyanfar—. Un lío condenadamente grande. Pensé que os gustaría saber exactamente de qué clase de lío se trata.

—Parece como... —dijo Tirun—... parece como si Jik tuviera razón. *Nacimos* metidas en él, sólo por el hecho de ser Chanur. Cuando volvamos a casa... apuesto a que no encontraremos el *han* tal y como lo dejamos.

—Apuesto a que no —dijo Pyanfar—. Pero ¿qué es el *han* actualmente?

Otro largo silencio.

—Bueno, yo estoy contigo —dijo Tirun.

—Yo también —dijo Chur.

—Yo también —añadió su hermana.

—Tía, yo...

—Quizá desees pensártelo un poco, sobrina.

El chasquido y el zumbido de los instrumentos seguía como siempre. La matriz *tc'a* apareció en la pantalla después de haber sido examinada por el ordenador, pero era igual que la de antes.

—Tully —dijo Pyanfar—, ¿has logrado entender aunque sólo sea la mitad de todo esto?

—Yo oír algo.

Pyanfar no podía ver su rostro, sólo un reflejo sombrío en el monitor, una silueta que no era hani.

—Yo hani —dijo él—. Yo *hani*.

Pyanfar parpadeó, analizando la respuesta hasta digerirla. Pero, fuera cual fuera su significado, el comentario le hizo sentir un leve calor en las entrañas.

—Khym —dijo.

—¿Mi opinión? —dijo. Un gran suspiro que resonó sobre el comunicador, un gruñido apagado—. Siento pena por esa Inmune de Ehrran.

—Pero siguen siendo inmunes —dijo Hilfy—. Irán contra mi padre. Se lanzarán sobre él, en casa. Puede que ya no tengamos ninguna, Chanur.

—Sobrina —dijo Pyanfar—, yo pienso que Kohan Chanur sigue siendo un hueso bastante duro de roer. Mi hermano y tu padre no es ningún estúpido. Tampoco lo son sus hermanas, y no creo que permitan que esas bastardas las echen de la residencia con sus maniobras. Aguantarán. Aguantarán todo el tiempo que nosotras sigamos en el espacio, mientras continúe existiendo alguna nave Chanur por la cual preocuparse... Naur y sus cachorros no se atreverán a usar tan pronto sus sucios trucos. Y en combate justo, Kohan sigue siendo capaz de luchar contra cualquier situación que se me ocurra en estos momentos.

Y cuando dijo eso pensó en Khym, y sintió una vieja punzada de culpabilidad: *Si yo hubiera estado en casa cuando Kara le desafió, si hubiera estado ahí para impedir que se entrometieran todos los parásitos del exterior...*

Si ella hubiera estado en casa, posiblemente Khym sería todavía señor de Mahn... si ella hubiera vuelto a toda prisa igual que el clan Chanur se había unido en torno a Kohan Chanur contra su hijo, Kara Mahn. Si ella hubiera estado ahí, quizá Khym no se encontrara ahora en el exilio... aunque sólo hubiera estado ella, aunque el resto de sus esposas, hermanas e hijas le hubieran abandonado. Ella podía haber aguantado junto a él, se hubiera opuesto a su hijo y a los negros planes de su hija. Entonces Chanur hubiera conservado su mejor aliado: Khym, señor de Mahn. Y ni Ehrran ni nadie como ella se hubiera atrevido a moverse. El mundo no habría cambiado.

—Referencias de navegación positivas —dijo Haral.

—Me pregunto si ese tc'a de ahí delante entiende cuál es el plan de vuelo —dijo Tirun.

—Supongo que con el tiempo lo descubriremos —dijo Geran—. ¿Quieres apostar al respecto, *na* Khym?

—Está haciendo trampas otra vez —dijo Tirun—. Siempre gana.

—Tenemos una formación de naves detrás nuestro —dijo Haral—. Los kif están en las coordenadas. Parece que realmente vamos a ir allí.

—Eso parece —dijo Pyanfar, sintiendo un cosquilleo en sus nervios. Su antebrazo cubría de pelo el borde del panel. Puro terror. Indudablemente, las demás estaban en el mismo estado de nervios que ella.

—Estoy contigo —dijo Hilfy con voz ronca.

—Gracias, sobrina. Atención todo el mundo, se aproxima el momento del salto. Tully, será mejor que uses las drogas. Ayúdale, Chur: asegúrate de que pierde el conocimiento.

—Bien —dijo Chur.

Pyanfar tecleó el comunicador general.

—Kif... Skkukuk. Prepárate: vamos a saltar.

—*Te ofrezco a tus enemigos.*

—Estupendo, kif, eso me parece realmente estupendo. —Cortó rápidamente la conexión. Seguía sintiendo en su interior un vago remordimiento. Por un kif...

Era lo mismo que hablar con las paredes. Si, se expresaba perfectamente en hani y cuando ellas hablaban con él lo hacían igual de bien; pero de lo que decía no llegaba nada inteligible a la mente de quien escuchaba, fuera quien fuera.

«*Te ofrezco a tus enemigos*».

Había tensión en su voz. Quizá estaba asustado, solo en una nave hani. Quizás intentaba hacer un trato.

Quizá llegaría a morirse de hambre, indefenso y sin nadie que le ayudara en ese

lavabo. O quizá se rompiera los huesos durante las maniobras.

Como bien sabían los dioses, el destino le tenía tan atrapado como a ellas... era su talismán de la buena suerte, o su maldición particular.

—Salto más noventa —dijo Haral—. Referencia en Kefk.

—Meteos bien esto en la cabeza —dijo Pyanfar, porque al otro lado del salto todo parecía siempre confuso y las viejas costumbres eran las que mandaban en los primeros instantes—. Puede que Jik no lo consiga. Si no lo consigue tendremos que movernos aprisa. Nuestro primer objetivo es obtener la posición. Luego localizar a la *Harukk*. Recordad eso, ¿entendido? Vamos a entrar con bastante gravedad, pero intentaré que no nos resulte demasiado penoso. Si las cosas se ponen realmente feas, tenemos unas cuantas opciones. Apenas salgamos al espacio, tenemos que fijar una referencia en Tt'a'va'o; si no tenemos más remedio saldremos corriendo hacia Punto de Encuentro. Ese plan no es de Jik; es *mío*. Tenemos que mantener vigiladas a esas tres estaciones de rastreo en Kefk. Tenemos un montón de escombros pesados en el sistema: hay una binaria bastante cercana que los mantiene siempre en movimiento y nuestro mapa ha sido hecho por los kif. Esta situación se mantendrá aunque Jik no consiga una imagen de observación. Recordad eso. Recordadlo constantemente.

—Tenemos esos datos —dijo Tirun—. Ya están. Si los dioses hacen salir a Jik en algún punto de su línea de entrada, le podremos rastrear.

—Un sitio desagradable —dijo Chur—. Realmente desagradable.

—Preparad los sistemas —dijo Haral con voz fría y calmada, y los interruptores empezaron a moverse: comprobación de sistemas, preparación final. Pyanfar coordinó sus actos con los de ella, apartó de su mente los temores y activó el programa preparatorio del ordenador, comparando su plan con los problemas del tc'a y las intenciones de Jik. Hizo algunos reajustes de prioridad en el programa y volvió a pasarlo, y luego lo introdujo en los bancos con la simple presión de un dedo sobre una tecla. En otros puestos del puente se realizaban tareas similares. Haral se encargaba de la comprobación de sistemas, asegurándose de que todas las secuencias estaban perfectamente en orden.

Lo más necesario era localizarse a sí mismas en la imagen pasiva de observación: para empezar, tenían que fijar su posición. Luego había que encontrar a Jik, a la *Harukk* y a la *Vigilancia*, y seguir su rastro hasta el corazón de Kefk.

—Desde luego, es un modo bastante loco de dirigir un sistema estelar —dijo Tirun.

—Podemos hacer que lo entiendan.

Los números desfilaban con un chasquido.

—Ahí va el tc'a —dijo Geran.

—Que los dioses nos ayuden —dijo Haral.

—¿Tully? —preguntó Pyanfar.

—Está inconsciente —dijo Chur.

—Menos cinco —dijo Haral.

Dioses, un tc'a suelto en su rumbo.

Y Jik se había comportado de un modo muy extraño antes de abandonar el muelle. Había hablado de espías que hacían visitas y respiradores de metano...

¿Podía Jik sobornar a un tc'a? ¿Qué había hecho durante esa escapatoria furtiva hacia los muelles de la estación de Mkks, justo antes de que partieran?

¿Ayuda de navegación? ¿Precisión?

¿Era eso lo que Jik había estado buscando... un modo de ajustar su rumbo con la precisión suficiente como para mantener a la *Harukk* en su cola, usando ordenadores y mapas tc'a para realizar un cálculo espacio-temporal de enorme importancia...

... sobre un sistema kif? ¿Quizá contra los deseos de la *Harukk* y yendo más allá de cuanto la *Harukk* estaba dispuesta a proporcionarles?

Dioses...

—Menos uno.

Habían desaparecido.

...ahí de nuevo.

... cayendo...

... materia y solidez. Las luces parpadeaban, los instrumentos recogían datos y empezaban a leerlos.

—Kefk —dijo Haral—. El espectro encaja.

—La referencia, ¿dónde está nuestra referencia?

—Buscando —dijo Geran—. Es... *dioses*... Eso está... dentro de la tolerancia del sistema.

—Unnnh. —Su mente deseaba extraviarse en un rumbo tangencial a todo lo presente, regresar a la nada donde había estado antes. Las luces bailaban hipnóticamente, haciendo que los ojos siguieran sus ritmos: la luz del sol sobre las colinas...

... el hogar.

—Tía Pyanfar —exclamó Hilfy, mientras corría a toda velocidad cuesta abajo, con las orejas echadas hacia atrás y sus miembros casi infantiles esforzándose al máximo—. ¡Tía Pyanfar, has vuelto!

Ojos muy grandes, toda orejas, ésa era Hilfy Chanur, la hija adorada por su padre, la hija adoptiva que su tía había amado en lugar de su Tahy, que no tenía lealtad a nada ni a nadie...

... en el patio de Chanur, de noche:

—Tía Pyanfar, dime el nombre de esa estrella...

—Ésa es Kjohi; es una estrella blanca, demasiado lejos, demasiado. De todos

modos, es demasiado caliente. Nunca vamos ahí... ¿ves esa pequeña de abajo? Ésa es una amarilla. Ésa es Tt'a'va'o.

—¿Has estado ahí?

—Ninguna hani ha estado ahí todavía. Ésa es una estrella tc'a. Los tc'a tienen un montón de cerebros; cantan cuando hablan y tienen siete voces que hablan al unísono. Una vez conocí a un tc'a. Su nombre era So'o'ai'na'a'o.

Hilfy se rió.

—Di eso otra vez.

—¿Dónde está ese condenado tc'a? ¡Geran! ¡Chur! ¿Dónde está nuestro plan de curso? ¿Tenemos alguna posición, sea de quien sea?

—Negativo, negativo. Ya casi tengo integrado el otro mapa... lo tengo, lo tengo, lo tengo... Está entrando.

La imagen apareció en el tablero de Pyanfar. Un diagrama del sistema de Kefk, ajustado a su punto de entrada. El mejor mapa que tenía en esos momentos Sikkukkut... o, al menos, el mejor mapa que contuviera cosas tales como las grandes rocas que, a largo plazo, podían ser cartografiadas y seguidas en sus órbitas caóticas a través del sistema de Kefk.

Una gran estación estelar... dioses, sabía cuál iba a ser su tamaño. Después de todo, era la única salida legítima hacia el comercio del Pacto que los kif tenían. Cincuenta naves atracadas y mucho equipo de minería dispersado como estrellas rojas por entre las amarillas que indicaban los asteroides y ninguna de esas naves estaba allí donde se la indicaba en el mapa. Era sólo una forma de prevenirla. Cuidado, hani; puede haber naves. Y en efecto las había.

El mapa mostraba en el puerto naves kif, tc'a y chi. Sí, era probable. Otro aviso. Sólo los dioses sabían de qué otros peligros se la avisaría.

—Preparando reducción. Haral, comprueba mis controles.

—Bien.

—Recuerda, usa la cabeza, despiértate. La *Aja Jin* debería estar ya delante... dioses, ¿dónde? La *Harukk*, y la mitad de los kif, y la *Vigilancia*, con más kif que aparecerán en cualquier instante.

Abajo otra vez.

—Tía Pyanfar... enseñame las estrellas...

Su propia hija, Tahy Mahn:

—Nunca estás aquí. Siempre vuelves demasiado tarde. Ahora ya todo acabó. Kara se ha ido. Yo misma la mandé junto con los ermitaños...

Hijo e hija, desaparecidos. Cada uno de forma distinta...

—Ya. He tenido cosas que hacer, Tahy. Lo siento.

—Siempre tendrás cosas que hacer. No vives en este mundo. ¡Vives en esa nave! ¡En esa nave! No te conozco, nunca te conoceré...

Y arriba.

De vuelta al espacio real. Los ojos de Pyanfar vagaron durante un instante antes de centrarse en las luces. Sus dedos apenas eran conscientes de los controles; le dolía el codo.

—Tercera reducción. Venga, a ponernos en línea, a ver si ahí atrás hay alguna señal de vida...

—Lo tengo... *¡tenemos a Jik, está ahí fuera!*

—... Pyanfar —dijo Kohan, sus anchos rasgos, sus ojos dorados llenos de un fulgor suave, muy distinto ahora al eterno ceño fruncido que usaba para impresionar a los demás—. Hermana... por los dioses, esta vez ten cuidado.

Ella era egoísta. Él no. No mencionó en absoluto las auténticas razones de su preocupación: Khym. Su locura privada, que suponía para él una vergüenza pública. Habían hablado de ello una vez.

—Se lanzarán sobre ti —dijo Kohan—. Todos nuestros enemigos. Lo intentarán.

—Ahí fuera la ley es distinta, hermano mío. Todo es más seguro. Aceptan las cosas extrañas.

—Eso espero —dijo Kohan—. Eso espero, créeme.

Y se fue.

—*Estamos recibiendo, justo en el blanco tenemos señal, tenemos señal... ¡Ha conseguido mandarnos una imagen de faro!*

—La referencia estelar, Haral, fija la referencia.

—Afirmativo. Tt'a'va'o. En los bancos.

—Uhhhnnn. —Sintió que las fuerzas la abandonaban, notó el temblor y la debilidad de su mano. Estaban sometidas a la inercia. La gravedad la empujaba resueltamente hacia abajo, no hacia atrás. Su brazo se clavaba dolorosamente en el respaldo. Lo apartó de él y cogió uno de los paquetes de concentrado que había en su asiento, lo agujereó de un mordisco y bebió de él. El líquido golpeó su estómago igual que un puñetazo y se posó en el fondo como si fuera plomo.

Dioses, dioses... Figuras arrancadas del pasado, un sueño loco. Y todas coincidían.

—Estamos en el rumbo —dijo Haral—. Por los dioses, lo hemos logrado dos veces, y a ciegas; y Jik y el resto...

—Lo creeré cuando encontremos a ese tc'a —dijo Geran—. ¿Dónde está ese lunático? ¡BONDAD DIVINA!

La imagen se cortó y las luces se volvieron de color rojo. La sirena empezó a gemir.

—*¡Haaaa!* —Era Khym. Por un instante sintió una oleada de náuseas, igual que en las reducciones de velocidad; pero no...

—Comprobación de velocidad —chilló Pyanfar por el micrófono—. Maldita

sea...

... *reducción*, esta vez con una lenta y horrible oleada de náuseas.

El tc'a había emergido muy cerca. Había pasado junto a ellas, casi rozándolas, y había reducido velocidad con dos rápidas pulsaciones de su campo. Y ahora estaba ahí, una gran señal en la pantalla, que viajaba a la misma velocidad que ellas.

—Acabamos de encontrar al tc'a —dijo Tirun.

—Dioses y truenos —dijo Pyanfar. Sentía que su sangre se enfriaba y se calentaba alternativamente y una gran debilidad en las articulaciones; el concentrado estaba luchando por salir nuevamente de su estómago. Alguien vomitaba. La pantalla se había llenado de nuevo con señales razonables, pero una de ellas estaba demasiado cerca.

Un parloteo humano. Tully había recobrado el conocimiento.

—Velocidad más punto cero ocho —dijo Haral—. ¡Ese bastardo nos ha comunicado *velocidad*!

—Déjalo; ya la eliminaremos luego. —Pyanfar tragó saliva con un esfuerzo. Parpadeó intentando no escuchar los ruidos de náuseas y arcadas que llegaban por el comunicador—. Nos queda algo de tiempo antes de que Jik llegue a distancia astronómica de Kefk... maldito tc'a, ¿está diciendo algo?

En uno de los puestos de comunicaciones alguien logró conectar la recepción de su pantalla.

tc'a chi hani kif kif kif kif
Mkks Mkks Mkks Mkks Mkks Mkks Kefk
Kefk Kefk Kefk Kefk Kefk Kefk Kefk

—Está diciendo, según creo —explico Hilfy con voz áspera—, que ha venido de Mkks a Kefk con una hani y montones de kif. Hola.

—No dispararán —dijo Pyanfar, en tanto que la idea se iba abriendo camino en su cerebro. *Jik, ese bastardo sin orejas, Jik ha pedido que le pagaran otra deuda y nos ha metido a la cola un tc'a. Conoce nuestro plan de vuelo. Tiene que conocerlo*—. Dioses, nos viene siguiendo realmente de cerca... no dispararán. Kefk no se atrevería a eso. —Se reclinó en su asiento, volviendo la cabeza—. Chur, ¿te encuentras bien?

—Estupendamente. —Su voz sonaba algo débil—. Sigo en el puesto.

—¿Khym?

El enfermo era Khym, como ya le había parecido. No obtuvo ninguna respuesta salvo un gemido.

—Todo el equipo responde —dijo Tirun.

—Los kif continúan ahí atrás —dijo Geran—. Acaba de aparecer la señal de otra nave justo detrás de nosotras. *Ikkiktk*... creo... justo en el punto previsto, a cinco minutos luz.

A su alrededor seguía sonando el chasquido y el zumbido de los instrumentos, las funciones normales de la *Orgullo*, los incommovibles procesos mecánicos de la nave.

—¿Tully? —preguntó Chur—. Tully, ¿te encuentras bien?

—¿Qué eso? —Una voz débil y pastosa brotó del comunicador—. ¿Qué?

—Un tc'a que quiere demostrar su amistad. Por los dioses, jamás habíamos estado más cerca de chocar. Ha pasado tan cerca que no quiero oír hablar nunca más de ello.

—Segunda señal: el segundo kif ha entrado.

—Acabamos de recibir un mensaje del primer kif situado detrás nuestro —dijo Hilfy—. Confirma que viene siguiéndonos, eso es todo.

—Acusa recibo —dijo Pyanfar. Su pantalla de observación les mostraba la pequeña bolsa de espacio que ocupaban; su recepción de señales pasivas, una vez y media más rápida que las señales recogidas después del rebote, les mostraba las estrellas y los objetos que reflejaban la luz, así como los cursos recientes de las naves que iban en vanguardia. Había muchas naves.

—Hemos hecho los cálculos de tiempo sobre esa imagen —dijo Tirun—. Jik lo está haciendo de primera. Jik, Ehrran, Sikkukkut y un grupo formado por los mejores del *hakkikt*. ¡Ajá!... ahora tenemos imagen de la *Harukk*... ¡Despejado, despejado, despejado!

—Que tengan buena suerte —murmuró Haral—. Incluso esos condenados kif.

—Espero que esos bastardos desorejados de Kefk no hayan cambiado el curso de ninguna roca —dijo Geran.

—Estamos recibiendo emisiones antiguas —dijo Hilfy—. Kefk todavía no se ha dado cuenta de nada, al menos en esta línea temporal. Voy a darte la secuencia de todas las emisiones, Geran. Intenta poner un trazador en ellas y actualízalas.

—Hay demasiada dispersión —dijo Geran—. Chur, encárgate del puesto de observación uno.

Bajaban de nuevo por la línea temporal compitiendo con la oleada que habían generado al entrar y que se dirigía hacia la estación de Kefk. Estaban esperando que volviera el mensaje, aunque esta vez habían logrado reducir mucho la velocidad. Los kif hablaban a sus espaldas en otro marco de referencias temporales, con el incesante parloteo de la estación. Esa serie de crujidos y chasquidos ocupaba por completo el comunicador.

Más kif aparecieron a su espalda. Y el tc'a se deslizaba junto a ellas.

—Ahora se observa ya alguna reacción —dijo Hilfy—. Eso es una estación de vigilancia emitiendo, creo. Están lanzando un desafío. Eso es menos doce luz.

Dos estaciones de vigilancia, una en el nadir de Kefk 1, para detener a quienes intentaran la huida; la otra en el cenit de Kefk 1, no muy lejos. La tercera sobre la elíptica de Kefk 2. Y la propia estación de Kefk estaba armada, tal y como había

admitido Sikkukkut, lo cual violaba las leyes del Pacto.

—La *Harukk* acaba de responder —dijo Hilfy—. Le ha ordenado al sistema de Kefk que se rinda. Siguen emitiendo el desafío, pero... no puedo distinguir si han lanzado algo o no. Traductor, Khym; ayúdame, por los dioses...

—¿Te refieres a eso?

—Deja los controles Geran...

—Lo siento —dijo Khym—. Lo siento...

—Lo tengo —dijo Geran—. Afirmativo en cuanto al lanzamiento. Dos interceptores se están alejando de Kefk 1 para hacer contacto con Jik en su rumbo.

—Vector de intercepción para Jik —dijo Hilfy.

—Kif a nuestra espalda informan de que acaban de recibir la señal de los sistemas defensivos entrando en acción —dijo Khym.

Pyanfar se mordió los bigotes y observó la incesante rotación de imágenes que Haral hacía desfilar por sus pantallas.

—Sin cambios —dijo Hilfy.

—El tc'a no ha cambiado de rumbo —dijo Chur—. Sigue junto a nosotras.

—Esperemos que no haga ningún movimiento raro —dijo Haral.

—Sin cambios. —La voz de Hilfy era un zumbido monocorde—. Esperad, ahora estamos empezando a recibir algunos auténticos comentarios de la estación. Se encuentran realmente preocupados, hablan tanto en dialecto como en kif estándar. Nuestro ángulo no nos permite recibir la transmisión de las estaciones de vigilancia a la central ni al grupo de Jik.

—¿Qué está haciendo? —Era la primera pregunta de Khym que se apartaba de sus funciones actuales y fue hecha en una voz tranquila y mesurada—. Por todos los dioses, ¿qué pretende hacer?

—Calma. —La voz de Haral—. Aún no hemos perdido el pellejo.

—Kif —dijo Tully secamente.

—Tully tiene razón —dijo Chur desde la pantalla—. Otra nave de nuestro grupo acaba de emerger.

—Ya —dijo Geran—. Por todos los dioses, puede que aún lo consigamos.

—Tienen a un *hakkikt*, cinco naves de caza kif, la *Aja Jin* y una enviada del *han* diciéndoles que llevan en su cola un tc'a con rumbo al interior del sistema —musitó Tirun—. Y no saben qué más puede haber ni cuántas naves más pueden surgir. ¿Pensabas que eso no bastaría para ponerles algo nerviosos? Si yo fuera un kif con el morro pegado a la estación o estuviera sentado ante un escritorio de la central, ahora mismo me sentiría preocupado. Se rendirán. Sikkukkut no está tan loco como parecía.

—Ya —gruñó Pyanfar. Su tripulación hablaba de ese modo para darse confianza mutua. Su estómago ofrecía nueva resistencia y Pyanfar se concentró en el combate. El ordenador hizo una pregunta y les ofreció una gama de opciones. Pyanfar mantuvo

los ojos clavados en la pantalla, leyó cuál era la sugerencia del ordenador, examinó otros dos monitores y tecleó la confirmación.

Volvió a tragar saliva con desesperación. Le temblaba la mano, el terror la oprimía y le hacía sentir escalofríos que nacían en un momento del pasado. El tc'a *podía* haber chocado con ellas. Dioses. ¿Qué distancia habría hecho falta para ello? ¿Qué distancia antes de que fuera posible apartarse, antes de que hubieran creado una bola de fuego formada por hani, tc'a y kif juntos?

—¿Ellos amigos? —preguntó Tully, pero nadie tuvo tiempo de responderle.

—Los tc'a del sistema están preocupados —dijo Hilfy—. Estamos empezando a recibir emisiones de nuestro tc'a. Se identifica y nos identifica también a nosotras. Van dieciséis minutos por detrás en la línea temporal.

La imagen de las cámaras apareció en sus pantallas: Haral había logrado captarlas y, a esta distancia, un brillante sol anaranjado borraba las estrellas. Tenía una enana roja por compañera, Kefk 2, invisible o no localizable en esta posición. Todo lo demás seguía demasiado lejos. Según los mapas de Sikkukkut, ya anticuados, alrededor de Kefk orbitaban residuos sólidos de gran tamaño.

Y, en total, cuatro estaciones con un montón de kif nerviosos y preocupados.

—Transmisión —dijo Hilfy—. ¡Son ellos! —Gritó olvidándose de todos los protocolos—. ¡Es Jik!

—*Mantener curso.* —El mensaje llegó a Pyanfar mediante los controles de Haral—. *Tú mantener curso. Nosotros ir delante dentro. No tener problemas aún...*

—¿Saben que las naves de vigilancia van detrás de ellos? —se preguntó Khym.

—Es imposible de predecir —respondió Haral—. Deberían saberlo. Eso son... diez minutos luz. Seguimos recibiendo emisión... sólo parloteo sin importancia. El grupo de Jik no está preocupado y se encuentran más adelantados en la línea temporal que nosotras.

—No parece que las cosas vayan mal —dijo Geran.

Pyanfar dejó escapar un largo suspiro. Un escalofrío trepó por su espalda. Haber conseguido tanta precisión, haberlo conseguido, por los dioses, aparecer a ciegas de ese modo y recoger la señal justo en el punto fijado, con todos los kif detrás.

Navegar de ese modo era un truco propio de una nave de caza, no de una honesta comerciante. Pero lo habían hecho. Lo habían hecho.

Y, de momento, seguían con vida.

—¡Haral, tenemos faro! —exclamó Hilfy.

La imagen brotó en el monitor. Se había elaborado gracias al trabajo de todos los sistemas: mostraba el racimo de naves de Sikkukkut que se dirigían hacia el interior del sistema, rumbo a la estación principal; mostraba otro grupo de naves en dirección al interior, allí donde tendrían que haber estado los kif, el tc'a y la *Orgullo*. Y las naves interceptoras.

Tres estaciones de vigilancia, un cinturón lleno de mineros; una nave que sale del sistema; el diagrama de la estación principal con la imagen de cuarenta y seis naves en los diques, orígenes sin determinar. Igual que la lectura que Jik había conseguido al entrar, antes de que el faro se desconectara.

Ocultando o revelando su propia presencia. Y la de las naves interceptoras.

—¿Debemos creernos eso? —preguntó Tirun.

—Kefk al habla —dijo Hilfy—. Creo que es una estación de vigilancia. Nos... nos está dando la bienvenida.

—Dioses —dijo Haral—. Ahora que empieza a funcionar realmente es cuando menos me gusta esta situación.

Pyanfar se mordió los bigotes.

—A mí tampoco. Mensaje. Mándale a Jik lo que nos ha transmitido y añade nuestros datos.

—Bien.

—Los kif están hablando —dijo Khym. Haral pasó la transmisión—. Detrás de nosotros.

—...*kkthos fikkhti ktbtokkuri ktokkt Harukkur shokkuin.*

—Están preguntando a la *Harukk* —tradujo Pyanfar—. Parecen tan confundidos como nosotras.

—Al menos eso es una buena noticia —murmuró Haral.

—Nuestro tc'a también está transmitiendo —dijo Hilfy—. Lo mismo que antes. «Vengo con hani y kif».

—Ésa es la razón de nuestra bienvenida —dijo Geran—. Ese tc'a lunático... No pueden disparar.

—Todavía no —dijo Pyanfar, mordisqueándose de nuevo las puntas de los bigotes. Tendió la mano hacia otro paquete de concentrados y se lo bebió con esfuerzo, de varios tragos. Luego apoyó la cabeza en el asiento para pensar en la actual situación mientras que la *Orgullo* se lanzaba con los restos de su velocidad lumínica hacia una fortaleza kif que deseaba dejarla pasar, desfilando en ese camino ante una estación de vigilancia indudablemente armada.

Traedlos a los muelles, imaginaba ella que se había dicho en la sala de reuniones situada en ese frágil pedazo de metal que tenían delante. Leí superamos en número. Si es posible, atrácalos para que salgan de sus naves. De lo contrario, mandad veneno por sus tubos de ventilación. Que el tc'a atraque pacíficamente en el sector de metano y luego destruid a los intrusos del sector de oxígeno.

—Nosotras también hemos traído a nuestro kif particular, ¿no? —dijo Pyanfar—. Tirun, Khym: tenemos aún algo de tiempo inercial. Quiero que vayáis abajo, que cojáis un poco de cable elástico y que subáis hasta aquí a nuestro huésped del lavabo. Su nombre es Skkukuk. Sed corteses. Decidle que yo os he mandado en su busca.

—Bien —dijo Tirun.

Un instante después, Khym respondió:

—Bien.

Kif en el puente de la *Orgullo*. Si hubieran estado al otro lado de Mkks, habría preferido morir antes que permitir algo así.

Dos hani bajaban en el ascensor para hablar con un kif en la cubierta inferior; y pronto volverían a subir con un kif a lo alto de la nave, cerca de sus delicados controles. Escalofríos de inquietud recorrían la columna vertebral de Pyanfar. Empezó a encargarse de los interruptores de su tablero, colocando algunos de los reflejos automáticos de la *Orgullo* bajo su mando. Mientras tanto Tirun y Khym, tras haber finalizado su viaje en el ascensor, entraban en los corredores que les llevarían a través de cuatro niveles de la *Orgullo* en una caída incontrolable si, por alguna razón inesperada, como una alerta de evasión, tenían que desconectar los motores.

Quizá se hubieran tomado con más tranquilidad ese tipo de riesgo si la *Orgullo* se dirigiera a un puerto comercial, dentro de unos senderos seguros y con la perspectiva de un largo y reposado viaje en condiciones de inercia ante ellas.

Pero Kefk no les ofrecía ninguna de tales garantías.

—*Seguir curso.* —La voz de Jik chisporroteó por la conexión del comunicador que Pyanfar tenía en su oreja izquierda: Haral se la había transmitido con un leve retraso. Pyanfar echó las orejas hacia atrás y miró los cronómetros diferenciales de las distintas situaciones presentes que emitían su chasquido metálico en la parte superior del monitor número cuatro. No había transcurrido suficiente tiempo como para que su mensaje hubiera obtenido una respuesta directa de Jik, apenas si había transcurrido la mitad del necesario. Pyanfar supuso que él había previsto su pregunta en cuanto había logrado adquirir imagen de faro en alguna fuente, quizás una situada en la misma estación de Kefk.

—Sikkukkut está transmitiendo —dijo Hilfy—. Lo mismo que antes.

Si entre la *Harukk*, la *Aja Jin* y la *Vigilancia* se estaba retransmitiendo algún tipo de mensaje de alcance limitado, Jik no les había dado ninguna señal de ello.

—*Tener ahora sistema en imagen, tener Kefk emisión, no querer problema, ¿afirmativo? Puerto bueno amistoso.*

Dioses.

—Nos mantenemos en el rumbo —dijo Pyanfar a su tripulación. Se removió en su asiento, presa de mil dolores e incomodidades; la fatiga clavaba un hierro caliente entre sus omóplatos, así como en el hombro y el codo aprisionados por el soporte encima del tablero de control. Sudaba, olía mal y estaba perdiendo mucho vello; la tripulación no se encontraba mucho mejor. Era probable que las naves de caza pudieran relevar de vez en cuando su tripulación entre ellas, y que sólo necesitaran el total de efectivos cuando se enfrentaran a una situación tan complicada como la actual. Probablemente aprovechaban los momentos más tranquilos para dar a los tripulantes la oportunidad de estirar los miembros, comer y eliminar el cansancio y la tensión de sus espaldas. Las naves de caza podían permitirse ese lujo; y también los

kif que venían a su espalda y los que abrían la marcha. Y sólo los dioses sabían si los tc'a de varios cerebros *necesitaban* descansar alguna vez. Pyanfar estaba dejando pelo en todo lo que tocaba. Y el dolor... *dioses*.

—Jik dice que han pedido la lista de naves una y otra vez. No hay respuesta de la estación.

—*Eso no es bueno* —dijo Haral.

—Desde luego, no resulta nada amistoso por su parte —dijo Chur.

—Espero que ese tc'a siga cerca de nosotros realmente —dijo Pyanfar.

—El tc'a sigue transmitiendo —dijo Hilfy—. Lo mismo.

—¿Qué tal te va, Chur? —preguntó Pyanfar.

—Uhhhn. He perdido algo de peso. Malditos concentrados... si vamos a seguir haciendo este tipo de trabajo necesitaremos algo para cocinar en el puente. Ah, comida caliente, qué maravillosa...

—¿Comida? —preguntó Tully.

—No le resulta muy fácil morder los paquetes —dijo Geran—. Ten... ya está. Hace falta tener dientes para eso, amigo... Casi ha logrado dominar el equipo. Sabe perfectamente lo que está mirando y lo hace bien.

—Matemática —dijo Tully.

—Ayudaría bastante que supiera leer —dijo Pyanfar.

—Desde luego.

No sabían si los instrumentos humanos se parecían en algo a los de ellas. Y las romas uñas de sus dedos eran absolutamente inútiles para los mandos hani, ya que estaban metidos en profundas concavidades. Alabados fueran los dioses por ello; no había nada que pudiera poner en marcha.

Pero las garras retráctiles de un kif eran algo muy distinto.

Pyanfar deseó haber bajado ella misma a la cubierta inferior dejando la nave en las experimentadas manos de Haral. No tendría que haber mandado traer un kif al puente.

Ya era demasiado tarde para cambiar de parecer. Vio encenderse el indicador de funcionamiento del ascensor y apartó su brazo del soporte.

—Haral, los controles son tuyos.

—Bien.

—Vamos a tener un kif aquí. Todas vosotras... —Pyanfar hizo girar su asiento para encararse con la tripulación—. Todas vosotras debéis seguir concentradas en lo que estáis haciendo, ¿eh? ¿Va a suponer esto problemas para alguna?

Silencio.

—Incluso en caso de que las cosas lleguen a ponerse interesantes...

—No. —Varias gargantas hablaron al unísono.

Tully se volvió hacia ella con expresión aturdida. Hilfy ni tan siquiera se movió.

—Geran, encárgate de las comunicaciones por ahora. Hilfy quiere descansar.

—Bien, capitana.

Hilfy giró su asiento. Tenía las orejas echadas hacia atrás.

—No he dicho nada de...

—Ya sé que no has dicho nada. Quiero que estés de guardia. ¿Te parece mal?

—No, tía —dijo Hilfy sin levantar la voz. Hizo girar nuevamente su asiento hacia el tablero y se quedó mirando como Geran se quitaba el cinturón y se preparaba para el cambio.

Pyanfar movió su asiento en sentido inverso y empezó a quitarse el cinturón.

—¿Se trata de una prueba? —preguntó Hilfy.

—No —dijo Pyanfar—. No lo es, va en serio. He pensado que debes conocer bastante bien a los kif, ¿verdad? Puede que tus sabias opiniones tengan cierto valor.

Las orejas de Hilfy retrocedieron un poco más. Sus bigotes de adolescente cayeron sobre sus labios en una expresión abatida.

—Te estás riendo de mí, ¿no?

—Cierto.

—Por todos los dioses, no me trates como si...

—Por todos los dioses, pórtate como es debido.

Hilfy abrió la boca y volvió a cerrarla un instante después. Sus orejas se irguieron de golpe. En una de ellas había una pequeña herida. En la otra colgaba un anillo de oro.

—¿De acuerdo?

Un movimiento de orejas.

—De acuerdo. —La voz de Hilfy había perdido su tono cortante. Sus ojos eran dos círculos negros.

La puerta del ascensor se abrió al final del pasillo.

—Tenemos compañía.

Se hizo el silencio. Pyanfar se puso en pie y se volvió hacia las figuras que se acercaban, entre las cuales había una masa de oscuridad envuelta en una túnica que le hizo sentir deseos de rechinar los dientes.

Bien, un kif había llegado al puente y ahora se encontraba en su umbral, con Tirun y Khym a sus lados. Hilfy se puso en pie y Geran se colocó en su puesto.

—Tirun. Encárgate de observación uno.

Tirun ocupó el puesto que se le había ordenado sin hacer preguntas. Khym se quedó inmóvil junto a Skkukuk, tan alto como el kif, y dos veces más corpulento. Tirun podría haberle partido los huesos con las manos desnudas. Khym era capaz de hacerle pedazos. El kif tenía las manos atadas ante él: los kif no podían doblar sus miembros hacia atrás.

—Capitana —dijo Skkukuk.

Tully había girado su asiento durante unos breves segundos. Una fugaz expresión había surcado su rostro... preocupación, seguramente. Quizás era otra cosa. Pero ahora mantenía los ojos fijos nuevamente en la pantalla, dándole la espalda al kif. Pyanfar se dio cuenta de ello y el humano ganó un punto más en su consideración.

—¿Te encuentras bien, Skkukuk? —Una pregunta cortés.

Skkukuk alzó sus manos atadas y las dejó caer nuevamente. Sus oscuros ojos, rodeados por anillos rojizos, empezaron a lagrimear debido a la iluminación del puente.

—Esto es una estupidez —dijo Skkukuk—. Hani, detrás del cuello resulta mucho más efectivo. Podemos romper el cable a mordiscos.

—Gracias. Lo recordaremos la próxima vez. ¿Sabes dónde nos encontramos?

—Supongo que en Kefk.

—¿Por qué supones eso?

Un encogimiento de hombros.

—Eran las intenciones del *hakkikt*.

—Sikkukkut.

—Ese *hakkikt*. Sí.

—Tenía confianza en ti, ¿no?

—Yo era bien conocido entre sus naves.

—¿Formabas parte... de su tripulación?

Skkukuk inclinó la cabeza.

—Eras de Akkhtimakt, ¿eh?

—Ahora soy tuyo. —La oscura cabeza se alzó de nuevo y las mandíbulas se agitaron—. Te entrego mi *sfik*. Soy formidable, incluso ahora.

—Eso me da algo más de confianza. Dime, Skkukuk... ¿conoces Kefk?

—Sí, muy a fondo.

—¿Por qué supones que no ha lanzado ningún tipo de acción defensiva contra nosotras?

—Quieres mi ayuda.

—Te estoy haciendo una pregunta, kif.

Skkukuk se encogió de hombros y alzó sus manos señalando hacia los monitores, como pidiendo algo por señas.

—Muéstrame la situación.

—Haral, pon la imagen de observación en la pantalla principal.

La pantalla se encendió y el kif levantó el rostro hacia ella, en lo alto del puente.

—Lo que tenemos aquí —dijo Pyanfar—, es la *Vigilancia*, la *Aja Jin* y la *Harukk* abriendo la marcha, dirigiéndose hacia Kefk junto con varias naves más. Las naves de vigilancia de Kefk han entrado ahora en situación inercial. No parece que tengan demasiada prisa. Después de ese intervalo estamos nosotras, y detrás un *tc'a*. El resto

de los kif siguen con una nave llamada *Ikkiktk* al mando.

—Un tc'a.

—Su nave se llama *So'oa'ai*.

Otro leve gesto de sus manos atadas.

—Ominoso.

—¿Por qué?

Los ojos de Skkukuk se centraron en ella y en Hilfy. El puente ya estaba dominado por el olor del humano y las hani que llevaban largo tiempo sin lavarse. Ahora a ese olor se añadía el fuerte aroma del amoníaco.

—Los del metano son impredecibles.

—¿Tienes alguna razón para decir eso? Les han molestado, ¿no?

—Sí. —El olor del amoníaco era muy fuerte. Sudor kif—. Yo aconsejo cautela. No ofender esa criatura. No hablar con ella. Dejar que se pose en el muelle.

—Esa misma parece ser la opinión de la estación.

—Eso es lo más sabio.

—Nuestra discusión va a tener lugar en una casa llena de habitantes, ¿se trata de eso?

—Kkkt. Adecuado, sí. Eso haremos. Siempre hay que contar con los respiradores de metano.

—¿Qué eras tú... antes de ofender a Sikkukkut?

—Era su *skku*. Subordinado.

Las orejas de Pyanfar se pegaron al cráneo y un instante después volvió a erguir las.

—Amigo de Akkhtimakt, ¿eh?

—También era su *skku*.

—Kif, te doy la oportunidad de contarme la verdad en términos inteligibles para mí. Si intentas jugar conmigo, te entregaré otra vez a Sikkukkut para que le sirvas de cena. Luego te pondré en manos de Tully y de mi sobrina para que se diviertan contigo. ¿Entiendes?

La cabeza del kif pareció hundirse levemente entre sus hombros. Sus manos se alzaron y volvieron a caer.

—Entiendo, hani.

—¡Entonces, por todos los dioses, di la verdad!

—Te he ofrecido mis armas. Te entregaré a tus enemigos. Dime cuáles son sus nombres. O deja que yo me encargue de cazarlos. Te daré *sfik*. Hani pueden ser estúpidas.

—También los kif pueden serlo, *amigo*. ¿Qué hay de esa invitación emitida por Kefk? Los que nos preceden van a entrar. Sikkukkut dice que entremos ahí. ¿Es una trampa, kif?

—¡Por supuesto que es una trampa!

—¿De quién?

—De Sikkukkut. Y de Kefk. No hay que confiar en nadie. Mantened vuestra velocidad, destruidlo todo y salid corriendo. —Sus flacas manos se alargaron hacia ella todo cuanto les era posible—. Quizá la estación y sus defensas puedan encargarse del resto. Pero disparad contra la *Aja Jin* y dejadla inutilizada; Nomesteturjai os perseguiría hasta la muerte. En esas circunstancias el peligro menor viene de la *Harukk*. Los kif abandonarán al *hakkikt* ante tal ataque. Pero si tenéis tiempo disparad contra ella, igual que contra la *Vigilancia*. Con todo... —Sus manos cayeron hacia el suelo en tanto que sus hombros se encorvaban—. Vuestra nave no tiene armas suficientes; y las hani no respetan vuestro *sfik*. Haced esto y acudid al *hakkikt Akkhtimakt*. Traedle vuestras armas y él os dará la bienvenida.

—Dioses... —dijo Pyanfar. El vello de su espalda se había erizado y sus orejas estaban pegadas al cráneo. Las irguió de nuevo. Khym permanecía muy quieto junto al hombro del kif, con las orejas gachas. Y en cuanto a Hilfy...

—Lo haría —dijo Hilfy—. Nuestro aliado kif haría todo eso. ¿A qué está esperando?

—¿Debo contestar a esta persona?

—Contéstale —dijo Pyanfar—, y respeta a mi tripulación, así se te pudran las entrañas. Eres propiedad de todas nosotras.

Otro encorvamiento de los hombros y la cabeza encapuchada miró hacia el suelo.

—Respondo. Sikkukkut piensa que tiene el *sfik* suficiente para hacer que Akkhtimakt acuda al lugar que él escoja. Cree tener el *sfik* suficiente como para que Kefk le ofrezca sus armas...

—¿...y eso significa...?

—... eso. Serán parte de su *sfik*. No cabe duda de que durante un tiempo controlará Kefk. Es posible que se apodere completamente de la estación.

—Tiene sentido —dijo Khym.

—Es la verdad. —Skkukuk se volvió hacia él. Luego miró nuevamente hacia Pyanfar y extendió ante él sus delgadas manos—. ¿Soy acaso culpable de que Sikkukkut sea un loco estúpido? Y te doy *sfik*. Mantengo la esperanza de que esto sea una estratagema.

—Odias a Sikkukkut, ¿eh?

—Le escupiría de mi boca.

Pyanfar sintió que el estómago le daba vueltas.

—¿Qué tal vamos, Haral?

—Seguimos bien. Ahí delante la transmisión de nuestro guía sigue diciendo que continuemos el rumbo. El resto de situaciones sin novedad.

Quizá todavía hubiera tiempo para devolver esa atrocidad a su prisión. Quizá no.

—Llévadle a un asiento —dijo Pyanfar a Hilfy y Khym—. Moveos. No tenemos ni idea de en qué nos hemos metido. Apretadle bien el cinturón.

—No es necesario. Ya te he dicho que podría liberarme por mis propios medios.

—Ocupaos de que no pueda hacerlo.

—No seas estúpida —dijo Skkukuk, irguiendo el cuerpo en tanto que Khym le cogía por un brazo e Hilfy avanzaba para ocuparse del otro.

—Un momento —dijo Pyanfar.

Todos se quedaron inmóviles.

—Una pregunta —dijo Pyanfar—. ¿Hay una nave hani llamada *Luna Creciente* con Akkhtimakt?

—La he visto. Varias veces. Kif conocen esta nave. Ellas son... kthof kakatk kthi nankkhi sfikun... su *sfik* disminuye. Le trajeron parte del *sfik* de Akkukkak al *hakkikt* Akkhtimakt, pero entonces ya no tenían mucho. Han tenido su utilidad. Ktoht-sfik. También la tiene un buen cuchillo. Pero no posee adornos. Le das valor. Puedes usar otro.

Dioses, su lógica.

—Siéntate. *Confía* en mí, kif.

—La capitana bromea. Además, estoy hambriento. Debo protestar por este trato.

Pyanfar lanzó un bufido y se dejó caer en su asiento.

—Deseo decir a la capitana...

—Sentadle. Y deprisa. —El vello de su espalda continuaba erizado; miró nuevamente hacia atrás y vio cómo Hilfy y Khym acomodaban al kif en el asiento de observación número cuatro y le ataban los brazos con el cinturón.

Tully la estaba mirando. En sus ojos había miedo. El asiento de observación número cuatro era un puesto sin controles que se encontraba separado del puesto de Tully por un solo asiento... demasiado cerca, a juzgar por la expresión de Tully.

—No te culpo —murmuró Pyanfar—. Yo también... —Y, en voz más alta—. Tienes un trabajo, Tully. Hazlo, ¿eh? *Trabaja*.

—Bien —dijo Tully. Hizo girar su asiento y pegó la cara al monitor. Chur le dijo algo en voz baja y él le respondió en un murmullo.

Pyanfar hizo girar su asiento.

—El kif dice que es una trampa —dijo Haral.

—Ya me lo había imaginado —respondió Pyanfar—. Lo pensamos desde el principio, ¿no?

—Parecía un buen consejo para provenir de un kif.

—Estoy segura de que lo es.

Un instante de silencio.

—Me pregunto qué tiene Jik en la cabeza —dijo Haral. Y, un segundo después—: Capitana... no me cuesta nada creer en todo eso de la *Vigilancia*. Sé que Jik nos ha

salvado el cuello con anterioridad.

—¿Pero?

—Pero venir aquí de esta forma... Capitana, ¿no te has preguntado en algún momento, aunque sea por un instante, si Jik no habrá estado trabajando en malas compañías... durante demasiado tiempo?

—Ya se me había ocurrido —Pyanfar inhaló una lenta bocanada de aire—. Últimamente es algo en lo que pienso con mucha frecuencia. Cuando estemos en ese muelle creo que pensaré todavía más en ello.

Silencio absoluto en el puente, salvo por el zumbido ocasional de un sistema que reclamaba la atención de la tripulación.

—¿Vuelvo al puesto? —preguntó Tirun.

—Cuando estés cubierta —dijo Haral.

Los asientos zumbaban levemente: Hilfy y Khym ocuparon sus puestos. Las luces de los sistemas se encendieron indicando que ya estaban listos.

—Kkkk-kkt. —Murmuró el kif.

—Que se calle. —Replicó la voz de Tirun.

—La respuesta de Jik —dijo Hilfy—. En respuesta a nuestra transmisión dice que sigamos. La *Vigilancia* dice, y cito: «Seguir las órdenes».

—No mandes ninguna réplica —dijo Pyanfar.

Así que eso es lo que pretende la Vigilancia, ¿eh? Ehrran seguía dispuesta a cumplir lo que habían acordado... al menos, en su posición actual.

Y Jik con esa nave junto a él...

Golpea primero, le había aconsejado el kif, que conocía a su especie. Los kif harían eso.

Mientras pensaba en ello, una fea y horrible idea apareció súbitamente en su cerebro: que todo ese caos podía desencadenarse justo cuando entraran aquellas naves; que entre todos esos kif, con tantos proyectiles sueltos, podían ocurrir *accidentes*; que algunas naves podían perder el control de sus disparos...

... si las cosas iban mal, si eran traicionadas y si empezaban a disparar...

Un accidente muy sencillo. Como el que una nave hani tropezase con los disparos de otra nave.

... destrozando las toberas de la *Vigilancia* y dejarla para los kif. Eliminar a todos los testigos y todos esos registros...

No era el estilo de Chanur. Era, que los dioses las ayudaran, el método simple y directo de Sikkukkut.

«... *yo querer hacer seguro que tú no pasar delante Vigilancia en Kefk...*».

Eliminar a los testigos.

Con la *Orgullo* perdida... había montones de pruebas y acusaciones en los bancos de datos de la *Vigilancia*, Y la *Vigilancia* podía volver al seno del *han* y ofrecer todo

eso sin que nadie rebatiera tales acusaciones, para demostrar cómo Chanur traicionó a las hani y al *han*. Quitar de en medio a la *Orgullo*, acusar a Chanur y dejar que Kohan Chanur cayera. Luego aparecerían los carroñeros para ocupar su lugar; y el planeta natal tomaría el rumbo que Ehrran y las suyas tanto anhelaban.

Pero los accidentes podían ocurrirle a cualquiera... si empezaban los disparos.

Un maldito kif le había metido todas esas ideas en la cabeza. La *Vigilancia* no tenía ningún kif para que la aconsejara: ¿era posible que una hani de Anuurn tuviera una idea tan vil sin que nadie la empujara a ello?

Ha trabajado demasiado tiempo en malas compañías, había dicho Haral de Jik.

Quizá, pensó ella, eso describía también con demasiada exactitud a una capitana hani que se estaba haciendo vieja.

—Nos están asignando muelle —dijo por fin Haral, como si estuvieran acercándose a uno cualquiera de los puertos del Pacto—. Número 12. Es el de Jik más allá de Ehrran, con la *Harukk* al final del muelle.

—Los respiradores de metano están transmitiendo ahora —dijo Tirun— asignándole muelle al tc'a.

—Parece una operación normal en cualquier sitio del Pacto —dijo Haral mientras Pyanfar se concentraba en los controles—. Excepto por los cañones y las estaciones de vigilancia... Ningún nombre de nave, así se les pudran los ojos. Pero tenemos un knnn ahí dentro, junto con seis tc'a.

—Eso no me gusta —dijo Pyanfar—. Dioses, no me gusta.

Un puñado de tc'a en el puerto y otros dos en el interior del sistema, ocupados indudablemente en asuntos tc'a/chi que consistían básicamente en la minería y algunos cultivos en su lado de la estación: el tipo de cultivos que tanto encantaban a los respiradores de metano, porque les proporcionaban alimento y, en parte, mobiliario. No había amenazas ahí.

Pero la conducta anormal en torno a un knnn... eso llamaba la atención. Indudablemente se habían fijado ya en ello. El knnn seguía inmóvil, ocupándose de sus propios asuntos. Observando, quizá, la curiosa locura de los respiradores de oxígeno.

—Acusa recibo de las instrucciones —dijo Pyanfar.

—Kkkkt. —El kif.

Ahora se encontraban bastante más allá del punto en el cual tendrían que haber empezado el frenado en espacio real, si estuvieran dentro de cualquier sistema amistoso. El lapso temporal entre ellas y Jik seguía siendo el mismo, pero entre ellos y la estación había disminuido.

De repente los números de Jik empezaron a bajar con un chasquido.

—El grupo de Jik está frenando —dijo Chur en ese mismo instante.

—Tenemos una confirmación en el comunicador —dijo Tirun.

—Parece que ahí vamos.

—Transmisión de la *Harukk* —dijo Tirun—. Quieren... ¡oíd bien! Los kif tienen órdenes de frenar.

—Prioridad: *Aja Jin*, cito: «Seguir con el *tc'a*».

—Seguir con el *tc'a* —murmuró Haral, accionando sus interruptores—. Acompasar nuestros movimientos a los de una maldita serpiente de varios cerebros... Bondad divina. ¿Qué se ha pensado que *somos*?

—Un blanco de primera —dijo Pyanfar—, eso es lo que ha pensado. Está junto a Sikkukkut. Nos quiere tener bajo la sombra de esa vieja serpiente hasta llegar a la estación, así estaremos realmente cómodas y seguras. Apostaría a que se trata de eso. —Tendió la mano y volvió a poner en su lugar el soporte con un chasquido, en tanto que se ajustaba el cinturón sobre el pecho—. Poneos cómodas. Chur... ¿te encuentras preparada para esto? Contesta con sinceridad, nada de rodeos.

—Estoy lista. Puedes estar segura que prefiero estar sentada aquí antes que volver por ese pasillo al camarote.

—Si intentas hacer heroicidades yo misma te mandaré a dar un paseo. —La señal del *tc'a* se mantenía constante, se deslizaba como un fantasma en condiciones de inercia como si supiera que les estaba sirviendo de escudo. Pyanfar buscó otro paquete de concentrados, esta vez sólidos. Tenían un sabor horrible. Su estómago se rebeló haciendo que Pyanfar se estremeciera. A su lado, Haral aprovechó la misma oportunidad para mantener sus reacciones rápidas y su cerebro en funcionamiento. Las naves de caza debían haber efectuado ya su segundo cambio de tripulaciones y éstas se hallarían frescas y reposadas.

—Por el momento el *tc'a* se muestra realmente razonable —dijo Haral.

—¿Nos entiende? —preguntó Khym por el comunicador—. ¿Se han mostrado alguna vez amistosas esas criaturas?

—Esas cosas hacen lo que quieren y sólo los dioses pueden impedirles que vayan por ahí o por allá. Ya lo hará cuando se acerque a la velocidad necesaria.

—Los *knnn* tienen menos reglas —dijo Haral.

Una imagen de vídeo apareció en el último de los monitores, una serie de esferas y un grupo motor con cinco toberas distribuidas irregularmente a su alrededor.

—¿Eso *tc'a*? —preguntó Tully.

—Nunca intentes ver más de cerca a uno en movimiento —dijo Haral—. Sí, es el *tc'a*.

—*Kkkt*. —Era *Skkukuk*—. *Kkkt*. *Kkkt*. —Una especie de zumbido monótono, como si hablara consigo mismo.

Maldito kif. El consejo de *Skkukuk* era lo que él mismo haría si tuviera el valor para ello. El *sfik*. La confianza en sí mismo. Disparar contra cualquier cosa que se moviera.

La lealtad se medía en esa escala de posición. *Skku*, ésa era la palabra kif... y quería decir vasallo.

Entonces, ¿qué significa Skkukuk? ¿fiel sirviente?

¿Esclavo?

—Skkukuk, ¿naciste con ese nombre?

Un lapso de silencio.

—Kkkkt. No. —Desde el otro extremo del puente, en el rincón más alejado—. Hace siete años que lo llevo.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y seis. Capitana, me encuentro muy incómodo.

Misterios y misterios.

Sin duda las hani también dejaban perplejo a Skkukuk.

—Kkkkt —dijo—. Kkkkt.

—Kif, ¡cállate!

A partir de entonces, silencio.

—Tc'a —dijo Khym con voz inquieta—. Hilfy, tc'a...

Una matriz de comunicaciones apareció en la pantalla.

—Prioridad. Va a...

La *Orgullo* se agitó y los motores se pusieron al máximo con un golpe seco.

—¡Dioses y truenos! —maldijo Pyanfar.

—... maniobrar —concluyó Hilfy.

Estables de nuevo. *Maldito lunático sin orejas, que los dioses...* Un torrente de juramentos, y una terrible lucha por mantener dentro los concentrados que intentaban reptar por su garganta y salir de ella.

Pyanfar temblaba pero intentó que su brazo se mantuviera quieto. Oyó el ronco jadeo de Khym. La *Orgullo* siguió frenando.

¡Clang!

—Roca —dijo Haral.

—No hay alarmas —dijo Tirun.

Otros dos golpes resonaron en el casco. *Ping. Boom.*

—¡Hija de una...! —Pyanfar puso el frenado al máximo con un manotazo.

—Estamos enteras —dijo Tirun.

—El kif de atrás no parece muy contento —dijo Geran.

—Tampoco lo estoy yo —murmuró Pyanfar—. Que los dioses se...

El tc'a se apartó de su lado con un brusco giro. Luego patinó en una maniobra de aproximación que debió parecerle bastante racional a aquella serpiente con varios cerebros.

Pyanfar mantuvo el rumbo.

—Nada de seguir eso. Vamos a continuar a nuestro ritmo.

—El tc'a está transmitiendo —dijo Hilfy—. Estamos recibiendo a la *Aja Jin*...

Una imagen apareció en el monitor principal: las naves de vanguardia iniciaban su aproximación al muelle.

—La nave de vigilancia está frenando —dijo Haral.

—Mensaje de la *Harukk*: saludos de Sikkukkut y nos invita a posarnos en el muelle. Dice que Kefk se ha rendido.

—Tc'a... —dijo Khym.

—Lo tengo... —Dijo la voz de Hilfy, débil y agobiada por la tensión—. Eso es la estación que está dando instrucciones de ataque al tc'a.

—Kkkkt.

—Skkukuk. —Pyanfar movió la cabeza para mirar hacia un reflejo en el puente—. ¿Cuál es tu opinión, eh?

—La estación se ha rendido.

—¿Dónde está la trampa ahora?

—Kkkt. Os dejarán atracar. Cuidado con Sikkukkut. Cuidado con vuestros aliados. Devuélveme las armas, hani. Ármame con lo mejor que tengas. Seré una ventaja.

—¿Para cuál de los dos bandos?

—Kkkt. Para el bando que tenga la ventaja. Sikkukkut no tiene nada que ofrecerme. Kkkotok kto ufikki Sikkukkutik nifikekk nok Akkhtimaktok kektkhikt nok nokktokme... kkkkt.

Algo sobre Akkhtimakt, comidas y objetos únicos.

Su pantalla se iluminó con una transcripción muda procedente del puesto de Hilfy: Sikkukkut, habiendo obtenido un servicio de mí, hallaría un tesoro doblemente único en alimentarse de mí ante el rostro de Akkhtimakt.

—Parece que tiene un problema —murmuró Haral—, si podemos confiar en él. Y, desde luego, yo no creo ni la mitad de lo que dice.

—Eso es la confirmación de Jik —dijo Hilfy—. Jik va a posarse en el muelle. La *Harukk* está transmitiendo.

—Que los dioses la pudran. —Pyanfar flexionó su mano sobre el soporte y agachó las orejas. El pulso seguía martilleando en sus oídos—. Somos unas estúpidas. Una maldita estación kif, un condenado lunático mahe... ¿Dónde está nuestra lista de naves, Jik?

—¿Qué está haciendo? —preguntó Haral. Así que Haral había tenido aproximadamente la misma idea que ella en lo más hondo de su viejo y correoso corazón, la idea de que en el último instante Jik podía salirles con alguna sorpresa.

—No lo sé. Hilfy; pon el esquema en la pantalla de Skkukuk.

—Bien.

—¿Te parece eso normal, kif?

—Hay abundante tráfico pero aquí es algo frecuente. No te dan nombres de naves.

—No.

—Eso es alarmante.

—La *Vigilancia* entrando —dijo Khym.

—Ésa es la que me preocupa —dijo Haral.

—Estaba segura de que saldría a toda velocidad... —dijo Tirun.

—Skkukuk, ¿qué harán?

—Se rendirán. Muy despacio. Probando *sfik* contra *sfik*. No emitir la lista de naves puede ser la prueba de que la estación se somete al *hakkikt*.

—¿O quizás orden de Sikkukkut?

—No tiene motivo alguno para que no se emita. Las naves que nos rodean le obedecen. No, es una prueba para él. Si no tienen cuidado puede ser una prueba muy cara. Kukotki-skki pukkuk. Sikkukkut puede sentir cierto interés y querer averiguar quién fue el que no permitió su emisión. ¿Deseas ganar *sfik* a expensas de Sikkukkut? Descubre a ese idiota de la estación y mátales antes de que lo haga Sikkukkut. Capitana, te lo digo, es una pérdida inútil de...

—*Prioridad* —chilló Chur, al mismo tiempo que Tully—. Entrada en el sistema, eclíptica 23-45, velocidad 2-70 aproximada factor 9...

Pyanfar sintió que se le paraba el corazón. Una nave desconocida al acecho, empezaba a lanzarse con nueve gravedades hacia el interior del sistema; un faro kif les transmitía su imagen a medida que se aproximaba...

—*¡Transmitid!* —ordenó mientras Hilfy tenía ya el sistema preparado, dispuesta a emitir su mensaje con toda tranquilidad, como si nada ocurriera—. Aquí la *Orgullo*. Tenemos una entrada en el sistema, *Aja Jin*. Recibir...

Y ahora, interrumpiendo su propio mensaje:

—*Prioridad* —dijo Hilfy—. ¡Tía es la *Mahijiru*! ¡El que entra es Dientes-de-oro! Los kif... la *Harukk* está emitiendo. No disparéis, le dice a sus naves, no disparéis, es un aliado.

Mantén tu velocidad, dispara contra todo y corre, le había aconsejado el kif. No confíes en nadie.

Eran hani. No kif.

—Transmite —dijo Pyanfar mientras luchaba contra las náuseas que sentía en su gatzate—. *Orgullo* a *Mahijiru*. ¡Que los dioses te frían, Dientes-de-oro, ya era hora de que aparecieras!

9

La *Harukk* se posó en el muelle, la *Aja Jin*, la *Vigilancia* y la avanzadilla de naves kif la siguieron en la última etapa de su aproximación.

—*Hakkikt tomar muelle ahora* —les llegó entonces el mensaje de la *Aja Jin*. Poco después de que se hubiera producido el ataque, una voz de la central de Kefk dijo:

—*Control tráfico lado oxígeno cerrará emisiones brevemente.* —Primero en kif básico, luego en hani—. Orgullo de Chanur, *aquí central de Kefk: control tráfico lado oxígeno cerrará emisiones brevemente y las reanudará con personal de la Harukk, saludos del hakkikt Sikkukkut an'niktukktin; las operaciones en el lado de metano continuarán. Por favor, manténgase a la escucha.*

—¿Skkukuk? —preguntó Pyanfar.

—El *hakkikt Sikkukkut* ya ha asegurado el muelle alrededor de su nave —dijo el kif desde su asiento al otro lado del puente—. Sus fuerzas se dirigen a la central de la estación para tomarla; la central indica que no habrá resistencia alguna. Hani, estoy sufriendo. Kkkt. Estoy...

—También sufrimos todas nosotras. Cállate.

—Cuidado con trampas. Cuidado... Sikkukkut las conoce. Cuidado con resistencia oculta. Habrá... Kkkt. Resistencia oculta.

—¿Dónde?

—Oculta. Oculta.

—Eso es una gran ayuda, kif.

—Kkkt. Ktkot kifik kifai...

—Bueno, desde luego *no* somos kif. Gracias a los dioses.

—Estúpida. Kkkt. Estúpida.

—¡Qué se calle! —(De Hilfy, en un tono ronco y desesperado).

—Silencio. Kif, cállate ahora mismo.

—Kkkkt. —(Más bajo)—. Kkk-kt.

—Cállate. —(Tirun)—. O te romperé el maldito brazo.

Después reinó el silencio, roto sólo por unos cuantos chasquidos. En el puesto de Hilfy, un silencio aún más profundo. *Lo perdiste, niña, todo el mundo lo sabe, el kif lo sabe. Vuelve a conseguirlo, ¿eh, sobrina? Volvamos a empezar, concentrémonos en el trabajo, lo estás haciendo muy bien, niña.*

Y un poco después:

—Tía —dijo Hilfy. Y, por el comunicador:

—*Aquí control de tráfico en Kefk, saludos del hakkikt, reanudamos la transmisión. Ikkiktk, siga con las instrucciones anteriores.* Orgullo de Chanur, *saludos del hakkikt, siga con las instrucciones. Aquí Tikkukka, skku de Sikkukkut*

an'niktukktin akkiakkikt pakkuk Kefktoki. Saludos del hakkikt, su muelle será el 12 tal y como había sido asignado. Ikkiktk, honrado sea el hakkikt, ocupará el muelle 14; Makkurik, honrado sea el hakkikt, ocupará el muelle 25...

—Cortesía —murmuró Chur—. *Cortesía. Escúchales...*

—¿Skkukuk? —preguntó Pyanfar—. ¿Has oído eso?

—Parece normal —dijo Skkukuk desde su puesto situado en la parte trasera del puente—. El *hakkikt* ha consolidado su control sobre la central de la estación. Hani, estoy cansado de estar en este asiento, el cable me hiere en las muñecas. Necesito comida... Kkkt. Kkkt. Te advierto que mis servicios no te serán de ninguna utilidad si...

—Limítate a contestar directamente a mi pregunta, kif. ¿Qué debe de estar pasando ahí arriba?

—¿Qué harán los mahendo'sat? Kkkt. Kkkt. ¿Qué pretende ese aliado tuyo que acaba de entrar en el sistema? Kkkt. Si los mahendo'sat intentan traicionar al *hakkikt*, no sería muy prudente que nos posáramos en el muelle.

La *Mahijiru* de Dientes-de-oro seguía acercándose, ahora en condiciones de inercia. No iba a la velocidad máxima pero, decididamente, se aproximaba.

—Tía —dijo Hilfy—, la *Aja Jin* nos aconseja que nos posemos en el muelle y que no aceptemos ninguna conexión aparte del acceso personal y los cables de comunicación protegidos.

—Acuse de recibo afirmativo.

—Kkkt. Por encima de todo, cuidado con vuestros aliados. Cuidado con...

—Cállate, kif.

—Estúpidas, estoy en poder de unas estúpidas.

Seguían viniendo. Por delante de ellos el *tc'a* que les había servido como escolta continuaba con sus lunáticas evoluciones, aproximándose al muelle que le había sido destinado en el lado de metano de Kefk. El control de la zona de metano enviaba matrices de datos para comunicárselas al *tc'a*. Y ahora en el monitor 4 aparecían imágenes de cámaras transmitidas por Haral. La estación de Kefk brillaba con sus luces igual que una estrella de mal augurio, bañada en un resplandor rojo y naranja.

—Un condenado infierno mahen —dijo Chur.

—¿Tendrán infierno los kif? —se preguntó Tirun—. ¿Qué dices a eso, Skkukuk? No hubo respuesta alguna.

—Tampoco maldicen —dijo Hilfy—. Los kif no maldicen, ¿verdad, kif?

—Ocupaos de vuestros asuntos —ordenó secamente Pyanfar.

—Kefk —dijo Haral, transmitiendo a los otros puestos una llamada general que, muy probablemente, procedía del tablero de Khym. Los datos enviados por Kefk empezaron a llegar y Tirun los hizo pasar por el ordenador para examinarlos por si

presentaban problemas y anomalías.

—Todo bien, todo bien —dijo Tirun—, tenemos un rumbo normal de aproximación a esta velocidad, dentro de los parámetros normales para el tamaño de Kefk.

Más números empezaron a desfilar por las pantallas.

—¿Lo pongo en automático? —preguntó Haral.

—Afirmativo —dijo Pyanfar. No había razón para obrar de otro modo. La *Orgullo* aceptaba las cifras que Haral iba tecleando en el mecanismo automático de aproximación: cansadas, por los dioses, qué cansadas estaban todas... Una luz roja empezó a parpadear rápidamente, el ordenador les avisaba de que el armamento estaba activado y que le estaban pidiendo una violación de la ley. Pyanfar pulsó tres teclas a la vez, ordenándole que lo hiciera, y luego archivó su decisión apretando otra tecla—. Aproximación bajo condiciones hostiles —murmuró en el micro de la grabadora—. Los armamentos seguirán activados hasta llegar al muelle. —La pantalla de vídeo atrajo su atención. Había una diferencia de tonalidades perceptible en el lento giro de la estación: algunas naves no reflejaban la luz igual que las otras naves atracadas en Kefk, tres... no, dos puntos brillantes en lo que todavía era una confusa hilera de naves posadas en el sector de los respiradores de oxígeno, situado junto al límite del sector destinado a los de metano. Pyanfar tecleó en sus controles pidiendo una imagen aumentada y luego pidió otro aumento más.

—No percibo calor alguno —dijo Haral—, salvo de las naves que me parece son nuestras.

Eso quería decir que ninguna nave con intenciones hostiles preparaba sus motores, que no se había producido ninguna llegada imprevista ni se preparaba ningún brusco despegue del muelle. Todavía.

—Tenemos algo más que kif en la estación —dijo Pyanfar—. Haral, échale un vistazo a la pantalla de vídeo número uno. En el límite de los sectores hay más puntos brillantes de los que deberíamos ver.

—Ya lo tengo. Es probable que sea nuestro stsho fugitivo. Puede que haya atracado aquí, quizá no tuvo más remedio.

—Podría ser.

—¿Puede ser otro de los trucos planeados por Jik?

—O Dientes-de-oro.

La *Orgullo* afinó su rumbo y las líneas se centraron en la pantalla: la estación de Kefk seguía emitiendo, ahora en tiempo real para todos los efectos prácticos. El diagrama del sistema indicaba un considerable número de naves mineras dispersas, todas dentro del sistema y apenas más fáciles de maniobrar que los mismos asteroides. También estaban ahí las naves de vigilancia, que ahora ya habían perdido su velocidad y empezaban a regresar sin prisas hacia su base. Y la *Mahijiru*, que

avanzaba con la mayor velocidad detectable en todo el sistema, aparte de la suya propia, cuya trayectoria todavía merecía el honor de estar indicada con una línea roja que se encendía y apagaba en el trazador de rumbos.

—La *Aja Jin* dice que el muelle está controlado —explicó Hilfy—. La *Mahijiru* pide instrucciones para atracar.

—Ya —dijo Haral.

—Alabados sean los dioses. —Geran.

Entonces, no pensaban atacar. Una vez que hubiera empezado la secuencia de frenado... Dientes-de-oro tenía intención de posarse en el muelle.

¿Por qué... en nombre de todos los dioses, por qué, cuando se encontraba perfectamente a salvo protegido por el secreto en su posición anterior?

¿Por qué has dejado de esconderte, Dientes-de-oro? ¿Qué pretendes... amigo mío? ¿Otro engaño?

¿O acaso Jik sabía desde el principio dónde te encontrabas?

—Capitana —dijo Haral, dándole imagen de la estación—. Vídeo uno. Esa anomalía parece producida por los mahen.

Pyanfar miró hacia la pantalla. La mancha brillante situada entre los oscuros cascos de las naves kif fue cobrando relieve y definición. Sí, ciertamente era otra nave de diseño mahendo'sat. Eso significaba que en el muelle de Kefk había una nave mahen con la cual no habían contado... o una hani.

Cada vez más y más cerca. Pyanfar se frotó los ojos. *Idiota, sigue despierta, manténte preparada o no tendrás que preocuparte por nada.* El olor del kif había impregnado el puente. Su nariz se frunció, prometiendo un fuerte estornudo. Pyanfar logró contenerlo, pero el estornudo se arrastró nuevamente por su garganta y acabó explotando. Se limpió la nariz. Otra revolución.

La *Aja Jin*, la *Vigilancia* y una nave que brillaba demasiado.

—Debe ser en el dique 18 o en el 20 —dijo Haral—. Desde luego, me gustaría saber de qué se trata.

—A mí también me gustaría —dijo Pyanfar. *Pregúntaselo a Jik*, quería decir Haral con sus palabras. Pero Jik no mencionaba para nada en sus mensajes esa anomalía luminosa. Nadie hablaba de ella. Ni la *Aja Jin* ni la *Vigilancia*—. Llama a la *Vigilancia*. Pídeles que confirmen la situación del muelle.

—Bien —dijo Hilfy, y transmitió el mensaje. Pyanfar se mordió una garra y observó la estación de Kefk en su lento giro con el máximo aumento de imagen que la *Orgullo* era capaz de emplear. Decididamente, era una nave mahen. Decididamente. No era su stsho. Ese stsho tenía que haber logrado huir sin daños: habría sido necesaria una suerte fenomenal para que incluso las estaciones de vigilancia kif, siempre con el dedo encima del gatillo, pudieran detener una nave estelar que pasaba a través del sistema con intenciones de volver a saltar sin detenerse

dentro de él. La posibilidad de que una tuerza inmóvil dentro del sistema pudiera disparar contra algo que pasara por él a una gran velocidad, y lo interceptara, era muy pequeña... a no ser que estuvieran prácticamente dentro de su camino. Era algo implícito en la misma naturaleza de las estaciones, y ahí radicaba su vulnerabilidad. Y ahí estaba la vulnerabilidad de las naves que habían perdido su velocidad y se dirigían hacia los muelles.

—Mensaje de la *Vigilancia* —dijo Hilfy—. Confirmación. La central ha sido tomada. Nos indican que debemos seguir adelante con precaución.

—Dales las gracias —murmuró distraídamente Pyanfar. *¿No se han dado cuenta? ¿Ehrran ha entrado en una estación kif que se ha negado a transmitir su lista de naves, y no ha probado ni tan siquiera una vez con el vídeo? ¿Y Jik tampoco? No, ni en un infierno mahen. Jik sabe que ahí hay una nave que no debería estar. Y Rhif Ehrran no puede ser tan estúpida. ¿Qué andan tramando esos dos? ¿Saben qué nave es?*

Pyanfar conectó los retrocohetes. Con fuerza.

—¡Huhhh! —dijo Haral. Los corazones de todos los presentes en el puente tenían que haber dado un buen brinco.

—Estamos fuera de horario —dijo entonces Tirun con voz tranquila, E Hilfy:

—Mensaje de Kefk, de nuestra escolta, preguntan...

—Acabamos de esquivar una roca —dijo Pyanfar—. Diles que barran mejor sus senderos de entrada, ¿eh?

—¿Vamos a echarle una mirada a esa nave? —preguntó Haral, que había imaginado el motivo de su maniobra sin que nadie se lo dijera.

—Puedes apostar con los dioses a que sí. —Había sacado a la *Orgullo* de su sincronización automática con las revoluciones de la estación y del sendero de entrada previsto. Ahora tenían que revisar sus números y tomarse la molestia de calcular de nuevo el sendero asignado y el rumbo de aproximación. Unos cuantos pulsos más de los motores, medidos cuidadosamente, podrían hacer que se aproximaran a la estación de tal forma que el giro de ésta hiciera entrar el ojo investigador de la cámara en la nave que no debía estar ahí.

—Dioses —dijo Haral—, prioridad, prioridad... imágenes de motores knnn activados cerca del límite de su sector.

—Por los dioses. —Pyanfar examinó la oleada de nuevos informes que brotaban en sus pantallas y oyó cómo Khym hablaba a toda velocidad en un canal mientras Hilfy hacía preguntas por otro.

—Tenemos esa información —dijo Khym—. Py, Jik dice...

... una nueva imagen. En la pantalla de observación.

—... se está moviendo, se aparta del muelle, dioses, dioses, mirad cómo se mueve esa cosa.

—Cáptala, cáptala... ¡Chur, ayúdame, la he perdido!

—Kkkt. Kkkkt.

—Prioridad, prioridad... está transmitiendo... el tc'a está contestándole.

Una canción Knnn gemía por el comunicador. La matriz tc'a apareció en la pantalla, estaba totalmente compuesta de números.

—¿Qué es? —La voz de Khym.

—Tengo el traductor trabajando en ello —dijo Hilfy—. Nuestra escolta tc'a habla con el knnn.

—Transmisión de Kefk —dijo Tirun—. El sector de metano está hablando en varias longitudes de onda.

—Seguid así —dijo Pyanfar, mordisqueándose los bigotes—. Seguiremos acercándonos por este rumbo hasta que intenten detenernos.

—Prioridad. Traducción: *pregunta, pregunta, pregunta*, del knnn. Respuesta del tc'a: indeterminada. El traductor no puede descifrarla. ¿Les mandamos un mensaje preguntándolo?

—Negativo, negativo en cuanto a eso. Seguid manteniendo el rumbo de aproximación, calma.

Otras matrices aparecieron en la pantalla.

Tc'a knnn kif kif hani mahe mahe

Mkks Kefk Mkks Kefk Mkks Kefk Mkks

Kefk ir Kefk Kefk Kefk Kefk Kefk

—Suena como si estuviera hablando sólo con el knnn —murmuró Haral.

—El tc'a sigue manteniendo su curso, más o menos. Dioses... el knnn está cambiando su curso para situarse junto a él... Oh, bondad divina...

—Prioridad —dijo Hilfy—. Kefk nos está mandando una nueva asignación de entrada. Nos han incluido en el plan de acercamiento.

—¿Knnn? —preguntó Tully—. ¿Qué hacer, qué hacer?

—Calla —dijo Chur—. Silencio. No... no... no está haciendo nada, sencillamente está ahí fuera.

—Vamos a entrar en el muelle, Tully. Cállate.

—Kkkkt. Kkkkkt. Kkkkkt.

—¡Cállate! —dijo Tirun—, o te entregaremos a él.

—Calma, calma —murmuró Pyanfar—. Chur, ¿te encuentras bien?

—Prioridad... Jik nos aconseja que entremos en el muelle.

—El knnn está cerca... cerca de nuestro sendero, interceptando con el tc'a, parece como si...

—Ahí... no está en nuestras cifras... —dijo Geran.

—Está moviéndose para colocarse en el rumbo del tc'a. Ahí está el knnn...

—Síguelo. Quiero imagen visual.

—Lo intento —dijo Haral—. Dioses...

La imagen apareció en la pantalla, aumentando en una rápida serie de sacudidas. Los extraños perfiles de la nave tc'a emitían un chorro cambiante de luz y energía: el rastro de fuego donde se encontraba el knnn... ninguna luz de navegación, ningún número, ningún nombre. A los knnn no les importaban las reglas de navegación y no respetaban los senderos asignados. Estaba ahí, eso era todo: aparecía en la pantalla. Un destello de fuego. Frenando.

—Intercepción en el rumbo del tc'a —informó Geran—. Menos 23, 22, 21...

Dientes-de-oro estaba ahí atrás... unos minutos fuera de la línea temporal, intentando sacar todo lo posible de la vieja información que llegaba hasta él. Quizás ya hubiera localizado al knnn. Podía estar haciendo cualquier cosa. O quizás estuviera aguardando a que ellas le indicaran lo que sucedía. Frenando... siguiendo a la misma velocidad... *cualquier* cosa era una provocación potencial cuando se trataba con los knnn. Pyanfar se mordió los bigotes y luego los soltó con un bufido, su corazón retumbaba contra sus costillas.

—... 3, 2... Prioridad.

Una imagen de observación. El knnn se estaba moviendo junto con el tc'a, en el mismo rumbo. Estaba igualando su velocidad con la de él... así de rápido, así de sencillo. Frenar en seco para invertir el rumbo: el metal jamás podría aguantar algo así. Los cuerpos se convertirían en láminas.

Tully hablaba consigo mismo en voz baja. Parecía que estuviera maldiciendo, que soltara un chorro continuo de juramentos y blasfemias. El tc'a y el knnn aceleraron al unísono, su señal conjunta se movía cada vez más rápida, alejándose de la estación.

—Dioses —murmuró Geran—, se van, se van. Más 10, 25... ¡*Mirad* eso!

Dirección opuesta. El knnn se estaba dirigiendo hacia el exterior del sistema, en el nadir, con el tc'a o sujeto a él o siguiéndole muy de cerca en sus evoluciones. Los colores se confundieron sobre la pantalla, la aceleración era increíble.

—¡Ah! —dijo Tully.

—¡Ha saltado!

—Kkkt. Kkkkt.

—¡Ocupaos de la nave! —ordenó secamente Pyanfar. Nada se había detenido y, desde luego, la *Orgullo* tampoco: seguía lanzada hacia la estación y el cronómetro hacía desfilar rápidamente números cada vez más bajos. El tc'a se había ido. Desaparecido. Y el ordenador de navegación estaba haciendo aparecer brillantes líneas rojas en el segundo monitor—. Fuera de curso, fuera de curso, maldita sea, Haral... Quiero pasar cerca de ese punto. Prepara el equipo, prepáralo, ¿oyes?

—Bien, bien, preparado y acercándonos.

—Nos observan —dijo Skkukuk con voz débil—. Kkkkt. Los respiradores de

metano, te advertí. Sácanos de aquí. Kkkt. Estúpidas.

—Cállate —dijo Tirun.

—¡No hay beneficio alguno en esto!

—Skkukuk —gruñó Pyanfar—, *cállate*.

Después de eso, el silencio. El chasquido y el zumbido de los instrumentos siguió a su ritmo habitual. Las naves kif hablaban entre ellas.

—...*honrado sea el hakkikt* —dijo la estación, continuando con su cantinela de antes—, *no hay daños. Estamos a salvo. Seguid nuestros rumbos fijados. Por favor, acusar recibo.*

De la *Mahijiru*, que seguía acercándose, sólo se recibía silencio, en tanto que todo lo ocurrido con el knnn volvía a desarrollarse en la línea temporal de Dientes-de-oro.

—Seguid en los puestos —dijo Pyanfar—. Tirun, quiero ese cálculo de aproximación. Coge todos los datos y vuelve a prepararlo.

—Lo tengo, lo tengo, estoy trabajando en ello.

Y, un poco después, cuando la estación les entregó los cálculos revisados según el nuevo sendero:

—¡Bastardos! ¡Lo había terminado ahora mismo!

—No van a cambiarnos de lugar en la lista de entradas —dijo Haral—. Revisarán toda la posición de las que van detrás nuestro. Quieren vernos entrar antes que los kif con toda su alma, ¿no?

Nadie respondió.

—Pásame ese programa de entradas —dijo Pyanfar—. ¿Podemos hacerlo? ¿Van a darnos nuevamente una ruta en la que estemos ciegas respecto a esa nave?

—La tenemos, la tenemos —dijo Tirun un instante después, cuando en la pantalla apareció un cálculo de rumbo.

Cerca, cada vez más cerca después de eso. El vídeo se fue haciendo más claro. Una vuelta entera de la estación de Kefk. Dos.

—Vamos, Haral, quiero esa nave —murmuro Pyanfar—. Grabación digital. Si la perdemos cuando nos encontremos encima, podemos probar suerte con eso.

La estación giró lentamente hasta quedar más allá de las cámaras montadas en la cúpula de la *Orgullo*. No hacía falta amplificación alguna: los números de serie aparecieron claramente al siguiente giro de la estación, pintados sobre la brillante columna de una tobera.

Una nave hani. 656 YAAV.

—La *Luna Creciente* —murmuró Haral—. Ésa es la *Luna Creciente*. ¡Tahar! —El comunicador del puente emitió un torrente de maldiciones.

Pyanfar siguió sentada en silencio. No estaba sorprendida. Encajaba. Encajaba muy bien. *Entonces, ¿cuántos invitados va a tener esta fiesta? ¿Cómo sabía Dientes-de-oro que nos encontraría aquí? Dioses, ¿dónde nos hemos metido?*

Le tocó el turno a los pantalones rojos y después a un chorro de perfume lo bastante grande como para ocultar todo el sudor que le esperaba en las siguientes horas: Pyanfar se tomó todo el tiempo necesario para ello, aunque tenía a la *Orgullo* posada en el muelle de forma casi provisional. Sus naves sólo aceptaron de la estación el tubo de acceso personal y las líneas de comunicación protegidas. El personal de los muelles protestó sin gran entusiasmo, alegando problemas de seguridad y la tensión que sufrirían las abrazaderas, pero acabaron tragándose sus protestas. Las naves de Sikkukkut estaban listas para moverse en cualquier instante, y ellas hicieron lo mismo.

El arreglarse no era cuestión de vanidad: al menos *una* de ellas tenía que presentar un aspecto y un olor convenientes para sus anfitriones kif, y Pyanfar se apresuró febrilmente para conseguirlo. En ese momento había tres hani fuera de turno. Había conseguido que Chur descansara, pese a sus protestas y su intención de seguir sentada en su puesto en tanto que su capitana se daba una buena ducha.

—*Arriba* —había dicho Pyanfar, y Chur se había levantado de su asiento y había tomado por el pasillo que llevaba del puente hasta el camarote de Khym con paso algo vacilante. El vendaje que le cubría el flanco se había soltado un poco y sus pantalones colgaban peligrosamente bajos sobre sus caderas—. Métela en cama y dale algo de comer —le ordenó a Geran, apoyando la mano en el respaldo de su asiento—. Ocúpate de que se encuentre bien, ¿eh? Khym... —Hizo una pausa pensando en las demás órdenes que debía dar, pasando revista a la tripulación útil de que disponía en esos instantes: las combinaciones personal-trabajo no eran demasiado buenas, pero tenía que arreglárselas con lo que había—. Khym, te ha tocado la cocina. Tully, tú le ayudarás, ¿entendido?

—Bien —dijo Tully, sin ningún gesto de inquietud en su cara. Sólo distinguió una mirada indescifrable por parte de Khym al levantarse de su puesto y dirigirse hacia la cocina.

Pyanfar salió de su camarote aún algo mojada, colocándose bien los brazaletes en tanto que se encaminaba hacia el puente por el corredor principal. Tully salía del camarote de Chur y Pyanfar supuso que le habría llevado algo de comer.

Pyanfar le preguntó:

—¿Está bien?

Tully se puso la mano en un costado.

—Duele —dijo en hani, y su expresión reveló que tenía bastante más que decir pero que no confiaba en la capacidad del traductor. Se le puso delante, impidiéndole continuar, y señaló hacia la puerta—. Ver. Ir ver, capitana.

—Ya. —Pyanfar bajó las orejas. Tully tenía cierta tendencia a preocuparse por todo: como no podía entender la mayor parte de lo que sucedía a su alrededor, casi siempre sacaba conclusiones equivocadas en las crisis. Ahora no tenía tiempo para

atenderle a él o a sus preocupaciones. Pero esta vez la mirada de preocupación que había en sus ojos era mucho más contenida de lo normal; y Chur...—. Anda —le dijo—, ve a bañarte. —Era el que peor olía de todas, aparte del kif—. Yo me ocuparé de Chur. *Vete.*

—Chur... —se negaba a dejarse apartar de ese modo—. Malo dolor.

—¡Vete! —Pyanfar agitó el puño hacia él, fingiendo que iba a golpearle sin mucha convicción. Se dio la vuelta y accionó el control de la puerta.

Al abrirse la puerta con un silbido, Geran se apartó del lecho de Chur a toda velocidad, intentando erguir las orejas y serenar la expresión tan rápido como pudo. Chur estaba tendida con un brazo sobre las sábanas. Sí, ciertamente, las cosas no parecían ir demasiado bien... la inmovilidad de Chur no era normal. Y tampoco era normal que esa bandeja estuviera sobre la mesa, con su contenido intacto, que después de un salto Chur no hubiera querido comer nada.

—¿Qué tal está? —preguntó Pyanfar dejando que la puerta se cerrara.

—Está bastante cansada —dijo Geran.

—Estoy bien —dijo Chur.

—Claro. Claro que sí. No quiero que trabajes en el próximo salto. —Pyanfar miró levemente hacia Geran. *Hablaré contigo después.* Y, hablando consigo misma: *Dioses, dioses, dioses*—. Haz que coma algo, ¿eh? No me importa si quiere comer o no.

—Bien —dijo Chur, removiéndose en la cama e incorporándose sobre los codos—. El costado me duele mucho menos. Me encuentro mucho mejor que antes, lo juro.

Pyanfar se acercó a la cama y pasó la mano sobre el hombro de Chur. El roce hizo caer sobre las sábanas una buena cantidad de vello muerto. Demasiado.

—Cuidaré de ella —dijo Geran—. Capitana, se encuentra bien. Se está recuperando, es sólo que ha trabajado demasiado y está cansada.

Pyanfar agachó las orejas y se limpió la mano en los pantalones.

—Cuida de ella —dijo—. Chur, no quiero que te muevas de aquí, ¿me has entendido?

—Me pondré bien, capitana.

Pyanfar se quedó un instante más ante la cama, sin moverse. Una conspiración de silencios. Chur y Geran... Chur, que siempre había sido la más alegre de las hermanas, la de ingenio más vivo, la que nunca se estaba quieta ni un segundo.

... el viejo salón en la mansión de Chanur, en los días de *na* Dothon Chanur. El día en que las primas habían venido de su hogar en la montaña para pedir que se les permitiera vivir en la residencia de Chanur...

... Chur contestaba siempre la primera, reía, hacía que fuera imposible sentir rabia ante el destino y la caída de Anify a manos de su nuevo señor. Geran, mostraba el ceño fruncido y el rostro amargo; dejaba que Chur se encargara de hablar, dejaba

que Chur tomara a broma la terrible decisión que habían tomado al abandonar a su nuevo señor, dejándole con su locura.

—Señor Chanur, ese macho es un estúpido —había dicho Chur—. Y, peor aún, es aburrido. —Mientras, Geran permanecía sentada, en silencio, grave y pálida como un fantasma, la lengua inmovilizada por la ira.

... Geran miró a Chur cuando Pyanfar le dirigió la palabra; una breve respuesta y una mirada pensativa hacia Chur... *Cúbreme, hermana, habla por mí, trata con ellos...*

Geran había salido de su reticencia en cuanto se acostumbró al espacio y la libertad: cuando descubrió algo en lo que podía destacar aprendió a reír, a tratar con desconocidos, a caminar orgullosamente con anillos en sus orejas y el grácil paso de una navegante espacial.

Pero, de pronto, apareció nuevamente el salón de Chanur. Dos hermanas que llegaron sin hogar después de haber sido voluntariamente exiliadas de las lejanas colinas; Chur se encargaba de pensar y Geran de manejar el cuchillo. Una conspiración. Y estaba muy claro quién de las dos llevaba sobre sus hombros la responsabilidad.

—Ya —dijo Pyanfar—. Ya. —Chur pidió con un gesto la bandeja que había sobre la mesa. Tenía las orejas erguidas. Geran puso la bandeja sobre el regazo de Chur.

—Se encuentra bien —dijo Geran.

Pyanfar salió del camarote y cerró la puerta. Luego puso en funcionamiento su comunicador de bolsillo.

—Hilfy, ¿sigue todo sin problemas ahí arriba?

—*Estamos bien.* —La voz de Hilfy, desde el puente, casi sin dar tiempo a que Pyanfar acabara su pregunta—. *Tenemos una llamada de Jik, lo único que ha dicho es que nos lo tomemos con calma, él se encarga de todo lo necesario. Dientes-de-oro se acerca sin prisas y no tiene muchas ganas de posarse en el muelle hasta que las cosas no se hayan calmado. Ahora nadie muestra gran actividad, hay un poco de movimiento en el sector de metano... parece que un par de tc'a/chi locales se pusieron nerviosos y los chi están corriendo como locos de un lado a otro. Los kif no hablan de ello. Al menos ahora no hay más knnn en el puerto y parece que las cosas se van calmando en el sector de metano.* Dioses, eso espero.

Pyanfar entró en el puente y la voz de Hilfy se superpuso a su mensaje en el comunicador. Arrugó la nariz al percibir el acre olor del kif. Skkukuk yacía con el cuerpo flácido en su asiento, olvidado de todas, aún atado, formando un montón de negrura. Hilfy y Tirun se encargaban de atender los mensajes y Haral dirigía las operaciones. Al menos el kif había dejado de hablar.

Ése era otro de los problemas que ocupaban su mente. Otro pedazo de protoplasma que habían descuidado y que estaba sufriendo. Se detuvo junto a él y

puso la mano sobre el respaldo de su asiento. Skkukuk giró su cabeza de largas mandíbulas hacia ella y la miró con ojos ribeteados de rojo.

—Kkkkt. Capitana, protesto por el trato que se me da.

—Estupendo, estupendo. —El olor a amoníaco era casi asfixiante. Pyanfar sintió una mezcla de compasión y repugnancia. Y ganas de estornudar—. Hilfy, Tirun, tomaos un descanso... llevad a este kif abajo, dadle de comer, dejad que se lave un poco. —Ella misma soltó la hebilla que cerraba el cinturón de Skkukuk y le dio un tirón, levantando sus brazos todavía atados—. Arriba.

Skkukuk cooperó hasta llegar al borde del asiento.

—Capitana... —dijo.

Y se deslizó por entre sus manos, cayendo como una piedra. Skkukuk le golpeó las piernas y Pyanfar retrocedió. El cuerpo del kif se derrumbó de bruces hasta convertirse en un montón de telas negras que desprendían un fuerte olor amoniacal. Hilfy y Tirun se levantaron de sus asientos y Haral, después de volverse a mirar, se concentró rápidamente de nuevo en su trabajo.

—Dioses —murmuró Pyanfar, no sabiendo si decidirse por el enfado o el abatimiento. Se acuclilló junto al kif que empezaba a moverse, en tanto que Tirun avanzaba para ayudarla.

... Chur, Chur tendida en su cama, el vello desprendiéndose de su piel; Chur, la de la melena rojo dorada, la melena reluciente que hacía volver la mirada a todos los machos que se cruzaban en su camino... apagándose. Consumiéndose bajo sus mismos ojos...

Cogió al kif por su flaco hombro y recordó entonces esas mandíbulas capaces de partir el cable de un mordisco. El hombro era duro como una piedra.

—Cuidado —dijo mientras Tirun intentaba levantarlo tirando de la cadera. Skkukuk se apoyó sobre un codo, usando sus manos atadas para sostenerse. Su capucha había resbalado hacia atrás. Alzó su cabeza, ahora al descubierto, como si estuviera aturdido, parpadeando y apartando los ojos de ella para mirar a Tirun—. Tráele agua —dijo Pyanfar. Hilfy no se había movido después de levantarse. Fue Tirun quien obedeció su orden.

—No le pongas las manos encima, tía —dijo Hilfy.

Sí, teniendo en cuenta esas mandíbulas era el consejo más prudente que podía darle.

—Ayúdame —dijo Pyanfar, agarrando mejor que antes los hombros de Skkukuk por encima de su túnica y levantándole de un tirón—. Ocúpate de sus pies.

Hilfy torció el gesto y le cogió por las rodillas: entre las dos lograron poner nuevamente al kif sobre el asiento del cual había caído.

Tirun cruzó nuevamente el puente a toda velocidad con un vaso de agua en la mano. Pyanfar lo cogió y lo sostuvo bajo la boca de Skkukuk. Su lengua brotó con la

rapidez de un dardo y el nivel del agua fue bajando velozmente hasta que el vaso quedó vacío con un suave gorgoteo. Luego el kif apoyó la cabeza en el acolchado del asiento y parpadeó como si estuviera medio inconsciente.

—Nos advirtió, desde luego —dijo Pyanfar en un murmullo—. Id a la cocina... descongelad cualquier cosa. —Tirun volvió a marcharse rápidamente y Pyanfar, a regañadientes, metió la mano en la manga de Skkukuk, sintiendo el frío anormal de su brazo—. Creo que ha sufrido una conmoción. Maldita sea, no quiero perderle...

Hilfy la miró con recelo, una chispa de hostilidad asomaba en sus ojos.

—¿Quieres conservarle a bordo? —le preguntó fríamente.

—Por los dioses, lo que no quiero es verle morir así. Olvídalo de una vez, sobrina. ¿Todo eso te lo he enseñado yo... o es algo que aprendiste de otras compañías?

Las orejas de Hilfy cayeron bruscamente hacia atrás, sus fosas nasales se dilataron y volvieron a contraerse. Se dio la vuelta y se alejó por el corredor como si asuntos muy urgentes la estuvieran aguardando.

—¿Dónde crees que vas?

—*A cuidar de tu maldito kif* —le respondió secamente Hilfy—. Capitana. Con su permiso, *ker* Pyanfar.

—Sobrina... —murmuró Pyanfar.

Pero ante ella sólo tenía la espalda de Hilfy que se alejaba rápidamente por el corredor principal, dejándole entre sus brazos un kif medio inconsciente que custodiar. Dioses. *Dioses*... Desató el cable que había dejado su mordedura en las muñecas del kif. Tenía las manos frías y flácidas, y la contemplaba como perdido entre nubes, sin mostrar ninguna reacción ante una pelea entre hanis que en mejores circunstancias debería haber sido una gran diversión para él.

—Kkkkkt. Kkkkkt. —Eso era cuanto podía decir en su miserable estado actual.

Cállate, le habían dicho cuando empezó a emitir ese ruido.

Khym apareció en el puente procedente de la cocina, y se quedó inmóvil con las orejas gachas. Tully entró después que él, y también se quedó quieto, observando la situación con una de esas expresiones inescrutables que indicaban una tormenta de emociones dentro de su rubia cabeza. Quizá deseaba la muerte del kif, igual que Hilfy. Quizá tenía miedo o deseaba advertirles del peligro que representaba esta criatura, y no tenía palabras para hacerlo.

—Lavaos un poco —les ordenó secamente Pyanfar a los dos—. ¿Creéis que nos sobra tiempo para quedaros así mirando? Este maldito kif ha decidido desmayarse en nuestras manos, eso es todo. Venga, venga. Las demás queremos descansar también. Adelante, moveos. Las demás os estamos esperando.

—Comida... —dijo Tully, como si no supiera qué decir, y señaló hacia la cocina.

—Ven —dijo Khym y le cogió del brazo, arrastrándole a través del puente hacia

el pasillo. Tully fue con él, pero se volvió a mirar cuando llegó al umbral.

—¡Venga! —dijo Pyanfar.

—Capitana —dijo Haral desde su puesto—. La *Harukk* llamando. El *hakkikt* nos advierte de que las estaciones de vigilancia se han rendido de forma oficial.

—Demos gracias a los dioses por ello. Acusa recibo.

—Bien.

Tirun volvió de la cocina con un recipiente que contenía trozos de carne cruda que aún olían a causa de su rápida descongelación, tan fríos que su temperatura era perceptible a medio metro de distancia.

—Kkkkt —gimió Skkukuk, y apartó su rostro al ofrecérselo Tirun.

Pyanfar frunció el ceño.

—Cállate y come, kif, ¿me oyes? No tengo tiempo para tus estúpidos gustos particulares.

—Kkkkt. Kkkkt. Kkkkt.

—Que los dioses te frían... —Cogió el recipiente de entre los dedos de Tirun y lo sostuvo bajo la boca de Skkukuk—. *Cómetelo*. No me importa que no te guste. No tengo tiempo para esto.

—Kkkkt. —Y las mandíbulas se cerraron secamente, en tanto que los músculos se hinchaban a lo largo de todo el hocico. Sus fosas nasales se apretaron hacia dentro. Skkukuk se estremeció durante largos segundos y mantuvo el rostro apartado del recipiente, los ojos cerrados, su cuello retorciéndose en una serie de espasmos.

Pyanfar apartó el recipiente de su boca.

—¿Comió algo de lo que le dimos antes del salto?

—No estoy segura —dijo Tirun—. La mayor parte se había secado.

—Capitana —dijo Haral—. Tenemos una localización definitiva sobre ese stsho que salió de Mkks: pasó como un rayo por aquí esta mañana y no se detuvo ni para saludar.

—Que los dioses le pudran. Naturalmente que lo hizo. ¿Qué ha sido de Tahar? ¿Alguna noticia sobre la *Luna Creciente*?

—¿Hago averiguaciones? —preguntó Haral.

—¿Alguien ha hecho preguntas?

—Negativo.

—Dioses. Era de esperar que la *Vigilancia* preguntara algo al respecto, ¿no? Nada de preguntas, déjalo. Límitate a seguir escuchando.

—Quizá deberíamos pedirle consejo al *hakkikt* sobre cómo se alimenta a un kif —murmuró Tirun junto a ella—. Capitana... quizá si le pedimos a los kif que nos consigan algo...

Pyanfar se volvió hacia ella y la miró fijamente con las orejas gachas. Tirun se apresuró a recoger el apestoso recipiente y lo tapó. Hilfy entró en el puente

procedente del pasillo con otro recipiente en la mano.

—¿Ha comido algo?

—No.

Hilfy le ofreció su recipiente. Olía a sangre. Era sangre. Pyanfar arrugó la nariz cuando Hilfy pasó el recipiente ante su rostro.

—¿De dónde has sacado esto, por todos los dioses?

—Suministros médicos —dijo Hilfy con las orejas gachas y la mandíbula apretada.

El kif empezaba a arrugar la nariz, olisqueando. Su cabeza giró, los ojos se abrieron y una lengua desesperada investigó el aire. Skkukuk alzó las manos para cerrarlas en torno a las de Hilfy, que sostenían el recipiente; y su contenido, de color rojo oscuro, desapareció entre el enérgico palpitar de sus mandíbulas provistas de grandes músculos.

—Bondad divina —dijo Tirun.

—Es muy selectivo, eso es todo —dijo Hilfy—. Un apetito auténticamente delicado. La comida del congelador lleva demasiado tiempo guardada para él.

—Limpiadle —dijo Pyanfar—. Si es necesario, dadle de comer otra vez. Pero, por los dioses, nada de generosidad. *Necesitamos* esos suministros. Y tú...

La reprimenda murió en su boca dejándole un mal sabor. Hilfy estaba a punto de estallar. Lo percibió en el brillo de sus ojos, la firmeza de su mandíbula.

—Descansa un poco —le dijo; y eso hizo que las orejas de Hilfy se abatieran tan rápidamente como lo habría conseguido un golpe en la cara.

—Estoy bien.

—¿Realmente lo estás?

Hilfy no respondió. Sus ojos seguían estando muy oscuros y sus orejas pegadas al cráneo.

Sacarle de esta nave, echarle de mi puente, devolvérselo a Sikkukut.

Dioses, dioses, dioses, los suministros médicos. ¿Cuántas veces tendremos que desangrarnos para alimentar a esta criatura?

—Kkk-t —jadeó Skkukuk. Pyanfar miró al kif y se dio cuenta de que sus pupilas empezaban a ser capaces de enfocarse en los objetos. Tirun se movió para apartarle del asiento—. Kkkkt —dijo en voz baja—, kkkkt... —intentaba mover sus pies calzados con botas para que le sostuvieran. Su cabeza se levantó y sus ojos enrojecidos miraron a Pyanfar. Sabía qué había bebido. *¿Quieres el resto, eh, kif?*

Tirun le hizo levantarse. Hilfy le cogió de un brazo y se lo llevaron, lentamente, sujetándole y sosteniéndole al mismo tiempo. *Tendríamos que atarle esas mandíbulas cuando estuviéramos manejándole.* Había una zona de su brazo izquierdo donde el vello nunca había vuelto a crecer bien: cirugía plástica, una sola vez, hacía ya mucho tiempo, en su juventud, cuando era más imprudente que ahora. *Me pregunto si se*

ahogaría... sus orificios nasales están tan cerca de la superficie de las mandíbulas.

¡Dioses, sacadle de mi nave, eso es todo!

Y mantened a Hilfy lejos de él.

—Voy a entregar ese bastardo a Jik —murmuró Pyanfar, instalándose en su asiento al lado de Haral. Y, antes de que Haral pudiera aventurarse a comentar una situación de familia, añadió—: Vete. Aséate un poco. Puedo manejar yo sola las cosas durante un tiempo. Ya tenemos bastantes problemas, por los dioses. No sé cuánto tiempo vamos a estar aquí, pero supongo que no será demasiado. Puede que horas, con suerte un día o algo más.

—Bien —dijo Haral sin hacer comentario alguno, sin protestar y sin perder el tiempo traspasando las funciones a su tablero, lo que retrasaría el instante de abandonar su asiento—. ¿Necesitas algo de abajo?

—Negativo. Pero date prisa. Cuando las veas, que Hilfy y Tirun hagan lo mismo.

—Bien. —Haral se alejó con paso rápido y decidido. Algo de agua y jabón encima, unos pantalones nuevos y limpios, acercarse a la cocina si había tiempo para ello y meterse comida en el vientre.

Durante los últimos días ninguna de ellas tenía exceso de grasa. Toda la tripulación tenía un aspecto agotado y habían enflaquecido, pasando un turno tras otro sin comer o sin dormir más que a ratos perdidos, brevemente, en tanto que un salto detrás de otro las iba quemando por dentro. A cada salto se pagaba una penalización fisiológica. El kif la pagaba, ellas también. Pyanfar comía únicamente porque sabía que era necesario hacerlo, no porque la comida le resultara atrayente, cuando en realidad tendría que haber estado muriéndose de hambre. Sólo la debilidad y los temblores de su cuerpo le indicaban que debía comer, no el apetito. *Otro salto... dioses, otro salto y con toda seguridad empezaremos a notar los efectos. Nadie puede soportar este ritmo.*

Chur... no puede hacerlo. Fui una imbécil escuchándola en kshshti. Ahora tiene serios problemas, cada vez está más y más delgada. Luego vendrán el vello y los huesos. Las funciones digestivas. Los riñones, el corazón. No es sólo el fuego de los kif lo que puede matarnos. Ahora no podemos correr. Si algo va mal aquí, no podremos salir huyendo. Chur necesita esas horas. Necesita días enteros aquí.

¿Conseguir un médico? ¿De quién?

No. No. Chur se curará. Su costado ya está mejor. El salto le ha robado muchos minerales de su organismo. El proceso de curar también la ha despojado de muchas sustancias. Hay que darle vitaminas, montones de carne roja. Lo conseguirá. Ha pasado la crisis y aún tiene reservas.

Pero yo he perdido un montón de vello. El kif se derrumbó. Pyanfar se pasó la lengua por la boca, sintiendo que una parte de ella estaba irritada y que un diente le prometía un agudo dolor después de haber sido tocado. Sí, hemos corrido mucho. Ese

maldito kif se desmayó después de un salto. Hemos estado... dioses, ¿mantos saltos con raciones escasas y poco sueño? Y seguimos aguantando en pie.

Necesitamos un médico hani, maldita sea. No un mahendo'sat, sino un médico que realmente sepa cuál es el margen. Y el personal médico hani es muy escaso por aquí. Si hablo con la Vigilancia...

Antes se vería en un infierno mahen.

Pero mientras su mente seguía discutiendo consigo misma, su mano ya había pulsado las teclas del comunicador entre naves.

—*Vigilancia*, aquí la *Orgullo de Chanur*, Pyanfar Chanur al habla. Ponedme con vuestro personal del servicio médico.

Dioses, Chur se comerá las sábanas si hacemos venir alguien de la Vigilancia. Pero que se las coma, por los dioses... No me gusta esto. No me gusta el aspecto que tiene, su forma de mirar.

—*Orgullo de Chanur*, aquí oficial de turno de la *Vigilancia*. *Capitana*, tenemos operaciones en curso. Nuestros tableros están ocupados. Transmitiré su petición y volveré a llamar.

Pyanfar leyó entre líneas: una nave grande que se tomaba las cosas con calma cuando tenía personal de sobras. Eso significaba tripulantes descansando, el relevo encargándose de las operaciones, Rhif Ehrran descansaba junto con el resto de sus primeros mandos, dándose una ducha, durmiendo, pudiendo comer sin prisas. Y no querían que nadie se enterara de cuál era la situación a bordo.

Que los kif supieran cuáles eran los ritmos y costumbres internas de sus naves era algo que no beneficiaba a ninguna hani.

—*Está bien, Vigilancia*. —Conectó el canal de *Jik*—. *Aja Jin*, aquí la *Orgullo*.

—*Aja Jin* aquí, tener todo personal ocupado. ¿Esto emergencia?

¡Soy Pyanfar Chanur, maldito sea tu pellejo, ponme con Jik! Pero eso era puro pánico. *Jik* estaría probablemente comunicándose con la *Mahijiru*, y la tripulación de la *Aja Jin* estaría metida hasta el cuello en sus tableros, pasando códigos y comunicaciones con *Dientes-de-oro* a medida que éste seguía aproximándose. La *Aja Jin* intentaba mantenerse al corriente de la situación y quitar todo el peso de las operaciones de la *Vigilancia* porque no confiaban en esa nave, y no querían ni podían darle trabajo a la *Orgullo* porque su tripulación no bastaba para encargarse de ello.

—No —le dijo Pyanfar al oficial de comunicaciones de la *Aja Jin*—. Transmite el mensaje cuando las cosas se hayan calmado un poco.

Un asunto delicado... cómo entrar en contacto con *Jik* para que él se encargara de darle un tirón de orejas a Ehrran y les consiguiera ayuda médica sin que la cosa resultara demasiado evidente. Hasta ahora no se habían tomado muy en serio el fajo de pruebas que Ehrran había acumulado en su contra. Pero no quería más pruebas, nada que pudiera completar el cuadro actual y suponer su condena definitiva ante el

han.

Seguir los canales. Hacerlo todo del modo más seguro. No apartarse de los protocolos.

Debían tener tiempo para ello. Aunque ese stsho hubiera salido corriendo hacia Punto de Encuentro y hubiera contado todo lo que sabía, incluso si los knnn estaban poniéndose nerviosos. Dientes-de-oro y Jik actuaban como si hubiera tiempo. Hacían planes. Dientes-de-oro seguía acercándose al muelle, y eso quería decir que esperaba tener al menos cierto número de horas antes de que llegaran los problemas; que, como mínimo, tenía algún asunto personal que atender aquí, y ese asunto hacía que el viaje valiera la pena.

Pero Chur...

Geran la está protegiendo, eso es lo que ocurre. Y Geran tiene miedo. Yo también lo tengo Por los dioses, jamás debí permitir que continuara después de Kshshti.

Pero la necesitábamos. Seguimos necesitándola.

Dioses, no mejora. Está peor.

El comunicador seguía parloteando. Kefk se ajustaba a la realidad de su ocupación. El sector de metano por fin estaba calmándose. Sólo representaba una pequeña parte del territorio de Kefk, pero era una zona que los kif se tomaban muy en serio y de la cual salía muy poca información coherente, aunque al menos ahora el caos parecía haberse reducido bastante. Y no había más knnn metidos en él.

Geran volvió al puente. Se dirigió hacia el asiento de Pyanfar y se inclinó sobre él. Pyanfar se volvió a mirarla.

—¿Está bien? —le preguntó Pyanfar.

No. No está nada bien, pensó Pyanfar sintiendo un repentino escalofrío. La boca de Geran formaba una tensa línea recta, su mandíbula estaba fuertemente apretada.

No podía hablar, otra vez. Igual que en el salón de Chanur, como ocurría siempre en todos los asuntos que implicaban oponerse a Chur, resistir su voluntad. Vio cómo la boca de Geran se agitaba levemente, la tensión de su cuello, el esfuerzo que le costaba hacer brotar las palabras.

—Capitana, lo ha vomitado.

—Oye, prima, ya he llamado pidiendo un médico.

—Bien —dijo Geran y, para sorpresa suya, no protestó ni intentó discutir. Luego, con expresión aún más abatida que antes, sin tomarse ya la molestia de disimular, añadió—: Creo que sería lo mejor, realmente. Capitana, estuvo a punto de ahogarse cuando intentó comer. Está muy débil. Le costaba mucho respirar.

Durante un par de segundos las dos guardaron silencio. Ecuaciones mortales. Puntos de los que no se regresaba. Curar de una herida durante los saltos era algo muy difícil y que representaba un gran esfuerzo para el cuerpo. Y si la herida había

exigido demasiado de los recursos físicos de Chur y las tensiones de los saltos seguían acumulándose...

Después de esto las esperaba otro salto; podía llegar en un día... o en horas; y si las cosas iban realmente mal aquí, podía tratarse de un salto seguido de otro y otro, con los kif siguiendo su rastro y en algún momento, en algún lugar de ese rumbo... tendría que hacer saltar a la *Orgullo* sabiendo con toda certeza que Chur moriría debido a esto. A eso se enfrentaban ahora.

—Está bien —dijo Pyanfar en voz baja—. Está bien, lo haremos. Traeremos aquí un médico ahora mismo. Hani. La *Vigilancia* tiene personal médico, conseguiré que venga alguien. No me importa lo que haga falta.

Otro esfuerzo convulsivo para hablar.

—Déjame hacerlo. Capitana, deja que lo haga yo. —Y luego, con más calma, rota ya la presa—. Perdóname pero... quizás yo pueda hablar con su personal, hacerlo con discreción, de forma no oficial, ¿eh? Como un derecho de parientes.

Sin la arrogancia de una capitana metida en el asunto, quería decir Geran.

—Hazlo —dijo Pyanfar sin guardarle rencor por ello—. Su oficial de comunicaciones responde a las llamadas, pero nada más. Tendrás que arreglártelas con ella.

—Bien. —Geran se instaló en el puesto de comunicaciones número uno y empezó a manipular los controles, sin hacer ruido, moviéndose con urgente rapidez.

No era algo que Pyanfar tuviera muchos deseos de oír: Geran suplicando, exponiendo la situación de Chur a una tripulante de Ehrran que desearía discutir sobre los canales burocráticos a seguir en algo que significaba la vida o la muerte de Chur.

Tendría que haberlo hecho antes. Tendría que haberles suplicado. Dioses, no me importa, tenemos que apresurar todo esto. Pero era más probable que Geran tuviera éxito allí donde ella no lo habría tenido. Indudablemente el asunto acabaría llegando al nivel de las capitanas y ella tendría que suplicarle personalmente a Ehrran que accediera antes de que el problema estuviera resuelto; pero aun así tenía que seguir existiendo algo sagrado entre las hani... como el derecho de parentesco y el lazo entre hermanas. Si una nave llegaba al puerto de Anuurn con una crisis familiar inminente tenía derecho a pasar ante cualquier otro tipo de tráfico. Una hani que debiera llegar a su hogar por ese tipo de asuntos podía viajar en cualquier vehículo y ordenar que se pusiera a su disposición todo lo necesario sin tener que perder el tiempo con el mero formalismo de un billete hasta que todo hubiera acabado. El derecho de parentesco era capaz de eliminar toda la burocracia de un tirón, venciendo barreras, acallando todas las objeciones y la oposición que pudiera encontrar. Había una ley más alta que la ley del *han*. Siempre había existido. La *Vigilancia* tenía que respetar eso.

—Capitana. Quieren que tu petición sea archivada.

Pyanfar hizo girar su asiento y respondió con calma silenciosa a la mirada angustiada de Geran antes de aceptar la transmisión.

—Aquí Pyanfar Chanur —dijo por el comunicador.

—*Chanur*. —Era Rhif Ehrran en persona—. *¿Quieres que vuestra tripulante sea transferida a nuestras instalaciones?*

—Quiero que sea tratada aquí, si es posible. —Dioses, poner a Chur en las manos de Ehrran—. Se trata de la petición de una pariente, *ker* Rhif. —Humildemente, sin levantar la voz. Con toda la dignidad de Chanur que le era posible conservar—. Geran Anify *par* Pyruun tiene derecho a acompañar a su hermana si ella debe ser trasladada. —«*Si te la llevas tendrás a una Chanur sana suelta por tu nave, maldita bastarda sorbehuevos, condenada Ehrran; no tendrás la suerte de poner tus manos sobre una de nosotras indefensa, sin nadie que la proteja... y nos quedaremos sin dos tripulantes, así te estallen los ojos, y tú tendrás dos rehenes, y lo sabes*»—. Capitana, apreciaría mucho que se diera un poco de rapidez a todo este asunto. Se encuentra bastante enferma.

Un largo silencio.

—*Enviad los informes del caso, los que haya. Mi personal médico no trabaja con suposiciones.*

—Ya sabes que no tengo personal médico a bordo, Ehrran.

—*Esperas que me encargue de esa enferma sin ningún tipo de informe adecuado, Quiero una declaración firmada de Geran Anify como pariente más cercana, y otra tuya como responsable del clan antes de que mi personal la toque.*

—Las tendrás. —«*Cúbrete la espalda, maldito parásito. Protégete. Dame una sola oportunidad y cuando vaya a por ti no tendrás que enfrentarte a una mera demanda legal*»—. Con todo mi respeto, ¿podemos empezar ya? No sé cuánto tiempo vamos a seguir en este puerto.

—*Habrás que esperar a esas declaraciones, Chanur. O si no, en caso de que prefieras confiarle tu problema a los mahendo'sat o los kif...*

—Mandaremos las declaraciones, aceptamos toda la responsabilidad. Gracias, *ker* Rhif, Estoy en deuda.

La conexión se interrumpió con brusca descortesía.

—Que los dioses la frían —murmuró Geran.

—Por todos los dioses... —dijo Pyanfar mientras se volvía hacia Geran y la contemplaba con una furia idéntica a la suya—, le debemos un favor, *Chanur* está en deuda con ella por esto.

—Sí —dijo Geran con voz ronca. El aire surgía de lo más hondo de sus entrañas con un ruido sibilante, como si le costara recorrer el camino—. Hogar y sangre, capitana. Cuando tengamos una oportunidad.

—Cuando... —Pyanfar agitó las orejas. Los anillos tintinearón, recordándole viajes y experiencias. Estaban tratando con una Inmune. Según todos los principios de la ley civilizada, no se la podía desafiar. Pero Chanur era más antigua que cualquier clan Inmune. Era más antigua que Ehrran, en todos los sentidos—. Prepara esas declaraciones. Que venga Khym. Y pon en marcha el automed y manda las funciones vitales de Chur a la *Vigilancia*; démosle a su personal médico toda la ayuda posible y ahorrémosle tiempo a Ehrran, tanto por nosotras como por Chur.

Khym entró en el puente y empezó a revolver en los archivos legales; Tully apareció un poco después en el umbral.

—Aquí —dijo Pyanfar llamando a Tully con una seña. Se inclinó bajo su asiento para coger una sonda tipo tres del compartimento de herramientas situado bajo la consola. Extendió una garra y, para hacerle una demostración, apretó con la sonda un botón de los que no producían ningún efecto peligroso estando en el muelle. Tully la observaba y luego, dándose la vuelta, Pyanfar le metió la sonda entre los dedos. Sus ojos azules se iluminaron en una súbita comprensión y Tully apretó la herramienta en su mano—. Vamos a conseguir ayuda para Chur —le dijo—. Mientras tanto, necesitamos un tripulante, ¿eh? ¿Entendido? Botones. Controles. Dioses, no puedes leer. Usa tu imaginación. Ve con Khym, dile que harás lo que te indique, ¿puedes?

—Yo entiendo —dijo—. Hago. Trabajo, ayudo.

—Bien por ti. —Le dio una palmada en la pierna que tenía más cerca y le indicó que fuera con Khym. Se trataba de que el medio inútil ayudara al que no tenía experiencia alguna, y que entre los dos hicieran cuanto pudieran. Dioses, dioses. Dejó caer la cabeza sobre las manos y se echó la melena hacia atrás. Estaba temblando de fatiga. Oyó que alguien más entraba en el puente. Geran había vuelto con los datos disponibles de su escaso instrumental médico y se instaló rápidamente en el asiento vacío que había junto al puesto de Haral para mandar los datos a la *Vigilancia*, sin hacer un solo gesto superfluo.

*Sólo los dioses pueden saber cuánto tiempo estaremos aquí. Geran adivina el riesgo que corremos... si tenemos que salir huyendo de repente. Chur... sólo los dioses saben si en estos momentos puede pensar de forma racional. O quizá piensa que de todos modos va a morir y no quiere que perdamos el tiempo ayudándola. Condenada montañesa tozuda. Vamos al espacio. Nunca logramos sacarnos el hogar de la sangre. Dioses, dioses... Por un instante, cuando estaba tratando con la *Vigilancia*, en el rostro de Geran hubo una expresión idéntica a la que había visto en Hilfy con los kif y ninguna de esas dos expresiones parecía mostrar demasiada preocupación por la supervivencia personal. Cuando pensaba en Ehrran, el corazón de Pyanfar también se aceleraba. Meditaba en lo que había hecho, en cómo una estúpida había logrado involucrar a una pequeña nave y a una tripulación de*

comerciantes en los asuntos de los Personajes, los *hakkiktun* y, los dioses no lo quisieran, los knnn.

No les quedaba ningún sitio adónde huir aparte del hogar, y allí sólo las aguardaban acusaciones y desafíos. Con una enferma a bordo no tenían modo alguno de correr hacia ahí sin matarla. Desde aquí podían volver a Mkks. O podían alcanzar Tt'a'va'o, en una zona espacial que ninguna hani había visitado y donde ninguna sería bienvenida, o salir huyendo hacia Punto de Encuentro donde la *Orgullo* tampoco era bienvenida y unos cuantos poderes deseaban sus pieles. Quizá Chur no viviera para llegar a ninguno de esos sitios y también era posible que la *Orgullo* no siguiera intacta mucho tiempo después de su llegada.

Peinó por segunda vez su melena con los dedos, agitó sus orejas para colocar en orden los anillos y escuchó cómo Geran iba mandando los datos e insistía en que el personal médico de Ehrran enviara su acuse de recibo.

Haral entró de nuevo en el puente, aún algo mojada después de su baño. En ese momento Khym se levantó de su tablero y, sin decir palabra, le entregó a Geran el documento legal para que fuera enviado mediante telefax a la *Vigilancia*.

—¿Qué ocurre? —preguntó Haral.

—Vamos a tener aquí ayuda médica de la *Vigilancia* —dijo Pyanfar en voz baja y tranquila; y las húmedas orejas de Haral se agacharon en muda comprensión. Haral sabía de quién se trataba y por qué; sentía alivio y confesaba que no le molestaba que hubieran pedido ayuda... y todo con ese simple gesto de orejas. Esa tranquila familiaridad, amistosa y tan cercana a su propia mente, la consoló un poco. En su juventud ella y Haral habían intercambiado más de un golpe, pero eso jamás había ocurrido en las cubiertas de la *Orgullo*. Jamás, desde que se habían sentado hombro con hombro ante los controles de la *Orgullo*.

—Chur no se encuentra demasiado bien, ¿eh? —preguntó Haral.

—Su estado no es crítico —dijo Pyanfar—, pero tampoco es muy bueno. No es su estado actual lo que me preocupa.

Haral frunció el ceño y, con eso, hizo una callada mención de otras cosas: su mala suerte, la de Chur y los aliados en que se veían obligadas a confiar.

—Dientes-de-oro empezará ya la... —«*entrada de aproximación*», pretendía decir Pyanfar, y el comunicador empezó a encenderse y apagarse. Pyanfar alargó la mano hacia él, inclinándose sobre el micro—. *Orgullo de Chanur*. La capitana al habla.

No eran ni Ehrran ni Jik. Era el chisporroteo metálico de la línea de comunicación protegida que las unía con el muelle.

—... *kokkitta ktogotki, Chanur-hakto. Kgoto naktki tkki skthokkikt.*

—Por todos los dioses, no pienso abrir esa escotilla.

—... *kohogot kakkti hakkiktu.*

—Ni tan siquiera para él.

—*Khoiakku. Sphitktit ikkti ktoghogot.*

—¡Usa la jerga!

—... *Regalo. Del hakkikt.*

Pyanfar tragó aire y alzó los ojos hacia Haral, viendo cómo sus orejas se agachaban. «No me lo preguntes», significaba esa expresión. «Ya sabes las opciones que nos quedan».

—Ya voy —dijo Pyanfar por el comunicador—. Kgakki tkki, skku-hakkik-tu. — Las palabras corteses rechinaron entre sus labios. Y, cuando el contacto quedó cortado, dijo—. Dioses, ¿qué más nos ocurrirá? Khym, Tully. Haral y yo vamos a la escotilla. Decidle a Tirun y a Hilfy por el comunicador que se reúnan con nosotras en la cubierta inferior... armadas, y rápido. Geran: pon esa cámara en funcionamiento. —Pyanfar se levantó de un salto en tanto que Haral se dirigía ya hacia el armario que contenía las pistolas—. Y, Khym, cuando hayas hecho eso, pon la onda corta y avisa a Jik de que tenemos kif acercándose a nuestra escotilla con regalos. *¡No uses las líneas de la estación! ¿Entendido?*

—Bien —dijo Khym. Se cambió al asiento de Hilfy, y empezó a manipular los controles del comunicador. Sin protestas. Dioses, los machos se habían logrado aclimatar y empezaban a resultar útiles... *algo* había ocurrido en algún momento y el peso que había estado empujando cuesta arriba desde el puerto de Anuurn empezó a moverse por su propio impulso. Cogió la pistola ligera que Haral le rendía, comprobó el seguro a toda velocidad y salió del puente un paso por delante de Haral.

—Regalos —murmuró Pyanfar al mismo tiempo que Haral se colocaba a su altura una vez en el pasillo principal—. ¡Regalos! Así es cómo nos metimos por primera vez en este maldito jaleo, Knnn. Chur enferma. La *Vigilancia* con sus juegos. Y un maldito kif quiere darnos regalos.

Con Dientes-de-oro en las últimas fases de su aproximación al muelle, perdían el escudo espacial que les había proporcionado. A partir de ahora, su más importante misión iba a ser prepararse para una rápida desconexión del muelle y, en cualquier instante, una loca carrera para defenderse.

Habían sorprendido a la estación con la guardia baja. Era un truco bastante sencillo eliminar a una estación... bastaba con emerger del salto llevando consigo unas cuantas rocas cargadas de velocidad lumínica y dejar que siguieran su curso... si el atacante carecía de escrúpulos.

Y, recordaba constantemente Pyanfar, en la reputación de Akkhtimakt no se incluían los escrúpulos, ni tan siquiera los pocos que pudieran tener los kif.

Hilfy y Tirun se reunieron con ellas ante el ascensor de la cubierta inferior, armadas con pistolas que habían sacado del armario situado en ese nivel, con las orejas pegadas al cráneo y las dos más mojadas de lo que había estado Haral.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Tirun mientras iban por el corredor hacia la escotilla.

—Tenemos un regalo de Sikkukkut —murmuró Pyanfar. Miró de soslayo hacia Hilfy, pero en su expresión no parecía haber nada excepto atención hacia el problema que tenían entre manos—. Al menos, eso es lo que han dicho: el último regalo no me gustó demasiado y, por los dioses, como Sikkukkut me entregue otro desecho sin orejas al que atender, se lo daré de alimento a Skkukuk y así arreglaremos dos problemas de una vez.

—No me gusta —dijo Haral—. No me gusta nada. Capitana, deja que Tirun y yo nos encarguemos de lo que haya en la escotilla. Podríamos encontrarnos con más kif de lo que esperábamos y podrían sabotear esa compuerta...

—La esclusa de aire les da una buena ventaja de posición —dijo Pyanfar—. Geran, ¿tienes imagen de ellos?

—*No, capitana... veo a uno en la curva; hay más, pero no han avanzado y la luz de ese tubo de acceso es pésima.*

—Condenado embrollo —murmuró Pyanfar—. Sigue a la escucha, Geran.

Un solo disparo procedente de su esclusa de aire hacia el tubo de acceso podía dejarlas expuestas bruscamente al vacío, aunque fuera un simple disparo de una pistola; y Kefk estaba repleto de suicidas en potencia dispuestos a jugarse la vida suponiendo que las hani vacilarían durante ese segundo esencial, antes de llevarse por delante a sus oponentes.

—Podríamos manejarlo todo desde la sala de control inferior —dijo Haral.

—*Sfik* —respondió Pyanfar, sacando la pistola de su bolsillo y quitando el seguro—. Además, si hay algo que no necesitamos es un sabotaje en esa compuerta: es una esclusa de aire, no lo olvides. Entraremos tú y yo, prima. Hilfy y Tirun se encargarán de vigilar la retaguardia. Quiero que tengáis la mano bien cerca del interruptor de cierre. Y, Geran, por los dioses, mantén los ojos bien abiertos ahí arriba.

—*No los pierdo de vista* —dijo Geran.

Tirun tenía las orejas echadas hacia atrás. Si por ella fuera, no habría vacilado en poner en acción el sello de emergencia, algo en lo que Geran la habría apoyado. Hilfy estaba ahí porque, casualmente, se encontraba en la cubierta inferior, y mandarla al puente habría sido como decir algo que Pyanfar no tenía ningún deseo de pronunciar en voz alta.

—Ya —dijo Tirun por todo comentario.

Doblaron la esquina que llevaba hasta la compuerta.

—Geran. Sólo la compuerta interior, Geran.

Ssssnnk. La gran compuerta interior se abrió al instante y ante ellas brillaron las blancas luces de la entrada. Tirun tomó posición al borde de la compuerta, donde estaría algo más protegida de los disparos y tendría una fracción de segundo más para sobrevivir a una descompresión explosiva, con la mano izquierda sobre el interruptor de emergencia. Hilfy se quedó al otro lado de la compuerta con el arma preparada.

—Calma —dijo Pyanfar; y entró en la escotilla con Haral detrás—. Geran, abre.

La compuerta exterior se abrió con un susurro. Un kif se alzaba solitario a cierta distancia de ella, bajo el resplandor anaranjado de las luces, sus dos manos bien visibles. No pareció sorprenderse ante el par de pistolas que le apuntaban y, muy sabiamente, no hizo ningún movimiento brusco.

¿*El mismo Sikkukkut?*, se preguntó Pyanfar. Pero no era tan alto, como Sikkukkut. Olía distinto. Pyanfar notó el aroma característico de la estación de Kefk, moho y amoníaco, que había entrado con él por el tubo, un olor capaz de erizar el vello en una espalda hani. Arrugó la nariz. *Dioses, soy alérgica a esos bastardos...*

—El *hakkikt* lo envía —dijo el kif—. ¿Aceptarás el regalo?

—¿Qué regalo?

El kif se volvió lentamente.

—¡Kktanankki! —gritó. *Traedlo...* una palabra que implicaba otros matices aparte del *traer*, como, por ejemplo, que el regalo era capaz de caminar.

Un débil sonido le llegó de más allá, al otro lado de la esquina del tubo de acceso. Aparecieron más kif, una oleada de sombras con el rojo y oro de una hani en el centro, una hani que vestía unos harapientos pantalones de seda azul.

A Pyanfar el corazón le dio un vuelco debido a la sorpresa y porque reconocía ese rostro: la revuelta melena con el tono bronceado de las tierras situadas al sur de Anuurn, la oreja izquierda medio arrancada, una cicatriz negra que hendía la boca y el mentón.

—Dur Tahar —dijo Pyanfar.

La capitana de la *Luna Creciente* alzó sus ojos cuando los kif la condujeron hasta el umbral de la escotilla. Parpadeó y sus orejas se irguieron, cayendo de nuevo cuando el primer kif y otros dos más la hicieron cruzar el umbral hasta encontrarse bajo la luz blanca de la entrada. Tenía los ojos del mismo color bronce que la melena, salvajes, duros y con un brillo de locura.

—El *hakkikt* te entrega a tu enemiga —dijo el primer kif—. Sus saludos, Chanur.

—Y los míos a él —murmuró Pyanfar.

—Kkt —dijo el kif y se dio la vuelta haciendo oscilar su túnica. Se marchó seguido de sus oscuros compañeros, con la típica parquedad de cortesías que utilizaban los kif.

—Mi tripulación —dijo Dur Tahar. Intentó que su voz sonara tranquila y firme pero fracasó—. ¡En nombre de los dioses, Chanur... síguelos! ¡Pregunta por ellas; sácalas de ahí!

Pyanfar dejó escapar el aire de sus pulmones y volvió a inhalar, cruzando luego la entrada para seguir a los kif que se alejaban por el tubo de acceso.

—¡Capitana! —gritó Haral a su espalda; pero Pyanfar sólo llegó hasta la curva del tubo, donde podía ver el grupo de kif que esperaban al pie de la rampa—. ¡Skkuhakkiktu! —gritó dirigiéndose hacia el montón de sombras—. ¡Quiero al resto de las hani! ¿Entiendes?

El kif frenó el paso hasta detenerse y alzó los ojos hacia ella mientras sus seguidores se detenían también a su alrededor.

—Díselo al *hakkikt* —gritó Pyanfar, y su voz resonó por la helada extensión de la rampa—. Aprecio su regalo. Dile al *hakkikt* que quiero al resto de las hani. Es muy importante para mí. ¡Dile eso!

—Kkt. Chanur-hakto. Akktut okkukkun nakth haktihakkikta.

Algo sobre que transmitiría el mensaje. Los detalles y sutilezas de cuándo o con qué rapidez lo haría se le escapaban, entretejidos en las palabras que los kif usaban unos con otros igual que si fueran afilados cuchillos.

—¡Asegúrate de hacerlo! —gritó ella.

El kif se inclinó ante Pyanfar con una gesto fluido, se dio la vuelta y siguió bajando por la rampa rodeado por sus compañeros. Pyanfar torció el gesto, puso el seguro de la pistola de un golpe seco y luego se dio la vuelta y subió presurosa hacia la escotilla.

—¡Cierra, Geran! —gritó Pyanfar por el comunicador—. ¡Y asegúrate de que sigue así!

La puerta emitió un silbido a su espalda y los sellos electrónicos quedaron en su lugar con un golpe ahogado.

—¿Dónde está tu tripulación? —le preguntó a Tahar.

—Según mis últimas noticias, en la central de la estación. —Tahar se tambaleó cuando Haral la cogió por el brazo y la hizo cruzar el umbral hacia el calor del pasillo: tenía las manos atadas. Mientras lo cruzaba, Tahar miró primero a Hilfy, que estaba a su izquierda; y luego a Tirun, a su derecha. Con Hilfy, cuya madre era del clan Faha, tenía pendiente un pleito tan espinoso como el que tenía con Chanur. Pero Dur Tahar no mostró en su expresión ni una sola chispa de animosidad o desafío: cuando Pyanfar la empujó contra la pared del corredor, en su rostro sólo había cansancio y abatimiento—. ¡Sácalas de ahí! —dijo Tahar con voz ronca—. Chanur, lo que quieras, pero sácalas de ahí. Rápido.

—Tirun, ¿tienes un cuchillo?

—Sí. —Tirun sacó su cuchillo plegable del bolsillo, hizo que Tahar se pusiera de

cara a la pared y cortó las cuerdas que le ataban las manos. Luego le hizo dar otra vez la vuelta para cortar la que tenía alrededor del cuello. Una vez hubo acabado, se guardó los trozos de cuerda en el bolsillo, como la veterana bien ordenada que era. Mientras, Dur Tahar se había apoyado en la pared y se frotaba las manos para hacer que circulara la sangre, los ojos algo vidriosos por la conmoción.

—Desde luego, no pensaba volverte a encontrar en estas circunstancias —dijo Pyanfar.

—Cuando llegaste estábamos fuera de nuestra nave. Nos mantuvieron en las oficinas... Dioses, no me importa lo que hagas conmigo, pero *haz que los kif las suelten*.

—Voy a intentarlo. Cuando fui al tubo de acceso le mandé un mensaje a Sikkukkut. No estoy segura de tener suficiente crédito con él como para ser escuchada por el *hakkikt*, pero creo tener el suficiente como para que le llegue el mensaje.

Dur Tahar se apartó de la pared.

—¡Puedes hacer algo más que eso, Chanur!

—Oye, Tahar, si me das algún problema morirás sin orejas. ¿Me has entendido?

—Sí. Pero hazlo. *Habla* con ellos. Ya sabes lo que harán...

—Lo sé. Pero antes de hacer nada, el kif debe recibir el mensaje. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Voy a llamar a la *Harukk* por el comunicador. Y ahora, supón que me cuentas lo que estabais haciendo en el puerto y dónde se encuentra Akkhtimakt. Quizás eso pueda darme algo con qué hacer un trato, ¿eh?

Tahar apretó los labios. Señaló vagamente hacia el exterior, hacia otro lugar, nadie sabía dónde, y al mismo tiempo alzó los ojos.

—Ahí. Ahí fuera. En Kshshti, muy probablemente. —Su voz había quedado reducida a un mero fantasma—. Si quieres nuestra promesa, yo te la doy. Cualquier cosa. Pero, en nombre de los dioses, no permitas que mueran así.

Pyanfar se la quedó mirando. Las viejas palabras significaban algo en Anuurn; palabras como «*nuestra promesa*», como «*dan*» y «*ley*» y otras cosas igualmente ajenas a este lejano y oscuro lugar donde se habían metido, en la moderna era donde la *Vigilancia* y los *stsho* actuaban como aliados.

—Estamos muy lejos del hogar. Muy lejos. Tahar.

Dur Tahar apoyó su cabeza en la pared y cerró los ojos.

—Se volverán contra ti. Tanto los mahendo'sat como los kif. Lo harán. Fíjate en mi ejemplo... sal de aquí. Líbrate de todos ellos y corre, Chanur.

—¿Sabes de algún sitio hacia donde pueda ir?

Dur Tahar abrió sus ojos y la miró. En su mirada había todo el dolor, el cansancio y el miedo acumulados durante meses y años de huida.

—No. Al final, no. No si eres como yo, y realmente te estás acercando muy

aprisa, ¿no, Chanur?

No era algo que ninguno de los presentes hubiera esperado ver: la capitana de la *Luna Creciente* sentada ante la mesa de la cocina de la *Orgullo*, junto al puente, bebiendo la taza de *gfé* que Geran le había puesto entre los dedos. Dur Tahar bebió y Pyanfar la miró, sentada al otro lado de la mesa con una taza en sus manos y con la tripulación apretujándose entre los armarios con la comida que Tully había logrado preparar: dos machos en la cocina... pero Dur Tahar se encontraba en tal estado que apenas si se tomó la molestia de mirar con suspicacia a Tully y, en cuanto a Khym, ni tan siquiera hizo eso.

Sabía que Tully estaba con nosotras, notó Pyanfar. O. *al menos, sabía que eso era posible. Por lo tanto, el rumor ha llegado hasta Akkhtimakt.* Tirun estaba otra vez en su puesto, intentando hablar con la *Vigilancia* para preguntarles por la ayuda médica y avisar a Jik de lo ocurrido con Tahar... («Deja que me encargue de este turno», se había ofrecido Tirun mientras Geran iba a ver cómo estaba Chur. «De acuerdo», dijo Pyanfar. Y, sin que las demás se enteraran: «Pon el fuego algo alto bajo la *Vigilancia*, ¿eh? Discretamente. Malditas sean... Haz que se den un poco de prisa»). Khym, Haral, Hilfy y Tully estaban pegados a las paredes, con las pistolas en las caderas, todos con armas salvo Tully. Tahar bebía su *gfé* en silencio, los ojos clavados en el infinito.

—Quiero que me lo cuentes todo sin rodeos —le dijo Pyanfar—. Quiero toda la historia, *ker* Dur. Y aprisa. Cuéntamela.

Sus ojos perdieron la lejanía y los enfocó en ella.

—Mi tripulación...

—La *Mahijiru* está en el muelle, Dientes-de-oro está recibiendo ahora las líneas de comunicación. Pronto empezaremos a tener movimiento por parte de los kif. Las naves no andan muy sobradas de tripulación, igual que nos pasa a nosotras. Ni siquiera los kif tienen mucha. Tus primas están a salvo por el momento... los kif no harán nada hasta no recibir una orden directa de Sikkukkut, o hasta que Sikkukkut encuentre el tiempo necesario para ocuparse de ellas. Y ahora Sikkukkut está realmente ocupado, puedes estar segura de ello. Bébetelo eso. Mi oficial de turno está hablando con la *Aja Jin*. Hacemos más de lo que parece. Pero si intentas engañarme, Dur, yo...

—No. —Tahar tomó un sorbo. La taza temblaba en sus manos—. Te has buscado compañías peligrosas. Ese *hakkikt* tuyo...

—No es mío.

—... está ganando, ¿lo entiendes? Los kif piensan que Akkhtimakt ya ha perdido. La noticia se está difundiendo... ¿Conoces bien a los kif?

—Lo suficiente como para ir tirando, y eso ya es más de lo que deseaba

conocerles.

—Yo sí les conozco, dioses, créeme. *Sfik*. Esos condenados kif cambian de bando tan aprisa como un stsho en una situación parecida a ésta. Dos kif en la cumbre y ambos prácticamente iguales: Sikkukkut y Akkhtimakt... los dos sirvieron en distintos cargos al *hakkikt* Akkukkak hasta que desapareció, y ahora los dos han conseguido que todo el espacio kif se convierta en un caos. Cada ráfaga de viento, cada susurro que viene con ella... los kif corrientes lo huelen y cambian de política. Y, de repente, Akkhtimakt se convierte en un pececito sin importancia. Su acción en Kita fue una gran amenaza; dioses, es de Akkht, un pez gordo... tiene al poderoso *skkukun* cazando a todos sus rivales en el planeta natal, en tanto que Sikkukkut no es más que un jefe provincial de Mirkti que ha subido algo, por todos los dioses. *Pero los mahendo'sat le conocen*. Sikkukkut ha sido vecino suyo durante mucho tiempo, están acostumbrados a tratar con él; y de hecho están *tratando* con él. ¿Lo ves? De repente Akkhtimakt se ha convertido en un kif que está muy lejos de su base de poder y que, además, lo está perdiendo. Sikkukkut está operando en su propio territorio. Usa sus viejos enlaces. Sikkukkut ha hecho disminuir el poder de Akkhtimakt... gracias a ti y a los mahendo'sat. Sí, le ha dejado realmente mal.

Pyanfar apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Dónde encaja la *humanidad* en todo esto, eh?

En los ojos de Tahar se veían círculos blancos y, por un segundo, sus pupilas se contrajeron mirando a Tully. Pero Tahar no volvió la cabeza, ni tan siquiera cuando Geran entró sin hacer ningún ruido en la habitación y se quedó inmóvil, con los brazos cruzados y un presagio de tempestad en el rostro.

—Los humanos van a llegar —dijo Tahar—. Se están moviendo despacio... pero eso ya debe habértelo contado tu aliado.

—¿Te refieres a Sikkukkut?

—Me refiero a este humano. O a los mahendo'sat. El programa de Akkhtimakt era detener a las naves humanas; mantenerlas fuera del espacio del Pacto. O ir las cazando una a una en los límites de éste. Tal y como lo entienden los kif, los humanos son aliados de los mahen. Pero Sikkukkut tiene a los mahendo'sat trabajando con él. Y te tiene a ti, los Ojos del *han*. Por el dulce nombre de los dioses... tiene su propio humano domesticado. ¿Cómo se puede luchar contra semejante combinación? Kefk observó la situación y todos los partidarios de Akkhtimakt allí presentes empezaron a mirar con cuidado a sus vecinos y a calcular de nuevo todos sus compromisos... he pasado antes por ello. Un kif examina la situación, calcula su propio *sfik* y si representa alguna ventaja para el otro bando y, si no la representa, sabe que sus vecinos están calculando también y uno de ellos puede intentar obtener más *sfik* matándole. Si mata a su atacante tendrá más *sfik* de momento, pero si de repente consigue demasiado, puede dar la impresión de que es una amenaza y perder todo el

beneficio que eso le proporcionaba. Es un juego sangriento, Chanur. Llevo dos años jugando a él.

—Parece que has dado un paso en falso, ¿no?

—Oh, lo intenté. Los kif no entienden a las hani, eso es todo; no saben cómo funcionan nuestras mentes, no durante una crisis... pero saben que somos distintas. Para su inteligencia, nuestra forma de elegir bando no es ni predecible ni racional. Y eso es lo que nos sucedió. No tuvimos ocasión de cambiar de bando. Estábamos en una oficina... el personal apareció de repente, sin avisar, y mató a un kif que ocupaba una posición demasiado elevada: demasiado *sfik*, no se podía confiar en él. Cogieron a unos cuantos más para entregárselos a Sikkukkut para... oh, dioses. —Tahar se estremeció y dejó la taza con las dos manos sobre la mesa—. Mi tripulación, Chanur, mi tripulación... Sikkukkut me ha entregado como regalo. Tengo el *sfik* suficiente para ello. La situación también lo tiene. Pero mis primas... si no las sacas de ahí... Chanur, he visto lo que sucede cuando un kif quiere celebrar algo. Lo he visto.

—Estoy trabajando en ello. Te doy mi palabra, Tahar. Bien saben los dioses que te rompería alegremente el cuello si las cosas fueran distintas. Pero ahora y aquí no, desde luego, no de ese modo. Estoy ejerciendo todo el poder con que cuento. ¿Quieres un poco más de *gfé* caliente?

—No.

—Anda, tómalo. Te sentará bien. —Cogió la taza de Dur Tahar y se la tendió a Tirun para que volviera a llenarla, luego la dejó ante las manos de Tahar—. ¿Tienes noticias del hogar?

Tahar alzó sus ojos hacia ella con cierta aprensión.

—Seré breve —dijo Pyanfar. Dioses, sentía un sabor amargo en la boca al tenerle que comunicar las noticias que antes, por sí solas, habrían bastado como venganza—. Tahar está en apuros... pero supongo que eso ya te lo pensabas. No sé cuál es su magnitud, ni si son internos en parte. Tampoco sé lo que está pasando ahora en Anuurn, pero eso también puedes imaginártelo. Tahar tuvo problemas el año pasado para conseguir cargamentos. La *Victoria*, la *Fuego Solar* y la *Anillo Dorado* están trabajando en zonas muy distantes, según mis últimas noticias, tan lejos de los kif como pueden. Si manejan su propia mercancía, alguien empieza a preguntar si no se tratará de bienes robados que pretenden camuflar; si son mercancías de otros, entonces tienen que depositar una garantía para evitar que decidan robarla ellas mismas.

—¡Basta, Chanur!

—Te estoy diciendo la verdad. ¿Qué esperabas haber hecho por la reputación de Tahar? ¡Maldita seas, ya sabías todo eso cuando te marchaste con los demás kif de Gaohn! Al menos, podrías escucharme y enterarte de ello.

Las orejas de Tahar se agacharon y dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco.

Daba la impresión de que saltaría por encima de la mesa en cuanto hubiera tragado aire, pero un instante después dejó escapar un largo y tembloroso suspiro, inclinó la cabeza y sacó las garras, dejando reposar sus puntas sobre la dura superficie.

—Por los dioses, no me dejas mucho donde elegir. ¿Qué debía hacer? ¿Volver a casa y enfrentarme con mi hermano? ¿Seguir llevando los cargamentos de Tahar después de lo que los kif hicieron con las hani de Gaohn?

—Sabías que eran kif cuando decidiste dormir en la misma cama que ellos.

—También tú lo sabes. —Tahar alzó la cabeza, sus ojos rojo bronce ardían con dos centros de oscuridad—. Recuerda eso. *Recuerda* eso, Pyanfar Chanur. No puedes librarte de tu clan como si fuera vello viejo. Nunca podrás. Tus acciones afectan a tus parientes en casa. Y los kif son kif y las hani son hani, y al final nadie puede confiar en el otro bando. Sácanos de aquí. Saca a mi tripulación y regresemos a *casa*, Chanur, ¡por todos los dioses, te lo estoy suplicando en su nombre, vamos las dos a casa!

—*Capitana*. —La voz de Tirun por el comunicador de la pared—. *La Vigilancia transmitiendo, cito: «Hay personal de Tahar a bordo». Lo estoy leyendo tal y como nos lo han enviado, capitana. «Exigimos que prepare la transferencia de dicho personal a la custodia de la Inmune».*

—Que los dioses las pudran —murmuró Pyanfar, y se levantó del banco sobre el que estaba sentada.

—Ehrran —murmuró Dur Tahar con una voz cargada de oscuros presagios. Se levantó con el gesto brusco que hizo que todas las tripulantes de Chanur se apartaran de sus puestos junto a la pared. Las orejas de Tahar se agacharon rápidamente, alarmadas, y volvió a dejarse caer en su asiento.

—La ley —dijo Pyanfar—. Están aquí, Tahar. La ley del *han*. Han estado buscándote durante dos años.

—Chanur... ¡acepta mi palabra!

Encárgate de mi custodia, quería decir Tahar; de clan a clan. Que la llevara de vuelta a la justicia de Anuurn, bajo la custodia de Chanur. Eso quizá pudiera hacer callar a los enemigos de Chanur; y humillar a Rhif Ehrran. Eso era lo que le estaba ofreciendo Tahar, sabiendo muy bien qué le ofrecía.

Claro que los resultados podían ser totalmente opuestos.

Pyanfar clavó sus ojos en los de Dur Tahar rodeada por el semicírculo de tripulantes Chanur, y el vello se erizó en toda su espalda. *Dioses, que deba tener miedo. Que una hani deba mirar a otra de este modo y tenga que preocuparse por el han.*

Pasó bruscamente junto a ella y se dirigió al puente.

—¡Chanur!

Pyanfar miró hacia atrás y vio a Tahar con la mano de Haral apretando firmemente su brazo. Pyanfar alzó el mentón en un gesto que dejó nuevamente libre a

la capitana Tahar, se dio la vuelta y siguió el estrecho pasillo que trazaba una curva hacia el puente.

—¿Siguen en línea? —le preguntó a Tirun, sentada en el puesto de comunicaciones número uno, mientras ocupaba su propio asiento.

—En el dos de tu tablero —dijo Tirun y Pyanfar hizo girar su asiento y conectó ese canal en el control, activando también la grabadora.

—Habla Pyanfar Chanur.

—*Rhif Ehrran* —fue la respuesta transmitida por el tablero hasta el altavoz general, en tanto que las demás iban apareciendo en el puente para escuchar la conversación—, *tenemos entendido que los kif te han entregado a una Tahar.*

—Correcto, *ker Rhif.* Dur Tahar. Nos ha contado que sus parientes siguen bajo custodia por las fuerzas del *hakkikt* y que se encuentran en inminente peligro. Hemos pedido de inmediato por todos los canales que están a nuestro alcance su liberación. La mantendremos a bordo hasta que la situación se haya calmado un poco en los muelles...

—*Has hecho todo eso sin notificárnoslo.*

—La notificación al *hakkikt* era un asunto de emergencia. Hay vidas hani en peligro. Respecto a la situación general, Tahar apareció en mi compuerta custodiada por los kif sin que se me avisara de antemano. Y, si se me permite, deseo recordarle a esta enviada que no hablamos por un canal protegido.

—*Chanur, estás poniendo obstáculos a una orden del han.*

—Para que sea registrado, Tahar nos ha pedido que aceptemos su custodia.

Un instante de silencio total al otro extremo. Luego:

—*Cooperación, Chanur. No aceptes esa custodia. ¿Me has oído? ¿Me has oído? Quieres nuestra cooperación, ¿no? Pues nosotras queremos la tuya. Entrégala.*

El pulso de Pyanfar pareció perder el compás. Durante un segundo sus ojos se volvieron hacia la luz verde de la grabadora. Sabía que la conversación estaba siendo grabada en los archivos de la *Vigilancia* y, por ello Pyanfar quería tener una cinta de todo aquello en los registros de la *Orgullo*.

—Entonces, ¿estás dando a entender que nuestra petición de ayuda médica para una tripulante enferma depende de que rechacemos la petición de Tahar?

Otro silencio. La trampa resultaba demasiado obvia. *Rhif Ehrran* era demasiado cautelosa como para confirmar eso si había alguna posibilidad de que sus palabras quedaran registradas.

—*Nada de eso, Chanur. Pero no pienso enviar a tripulantes mías para que se vean mezcladas en una situación de la que no me fío. Y, en tanto se resuelve este asunto, no voy a tomar ninguna decisión sobre lo que se me ha pedido.*

—¡Que los dioses te pudran, estás hablando de una tripulante que se encuentra muy grave y, por los dioses, no tenemos mucho tiempo! Eres una...

Click.

—¡Los dioses te lleven!

La voz de Tirun, sin perder la calma:

—¿Lo archivo todo?

—Archívalo. Archívalo hasta el mismo segundo en que cortó. —Pyanfar desconectó la grabadora. Cuando hizo girar su asiento descubrió que estaba temblando y al contemplar los rostros que la rodeaban sintió un agudo dolor en sus entrañas: Geran, y Tahar...— Geran —dijo Pyanfar con toda la calma que pudo encontrar, dirigiéndose a la rabia asesina que veía en sus ojos. Y luego, sintiendo la más profunda vergüenza—, Tahar. Sigo intentándolo.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Tahar con un hilo de voz—. Chanur, ¿qué está pasando?

—La *ley*. La ley que te busca me dice, por todos los dioses, que debo dejar morir a Chur Anify si no te entrego ahora mismo. Eso es lo que ha ocurrido en Anuurn después de Gaohn. En eso se ha convertido ahora el *han*, un montón de espías que rellenan impresos, dispuestos a conseguir pruebas a toda costa. La ley se impone mediante la amenaza, la ley del provecho, los beneficios y las ganancias políticas: eso es lo que hemos conseguido. Tratos con los *stsho*. Compras y ventas. Maldita sea, las *hani* sienten tal ansiedad por aventajar a sus rivales, que no ven nada más... no nos ven ni a ti ni a mí, Tahar. Somos un par de estúpidas, maldita sea... Yo te vigilaba mientras tú hacías lo mismo. Las dos peleábamos una con la otra, igual que hacían nuestros machos, y mientras tanto, las viejas de Naur y Schunan se lamían los bigotes y planeaban cómo arrancarnos la piel a las dos. Usaron a Ehrran. Los *stsho* encontraron una grieta en nosotras y la utilizaron, aún lo hacen... dinero *stsho*; y la condenada estupidez *hani* encarnada en Ehrran. Por todos los dioses, Tahar, ayudaré a tu tripulación, lo juro. Pero me piden que te entregue a Ehrran junto con tu tripulación, y no veo el modo de evitarlo. Tengo a bordo una enferma y hay un salto por delante, sólo los dioses saben cuándo. Ellas tienen la ayuda médica que puede salvarla, y piensan jugar sucio...

—Mi hermana —dijo Geran en voz baja. En su voz había una ronca dureza que nunca había mostrado antes y, aunque se callara, estaba muy claro que Geran tenía muchas cosas que decir. Una vergüenza, sí, era una vergüenza que semejante trato tuviera que cargarse en la cuenta de Chanur y Anify, y no se podía hacer otra cosa.

—Chanur —dijo Tahar, con las manos apretando el acolchado del asiento del piloto hasta que las garras abrieron surcos en él—. Chanur, soy un regalo, un regalo *kif*, ¿entiendes? ¿Acaso quieres que el *hakkikt* piense que Chanur no es capaz de conservar lo que le entrega?

—Dioses, ahora estás hablando igual que un *kif*.

—Estás tratando con *kif*, Chanur. Te encuentras en su estación. Éste es su juego,

no el juego del *han*. Tampoco es el tuyo. Si me entregas al *han* pierdes *sfik*. Y a causa de ello, puedes acabar perdiendo la vida. Puedes perder cuanto tienes.

—¡Cállate, Tahar!

—¡*No me eches, todavía no!* Dioses, Chanur, si piensas perderlo todo, al menos saca antes a mi tripulación de ahí, ¡hazlo mientras tengas todavía el *sfik* suficiente para hacer tratos!

—Tengo a una tripulante enferma, maldita sea, no tengo tiempo suficiente para hacer tratos.

—Te matarán. Los kif te matarán si das un paso en falso. ¿Me oyes? ¿Dónde quedará entonces Chur Anify o cualquiera de vosotras, eh? ¿Piensas que las vidas de Tahar son las únicas que se encuentran en juego en esta maldita estación olvidada de los dioses?

Otro silencio, aún más profundo y letal. La tripulación escuchaba. Tully estaba tenso y pálido, aunque no entendiera gran cosa de lo que se decía.

—Quizá... —La voz de Geran, casi inaudible, ronca y áspera—. Quizás un médico mahen... Capitana, quizá Chur estuviera mejor atendida por alguien que no perteneciera al personal de Rhif Ehrran. No confío en ella. Y sé lo que piensa Chur.

Por todos los dioses, ¿qué nos está pasando? Los ojos de Pyanfar se llenaron de tinieblas, un túnel que se iba estrechando y en el cual sólo podía ver un camino posible, iluminado claramente por un resplandor blanco.

—¡No, *por todos los dioses!* No vamos a consentir que esa lamepiés vestida con pantalones negros nos haga esto. ¡Tirun! Quiero hablar con Jik. —Pyanfar hizo girar su asiento hacia el tablero y conectó bruscamente el grabador de comunicaciones—. Prioridad... —El comunicador se activó—. La *Orgullo de Chanur* a la *Aja Jin*, prioridad, prioridad; aquí Pyanfar Chanur. Quiero hablar con el capitán... —Y, al oír el confuso zumbido de una voz mahen, añadió—: *Venga, tripulante...* Tirun, por todos los dioses, dame esos informes médicos. —Empezó a teclear en los controles, trabajando en dos bancos a la vez—. ¿Dónde has metido ese condenado informe, en un infierno mahen?

—En el cuatro, capitana, en el cuatro de tu ordenador, estoy buscando el...

—*Aja Jin*, prioridad, transmisión de ordenador preparada para que la reciban... ¡*Dónde está Jik, así se os pudran los ojos!*

—*Tengo* —le respondió una voz más grave que la anterior.

—¡Jik, coge los datos de nuestro ordenador y manda aquí un médico, prioridad, prioridad uno! Mahen, hani, no me importa quién sea, pero date prisa, código uno, ¿entendido? ¡*Date prisa, Jik!*

—*Tú tener. Listo tú mandar.*

Pyanfar envió los datos, dos golpes de tecla.

—*Tener. Nosotros ir, ir.*

—¡Rápido! —Cortó la conexión y dio nuevamente la vuelta a su asiento—. Tirun, programa en los archivos una emergencia médica. Archiva también nuestra llamada. —Se apoyó en el asiento y contempló a su tripulación y a Tahar, que parecía sentir una oscura satisfacción ante todo lo ocurrido—. Al parecer, aquí hay más de una forma para conseguir lo que quieres. Ahora, Ehrran ya puede dedicarse al juego político con una llamada de emergencia.

Era peligroso. Moverse de repente y sin avisar en una estación llena de kif nerviosos podía tener resultados totalmente imprevistos. Pero quedarse quieta resultaba totalmente inconcebible. Miró a Geran, que tenía las orejas echadas hacia atrás y los ojos rodeados por círculos blancos enmarcando destellos negro y ámbar.

—Bueno, hemos metido a Jik en el asunto —dijo Pyanfar—. Y, por todos los dioses, si puede hacer que Pantalones Negros venga a Kefk, estoy condenadamente segura de que podrá hacer venir aquí ayuda médica hani, tanto si a Rhif Ehrran le gusta como si no y, maldita sea, harán lo que deban hacer.

Geran le dirigió una sonrisa que distaba mucho de ser agradable, un mero fruncimiento de sus labios. El resto de la tripulación no hizo ni tan siquiera eso: una mirada preocupada de Khym, una todavía más preocupada de Tahar y, de Tully, unos ojos perdidos en el vacío, claramente angustiados. Puso la mano sobre el hombro de Haral, interrogándola con la mirada.

—Vamos a conseguir ayuda para Chur —dijo Pyanfar con deliberada sencillez, en beneficio de Tully, y se levantó de su asiento—. Tahar, tu tripulación tiene toda mi ayuda, sin condiciones. No soy Rhif Ehrran. Si intentas engañarme o interponerte en mi camino, me limitaré a romperte el cuello y mandaré tus restos a los kif. Y deja que te diga claramente algo más: mi tripulación no se encuentra en condiciones de tratarte con paciencia, así que vigila tus palabras. Andamos cortas de sueño y, maldita sea, nos enfadamos con facilidad. No sé si podría salvarte en caso de que hicieras enloquecer a cualquiera de nosotras. *¿Me has entendido?*

Las orejas de Tahar cayeron hacia atrás y su cuerpo se encogió visiblemente. Era la verdad, al menos en parte todavía era totalmente cierto. Y Tahar, al parecer, no dudaba de ello.

—Será mejor que nos preparemos para la visita —dijo Pyanfar, mirando a Haral—. Tirun, sigue en tu puesto. Ya sabes con quien has hablado. Hilfy. Khym, por el momento instalad a Tahar en el camarote de Tully. —Era uno de los pocos sitios en toda la nave que resultaban relativamente seguros y, al menos, tenía una cama—. Venga. Geran... cuida de Chur, eso es todo.

La tripulación partió en todas direcciones, con excepción de Tully. Sus ojos seguían perdidos en el vacío... asustados, llenos de ansiedad. Chur. Probablemente, eso era cuanto había sacado en claro de todo el asunto. Después de Hilfy, era su amiga más próxima. Pyanfar se acercó a él y le puso la mano en el brazo. Tenía las

garras a medio salir. En los ojos de Tully había algo cercano a la histeria y Pyanfar le apretó fuertemente el brazo para hacerle reaccionar.

—Eh —dijo Pyanfar—. Todo va bien, ¿de acuerdo?

—Tahar —dijo él—. Kif. Kefk. ¿Qué hacer, Pyanfar? ¿Qué hacer, qué hacer?

¿Qué pretendes? ¿Qué clase de juego andas jugando? Confiaba en ti. ¿Qué está pasando, Pyanfar?

—Capitana —dijo Tirun—, el grupo de Jik se acerca por el muelle. Dentro de unos tres minutos estarán aquí. La *Mahijiru* pregunta si queremos ayuda.

—Afirmativo. —Se apartó de Tully y se encaminó al puesto de Tirun, apoyándose en el respaldo de su asiento.

—Mensaje de los kif —dijo Tirun—. Es la *Harukk*.

Así que los posibles problemas planteados por su truco empezaban a dejarse notar.

—Responde: emergencia médica. Tripulante enferma.

Tirun transmitió sus palabras.

—Tenemos una llamada entrando... —añadió luego Tirun en beneficio de los kif que había al otro extremo de la línea—. Lo comprendemos. ¿Seguirán intentándolo?

—Otra luz del tablero indicaba un mensaje. Haral se encargó rápidamente de recibirlo.

—... Correcto. Recibimos, sí. Ahora abriremos. Capitana, los médicos.

—Dile a Hilfy que les salga al paso apenas hayan entrado. Tully... ayuda a Geran. Ve con Chur. Haz lo que te mande Geran.

Tully obedeció sin hacer preguntas. Así estaría fuera del puente, no estorbaría para nada, y siempre podía encargarse de traer cosas y llevar mensajes si alguien lograba hacerle entender lo que se deseaba de él. *Leal*, pensó; eso era Tully. *Amigo*.

Y tan extraño y peligroso como los mahendo'sat cuando se le metía algo en su incomprensible cabeza.

Idas y venidas en el nivel inferior, personal mahen de rostros ceñudos y armados hasta los dientes ocupaban posiciones en el tubo de acceso, a lo largo del corredor principal del nivel inferior y ante el ascensor.

En el pasillo principal de la cubierta superior, una médico de Ehrran trabajaba torciendo el gesto junto a un alto y negro mahendo'sat Ksota. Todas las tripulantes de Chanur que se encontraban fuera de turno permanecían pegadas a las paredes del camarote de Chur, sin apartar los ojos de lo que ocurría y con expresiones no muy alegres. Había también dos machos, cualquiera de los cuales habría bastado para que a Ehrran se le erizara el vello por razones completamente distintas. Geran Anify e Hilfy Chanur también estaban presentes, Hilfy muy quieta con la mano, consciente o inconscientemente, sobre la culata de su pistola. Iban armadas y la escotilla estaba

custodiada por centinelas mahen cuyo actual motivo de preocupación no eran sólo los kif.

Pyanfar se había quedado junto a la puerta, con una conexión de comunicaciones en el oído, escuchando todas las operaciones que se efectuaban en el puente a medida que Tirun las iba clasificando y aclarando.

Los médicos intercambiaban tecnicismos con el ceño fruncido y la voz apagada.

—No está bien, maldita sea —dijo la hani. Geran se acercó a ella con las manos en el cinturón y la mandíbula apretada en una tensa línea.

—¿El qué no está bien?

—Capitana —protestó la hani, y no por primera vez—, me gustaría que este camarote quedara vacío.

—No pasa nada —dijo Pyanfar desde el umbral—. Todas somos sus amigas y estoy segura de que a Chur no le importa que estemos aquí.

—Sáquelos de aquí... —Con una significativa mirada hacia los dos machos de la *Orgullo*.

—¿Por qué? —dijo Pyanfar—. ¿Piensa protestar también ante la presencia de su colega? —Continuó refiriéndose al médico mahendo'sat, que era macho.

La hani la miró dura e inexpresivamente y se dio la vuelta un segundo después para rebuscar entre los suministros médicos. Estaba claro que sí tenía objeciones a que los machos ejercieran la medicina, fuera cual fuera su especie, pero tuvo que callarse.

—Será mejor que todo vaya bien —dijo Geran.

La hani vaciló durante un segundo, con una botellita entre los dedos.

—Un error podría causar un daño realmente grande a su carrera —dijo Hilfy, con la mano todavía sobre la culata de su pistola.

—No he venido aquí para recibir las amenazas y los malos tratos de una tripulante novata.

—Será mejor que no se equivoque —dijo Chur, incorporándose en el lecho para volver la cabeza sobre la almohada y contemplar el soporte del gota a gota que los enfermeros estaban colocando junto a ella—. Mahe, haosti.

—*Compruébalo, ¿quieres?*

—Shishti —accedió el mahe.

La doctora hani le miró fijamente y luego entregó las botellas y las bolsas una por una al mahe.

—Los cierres —dijo, señalando hacia las botellas—. Esta tripulante no tendría que haber salido nunca de Kshshti. Y, por todos los dioses, no tendría que haber estado trabajando en el puente...

—¿Piensa citarnos todavía alguna otra regla? —preguntó Khym con su profunda voz de bajo—. Pues yo voy a citarle algunas leyes. Leyes que hablan de cosas tales

como la imprudencia criminal, el no ejercer adecuadamente la profesión médica y el derecho de parentesco...

—*¡Sáquele de aquí!*

—Ya —dijo Pyanfar. Se apoyó en el umbral y giró utilizándolo como punto de apoyo hasta encontrarse en el vestíbulo, fuera del camarote.

—*Capitana* —dijo una voz por el comunicador—. *El médico que está con Skkukuk dice que se encuentra bastante bien. Dice que tenemos sólo un problema de alimentación y quieren mandarnos algo para solucionarlo.*

—¿Algo vivo?

—*Dicen... bueno, dicen que esas criaturas son francamente muy poco inteligentes y que se reproducen muy rápido.*

Pyanfar torció el gesto, sintiendo cómo se tensaba la piel entre sus hombros.

—Alimañas, ¿eh? ¿Eso es lo que come?

Un instante de silencio.

—*Se lo preguntaré.*

Pyanfar hizo girar nuevamente su cuerpo y miró hacia el interior de la habitación. Cuando la puerta del ascensor se abrió al final del pasillo, alzó los ojos hacia ella y se encontró con otro grupo de mahendo'sat. Por un instante el modo en que uno de ellos la miró hizo que los dedos de Pyanfar se dirigieran instintivamente hacia la culata de su arma.

Y, una fracción de segundo después, le reconoció y, apartándose del umbral, fue rápidamente hacia él.

—¡Dientes-de-oro! —gruñó.

—Ah, *Pyanfar*... —Era un mahendo'sat de piel muy oscura, casi negra, y ahora vestía imitando el negro sombrío de sus compañeros, sin un solo destello de oro en su cuerpo salvo el brillo de su dentadura cuando sonreía. Rodeado por sus oscuros compañeros se alzaba como una torre negra en la cual el único metal existente era el negro resplandor de las pistolas automáticas, los cinturones y las hebillas. Y la sonrisa no tardó en morir—. Decir Chur ella toda bien, ¿eh?

—¡No gracias a ti, bastardo de orejas roídas! —Pyanfar se quitó bruscamente la conexión de su oído y alzó los ojos hacia su negro y preocupado rostro—. En Urtur me destrozaron la cola, en Kshshti le dispararon a mi tripulación...

—Mensaje ir.

—Sí, maldito seas, tu condenado mensaje fue enviado. Banny Ayhar y la *Prosperidad* se han encargado de ello, si es que lograron pasar con vida. —Recordó que la puerta estaba abierta y que la doctora de Ehrran estaba dentro. Cogió a Dientes-de-oro por uno de sus largos y fuertes brazos, y lo llevó casi a rastras hacia su camarote—. ¡Quedaos fuera! —ordenó secamente a su escolta armada mientras abría la puerta y metía dentro a Dientes-de-oro. Cerró la puerta en las narices de sus

acompañantes, se volvió y le miró fijamente, en la intimidad insonorizada de su propio camarote—. Bueno, basta ya de fingirte comerciante. Basta ya de juegos. Éste es tu rostro real, ¿eh, capitán de una nave de caza? Dejarnos un mensaje en Urtur... mandarnos hacia donde estaba Jik sin explicarnos nada al respecto. Tú te dedicas a jugar, bastardo sin orejas, en tanto que nosotras dejamos nuestra sangre y nuestro dolor a lo largo de los muelles de Kshshti. Intenta engañarme una vez más, prueba a seguirme la corriente ahora y te romperé ese condenado cuello. ¿Dónde has estado?

Las pequeñas orejas de Dientes-de-oro estaban pegadas al cráneo. En su rostro había ahora una expresión muy distinta a la habitual, y esa expresión no mostraba ni una gota de buen humor.

—¿Querer lista? —Su voz era muy ronca y casi inaudible, no como de costumbre—. Jik estúpido número uno, Pyanfar, él estúpido escuchar ese kif.

Pyanfar sintió un frío en las entrañas todavía peor que el de antes.

—¡Es tu *amigo*, maldita sea! Tú le mandaste a Kshshti en mi busca. ¿No lo hiciste acaso?

—Yo enviar. El amigo. También estúpido primera clase. Quizá todo esto funcionar. Quizá yo también estúpido. —Dientes-de-oro buscó un lugar donde sentarse y acabó dejándose caer en su revuelta cama, apoyándose en un brazo para contemplarla—. Tener problemas, Pyanfar. Estúpido Jik hablar tc'a. Knnn tomar nave tc'a. Tener montones naves humanas, venir Tt'a'va'o pronto ya. Tener humanos venir, tener knnn inquietos, tener problemas stsho, tener kif haciendo pelea... Jik *conoce* este Sikkukkut. Él decir... tener que derrotar Akkhtimakt. Sikkukkut hacer. Jik decir que él ser pobre pro-vin-ciano, tener que acabar haciendo gran sucio revuelto jaleo en trato con mundo natal, problema mucho grande largo tiempo. Yo creo Jik equivocado. Creo que él gran error. Este kif no pequeño problema. Tener número uno *hakkikt* querer ser realmente amistoso con mahendo'sat, contigo... Tú vigilar, Pyanfar, tú vigilar. Sikkukkut no ser kif tonto.

—Pyanfar contestó:

—No pienso que lo sea.

—Estúpido. Gran estúpido, Jik.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Las orejas de Dientes-de-oro bajaron y volvieron a erguirse.

—Quizás intentar hacer kif muy ocupados. Yo ir, venir, golpear aquí, allá. Yo cerrar ruta kif a Punto de Encuentro. Ellos mucho preocupados. —Un destello de dientes dorados—. Mantener Akkhtimakt mucho ocupado, ¿eh? Ese kif querer mi corazón número uno urgencia, tres veces haber intentado.

—¿Qué hará *Sikkukkut* ahora que estás aquí? Responde a esa pregunta, ¿eh?

—Él no enfadado conmigo. Yo traigo él montón *sfik*. Igual que tú, hani. Mismo Jik. Misma *Vigilancia*. Damos a ese kif tanto condenado grande *sfik* que él comer

Pacto entero.

Tenía sentido. Tenía mucho sentido, sí, y no resultaba demasiado tranquilizador.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Las orejas de Dientes-de-oro se agitaron y sus oscuros ojos mahen asomaron bajo sus párpados a medio bajar.

—Quizá yo no tener más dónde elegir. Quizá Jik tener todo asunto en sus manos.

Un puño se cerró en torno a su corazón.

—Me estás mintiendo, Dientes-de-oro. Ya he aguantado bastante.

Un largo silencio.

—Quizá buena cosa que mahe listo estar realmente cerca de este kif, ¿eh?

—¿Estás planeando *matarle*?

—Afirmativo. Quizá tú tener idea, hani.

—¿Crees que otros kif no lo han intentado ya?

Dientes-de-oro respondió:

—Kif no hacer. Kif no intentar. Ellos kif, ellos quieren *vivir*, Pyanfar. Nosotros mahendo'sat, nosotros un poco locos, ¿eh? Yo decir ti verdad, Pyanfar. Si tú hablar con ese kif yo morir realmente despacio. Tú saber, ¿eh?

—¡Dioses, no quiero oír nada de esto! ¡No me conviertas en tu compañera de conspiración!

—Vieja amiga.

—¡Amiga! —Pyanfar fue hacia la cómoda de la esquina, abrió el cajón y hurgó en su interior buscando una cajita. Dientes-de-oro se había erguido bruscamente: Pyanfar encontró la cajita y se la tiró. Dientes-de-oro la pilló al vuelo.

—¿Qué esto?

—Un regalo muy caro. Un regalo de Stle stles stlen, tu precioso amigo en Punto de Encuentro. El stsho en quien tú me dijiste que tuviera confianza. Una nota. Anda, léela. Es muy corta.

Abrió la cajita, desdobló el papel y sus orejas se pegaron bruscamente a su cráneo.

—¡Bastardo!

—Estuvo a punto de entrar en fase. Quizá sufrió un grave ataque de traición. «*No confíen en Dientes-de-oro*». Ese consejo le ha costado muy caro a tu gobierno. Y ese bastardo stsho ha estado haciendo tratos con Rhif Ehrran, con los kif y con los tc'a; no tengo duda alguna. Y contigo. Y conmigo. Y cada una de las hijas sin tierra propia que hay en el Pacto ha estado husmeando en busca de alguna ventaja. ¡Fue una gran ayuda, oh, sí! Igual que tu Maestro de estación en Kshshti. La misma condenada clase de ayuda que me dio Stle stles stlen. ¡Que los dioses te frían, me has hecho cruzar todo el Pacto igual que si fuera un maldito imán de traiciones y engaños con acción en cuarenta años luz a la redonda!

Dientes-de-oro se puso en pie y le arrojó de nuevo la cajita. Pyanfar la cogió al vuelo, la metió en el cajón, cerró éste con fuerza y puso de nuevo el pestillo.

—Tener montones razón estar preocupada, Pyanfar. Pero tú ser mucho lista. Tú nunca pensar eso. Tú mejor condenada capitana que Anuurn tener. Yo montón confianza en ti. Tú casi mismo buena que yo, quizá mejor piloto, ¿eh?

—Oh, no. Nada de eso, no más favores. ¡Por todos los dioses, ya no tengo una tripulación, ahora tengo un condenado zoológico! Tengo un técnico de observación humano, un kif que se ha olvidado de presentar sus documentos y quieren darle de comer alimañas vivas...

—¿Querer mahe? Yo dejar ti número uno primera clase. Dos, tres centinelas.

¿En mi nave? ¿Un tipo de primera clase para que informe de todos los movimientos que hago?

—No, gracias. Ya tengo bastantes quejas archivadas en la *Vigilancia*. Si acepto tripulantes mahen eso sería el final, amigo.

—Tú tomar. Tú necesitar. Ellos aceptar órdenes ti. Juro. Yo darte cinco.

—No. ¡Imposible! Puedo arreglármelas.

—Tener muchos problemas cerca. Akkhtimakt... él ir Punto de Encuentro.

—Oh, bondad divina... —Era creíble. Era demasiado creíble. El panorama se desplegó ante ella igual que un rollo de tela—. Piensa venderse a Stle stles stlen.

—Tú acertar.

—¡Hay hani aliadas con el otro bando!

—Salvo tú; salvo quizá Tahar. Amiga.

Se había quedado sin maldiciones que lanzar. Permaneció inmóvil ante Dientes-de-oro, mirándole fijamente, con el aliento a medio camino de su garganta, sintiendo que la oscuridad les rodeaba. Tosió para aclararse la voz y sintió un temblor que iba creciendo en sus entrañas hasta salir finalmente de ellas.

—Tú —acabó diciendo—, tú...

—Tú no tonta, Pyanfar. Tú tener cerebro. Tú, yo, Jik... no importar si *parecer* bien; importar lo que *hacer*. Akkhtimakt tener hani, tener aliados stsho, él usar ellos, hacer quedar tontos. ¿Dónde armas hani, eh? Dos, tres naves. Stsho no tener ninguna. Tener proverbio, hani... tú ir cama con algunos media hora después tú tener cría de cien años, y ella tener más crías y entonces tú tener parientes que cuidar. Mismo que hacer trato con kif cuando tú no tener armas.

Pyanfar siguió allí en silencio, contemplando al mahe, viendo ese lado sombrío de su personalidad que Dientes-de-oro nunca había mostrado en los muelles. «*Mataré a este kif*», había dicho. Tratos, engaños. Podía hacerlo. Atacar a Sikkukkut después de que toda esa frágil estructura hubiera sido construida, y todo volvería a derrumbarse nuevamente en el caos.

Más vidas y naves. Más años llenos de peligros. Y los knnn con sus negras patas

metidas en el asunto, tejiendo algo que sólo los dioses podían saber qué era en los límites del Pacto; con los humanos intentando entrar en él para ser libres de ir y venir.

Mahendo'sat. Está luchando por la supervivencia mahen. Toda su especie se halla en peligro.

¿Y dónde está la supervivencia de las hani? Desde luego, no en la alianza con Akkhtimakt.

Tragó aire y se cruzó de brazos.

—Bien. Has conseguido que te escuche, mahe. Pero es mejor que oigas esto: ese tc'a que los knnn se llevaron no fue lo único que se nos ha escapado de aquí. Una nave stsho salió disparada de Mkks y vino por este camino, dirigiéndose a toda velocidad rumbo a Punto de Encuentro.

—Ah, no. No Punto de Encuentro. Ir por vector Tt'a'va'o. —Un pequeño destello de dientes dorados—. Intentar quizás atajo, ¿eh? ¿A Llyene?

—¿Hacia las naves humanas?

—Xenófobo stsho tener gran sorpresa, ¿eh?

—Amigo, los condenados stsho se encuentran muy a gusto con los tc'a.

—Quizá nosotros arreglar eso.

—Oh, dioses, dioses, la locura de los humanos es *contagiosa*... ¿estás intentando jugar al escondite con los knnn, bastardo de orejas roídas!

—Eso hacer problema, cierto.

Pyanfar contempló sus oscuros ojos y sintió otro frío instante de duda.

—¿Más secretos? ¿Adónde van los humanos, amigo? ¿Dónde irán luego? ¿Aquí? ¿Punto de Encuentro?

El buen humor de Dientes-de-oro había desaparecido de su rostro como si fuera una capa vieja que acabara de quitarse. La miró en silencio durante largos segundos, con expresión pensativa.

—Quizás hacer trato con knnn. Quizás e-qui-librio. Cinta tú tener, cinta yo dar ti en Punto de Encuentro, tú decir que Banny Ayhar llevara... una cosa que haber en esa cinta ser grabaciones knnn, hani, nosotros esperar que esa cosa llegar a Maing Tol. Tú correo mensaje knnn.

—Bondad divina.

—Tully... él cubrir mensaje. Él saber. Y yo saber que tú cuidar bien este humano. El tener papel que decir él tripulante de la *Orgullo*. Tú luchar salvar él si no luchar por mí.

—Bastardo. Hijo de una...

—Tú escuchar. —Alzó la mano y con la otra hurgó en el interior de su faltriquera.

—¿Qué tienes ahí?

—De Jik. Tú tener nueva estupenda unidad ordenador, abajo, ¿eh? Tú alimentar estos datos. Tener entonces código claro. Tú procesar nuestros mensajes privados,

bueno de veras; tú poder hablar con nosotros. Ehrran no poder.

—El mejor regalo que me han hecho durante una larga temporada. —Pyanfar aceptó el sobre y lo guardó en su bolsillo.

—También —dijo Dientes-de-oro— médico mío examinar datos sobre Chur Anify; tener equipo nosotros traer a bordo. Número uno primera clase para ella pasar bien salto. Mismo que estar en hospital, darle todo lo que necesite.

—Maldita sea, ¿por qué no nos lo dio Jik en Mkks?

—Él no tener. Esto de la *Mahijiru*. Nosotros nave grande... tener puesto mando zona. Gran hospital. *Aja Jin* puede que la más rápida, *Mahijiru* tener más tripulación... necesitar tener esta cosa. Salvar unas cuantas vidas. Ahora tú necesitar, ¿eh? —Puso sus manos sobre los hombros de Pyanfar y los apretó con fuerza; ella sintió el peso de sus dedos—. Luego arreglar detalles. Yo tener que ir, no gustar mucho tiempo fuera de mi nave. Maldito sitio asqueroso, Kefk. Pero una cosa más yo dar... —Metió nuevamente la mano en su faltriquera y sacó otro pequeño objeto, cogió luego la mano de Pyanfar y dejó en su dedo un pendiente con una gran perla perfecta—. Mejor que yo encontrar. Yo deber ti largo tiempo por herramientas, ¿eh? Venir de océanos Llyene, número uno más hermosa.

—Dientes-de-oro... Ismehanan-min... —Pero, por segunda vez, no encontró las palabras adecuadas y Dientes-de-oro puso la mano sobre el cierre de la puerta.

—Tú estupenda —dijo él—. Cosa her-mosa pertenecer ti.

—¿Adónde van? Por todos los dioses, ¿cuál es su ruta?

—Siempre querer hablar negocios —suspiró Dientes-de-oro y abrió la puerta saliendo al pasillo.

—Dientes-de-oro, por todos los dioses...

Pyanfar fue corriendo hacia la puerta tras él, pero tuvo que pararse de golpe porque en ese mismo instante dos mahendo'sat que llevaban encima de una carretilla un gran bulto envuelto en poliestireno estaban pasando por delante de la puerta. Dientes-de-oro se pegó a la otra pared del pasillo para dejarles sitio, agitó su mano hacia el bulto que se alejaba camino del camarote de Chur, y dijo:

—Ver, ahí estar, nosotros mover rápido, yo prometido. Estar hecho. —Le dirigió una amplia sonrisa—. Tú confiar. Tú *confiar*, Pyanfar.

—Ismehanan-min...

—Chur ahora ir bien —dijo Dientes-de-oro con voz firme, y se alejó hacia el ascensor. Movié la cabeza en una seña que hizo agruparse junto a él a todos sus tripulantes de oscuras ropas, envolviéndole en una marea negra tan formidable como irresistible.

Pyanfar se quedó sola en el umbral con la perla entre sus dedos, completamente aturdida.

—No debe salir de esa cama —dijo la doctora hani. Las orejas de la Ehrran estaban pegadas a su cráneo; de pie en el corredor, mientras se disponía para la partida, sus fosas nasales se habían reducido a dos tensos y pequeños agujeros. Alzó la cabeza hacia Pyanfar, que le llevaba medio palmo de ventaja en estatura—. Piense lo que quiera de mi ética profesional, capitana, pero hice cuanto me ha sido posible por ella. Por otra parte los mahendo'sat han metido ahí dentro un equipo condenadamente caro al que estará conectada durante todo el salto, el equipo se encargará de hacer el trabajo de su corazón y sus riñones, evitando así que siga empeorando. Con suerte... —Geran había aparecido en el pasillo y las estaba mirando con una cara más bien cargada de nubarrones emocionales—. Con suerte puede que incluso logre recuperarse un poco durante el viaje. Eso depende de muchas cosas. De momento han tenido suerte, y ella también. Normalmente no contamos con ese tipo de recursos, no podemos pagarlos. —Había cierta amargura en su voz, la tensa ira que hacía apretar las mandíbulas a una hani ante la riqueza de otras especies, y las leyes y acuerdos entre mahendo'sat y stsho que mantenían eternamente apartadas a las hani de tal riqueza. Y ésa era una historia muy vieja que Pyanfar entendía perfectamente bien.

—Aprecio su esfuerzo como profesional —dijo Pyanfar con voz suave y, sin poderlo impedir, añadió—: Y la comprendo, Ehrran.

—Gracias —dijo Geran por su parte. Le costó mucho pronunciar esa palabra, pero lo hizo.

La doctora hani les dirigió un seco gesto de cabeza y luego se ajustó la correa de su equipo a la espalda mientras el médico mahen salía de la habitación.

—¿Ella explicar? —preguntó el mahen—. Yo poner en marcha máquina, ella seguir conectada. No apartar de ahí. Tener lista que explica procedimiento para funcionar. Yo dejar suministros en armario.

—Sí, me lo ha explicado. Gracias. Mashini-to, ¿verdad?

—Afirmativo. —El mahe sonrió, hizo una extraña reverencia y se alejó por el pasillo seguido de la hani. La extraña pareja se encaminó hacia el ascensor. Los guardias mahen se fueron apartando de las paredes del pasillo y les siguieron lentamente, llevándose con ellos los únicos restos de la reciente intrusión de Dientes-de-oro.

Geran parecía cansada y tensa. Ni tan siquiera en estos momentos se mostraba locuaz. Pyanfar le puso la mano en el hombro.

—Eh, va a ponerse bien... Ese equipo es lo mejor que Iji ha fabricado, es como estar en un hospital. Y hay más buenas noticias. No creo que tengamos que salir de aquí muy pronto, al menos no tan pronto como nos temíamos. Puede que pase un día

o más todavía. Sabemos dónde se encuentra Akkhtimakt; Dientes-de-oro acaba de contármelo y me parece que tendremos tiempo para recobrar el aliento. Eso implica bastantes cosas pero, en cuanto a Chur, creo que son las mejores noticias que podíamos tener por el momento.

Geran no dijo nada, pero en su rostro se esfumaron bruscamente todas las defensas. Su expresión volvió a ser la de siempre, como si por fin hubiera vuelto de un largo viaje. Pyanfar le apretó el hombro con las manos y Geran dejó escapar un largo suspiro.

—¿Qué dijo Dientes-de-oro?

—Me dijo muchas cosas que requieren ser explicadas —Pyanfar miró hacia Chur, perdida en un camarote repleto de equipo situado junto a la pared y con una auténtica multitud de visitantes: Hilfy, Tully y Khym seguían dentro de la habitación—. Eh, vosotros —dijo Pyanfar—, fuera de aquí, dejad reposar a Chur, ¿queréis? —Y, después de que uno a uno hubieron salido de la habitación, dijo—: Chur... prima, ¿me oyes?

—¿Eh? —Chur levantó su cabeza de la almohada.

—Acabamos de recibir un regalo, un poco de tiempo para descansar. Ha llegado un mensaje comunicándonos dónde se encuentra Akkhtimakt, tendremos tiempo para recobrar un poco. No quiero verte fuera de esa cama o tendrás que volver andando hasta Kshshti.

—Malditas agujas —dijo Chur—. Odio las agujas.

—Tengo más noticias para ti: te esperan unas cuantas agujas más por el camino. Duerme un poco, ¿eh?

—Lo estoy intentando —dijo Chur. Se removió en la cama y se colocó tan bien como pudo debido a los tubos de la máquina y a tener un brazo colgando fuera del lecho.

Pyanfar cerró la puerta y contempló los rostros sombríos de su tripulación en el pasillo.

—¿De qué se trata, capitana? —preguntó Geran.

—No es algo que tenga ganas de contaros ahora mismo —dijo Pyanfar—. Aunque quizás haría mejor contándolo.

—Chur...

—No es sobre ella, se refiere a nosotras. Al puente todo el mundo.

La siguieron. Tirun y Haral hicieron girar sus asientos al verles entrar. Pyanfar fue hacia su puesto, junto al de Haral, y se apoyó en el respaldo del asiento. Mientras, el resto de la tripulación se instaló sobre los brazos de los asientos o se acomodó en los compartimentos de la pared.

—Haral y Tirun, ¿os habéis enterado de lo que ha sucedido en el pasillo?

—Sí —dijo Haral—, las dos lo oímos. Buenas noticias para Chur. Alabados sean

los dioses.

—Alabados sean los dioses y demos gracias a los amigos que nos quedan, sean como sean... ¿Hay algo esencial de lo que debamos ocuparnos ahora?

—No.

—Bien. —Sacó el código de Dientes-de-oro de su bolsillo y lo dejó sobre la consola junto a su asiento. Luego dio la energía y lo hizo girar para encararse con su tripulación—. Los humanos vienen de Tt'a'va'o. No sé qué ruta han tomado; puede que tú sí lo sepas, Tully, pero a partir de ahí no hay mucho donde elegir. He hablado con Dientes-de-oro. Sé un montón de cosas. —Estaba observando el rostro de Tully y vio ansiedad en él, un destello casi imperceptible de sus extraños ojos—. Los humanos se han puesto en movimiento. Y eso no es lo peor de todo: Dientes-de-oro ha estado rondando por la zona de Kefk y ha mantenido cerrada la ruta que lleva a Punto de Encuentro. Con ello ha creado serias dificultades para Akkhtimakt... Jik dijo hace algún tiempo que Dientes-de-oro podía estar tramando algo en esta zona, pero al final ha resultado que sus planes no estaban demasiado bien coordinados entre sí. Parece que Jik actuó por cuenta propia e hizo un trato con Sikkukkut, aunque no tenía autorización para ello. O, al menos, no consultó cuándo habría debido hacerlo. Ha hecho que Dientes-de-oro se vea obligado a ponerse en acción. Tully, intentaré hablar de la forma más clara posible. Dientes-de-oro llegó desde muy lejos... como mínimo desde fuera del Pacto, con Tully a bordo, en la *Ijir*. Luego dejó esa nave para que siguiera su camino, pero tenía un duplicado de los mensajes que llevaba la *Ijir*, tenía a Tully y tenía algo más... una especie de mensaje de los knnn. *De los knnn*, que los dioses nos ayuden. Al menos, eso es lo que deja suponer Dientes-de-oro. Entretanto, Akkhtimakt pretendía tomar Kita, y sus agentes estaban ocupados eliminando toda la oposición en el mundo natal de los kif, estableciendo su poder como *hakkikt* de todos los kif: eso es lo que pretendía. Y volviendo a esos momentos, hace unos cuantos meses Sikkukkut no era más que un pequeño jefe provincial de Mirkti... tenía ambiciones. Sikkukkut empezó a cortejar a sus viejos contactos mahen situados en Punto de Encuentro y se aproximó a Dientes-de-oro intentando rebasar por el flanco los planes de Akkhtimakt, buscando todas sus posibles debilidades... Punto de Encuentro siempre ha sido un buen lugar para las intrigas, es un sitio realmente bueno para enterarse de los rumores. Y justo por aquel entonces había un montón de rumores... muchos rumores sobre tratos hani con los stsho; tratos hechos por los mahen... todos los que habían sido advertidos gracias a sus elevadas posiciones intentaban obtener la mayor ventaja posible contra este nuevo *hakkikt* kif, contra Akkhtimakt.

»Pero Sikkukkut tenía un espía junto a él, sólo los dioses pueden saber dónde o cómo logró situarlo. Indudablemente, tenía algún stsho en Punto de Encuentro. *Sabía* que la nave correo había caído en manos de Akkhtimakt. Sabía, sospecho que gracias

a su espía con Akkhtimakt, del mismo que probablemente obtuvo el anillo, que Dientes-de-oro tenía a Tully en su nave. Y no resultaba demasiado difícil imaginar que Dientes-de-oro nos había entregado a Tully en Punto de Encuentro, una vez que éste apareció con nuestros documentos arreglados mediante un soborno terriblemente caro pagado por los mahendo'sat; cosa que nosotras ignorábamos. Sin embargo es muy posible que Sikkukkut lo supiera.

»Sikkukkut nos puso deliberadamente en un buen aprieto en Punto de Encuentro. Hizo que nos pusiéramos a su alcance, jugó con Ehrran y también con Banny Ayhar y luego nos guió para que saliéramos de la trampa de Akkhtimakt, en Kita. Paso a paso nos lúe encerrando en su trampa. Y teniéndonos en su red, logró también atraer a Jik de paso. Gracias a lo que ocurrió en Kshshsti logró reunir el *sfik* suficiente como para tomar Mkks por sus propios medios, y ahora tiene a Kefk. De repente tiene todos los ases en su mano y Akkhtimakt se ha quedado solo: sus partidarios empiezan a desertar muy rápidamente. Lógica kif: dispara a tus antiguos aliados por la espalda y ve corriendo para unirse al bando ganador. Akkhtimakt tiene razones para estar preocupado.

»Segunda parte: Jik. Jik tiene la idea de que los mahendo'sat se encuentran mucho mejor con su viejo vecino de Mirkti como *hakkikt* de todos los kif. Así hace que Ehrran se meta en ello y que nosotras nos metamos también. La seguridad de Mkks no importa, no era eso lo que buscaba durante todas las negociaciones de Mkks. Y, si es medianamente inteligente, ahora Ehrran tiene ante ella mucho más que el rastro de Tahar... se encuentra en lo alto de esa pequeña pirámide de información. Tiene acceso a la estrategia del más alto nivel..., si no es idiota y sabe algo de todo esto, desde luego verá que se encuentra ante algo mucho más importante que Tahar, y eso ya la hizo acudir a Kefk. Sí, la ley del tratado. Estoy segura de que las credenciales de Jik proceden de las altas esferas. Y Jik le dijo claramente que se fuera de Mkks y viniera hacia aquí... bien lo saben los dioses. Pienso que la prisa por encontrar a Tahar tiene mucho que ver con las negociaciones entre el *han* y los *stsho*, y el miedo de que los kif consigan un líder. Pienso que deseaban ver muerta a Tahar. Querían eliminar cualquier posibilidad de que aconsejara a un *hakkikt* prediciendo lo que harían las hani. Xenofobia otra vez. Pero, en este caso, xenofobia con muy buena razón. Tengo la teoría de que el auténtico motivo de que Ehrran accediera a venir a esta loca expedición es que no tenía la menor posibilidad de volver entera a Punto de Encuentro y a las rutas hani si no se pegaba a Jik... y descubriría lo que él andaba tramando. Mientras tanto, debéis recordarlo, se suponía que Akkhtimakt estaba en posesión de Kita.

—¿Se suponía? —dijo Haral.

—Creo que Jik *sabía* condenadamente bien adonde fue Dientes-de-oro cuando salió de Punto de Encuentro: directo a lo más hondo del espacio *stsho-tc'a*; camino a

una cita con *alguien* que debía guiar a los humanos en su entrada. Y luego se suponía que iría a Kefk, probablemente desde Tt'a'va'o (¡Una vez más la conexión con los tc'a!). De paso acosaría a las fuerzas de Akkhtimakt y le haría dividir su potencia entre conservar Kita y mantener abierto el camino de Kefk que Dientes-de-oro se esforzaba por cerrar. De ese modo Punto de Encuentro se veía atacada por dos frentes, con el comercio cortado por los kif de Kita y por Dientes-de-oro en Kefk. El plan de Dientes-de-oro consistía en debilitar el poderío de Akkhtimakt hasta hacerle caer, erosionando su credibilidad. Mientras tanto, se dedicaba a otro juego destinado a ir ablandando toda esa condenada zona, desde Kefk hasta Punto de Encuentro, porque sabía que los humanos aparecerían por algún sitio de esta zona. Si podía establecer una ruta comercial mahen-humana pasando más allá de las fronteras kif, destruiría de una vez por todas la credibilidad de Akkhtimakt. Acabaría con él para siempre.

»Mientras tanto, el mundo natal de los kif se encuentra sumido en un caos total, con escuadras de caza y asesinatos por doquier. Intentan encargarse de Dientes-de-oro, cazar a los humanos y repartir sus atenciones entre dos *hakkiktun* rivales. Los kif reciben información de lo que está pasando en Kefk; y parte de esa información llega a Mkks... a los kíf, pero no a las autoridades mahen... a menos que los tc'a hablan. Y puede que éstos no lo hayan hecho si los mahendo'sat no tenían la autoridad necesaria. No, Sikkukkut sabía durante todo ese tiempo dónde se hallaba exactamente Dientes-de-oro. Pero no estoy muy segura de que Jik lo supiera cuando aceptó el trato de Sikkukkut para venir a Kefk. Creo que entonces Jik ni tan siquiera estaba seguro de que Dientes-de-oro siguiera con vida. Por eso, cuando se le ofreció un trato que quizá pudiera darle a los mahendo'sat un *hakkikt* con el que fuera posible tratar... lo aceptó. Eso le llevaría a Kefk y le permitiría contactar nuevamente con Dientes-de-oro, si es que seguía vivo. Creo que fue en ese crítico momento cuando los mahen dejaron de tener información suficiente. Y ahora Dientes-de-oro se encuentra en peligro... creo que Sikkukkut puede deducir sus planes mucho mejor de lo que Dientes-de-oro imagina, y puede que todavía más de lo que imagina Jik. Ahora Sikkukkut ha conseguido que Dientes-de-oro actúe abiertamente. Le ha vuelto accesible y Dientes-de-oro ha venido, solo, hasta colocarse muy cerca de Sikkukkut. No está actuando con disimulo, desde luego. ¿Lo veis?

—Tenemos problemas —dijo Haral—. Dioses, tenemos problemas.

—Oh, prima, lo que viene ahora es todavía peor. Jik usó el crédito que tenía en Mkks para hacer que ese tc'a viniera con nosotras, los knnn andan decididamente metidos en ello. Ya han mandado un mensaje a Maing Tol... ese paquete de documentos que enviamos con Banny Ayhar, si es que en eso se puede creer todavía a Dientes-de-oro. No sé qué más hizo Jik en Mkks, pero apuesto a que le dio al maestro de estación tc'a nuestros datos de navegación. Seguramente consiguió que un tc'a se

encargara de cubrirnos y hacer que Mkks cayera sin un solo disparo. Quizá los knnn hayan consentido en ello o puede que lo hayan considerado una forma de sacar ventaja. Podéis estar condenadamente seguras de que ha cogido al tc'a. No sabemos cómo piensan o lo que quieren. Pero la humanidad, recordadlo, se está acercando mucho al territorio de los knnn para llegar aquí, incluso puede que lo hayan atravesado directamente: sólo los dioses saben hasta dónde creen los knnn que se extienden sus zonas... si es que comprenden el concepto de fronteras. Y Tully dice que los humanos han disparado contra naves knnn.

Una dilatación general de pupilas a lo largo de todo el puente, un rápido agacharse de orejas.

—Así que ésta es la situación —dijo Pyanfar—. Fuimos hacia Kefk y la cogimos por sorpresa. Con eso pusimos muy alta la jugada de dados, y Kefk se portó como se portan los kif: pegando rápidamente el vientre a la cubierta sin perder ni un segundo. Sikkukkut cobra todas las apuestas que hay sobre la mesa de juego.

»Con una excepción: Akkhtimakt tiene un recurso. Los stsho contratan guardias mahen para las tareas que requieren mayor seguridad, ¿correcto? Los stsho sólo confían en las hani para el nivel más bajo de las tareas de vigilancia, y confían en los kif para los trabajos que requieren malos modales. Pero. *Pero...* Los mahendo'sat intentan meter a los humanos dentro del Pacto del mismo modo que en el pasado asustaron a los stsho para que admitieran a la especie hani. Ahora tenemos una frontera común con los mahendo'sat que nos mantiene satisfechas con el comercio que durante largo tiempo ha fluido en esa dirección; y tenemos una barrera natural en el lado stsho, con un golfo que nuestras naves no pueden saltar. La especie hani no ha resultado ser mala vecina para los stsho. Las cosas son muy distintas con la humanidad. La humanidad quiere cruzar el espacio stsho, quiere cruzar por el espacio tc'a y knnn. Y, si no le es posible pasar por las demás rutas, quiere pasar por el espacio kif. Eso tiene a los stsho preocupados, realmente preocupados. Y mientras tanto, en Anuurn nos hemos dividido: tenemos hani que se han ido al espacio y hani que son tan condenadamente xenófobas como los stsho o casi, hani del viejo estilo que no conocen a los stsho. No pueden conocer a los stsho... dioses, ni tan siquiera pueden *imaginárselos*. Pero el dinero stsho llega hasta ellas y compra votos en el *han*. Eso sirve para arreglar uno de los problemas fronterizos. Por lo tanto, se contratan centinelas hani. Se aparta a los mahendo'sat de todos los puestos de vigilancia que ocupan en las propiedades stsho. Se les echa. Con eso logran solucionar el problema del funcionamiento interno de las oficinas y se libran de la presa que los mahen ejercían sobre ellos; y así eliminan los dedos mahen de las líneas de comunicación stsho. Pero los stsho necesitan algo más para detener a los humanos, algo que la facción no espacial de las hani es incapaz de darles y que ningún stsho puede manejar por sí mismo: naves armadas. Y en abundancia.

—Oh, dioses —dijo Tirun.

—Lo has entendido bien, prima. Los humanos se dirigen hacia Punto de Encuentro o hacia Kefk. Dientes-de-oro lo planeó de ese modo: someter a los stsho a una buena presión para que se acercaran nuevamente a los mahendo'sat. Hacer que trataran con la humanidad. Derribar el poder de Akkhtimakt cuando éste se mostrara incapaz de frenar el avance de los humanos. Pero el plan ha salido mal, en parte gracias a Jik y en parte gracias a nosotras. Al tomar Kefk, Sikkukkut ejerce presión sobre Akkhtimakt y eso le obliga a portarse de una forma muy fuera de lo normal... no puede manejar a Sikkukkut, a los mahendo'sat y a los humanos sin más ayuda de la que tiene ahora. Por lo tanto, Akkhtimakt se va a Punto de Encuentro para tratar con los stsho. Lo mismo que ha hecho el *han*. El *han* ha acabado luchando en el mismo bando que Akkhtimakt.

Hubo un profundo silencio. Los ventiladores silbaban, una conexión de comunicaciones suelta emitía un leve susurro.

—Bueno, tenemos un auténtico problema, ¿no? —dijo Haral.

—¡Bueno, es el *han*! —dijo Geran—. Ehrran y las suyas son como Naur y como todas las viejas del hogar. ¡Condenadas idiotas!

—Hemos acabado por encontrarnos solas con los mahendo'sat —dijo Pyanfar—. Y con los kif. Iremos a Punto de Encuentro. Ahí es donde irá el *hakkikt*, seguro... si está convencido de que los humanos irán allí y no aquí para apoderarse de Kefk. Eso es lo único que debe temer, lo único que podría hundirle y destruir cuanto ha edificado... y es posible que Dientes-de-oro intente hacerle eso. Quiere saber si lo hará, quiere saberlo desesperadamente, y Dientes-de-oro no habla al respecto. Y si queréis algún otro motivo posible para que Dientes-de-oro entrara tan mansamente en el muelle... pensad en la posibilidad de que esté a punto de recibir ayuda, una ayuda muy considerable. Eso tiene que preocupar a Sikkukkut. No se atreverá a moverse hasta que tenga algún modo de cubrirse, y tampoco se atreve a quedarse aquí y perder el apoyo que ha conseguido entre sus propios seguidores. Dientes-de-oro le tiene muy preocupado y Dientes-de-oro quiere seguirle teniendo así.

»Hay otra cosa que también podéis imaginar: Ehrran. Ehrran se volverá contra nosotras apenas entremos en el espacio que rodea a Punto de Encuentro. Lo menos que hará será volver corriendo a casa... ir en línea recta hacia el *han* para intentar que tome una decisión política. Y les llevará todo lo que hay en esos registros suyos. Todo. Puede que nuestros problemas se discutan en el hogar antes de que nos resulte físicamente posible presentarnos ahí... si es que podemos llegar ahí. Y no tenemos modo alguno de informar a la Casa y a Kohan de lo que se avecina. No tenemos forma de avisarles... a menos que lo dejemos todo plantado y salgamos corriendo hacia el hogar. No pienso decirle a Chur lo que está pasando; no se encuentra en condiciones de afrontarlo ahora. Pero es mejor que las demás lo sepáis todo. Será

mejor que penséis realmente bien en ello. Podemos largarnos de aquí a la primera excusa que se presente y poner rumbo a casa. Podemos trazar un rumbo en línea recta desde Punto de Encuentro, correr tan rápido como sea posible nada más entrar en ese sistema, mientras que todo el mundo se encuentre muy ocupado. Y podemos enfrentarnos a lo que nos espere en Anuurn, sea lo que sea. Nos es imposible vencer en una carrera a la *Vigilancia*, pero podríamos llegar ahí con el tiempo suficiente para enfrentarnos a las acusaciones. Podríamos arreglar las cosas con el *han*. Organizar una buena pelea, pensando en que, los dioses nos ayuden, quizá todo se haya perdido aquí antes.

»O podemos quedarnos y pelear junto a los mahendo'sat cuando llegue el momento, enfrentándonos a las naves de Akkhtimakt y a la fuerza que el *han* pueda haber enviado para ayudar a los stsho en Punto de Encuentro, sea cual sea. Ya podréis imaginaros a qué capitanas habrán convencido para meterse en el asunto. Y en cuanto a cómo terminaría eso, no lo sé. Pero de una cosa si estoy completamente segura: si Akkhtimakt vence... entonces será el amo de Punto de Encuentro. Y una vez haya logrado rebasar los sistemas de seguridad de los stsho, se *lanzar*á sobre ellos sin que nadie pueda detenerle. Y sólo los dioses pueden saber lo que los knnn, los humanos y el *han* harán cada uno por separado en su locura particular. Pero en eso no pienso tomar ninguna decisión, sois vosotras quienes debéis indicarme el rumbo a seguir.

—¿Qué piensas que deberíamos hacer? —le preguntó Haral.

—Ya te lo he dicho.

—Dínoslo claramente.

—Sí —murmuró Tirun—. Ya has logrado desenredar gran parte del embrollo... ¿qué otras cosas ves?

Pyanfar tragó aire y se apretó los ojos con las manos. El tiempo parecía girar en círculos. El crepúsculo de Anuurn. La vieja parra en el muro de la residencia. Hilfy jugando sobre el polvo.

Una nave en Punto de Encuentro, que era destruida meramente por ser hani y encontrarse en un mal sitio...

Tully, tendido sobre su cubierta, desnudo, escribiendo números con su propia sangre...

Chur, entregándoles un paquete envuelto en plástico, desangrándose en un muelle de Kshshti... Una madriguera kif. El ridículo chorro de humo que soplaba Jik por entre sus labios... jugando una partida de *sfik* con los kif.

—Yo iría con los mahendo'sat. Puede que sea una estúpida. Puede que se trate de la peor clase de estupidez posible... pero ser una estúpida no ha impedido que Ehrran hiciera tratos a diestro y siniestro, ¿verdad que no? No puede irnos peor que a ella. No puede irnos peor que al *han*. Quizás eso sea también la arrogancia de una estúpida. Quizá, quizás y una vez más, quizá. Quizás es la última oportunidad de

Anuurn, la última oportunidad para que las hani hagan algo con independencia de todas las demás especies en el universo... suena raro, demasiado condenadamente noble y elevado para nosotras, pero es la pura y simple verdad. No estoy segura de dónde acabaremos, de lo que eso puede causar en casa, en Chanur, o de cómo sobrevivirán a todo esto. Tampoco sé lo que pasará si ganamos... y estamos en el mismo bando que Sikkukkut. Pero no quiero ver lo que ocurrirá cuando Akkhtimakt se trague a los stsho como aperitivo. Eso es lo que pienso. Si pensáis lo mismo, entonces tendremos que concentrarnos en los problemas a corto plazo y cabalgar sobre estas olas lo mejor que podamos. Si queréis ir a casa, decídmelo y saldremos corriendo tan deprisa como podamos mientras que aún nos sea posible.

—Estoy de tu parte —murmuró Haral—. Si los stsho caen... todos los problemas que hemos visto no serán nada comparados con eso.

—Opino lo mismo —Tirun. Y luego:

—Lo mismo —dijo Geran—. Sin preguntas.

—Yo también digo lo mismo —Hilfy, en voz baja y calmada—. No hay elección, ¿verdad?

Pyanfar descubrió que sus garras se habían clavado en el acolchado del sillón y las sacó cuidadosamente.

—Os debo una disculpa por esto —dijo. Resultaba un modo bastante suave de expresarlo, pero tenía miedo de que se le quebrara la voz. Se inclinó hacia un lado del asiento, cogió el paquete con los códigos de la consola y se los entregó a Haral—. Códigos mahen. Acabamos de hacerlo oficial. Ahora somos culpables de todo lo imaginable en los archivos de la *Vigilancia*. Lo único que quiero es no asustar demasiado pronto a la *Vigilancia* para que no salga huyendo y nos abandone. Por lo tanto, seguiremos actuando igual que hasta ahora sin dar ninguna pista de lo ocurrido, si es que por alguna loca casualidad Ehrran no ha logrado adivinar ya lo que anda tramando Dientes-de-oro y lo que ha hecho Jik. Que los dioses nos ayuden: si tuviéramos realmente un poco de suerte, Ehrran recobraría el sentido común y se aliaría con nosotras; haría que el *han* se pusiera de nuestra parte y saliera del jaleo en que se ha metido. Pero ésa no es una esperanza en la que confíe mucho.

—Tiene lo bastante de reptil en ella como para arrastrarse en dos direcciones distintas a la vez —dijo Tirun.

—Si de mi dependiera, yo le arrastraría las entrañas fuera del cuerpo —dijo Geran.

—Mientras tanto —dijo Pyanfar—, aunque tengamos un poco de tiempo, y no podemos decir que nos sobre, sigue habiendo trabajo que hacer. Hilfy, Tully, Khym: están a punto de mandar algo para el kif. Me gustaría librarme de él, pero no veo modo de hacerlo sin crear un problema con Sikkukkut, y ahora no necesitamos nada de eso. Por otro lado, sea como sea, ha logrado aguantarlo todo bastante bien. Quiero

que se le transfiera a un camarote normal y quiero que el camarote sea seguro, ¿entendido? Tendremos que ocuparnos de unos cuantos animales vivos. Skkukuk tendrá que encargarse de cuidarlos. Quiero que se efectúe una descontaminación. Durante este turno no os preocupéis de vigilar el muelle, salvo por los filtros, la sala de control y el sistema de apoyo vital: luego ya nos encargaremos de todo lo demás. Que alguien le eche un vistazo a Chur de vez en cuando mientras Geran descansa; ocúpate de arreglar eso, Geran. No te agotes. Tirun, llama a Tahar y dile que no nos olvidamos de su problema, probablemente está a punto de comerse los muebles. No tengo tiempo para hablar con ella. Tirun y Geran, Hilfy y Haral: cuando tengáis tiempo quiero que esos códigos sean introducidos y cotejados con el traductor. Y cuando hayáis hecho todo eso, quiero una cena decente, nada de esos malditos bocadillos.

En los rostros cansados de la tripulación reinó el abatimiento hasta que Pyanfar habló de la cena.

—Descansaremos cuanto sea necesario —dijo Pyanfar—. Cuando tengáis un momento libre, dormid. Quedáis en total libertad de intercambiaros los turnos de trabajo y de vigilancia... no me importa quién lo haga, con tal de que se haga antes del final del turno y se haga con las precauciones debidas. Nadie visitará a Skkukuk o Tahar sin compañía. Lo siento por el horario previsto. Dientes-de-oro me ofreció una tripulación de refresco pero yo la rechacé: la confianza es algo maravilloso, pero no pienso entregarle a nadie los códigos de la *Orgullo*. Al menos, no por ahora.

—Tienes razón, maldita sea —dijo Haral.

—Bien —dijeron a coro los demás, apretando las mandíbulas y agitando las orejas.

—Pues entonces, en marcha, ¿eh? —Pyanfar les despidió con un gesto de *cabeza*. Hilfy se puso en pie y se alejó con Geran por el corredor. Tirun volvió a las comunicaciones en tanto que Haral se concentraba nuevamente en el tablero principal y las comprobaciones de los sistemas. Los dos machos fueron los últimos en salir y lo hicieron por separado. Y...

—Khym —dijo Pyanfar antes de que pudiera irse del puente—. ¿Estás de acuerdo con todo esto? ¿Tully?

Khym se detuvo y metió las manos en el cinturón, contemplando el suelo del puente con la deferencia natural en todos los asuntos de Chanur.

—Has escogido pelear y yo me encargaré de ajustarle las cuentas a esos bastardos. ¿No fue algo así lo que nos prometimos mutuamente hace cincuenta años? —Era su voto de matrimonio, aunque su forma de expresarlo no resultaba tan elegante como la del original. Pero luego alzó la mirada y en su rostro había una expresión curiosa, una vivacidad que Pyanfar no había visto desde hacía años—. Pero creo que tú tendrás que ayudarme también, esposa.

Pyanfar rió sin poderlo evitar y él sonrió, como si estuviera contento al ver que ella también lo estaba. Pyanfar se fijó en lo erguidos que estaban sus hombros al salir del puente. No sabía dónde, pero en algún momento del camino Khym había empezado a caminar igual que una hani del espacio.

Y, gracias a eso, Pyanfar sintió que los huesos le dolían un poco menos.

—¿Py-anfar?

—Tully. —Se levantó del asiento y se acercó a él. Tully estaba inmóvil con el rostro confuso—. Tully, ¿seguiste bien lo que le dije a la tripulación? ¿Lo comprendiste?

Él sacudió enérgicamente la cabeza: *sí*, quería decir ese gesto tan peculiar.

—Yo trabajo —dijo—, yo trabajo. —Y casi le dio la espalda para mirar hacia el panel de observación, con las manos ocupadas con una serie de datos que le era tan imposible leer como se lo habría sido respirar metano.

La estaba rehuyendo.

—Tully —dijo ella—, Tully.

—Yo trabajo —dijo él.

—Deja esos ridículos papeles. —Se los quitó de entre los dedos y los arrojó sobre la consola. Tully retrocedió, se golpeó con el asiento y se sostuvo apoyando un brazo sobre el respaldo de éste, con los ojos muy abiertos y brillantes. Olía a sudor humano y a flores de Anuurn. Y, de pronto, también a terror. Tirun dio media vuelta a su asiento y les miró sin saber qué hacer. Tully estaba paralizado, pálido como un stsho. Miedo. Ciertamente, miedo que hacía que su corazón empezara a redoblar y que ponía en marcha sus reflejos defensivos. Pyanfar se obligó deliberadamente a pensar. *Niño*, se dijo, haciendo a un lado su mente de cazadora, y luego pensó *alienígena, amigo y macho fácil de asustar*.

No era su movimiento el que provocaba su miedo. Tully ya había superado ese punto. Sabía que ella jamás le pondría las manos encima y ella sabía eso. Se trataba de algo más hondo.

—¿Estás preocupado por algo, Tully?

—No entender mucho tú decir... —agitó vagamente la mano señalando hacia el puente y el panel de observación—. Yo trabajo. No necesito entender.

—Tully, viejo amigo... —Pyanfar posó la mano sobre su hombro y sintió que sus músculos se movían levemente, como si él hubiera preferido no tener su mano ahí. Olió el sudor de su cuerpo aunque la atmósfera era más bien fría para un humano—. Escucha... sé que me has engañado. —El traductor empezó a chisporrotear en el comunicador que Tully tenía puesto en su cinturón. Pyanfar no llevaba ninguna conexión en su oreja: a esta distancia no le hacía falta—. Tú y Dientes-de-oro trabajabais juntos. Me lo dijo. Maldito seas, Tully, me engañaste para que...

El traductor dijo algo con su voz átona que parecía un eco de Tully y él se

derrumbó sobre el brazo del sillón para escapar a la mano de Pyanfar, quedándose sin espacio para seguir huyendo.

—Dime la verdad, ¿eh, Tully? ¿Qué te ha hecho sentir frío en la espalda? ¿Algo de lo que dije?

—No entender.

—Claro. Hablemos de algunas cosas. Cosas que quizá me gustaría saber... ¿Cuál es el rumbo de los humanos?

—Ta-va...

—Tt'a'va'ó. Acabas de oírme decir eso ahora mismo. Quizá sepas algo más. Quizá sepas lo que Dientes-de-oro no piensa soltar. *¡La verdad, Tully, así se te lleven los dioses!*

Tully se encogió violentamente en el asiento.

—Verdad —dijo. El traductor le había dado ahora la voz de una hani pero el timbre no estaba demasiado lejos del suyo—. No miento. No miento.

—¿Dónde antes de eso?

—No seguro. Ta-vik. Pienso Tavik.

—Tvk. Como mínimo, es un puerto kif. Tvk. Supongo que no se detuvieron para saludar. Entraron a toda velocidad y se largaron. Y luego a Chchchcho, no es probable que fuera Akkt. Chchchcho, el mundo natal de los chi. Ése es un curso realmente espléndido, Tully. Realmente soberbio. ¿Quién lo planeó?

—Yo venir... *Ijir*.

—Quieres decir que no lo sabes.

—No saber.

—Tully, esos documentos... El paquete, ¿entiendes? ¿Qué decían?

—Hacer oferta comercio.

—¿A quién? ¿A quién se la hacían, Tully?

Un desesperado gesto de su mano.

—Todos. Todo Pacto.

—También a los kif, ¿eh?

—Mahe. Hani.

—Tully, ¿qué más había en ellos? ¿Un mensaje de los knnn, por ejemplo? Los knnn, ¿sabes quiénes son?

Un gesto de su cabeza: eso era un no. Sus ojos se convirtieron en dos grandes círculos azules llenos de ansiedad.

—No. No saber cosa knnn. Py-anfar... te lo digo, te lo digo todo. # # yo no miento ti.

—Es curioso el modo que tiene ese traductor de quedarse siempre atascado con las frases de las que realmente me gustaría estar segura.

—Yo amigo. ¡Soy tu amigo, Py-anfar!

—Claro, ya lo sé.

—Piensas que miento.

—No he dicho que mintieras. Pero me habría gustado que dijeras la verdad *antes* de que las cosas se pusieran al rojo vivo, ¿eh? Sencillamente, sigo teniendo la desagradable sensación de que algo sigue oculto detrás de esos lindos ojos azules tuyos. Algo lleva ahí escondido desde hace mucho tiempo. —Se apartó la melena del rostro con una garra y luego posó nuevamente la mano sobre el hombro de Tully, con mucha suavidad—. Mira, Tully... no me tienes miedo, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué no me dices la verdad? ¿Por qué te callaste unas cuantas cosas después de haber empezado este viaje?

—Yo decir.

—Sí, lo de las naves sí. Lo intentaste. ¿Por qué no el resto?

—Yo intentar... intentar decir... Tú todo tiempo ocupada # no #...

—La palabra «knnn» me habría llamado la atención de forma realmente rápida, Tully. ¿Has hablado alguna vez con Dientes-de-oro de los knnn, eh? ¿Le has hablado de esos disparos contra los knnn?

Un parpadeo, un gesto de cabeza, los ojos mirando a un lado. Evasivas.

—Bien, realmente has sido una gran ayuda para muchos, ¿no? ¿Me has contado la verdad sobre cómo te sacó de esa nave correo?

—Verdad.

—¿Fue él personalmente?

—Dientes-de-oro.

—¿Has oído alguna vez hablar de otra nave? ¿Otra nave de caza que anda por ahí fuera... con el resto de los humanos?

—No.

—Entonces, quieres decir que esas naves humanas andan dando vueltas por el espacio del Pacto sin nadie que las ayude. ¿Sin mapas, sin guías? ¿Sin nadie que las observe? Venga, Tully... ¿Cuántas son?

—No sé.

—¿Dos, diez?

—No sé. Diez. Quizá diez. Quizá más.

—Más.

—¡No sé!

—¿De dónde vienen esas naves, Tully? ¿Quién las ha hecho llegar hasta aquí? ¿Quién se lo ordenó? ¿Sabes algo de eso?

—No saber.

—Dientes-de-oro lo sabía. La *verdad*, Tully. ¿Qué sabes de esos otros humanos?

Sus ojos se movieron velozmente hacia otro lado, hacia un punto indeterminado

alejándose de ella y volviendo a mirarla para apartarse de nuevo.

—¿Eh? —le preguntó Pyanfar—. ¿Qué sabes, Tully?

—Venir luchar kif. Ellos venir luchar kif.

—Uhhnnn. —Pyanfar clavó los ojos en los de Tully, sosteniendo su mirada. Sus pupilas se agitaron de un lado a otro y por fin quedaron centradas en ella, muy dilatadas bajo la fuerte claridad del puente—. ¿Cómo saben a qué kif deben combatir, eh, Tully? ¿Quién se lo dice?

—Kif es kif.

—¿Eso piensas? ¿Qué clase de plan es ése? ¿Atacar a la condenada *especie* kif como un todo? Estás loco, Tully. No. Los mahendo'sat no hacen tratos con locos. Y tú estás tratando con los mahendo'sat, ¿verdad que sí?

—Yo pedir ir traer ti, Pyanfar, traer ti. No # los mahendo'sat.

—Dilo otra vez.

—Mahendo'sat no decir toda la verdad. Yo asustado. No saber qué hacer ellos. Pensar que ellos quizá querer ayudarnos pero yo... ¡yo! —Se puso la mano en el pecho y lo dijo en hani, haciendo que el traductor enloqueciera—. Yo Tully... miedo yo, Py-anfar.

—¿De qué? ¿Qué te da miedo?

—Pienso que mahendo'sat querer más ayudarse ellos. Quizás hani querer mismo. No sé. No entiendo demasiado. El traductor hace palabras mal. Yo miedo... no sé...

—Ahora hablas con toda claridad, Tully. Me entiendes. Y nada de evasivas. No me digas que no entiendes, ¿de acuerdo? Ya sabes en qué clase de lío nos hemos metido.

—No entiendo.

—Oh, sí, sí que lo entiendes. ¿Quién está con esas naves, Tully? ¿Qué acuerdo hicieron? ¿Dónde irán después?

—No entiendo.

—Ya te he dicho que no quiero oírte decir eso. Quiero saber todo lo que sabes. Dime una cosa, Tully... ¿qué preguntas te hizo Sikkukut? ¿Qué te preguntó cuando estabais a solas?

—No... no... —Sus ojos se abrieron todavía más. De pronto se retorció salvajemente y miró hacia atrás. Pyanfar miró en esa misma dirección y vio a Hilfy. Un reflejo, un movimiento reflejado en la pantalla apagada del monitor. Eso habría atraído la atención de Tully y había decidido aprovechar la oportunidad.

—Hilfy —dijo Tully con voz suplicante—. Hilfy...

—¿Algo va mal? —preguntó Hilfy.

—Estamos hablando, nada más —dijo Pyanfar. *Un condenado mal momento para aparecer, por los dioses*—. Ve a echarle una mirada a Chur, ¿eh?

—Geran estaba ahora mismo con ella. —No se había enterado de su indirecta. O

no se daba por aludida.

—Estupendo. Ve a revisar los filtros. Si quieres meterte dentro de ellos para hacerlo mejor, adelante.

Las orejas de Hilfy se pegaron a su cráneo. No se movió.

—Yo ir ayudar —se ofreció Tully, haciendo el gesto de ponerse en pie.

—No te muevas. —Pyanfar hizo que se sentara nueva mente con un empujón sobre el brazo del asiento—. Aún no he terminado contigo. Hilfy, fuera.

—¿Qué sucede? ¿Qué está pasando aquí?

Miedo. Sudor humano. Un olor muy claro que flotaba en la atmósfera. El silencio del puente pese a que dos puestos estaban ocupados y trabajando, la expresión que había en el rostro de Tully...

—Estamos discutiendo sobre los rumbos —dijo Pyanfar con voz calmada, poniendo suavemente la mano sobre el hombro de Tully. Tully se encogió y sus ojos, aterrados, miraron a su alrededor—. Discutiendo sobre alguna información que puede tener. Algo que podría haberle dicho a los mahendo'sat sin darse cuenta. Y, en particular, a los kif.

—No hablar, Hilfy, yo no hablar.

—No he dicho que fueras un mentiroso, Tully. Te he preguntado qué fue lo que te preguntó Sikkukkut. Me interesa saber lo que Sikkukkut pretendía averiguar de ti.

—Por todos los dioses, tía...

Había sudor en el rostro de Tully. Su piel se había vuelto blanca. Alzó el rostro hacia ella.

—Maldita sea, tía, déjale en paz, ya ha tenido que soportar bastante.

—Eso ya lo sé. Sé lo que ha sufrido y...

—¡No lo sabes! ¡Aparta tus manos de él!

Pánico. Rabia asesina. *Oh, dioses, dioses, Hilfy.* Un rostro con esa expresión no podía ser el de una niña, nunca podría serlo.

—Está bien, Tully. Vete. —Le dio un leve empujón para que se moviera—. Anda, ya hablaré contigo después.

—Enviamos naves —dijo de repente Tully, agarrándose ferozmente a su asiento, ahora se negaba a moverse. Las palabras salieron en un chorro y cuando ella hizo un gesto con la mano, como despidiéndole, Tully agarró su muñeca. Sus ojos fueron de Hilfy a ella, de Tirun a Haral y luego volvieron a Pyanfar, ojos extraños que no paraban de relucir, como si no vieran lo que tenían delante—. Largo tiempo... largo tiempo... yo intentar... Ellos dejar Tierra, entender. Ellos hacer # # propio un #... — Y cuando Pyanfar intentó soltarse, sintiendo el dolor de su muñeca, él la apretó todavía con más fuerza—. Tú escuchar, escuchar, Pyanfar, yo digo ti...

—Maldita sea, intenta hablar claro, el traductor está quemando la mitad de lo que dices.

—Enviamos naves... —Soltó su algo magullada muñeca para hacer un vago y desesperado gesto de partir, de perderse a lo lejos—. Naves ir de Tierra, del mundo natal, para hacer # propia # ley, hacer # propio # Pacto. Ellos no gustar Tierra. Nosotros luchar largo con esos humanos. Ahora no tener comercio ser # de la Tierra. Hay dos Pactos humanos. Ellos # quieren #. Quieren Tierra. Queremos ser libres. Queremos hacer nuestra # # ley. Queremos ir... ir al espacio... no la misma dirección que antes. Encontramos nueva dirección, nuevo comercio. Encontramos vuestro Pacto, os encontramos. Queremos comercio. Ésta es la verdad. Si conseguimos comercio, hacemos tres Pactos. Tierra # ser el tercero. Tierra ser la # amiga # de hani, de mahendo'sat.

—Dos pactos humanos. —Pyanfar parpadeó y se echó la melena hacia atrás, sintiendo un agudo dolor en la mano. Miró a Hilfy que parecía confundida.

—Tres —dijo Tully—. También Tierra. Mundo natal mío. Nosotros tener problemas # dos humanidades. Queremos comercio. Nosotros el hogar de la humanidad necesitar esto #. Queremos hacer camino dentro de espacio Pacto, ir y venir # # #.

—¿Sabías algo de esto? —le preguntó Pyanfar a Hilfy.

—No —dijo Hilfy—. No, ignoro de qué está hablando.

—# #. Humanos ser tres clases. —Tully alzó ante ella tres dedos—. # #. Tierra. Yo hombre-Tierra.

—Política —murmuró Pyanfar—. Nos hemos metido en un condenado asunto de política humana, eso es lo que ocurre. Bueno, ¿quién se encarga de indicarles a las naves humanas dónde deben ir?

—Tierra. Tierra decir.

—¿Y tú qué eres, Tully?

—Yo espacial.

—Has contestado muy rápido a eso.

—¡Tía!

—¿Quieres preguntárselo tú?

—¡Por todos los dioses, no le trates de ese modo!

Pyanfar tragó aire.

—Mira, es posible que nunca llegara a hablar con los kif. Aceptaré su palabra si me la da. Es posible que no llegara a despegar los labios. Pero miente muy mal, nunca ha sabido mentir.

—A nosotras no.

—Habla el idioma, sobrina. Observa los ojos cuando le hagas alguna pregunta, olvídate de las orejas, observa sus ojos... Es un pésimo mentiroso. Estaba solo con Sikkukkut. Había drogas y montones de preguntas que hacerle. De acuerdo, tú lo sabes y yo no. Incluso si no habló... puede que se le haya escapado algo sin que él se

diera cuenta. ¿Se te ha ocurrido esa posibilidad?

—¿Me has preguntado alguna vez qué sacaron de mí?

Pyanfar parpadeó, totalmente sorprendida, y meneó la *cabeza* ante esa idea.

—Un cráneo roto y nada más —dijo Hilfy—. No sacaron nada, no les di nada. Y lo intentaron, tía, ese precioso amigo tuyo lo intentó. Si aceptas mi palabra, acepta la suya. Sé que no les dijo nada.

—Hilfy, le tuvieron a su disposición durante bastantes horas. Mientras, todos los fragmentos de este condenado embrollo empezaban a encajar en el cerebro de Sikkukkut; y nosotras en el puerto, dejándole unas cuantas horas preciosas para que intentara sacar algo de Tully, lo que fuera... algo más *aparte* de lo que había descubierto estando con esos otros kif en Mkks. Por lo tanto, si quieres ayudar un poco a Tully, deja que responda él mismo a sus preguntas, por todos los dioses.

—Ya te ha respondido. ¡No! ¡No habló! Le conozco muy bien.

—Claro que sí. —Gruñó Pyanfar. De repente, las orejas de Hilfy se cubrieron de un intenso color rosado por dentro y se doblaron sobre sí mismas. Sus ojos reaccionaron también. Toda en ella gritaba la misma reacción: vergüenza. No era eso lo que ella había pretendido decirle. Pyanfar sintió que sus orejas ardían también y el apartarse de todo aquello era inevitable, no había modo alguno de evitar que sus ojos se alejaran una vez más del asunto alrededor del cual habían estado dando vueltas desde hacía tanto tiempo. Intentó disimular tosiendo y agitando la mano—. Mira, sobrina...

—Le conozco realmente bien —dijo Hilfy con fría deliberación—. Quizá puedas aceptar mi palabra por una vez, ¿eh, tía? Quizá puedas confiar en que yo logré salir de ahí sin haberme vuelto loca, ¿eh? Y ahora te estoy diciendo cómo se portó, cómo era; y te estoy diciendo que no es ninguna criatura y que no es el imbécil por el que siempre le tomas. No le hables de ese modo.

Pyanfar la miró y no vio en ella ninguna petulancia infantil.

—Nunca he dicho que lo fuera. Te estoy diciendo que puede encontrarse algo lejos de su territorio habitual... y la inteligencia, sobrina, la inteligencia consiste en saber cuándo se está en esa situación. Si no eres tan lista como tu enemigo, ya puedes confiar en los dioses para que éste cometa un descuido. Y puedes estar tan segura de que la lluvia caerá del cielo como de que tú no debes cometer ese mismo error. Ese kif no es ningún rufián de muelle. Ese kif es lo bastante listo como para haberle pillado la cola al *han* entre unas tenazas, para haber engañado a Jik y para vencer claramente en astucia a todos los planes de Akkhtimakt; y, por todos los dioses, se encuentra a punto de hacerse con todo el Pacto. ¿Pretendes decirme que se limitaba a formular preguntas y observar vuestras reacciones? No quieres recordar todo eso. Estupendo. No quieres pensar en ello. De acuerdo. Pero esa actitud te impide funcionar como deberías. Y si ya eres el número dos en cuanto a inteligencia, no

necesitas añadirte otra desventaja. Estamos metidas en este lío hasta el hocico. ¿Recuerdas lo que dije hace un momento sobre cuáles eran las apuestas de este juego? Tenemos un problema, Hilfy Chanur. Necesito que nuestro amigo nos dé una respuesta clara. Necesito saber en qué anda metido ese maldito kif y en qué no anda metido; necesito saber si los humanos vendrán aquí o a Punto de Encuentro, algo que Sikkukkut daría mucho por descubrir en estos momentos. ¿Piensas que el Pacto es una maraña de ambiciones? Pues yo apostaría que a la humanidad la impulsan las mismas razones... una política que no entendemos. ¡Tres Pactos, bondad divina! Te diré algo más. Es muy posible que Tully no conozca las respuestas que yo realmente necesito ahora. ¿Piensas que le habrían dejado enterarse de todo para mandarle luego con los mahendo'sat? No. Ese tipo de cosas sólo las saben las viejas de dientes largos que se sientan en los grandes consejos. La política es la política, al menos entre las especies que respiran oxígeno y a las que podemos entender. No doy nada por sentado y creo que hay que pensar cuidadosamente en todo. Por ejemplo, los tratos que haya hecho Dientes-de-oro. O Jik. O... —miró a Tully—... lo que Sikkukkut y tú hayáis podido decirnos en esas pocas horas durante las que él estaba condenadamente seguro de que tú hablabas hani. ¿Qué hay de eso, Tully? ¿Qué te preguntó? ¿Qué dijo?

Las pupilas de Tully se dilataron, se contrajeron y volvieron a dilatarse. Intentó hablar, pero le falló la voz.

—Dijo... dijo él saber que mis amigos morir, él decirme... decirme # # # ellos #. Decirme hablar con él, cuál ser trato humano con los mahendo'sat. Qué trato contigo. Mucho tiempo preguntar. Querer saber ruta. Mismo que tú. Saber que humanos venir. No saber dónde.

—Eso no lo he entendido.

Los labios de Tully temblaron.

—Mucho tiempo. Mucho tiempo. Hacerme daño. # # . ¿Tú hacer trato ese kif?

—No soy su amiga, Tully.

—Yo conozco ese kif.

—Le conoces... —Pyanfar apartó los ojos de él y advirtió que Hilfy había cambiado repentinamente de postura.

—Sikkukkut dijo... —Hilfy hablaba en tono muy bajo, casi inaudible—. Dijo que conocía a Tully de antes.

—De cuando estaba en la nave de Akkukkak.

Tully asintió enfáticamente. Sus ojos estaban enfocados en otro lugar, como si contemplara algo horrible. Un instante después volvieron a ellas.

—El ser Akkukkak # # . Largo tiempo preguntar mí, preguntar también mi amigo.

—Dioses. El interrogador de Akkukkak. ¿Era eso? ¿Le conoces de entonces?

—Él matar mi amigo —dijo Tully—. Él matar mi amigo, Pyanfar. Con sus

manos.

—Oh, bondad divina... —Pyanfar se apoyó en el borde de un panel, las manos sobre las rodillas—. Tully...

—Cuando volvimos —dijo Hilfy—, Tully me preguntó hasta dónde llegaba tu amistad con Sikkukkut. Ahora sé por qué me lo preguntó.

—Dioses —dijo Pyanfar—. Tully te aseguro que no soy su amiga. Sólo intento salvar nuestras vidas, ¿me entiendes? ¿Le dijiste algo, le diste alguna cosa?

Tully meneó la cabeza. Ahora no tenía la límpida e ingenua mirada azul que presentaba generalmente. Era un Tully distinto. El Tully del interior, tranquilo, frío y pensativo. Pyanfar había visto ese Tully muy pocas veces, pero siempre lo había reconocido de inmediato.

—No decir nada, no mirar él. Ir muy lejos. Esperar. No estar. Tú decir que tú venir a por mí. Así que yo esperar.

Pyanfar dejó escapar un larguísimo suspiro. Durante un instante reinó el silencio.

—Política —dijo—. Todo política... ¿Entiendes qué es la política, Tully? Los kif no son amigos de nadie. No son amigos míos, no lo son de nadie. Pero hay kif malos y kif todavía peores. ¿Sabes por qué mantengo tratos con él? ¿Lo entiendes? ¿Puedes entenderlo?

—Política —dijo Tully. No, desde luego ahora no actuaba como un ingenuo—. Sé que tú venir sacarme de donde kif. Esa ser tu política.

—No soy amiga de Sikkukkut. Eso puedes creerlo.

—Mala cosa ocurrir. Yo no entiendo. Tú mucho miedo. ¿Adónde vamos? ¿Contra qué luchamos? Tenemos enemigo que ser amigo, hani y stssts...

—Stsho.

—... ser enemigo. No confiar en Dientes-de-oro, no con fiar en Jik. No confiar en hani. No confiar en kif.

—Dientes-de-oro y Jik son amigos. Pero no podemos confiar demasiado en ellos. Al menos, no cuando se interponen los intereses mahendo'sat.

—¿Dónde estar hani?

Pyanfar miró hacia Hilfy y sintió que Tirun estaba junto a ella, con los ojos clavados en Tully.

—Buena pregunta.

—¿Qué hacer yo? —preguntó Tully—. ¿Qué hacer yo, Py-anfar?

—¿Qué hiciste? ¿Qué harás? Ojalá tuviera respuestas para esas dos preguntas. *Amiga*, Tully, eso es cuanto puede decirte. Igual que Dientes-de-oro es amigo mío y tuyo. Sólo los dioses pueden saber de qué va a servir eso. Me gustaría tener alguna respuesta que dartte. Me gustaría que tú pudieras darme alguna.

—Yo luchar —dijo—. Yo tripulante de la *Orgullo*. Tú querer luchar # hani, kif, yo no # morir con #.

—Qué los dioses frían a ese traductor. ¿Entiendes algo de lo que digo? ¿Hemos vuelto a confundirlo todo?

—Tú ser mi amiga. Tú. Hilfy. Todas. Yo morir con vosotras.

—Dioses... gracias —murmuró Pyanfar algo aturdida. Un escalofrío supersticioso recorrió su espina dorsal—. Otra vez el traductor... espero. —Las orejas de Hilfy se habían pegado a su cráneo—. Desde luego, también espero que se te ocurra alguna idea mejor que ésa.

Quizá no logró entender la intención humorística de sus palabras. Su rostro siguió totalmente inexpresivo, dominado únicamente por la ansiedad.

—Amigo —dijo.

—Tienes trabajo que hacer. Anda. Hilfy, llévatelo.

—Bien —dijo Hilfy, poniendo la mano sobre el respaldo del asiento—. Tully.

Tully se puso en pie, Tirun, al otro lado, se había dado la vuelta para atender algún mensaje que le había llegado por su conexión personal y ahora se volvía nuevamente hacia ellas agitando levemente las orejas y con la cabeza ladeada. Alguna nueva dificultad. Un mensaje. Pyanfar se apartó un poco para permitir que Tully se levantara y, al pasar junto a ella, le puso una mano en la espalda como signo de consuelo.

—Amigo. Ayuda a Hilfy, ¿eh? Te necesitaba para algo... Uhhhhnn, Tully.

Tully se volvió hacia ella, le había pillado por sorpresa e intentaba prepararse para un nuevo interrogatorio.

—¿Hay algo que tú sepas y nosotras no?

Un destello en sus ojos.

—Uhhhn —dijo nuevamente Pyanfar, con los ojos medio cerrados.

—Py-anfar...

—Si se te ocurre algo, ¿eh?, ven a verme. Ven y dímelo, ¿de acuerdo?

Los kif habían usado descargas eléctricas contra él y no habían conseguido nada. Los mahendo'sat usaron la inteligencia y lograron algo. Pyanfar clavó sus ojos en él, implacablemente, sin compasión. E intentó sacar algo de su interior.

—No confiar —dijo de repente, con expresión abatida y miserable—. No confiar humanidad, Py-anfar... —Y salió casi huyendo por la puerta... estaba andando, sí, no llegaba a correr, pero de todos modos era una huida. Hilfy se quedó unos segundos en el umbral, a su espalda, y miró a Pyanfar con ojos angustiados. Luego se dio la vuelta y siguió a Tully.

Pyanfar no estaba demasiado sorprendida de la profunda convicción con que había hablado Tully. Todo era un engaño. Dientes-de-oro. Jik. Ella misma. La humanidad. Todo el mundo estaba jugando a las mentiras salvo Tully... quien, al igual que Chanur, había traicionado ahora misma a su propia especie. Los dioses sabrían cuáles eran sus razones.

¿Qué le impulsaba?

¿Algo parecido a lo que podía encontrarse entre las hani? ¿Dónde estaba la familia, el clan, la Casa? ¿Qué era Tully?

Tully.

Un macho. Sin casa. Sin hermanas, sin esposas. Un renegado. *Nau haurun.*

Pero no era un hani. En Tully no había analogía alguna con esa especie de huérfano destructor que andaba sin rumbo, al acecho, matando sin motivo: *Nau haurun.*

No, ése no era su amigo Tully. Tully sin-apellidos. Tully, de la lejana Tierra, de donde venían las naves y los desconocidos.

—Capitana —dijo Tirun en voz baja—. Capitana... Ehrran en el comunicador. Me temo que las hemos hecho esperar un poco. Se están poniendo bastante nerviosas.

—Bien —dijo Pyanfar con voz átona. Se dejó caer sobre su gastado asiento y activó la energía para que se volviera hacia los tableros.

Piensa en el negocio, Pyanfar Chanur. Despierta. Huele el viento y vigila las ramas que hay sobre tu cabeza.

—Yo me encargaré de eso. ¿Has sabido algo de la *Harukk* respecto al problema de Tahar?

—Nada —dijo Tirun—. Mantengo la llamada, pero siempre recibimos la misma respuesta. Sikkukkut no está disponible todavía. Asuntos de negocios, dicen.

—Condenados juegos de *sfik*. Ya empiezo a ver un poco cómo funcionan, y no me gusta lo que está pasando. Apenas termine con Ehrran, llama de nuevo. Que le digan a Sikkukkut que estoy personalmente interesada en la tripulación de Tahar. Dile que es un asunto relacionado con el *sfik*.

Estas palabras hicieron que Haral, sentada a su lado, se volviera a mirarla...

—Capitana, con tu permiso...

Haral no llegó a terminar la frase. Tuvieran un pleito con Tahar o no, había vidas hani en juego. Un error de cálculo con los kif podía hacer que la tripulación de Tahar fuera ejecutada de inmediato. Era posible que Jik estuviera a punto de tener éxito por su parte, desde luego... Pyanfar pensó en todo eso, y al sentir la preocupación que había en los ojos de Haral volvió a pensar en ello. Notó que Tirun la observaba de forma similar por encima de la espalda de Haral. Un agitarse de orejas cargadas de anillos. Un hondo fruncimiento de ceño.

—Mándalo —dijo Pyanfar—. Con tacto, eso es todo.

—Con tacto —murmuró Tirun y se dio la vuelta para ejecutar su primera orden.

Pyanfar hizo girar nuevamente su asiento y apretó el botón que le transmitiría esa llamada largo tiempo pendiente de Rhif Ehrran. Mientras tanto escuchaba cómo Tirun hablaba con la oficial de comunicaciones en la *Vigilancia*.

Más juegos políticos y protocolos entre capitanas. La oficial de comunicaciones

insistía en obtener respuesta de la capitana de la *Orgullo* antes de que la suya se pusiera al comunicador.

—Yo me encargo —dijo Pyanfar. Curiosamente, a medida que pasaba el tiempo, el hecho de mantener su orgullo ante Ehrran había disminuido de importancia. Ni tan siquiera logró sentir una punzada de irritación ante la oficial de Ehrran que intentaba provocarla para dejar constancia de ello en sus registros—. Aquí Pyanfar Chanur.

Mantener tranquila a Ehrran. Ocuparse de lo esencial: la emergencia actual era Tahar. Chur estaba a salvo. Tully le había asegurado que nada de importancia crítica había caído en manos de los kif. Había cosas que Sikkukkut todavía necesitaba, y eso quería decir que el kif era más seguro y al mismo tiempo menos predecible.

—Vigilancia. *Oficial de comunicaciones al habla. Un momento más, capitana. Me temo que la capitana no se encuentra ahora mismo en la línea.* —Fría y calculadamente insolente. Juegos de provocación.

¿Tres pactos humanos? ¿Peleas entre ellos?

Un Pacto humano, la Tierra, el mundo natal de los humanos, ¿intentaban oponerse a dos poderes humanos rivales con nuevas rutas comerciales? ¿O acaso el comercio era lo único que les interesaba?

Esa zona del espacio era *grande*, desde luego, si en ella cabían tres economías capaces de viajar por él... corrección: *dos*. Y una que, simplemente, *quería* ser aún mayor.

¿Conocía Dientes-de-oro la situación dentro del espacio humano? Los mahendo'sat con sus científicos y su loco hurgar en todos los fenómenos extraños... siempre analizando las cosas, siempre dándoles vueltas, con la esperanza de... ¿de qué? ¿Encontrar nuevas especies? ¿Nuevas alianzas? ¿Nuevas situaciones que pudieran usar para entendérselas con sus viejos vecinos, los kif?

«*Cuidado con Dientes-de-oro*». Eso le había dicho el stsho, miembro de una raza que había elevado los engaños a la categoría de arte.

—Ker Pyanfar, aquí Rhif Ehrran. *Confío en que, fuera cual fuera la emergencia que te mantenía ocupada, no se tratará de nada serio.*

—No. Todo está arreglado. No habrá más problemas. A menos que tú tengas alguno.

—No. *En realidad, voy a librarte de un problema. Voy a enviar un grupo para que recoja a Tahar.*

—Me temo que no será posible. Hemos aceptado su petición cíe custodia. Lo siento, Ehrran. Por decirlo así, se halla bajo nuestro techo. Y soy jefe de la casa... aquí.

—*Esto no es Anuurn y no estamos en la edad del sofhyn y sus lanzas, ¿me entiendes, Chanur?*

—Claro. Ahora tenemos juguetes mucho más grandes, ¿no? Sé que te encanta

citar la ley. A mí, las viejas leyes me parecen estupendas... leyes como el derecho de parentesco, esa clase de leyes que no se puede encontrar en ningún libro, Ehrran.

—*Que se ponga Tahar.*

—Quizá deberías concentrarte en su tripulación. Ellas sí que tienen un auténtico problema. Puede que apreciaran tu intervención. Pero Dur Tahar se encuentra bastante cómoda donde está. ¿No deseas nada más?

Click.

—Archiva eso —dijo Pyanfar—. Y manda el otro mensaje.

—Bien —dijo Tirun.

—Excelente disparo —dijo Haral inclinando levemente las orejas. Se refería a Rhif Ehrran y al modo en que Pyanfar había sabido caminar junto al abismo sin perder el equilibrio.

—Ya —dijo Pyanfar—. ¿Por qué no podían haberla cogido los kif, eh? Nos habrían hecho un favor.

—¿Les proponemos un trato al respecto? —sugirió Haral con expresión casi alegre.

—Dioses, eso es...

—Capitana —Tirun alzó una mano, pidiendo silencio—. La *Harukk* parece tomárselo en serio esta vez... creo que van a intentar transmitir la llamada. Quizá... Sí. La capitana está esperando, comunicaciones de la *Harukk*, si es posible. Sí... Bien. Capitana, saludos del oficial de comunicaciones de la *Harukk*. Van a intentar hablar con el *hakkikt* siempre que seas tú personalmente quien transmita el mensaje.

Protocolos. Otra vez los juegos de *sfik*. Pyanfar agitó las orejas y movió la mano en una señal afirmativa. La luz de preparado se encendió inmediatamente y Pyanfar pulsó las teclas. Sus garras se flexionaron sobre los botones. Tragó una honda bocanada de aire y apartó de su mente toda ansiedad, confinándola a un lugar frío y lejano en el cual no había futuro.

—*Harukk* —dijo con voz calmada—, aquí Pyanfar Chanur. Tengo un mensaje urgente para el *hakkikt*, honrado sea.

—*Honrado sea el hakkikt y que él pueda prestarte atención, cazadora.*

«... Así que ya hemos olvidado nuestros oscuros comienzos, ¿verdad, kif? Jefe de provincias y torturador de primera... ¿convertido en príncipe? Y, por todos los dioses, somos nosotras las que te hemos colocado en ese puesto».

Esperó. Fríamente, sin perder la calma. Durante largo tiempo. Y, por fin:

—*Aquí Sikkukkut, ker Pyanfar. ¿A qué viene tanta prisa?*

—*Hakkikt*, aprecio la cortesía. Y el regalo que me has enviado. Me gustaría hablar de algo más contigo. Según tengo entendido ahora tienes bajo tu custodia a la tripulación de la *Luna Creciente*...

—*Cazadora Pyanfar, tu falta de rodeos al hablar sería capaz de asombrar*

incluso a un chi. ¿Acaso mi regalo es demasiado pobre para que lo aprecies?

—*Hakkikt*, veo un modo de usarlo en tu beneficio y en el mío. Y debe hacerse con rapidez. Si quisieras mandarme un mensajero, quizá podría ser más precisa al respecto.

Una pausa.

—*Cazadora Pyanfar*, me interesas. Pero no veo razón alguna para que uno de mis *skkukun* deba ir de mi nave a la tuya y volver después cuando todas tus tripulantes parecen hallarse en buenas condiciones. Y no tengo nada que decir les a ninguna de ellas. Te hice una propuesta en Punto de Encuentro, puede que lo recuerdes: la rechazaste. La hago otra vez... lo cual no es corriente. Esta vez ven tú a mi cubierta, siempre que esta oferta que piensas proponerme sea tan valiosa como afirmas. Confío en que lo sea. Te espero... dentro de una hora.

Click.

Pyanfar se reclinó en su asiento.

—Capitana —dijo Haral junto a ella—, bondad divina...

Pyanfar miró a Haral.

—No ha salido del todo bien.

—¿Y ahora qué? ¿Llamamos a Jik?

—¿Llamar a Jik para que arregle el desastre? Acabamos de recibir un desafío, prima. Yo he recibido un desafío. *Sfik*. Aceptó mi envite y lo ha doblado.

—Quieren atraparte, por todos los dioses, ya que no pueden llegar hasta Dientes-de-oro... ¡es a ti a quien quieren! Ya has oído quién es *Sikkukkut* según Tully, y tú misma dijiste qué desea ahora por encima de cualquier otra cosa... Dientes-de-oro estuvo aquí hace poco, hablando contigo. El kif debe saberlo. Y saben que puede habernos dicho lo que tanto desean conocer...

—Matarán a las prisioneras. Si no voy a esa cita las matarán con toda seguridad y nos lo harán saber. Por si eso no fuera bastante, nuestra reputación entre los kif caerá hasta el fondo. Y el golpe será duro.

—¡No puedes hacerlo!

—Tampoco puedo escurrir el bulto. No. Estoy segura de que ese bastardo sin orejas va a ponernos a prueba de una forma o de otra. Y creo que estoy empezando a pensar como un kif, creo poder deducir lo que pretende. Estaré perfectamente a salvo ahí dentro... siempre que pueda mantenerle en vilo haciéndose preguntas y dudando. Voy a necesitar compañía una vez fuera. ¿Quieres dar un paseo?

—Oh, claro —dijo Haral encogiéndose de hombros con cierta desesperación—. Dioses, ¿por qué no?

La atmósfera de Kefk las golpeó como una pared impregnada de amoníaco. Cuando estaban en la rampa, Haral tosió y Pyanfar tuvo que estornudar sintiendo que le escocían los ojos pese a los antialérgicos. Haral se había vestido con sus mejores atuendos para el muelle: unos pantalones azul oscuro con toda una colección de pendientes dorados, un juego de brazaletes, una tobillera con un colgante y un cinturón con cadenas de oro y plata que tintineaban añadiendo su ruido al de una monstruosa pistola automática negra y un cuchillo. Pyanfar llevaba los pantalones de seda roja, brazaletes de oro, gran cantidad de aros en las orejas y el cinturón. Además de la automática que colgaba de su cadera llevaba también un cuchillo y una pistola de bolsillo.

—Parecemos un buen par de piratas —había dicho Haral antes de que la compuerta se cerrara a sus espaldas.

—Son los piratas de ahí fuera los que me preocupan —había contestado Tirun, que las acompañó hasta la compuerta.

Khym había dicho otras cosas, mientras Geran e Hilfy se removían inquietas mordisqueándose los bigotes hasta casi arrancárselos.

—Eh... —había dicho Geran con los ojos llenos de cansancio y preocupación—. Iré con vosotras...

—Es cosa mía —respondió Haral.

Y Tully, algo después:

—¿Dónde ir ella... dónde ir, Py-anfar?

A Tully no le había dado ninguna respuesta clara.

—Fuera —le dijo al encontrarse con él en el corredor de abajo, deseando no haberle visto—. Tengo cosas que hacer, Tully. Tengo prisa.

—Cuidado —le había dicho mostrando un rostro lleno de ansiedad. Indudablemente se había asustado ya al oír que la compuerta interior se abría dejando a la *Orgullo* expuesta a los muelles kif. Pyanfar supuso que la tripulación le diría dónde habían ido una vez llevaran recorrido un buen trecho. O, mejor todavía, cuando ella y Haral hubieran vuelto.

Cuando hubieran vuelto.

Pyanfar y Haral empezaron a caminar por el muelle, en un infierno de luces de sodio y humo que apestaba a lubricante y amoníaco, bañadas en una fría humedad que les recordaba un pantano bajo la puesta de sol. Los kif se movían como manchas negras entre la penumbra que ocultaba el muro más lejano de esa sección de almacenes y fábricas. En los muelles de Kefk no se percibía ningún color, sólo el enfermizo resplandor del sodio. El único brillo que se veía era la feroz blancura de alguna farola de argón situada sobre una puerta circular de acero.

—Kkkkt. Kkkkt. —El sonido llegó hasta ellas cuando pasaban por delante de unas naves kif. Kif, indudablemente algunos de sus anteriores compañeros de viaje. Las habían visto salir de su nave y se habían reunido formando grupos para hablar en murmullos y quizá, pensó Pyanfar, para preguntarse si las dos hani que recorrían los muelles de Kefk habían perdido la cabeza.

(«*Mírate*», había exclamado Khym desesperado en tanto que ella se vestía para ese paseo. *¿Piensas llevar todo eso para meterte en una cueva de ladrones? ¡Py, por todos los dioses!*»).

Era una locura llevar tanto oro en una madriguera de kif si no se poseía el *sfik* suficiente como para conservarlo.

—Así parecemos peligrosas —le dijo Pyanfar a Haral mientras hacían sus planes—. Para las mentes de los kif, muy peligrosas. Ésa es la idea.

Anunciar su presencia y meterla justo bajo las narices de los kif hasta que la olieran, vieran el oro y las armas, y recordaran que la tripulación de la *Orgullo* no tenía precisamente la reputación de ser estúpida.

Por lo tanto, debían pertenecer a esa otra categoría. La peligrosa.

Además, eran las invitadas del *hakkikt*. Al menos, lo eran en el camino hacia la reunión.

—Hay algo maravilloso en los kif —murmuró Pyanfar cuando ella y Haral estaban bien lejos de sus oídos, entre uno de los oscuros diques y el siguiente—. Tengo la impresión de que todos esos kif de los muelles se sienten tan inquietos como lo estamos nosotras. Estamos en lo más alto de la ola, igual que ellos; y los kif navegan ahora por un mar bastante agitado. Siempre deben estarse preguntando cuándo va a cambiar el viento.

—Son diferentes, eso es cierto —le respondió Haral, también en un murmullo—. Los agravios no duran mucho entre ellos... y, que los dioses se cubran de plumas, no hay nada con lo que no puedan comerciar. Son gente muy variable. Creo que las hani jamás hemos logrado entenderles correctamente. Quizá deberíamos haber traído a nuestro amigo Skkukuk en este viaje, ¿eh?

—Pensé en ello. Pero me preocupó pensar que ése estuviera un poquito demasiado loco, incluso para los kif. No le quiero ver cerca de pistolas y cuchillos.

—Ya. Ahora que lo pienso, yo tampoco.

Una vaharada inconfundible las alcanzó cuando llegaban al final del muelle. Sangre, sin duda alguna, eran capaces de notarla incluso por entre el olor de amoníaco. Pyanfar lanzó un bufido y carraspeó.

—Bondad divina —dijo Haral disgustada—. Eso es suficiente para quitarte el apetito.

—Ya casi hemos... —«*llegado*» empezó a decir Pyanfar. De repente vio los números kif que indicaban el dique 28, y eso hizo que se olvidara de terminar la

frase: el dique de la *Harukk*. En esa zona había muchos kif que iban y venían, y el olor de la sangre se hizo más fuerte.

Cuanto más se acercaban a él, más empeoraba. Había una serie de postes metálicos sujetos con cadenas a la rampa de acero, y sobre cada uno de ellos se veía un objeto oscuro.

—Dioses y truenos —murmuró Pyanfar—. Haral, no muevas ni un músculo cuando subamos.

Eran cabezas de kif. Los kif circulaban por la rampa número 28, sin hacer caso de los horrendos espectadores que parecían vigilarles. Ella y Haral subieron por la rampa, rodeadas de kif, esperando que algún centinela las interpelara.

Ninguno lo hizo. Cruzaron la primera sección de la rampa y Pyanfar contempló con fría curiosidad el objeto ensangrentado que la coronaba.

—Adiós a la oposición —dijo Haral.

—Desde luego, eso debería mantener quietecitos a los nuevos conversos —murmuró Pyanfar. Cada kif que entraba o salía de la *Harukk* tenía que verlos forzosamente: para unos sería el recuerdo de la victoria, para otros una terrible advertencia.

Al menos, pensó sintiendo un profundísimo alivio, ninguna de esas cabezas era hani.

Los kif se volvieron para mirarías a medida que subían, como todos los que tenían algo por hacer a bordo de la *Harukk*. Un pequeño grupo de kif que se encontraba al final de la rampa emitieron leves silbidos y chasquidos al verlas pasar, pero no intentaron detenerlas.

Y, finalmente, se encontraron ante los centinelas, situados en el interior de la gran compuerta.

—Hakktan —dijo uno en kif. ¿*Capitana*?

—Ukt —respondió Haral señalando con la cabeza a Pyanfar. «Sí». Pyanfar permaneció inmóvil con los brazos cruzados, desprendiendo arrogancia toda ella, incluso en el ángulo de sus orejas, y dejó que Haral se encargara de hablar. Dos de los tres kif tenían las manos metidas dentro de sus mangas, indudablemente ocultando otras armas aparte de las que llevaban sobre sus túnicas. Estaban impidiendo todo tráfico por la compuerta en sus dos direcciones, en tanto que el tercer kif informaba de su presencia por el monitor que había arriba.

Cuando llegó la respuesta, se ordenó que las dejaran entrar. El centinela de la compuerta interior se apartó a un lado y el tercer guardia les hizo una reverencia, añadiendo a ella el gesto de las manos vacías.

—Dentro —les dijo ese centinela.

—Ya —respondió Pyanfar. Respondió con otra reverencia y echó las orejas hacia atrás al inclinarse. Haral no se apartó de ella y las dos cruzaron la escotilla de la

Harukk. Poco después se encontraban en su interior que estaba saturado de amoniaco.

Más kif las aguardaban en el pasillo interior. Uno de ellos giró para detener el tráfico y cuatro kif bastante altos y armados continuaron inmóviles.

—Seguid —dijo uno de ellos, y se puso en marcha sin mirar hacia atrás. Tres kif fueron detrás de él en tanto que otros dos se quedaban en la compuerta. Y ni una sola protesta ante todo el surtido de armas que sus visitantes habían introducido en la nave. Silencio total. Una vez dentro de esos oscuros pasillos que apestaban a maquinaria, amoníaco, sangre y otras cosas imposibles de identificar, pasaron junto a otros kif, pero ninguno de ellos se volvió a mirarlas.

Costumbres kif, pensó Pyanfar. No te fijes en los extraños invitados del *hakkikt*, no les mires, no les ofendas. El aura de miedo y ferocidad contenida que dominaba ese lugar era infecciosa. Hizo que se le erizara el vello en la espalda, su pulso empezó a latir más rápido y sus nervios empezaron a enviar rápidos mensajes de lucha y huida a través de su organismo.

Hilfy conoce este lugar, pensaba Pyanfar a medida que avanzaban, sintiendo que sus entrañas se anudaban de forma involuntaria, cada vez más tensas. *Hilfy estuvo en este horrible lugar*.

Cuando le dijo adonde pensaban ir ella y Haral, Hilfy se había quedado en silencio junto a Khym, sin moverse. Khym tenía su opinión en cuanto a lo que pensaban hacer. Igual que Geran. Pero las orejas de Hilfy se derrumbaron sobre su cráneo y sus fosas nasales se contrajeron.

—Ya —había dicho Hilfy—. ¿Por qué? —En sus ojos se veía la negrura de los recuerdos y la cautela de estar sopesando los riesgos; aparte de eso, nada más resultaba legible—. Ya sabes que es una trampa.

—Lo sé —había dicho Pyanfar—. No tenemos nada mejor donde elegir.

Hilfy conocía mejor que ninguna de ellas cómo obraban los kif. Y no había protestado. Tampoco le había sugerido nada, no le había hecho ninguna oferta mejor. La situación requería una fría calma y evitar en lo posible cualquier ocasión de provocar a los kif. Y eso, tanto por veteranía como por temperamento, era un trabajo reservado para Haral Araun.

Haral andaba ahora junto a ella con la misma cautela que si estuviera recorriendo uno de los muelles de mala fama del Pacto: con las orejas erguidas y el rostro sereno durante todo el viaje en ascensor que hicieron en compañía de sus dos centinelas kif.

El ascensor se detuvo, uno de los centinelas salió y los demás le siguieron un poco más atrás tal y como habían hecho abajo. Y después vino otro largo trayecto por un corredor en penumbra en dirección a popa; luego una puerta abierta y una habitación casi a oscuras donde un puñado de kif rodeaban a otro kif sentado en una silla cuyas patas recordaban a las de un insecto, un kif que llevaba un medallón de plata, un kif cuya túnica y capuchón ribeteados de plata brillaban débilmente bajo las

luces de sodio.

—*Hakkikt* —dijo Pyanfar, aproximándose a su austera magnificencia, y haciéndole una reverencia cuidadosamente medida en la cual se equilibraban el respeto y su propia posición.

—Kkkt. —Sikkukkut agitó su delgada mano de color gris oscuro—. Ksithikki. —Varios kif abandonaron a toda prisa los rincones de la habitación para traer casi corriendo dos asientos y dejarlos ante una mesita—. Ksithi.

Pyanfar asintió y tomó asiento en uno de ellos, colocando los pies debajo. Haral ocupó el otro. Más órdenes de Sikkukkut y un gesto de su mano por entre la manga ribeteada de plata. Otros kif fueron rápidamente en busca de vasos y un recipiente. Colocaron en la mano que extendía Sikkukkut un vaso antes de que pudiera haberse cansado de esperar. Pyanfar recibió otro vaso y un tercero fue para Haral. Un kif se había encargado ya de servir a Sikkukkut y después de hacerlo, sin perder un segundo, las sirvió del mismo recipiente que a él.

Alabados fueran los dioses, era parini. Licor. Fuerte y solo: lo más probable era que se les subiera a la cabeza, pero eso no era algo de lo que pudieran protestar. Pyanfar tomó un sorbo cautelosamente e intentó apartar su mente de cosas obvias, como su duda sobre si el residuo de sabor que dejó en su boca se debía al amoníaco que saturaba su olfato o si era algo que habían puesto en la bebida.

Pero estaban sentadas en el salón de Sikkukkut, en la cubierta de Sikkukkut, en su estación estelar, en el espacio kif. Las bebidas drogadas parecían aquí tan superfinas como lo habría sido el quitarles las armas, cosa que nadie había intentado aún. Haral la imitó y bebió: Haral, cuyo estómago era temido en todos los bares de estación desde Anuurn a Punto de Encuentro y que siempre ocupaba después su puesto en los controles sin rastro de resaca. Por segunda vez, Pyanfar se alegró de que fuera Haral quien estaba junto a ella y no Khym.

—Rechazaste mi invitación en Punto de Encuentro —dijo Sikkukkut.

—Lo recuerdo. —Un estornudo, toda una amenaza para su dignidad. Y para sus vidas. Pyanfar intentó contenerlo y lo consiguió con un esfuerzo que hizo acudir lágrimas a sus ojos. Esa aversión a los kif era algo psicológico. Había tomado las píldoras. Y, dioses, las píldoras eran una combinación bastante peligrosa con el licor; le habían secado la boca y hacían más lentas sus reacciones. Y le seguía escociendo la nariz.

—Entonces te dije que esperaba verte cambiar de opinión algún día. —Sikkukkut metió su hocico en el vaso cubierto de tallas y bebió—. Y ya ha llegado. Kkkt. Después de una emergencia en tu nave. ¿Te importa decirme qué tipo de emergencia era?

Piensa, Pyanfar Chanur, haz trabajar tu mente.

—Hubo un problema médico, pero la llamada de emergencia a los mahendo'sat

fue más bien por razones de comodidad. —Clavó sus ojos en el *hakkikt* y rezó a los dioses, tanto mayores como menores, para que no hubiera más estornudos. Atacar directamente el asunto. Despojar a ese bastardo de todas las trampas y sorpresas que les había tendido cuidadosamente—. A decir verdad, fue una excusa para consultar con dos de mis aliados... sin tener que sufrir la molesta presencia de un tercer aliado, por hablar claramente. Sobre varios asuntos. Tu regalo, *hakkikt*... me ha dado ciertas posibilidades de tratar con esa molestia. Por eso he venido. Quizá también te libre a ti de una molestia... dado que, según pienso, mis molestias y las tuyas tienen una sola fuente.

—Kkkkt. —Otro sorbo y una mirada fugaz desde la oscuridad de su capucha ribeteada de plata. Sus ojos negros reflejaban el brillo de las luces de sodio—. Entonces, doy por sentado que no pretendes matar a la hani de Tahar.

—No. No pretendo hacerlo.

—Y has pedido que se te entregue a la tripulación, además de a la capitana. Eso sería un considerable regalo por mi parte, se sale de lo corriente... kkt. Ikkthokktin. Una pequeña rareza. Son divertidas. No digo que esté personalmente interesado en ellas, pero algunos de mis *skkukun* quedarían complacidos si pudieran ocuparse de unas cuantas. ¿Se trata quizá de cierta... reluctancia ética por tu parte? ¿Deberían pesar más tus deseos que los de mis capitanes?

Piensa.

—Tengo otras razones aparte de mi diversión. —*Lógica kif. Pukkukta. Deja que se confunda él solo. Cuando te veas superada en ingenio, crea complicaciones plausibles y deja que el enemigo piense basta morir de agotamiento*—. *Hakkikt*, debes comprender, y estoy segura de que lo comprendes, que Rhif Ehrran no es amiga mía. No dudo que has oído hablar de ella y de cómo deseaba que le entregara a las tripulantes.

—También he tenido noticias de Keia y de Ismehanan-min. Esas hani de Tahar parecen interesar mucho a tus aliados. Podría llegarse a decir que son un artículo de *sfik* ¿por que razón debería entregarte toda la recompensa?

—Tahar interesa a bastante gente, especialmente a gente hani. Son una gran familia, tienen extensas propiedades en el mismo continente que Chanur. Y también son hani del espacio, lo cual las hace igualmente valiosas en ciertos círculos. No. Voy a pedirte un favor todavía más grande, *hakkikt*... confío en que la *Luna Creciente* se posó en la estación sin sufrir daños. Quiero que se me entregue esa tripulación... y quiero su nave.

—Kkkt. Pyanfar Chanur, tu audacia crece a cada hora que pasa. Primero Tahar, luego la tripulación, ahora la nave. ¿Qué me pedirás luego?, ¿Kefk?, ¿Akkht, quizás?

Un profundo silencio reinaba en la habitación. Ni un solo kif se había movido.

—*Hakkikt*, mis ambiciones particulares son distintas. Quiero esa pequeña nave y

su tripulación. Por razones también particulares.

—¿Dónde están los mahendo'sat? ¿Dónde está Keia? Seguramente él podría hacer que las hani se mostraran razonables conmigo. Kkkt. Cuando trato con una especie tan inclinada al suicidio nunca doy nada por sentado. Y... kkt, la llamada de emergencia y la consulta. Kkkt. Kkkt. ¿Quién es la enferma?

—Un miembro de mi tripulación. No es nada grave. Me dio la ocasión de hablar con Dientes-de-oro, Ismehanan-min. Tiene algo que ver con la nave. (*¡Volvamos a lo importante, hakkikt, no te desvíes!*). Dientes-de-oro me entregó cierta información que me hace estar más segura que nunca de dónde se hallan mis intereses. Rhif Ehrran y yo estamos a punto de discutir muy seriamente; es posible que nos ataque de forma directa, pero lo dudo... quiere sobrevivir. Tiene medios para crearme dificultades en Anuurn. Cuando llegemos a Punto de Encuentro, tendré que ajustar algunas cuentas con ella.

—A Punto de Encuentro.

Pyanfar parpadeó.

—Punto de Encuentro. Decididamente. Punto de Encuentro.

—Lo das por sentado.

—Allí irá Akkhtimakt, al sitio donde cierto tratado con los stsho puede hacer que el *han* y todas sus naves formen parte de su bando. No te hagas el sorprendido, *hakkikt*. No pensé que fueras a sorprenderte por ello.

—Lo único que me sorprende es la claridad con que hablas. Estoy enterado del tratado con los stsho.

—Entonces, explícame uno de los motivos kif. ¿Por qué no has eliminado a Ehrran, dado que las molestias que presenta son superiores ahora a su utilidad?

—Kkkt. Ahora se encuentra en Kefk. Resultaría peligroso y poco conveniente. Esperaremos hasta que parta. Explícame ahora tú a cambio: ¿por qué, para empezar, deseó Keia adquirir una aliada tan insegura?

—Para impedirle que fuera a otros sitios. Y por la misma razón por la que tú la has usado: el *sfik* del *han*. Por expresarlo toscamente, claro. *Hakkikt*, honrado seas, no sé si has estado siguiendo nuestras comunicaciones, pero Ehrran tiene toda una colección de informes con los que confía dañar el *sfik* de Chanur en Anuurn... estoy traduciendo eso tan bien como puedo, entiéndeme... piensa causar un daño tan profundo que el partido pro-stsho podrá destruirnos. No pienso dejar que eso suceda. ¿Quedan claros ahora mis motivos?

—Son tan laberínticos como había esperado. Kkkt. Una vez que esté fuera del muelle puedo resolver con un solo gesto lo que ahora es una dificultad para todos.

—Ah, pero ése es otro favor que te pido: deja que me encargue yo de su nave. Destruirla podría resultarme cómodo ahora, pero acabaría siendo una dificultad con el tiempo, cuando la historia de lo ocurrido se fuera conociendo... puedes estar seguro

que se conocería. Habiendo tantas naves aquí, alguien terminaría hablando, quizás incluso alguien de tus propias naves, para causarme daño y al mismo tiempo lograr ventaja para ellos. No me cabe duda. Si ese rumor se difundiera no haría falta que los informes de Ehrran llegaran hasta Anuurn. El partido pro-stsho tendría toda la munición que precisa para arruinarme. Mártir. ¿Conoces ese concepto?

—No he oído esa palabra.

—Es una especie de *sfik* que consigues muriendo por un objetivo concreto, *hakkikt*. El *sfik* es doble porque has muerto y porque ya no se te puede desacreditar. La gente morirá por ti, te seguirá para siempre. Y eso crea más mártires. Destruye a Ehrran y nos causará dos veces más problemas.

—Kkkkkt. Kkkkkt. Kkkkkt. —El hocico de Sikkukkut se frunció hacia abajo como si algo hubiera ofendido su olfato. Sorbió de su vaso y su lengua lamió delicadamente sus labios—. Vaya idea. Kkkkkt. Cazadora Pyanfar, creo que el rumbo más sencillo es, sencillamente, destruir la nave de Ehrran como próxima acción, cuando los asuntos se encuentren adecuadamente confusos.

—Ah, pero entonces me quedo con Tahar, lo cual arruinaría mi *sfik*... a no ser que primero pueda desacreditar a Ehrran. Y no se puede desacreditar a una heroína muerta. Es de mal gusto. El martirio. No, puedo expresar este sencillo concepto hani en kif sin ningún tipo de dificultad: *pukkukta*. Venganza. Tengo que tratar con Ehrran al modo hani, de un modo que les demuestre a las demás hani que ella es lo que nosotros dos sabemos: una completa estúpida. Y para hacer eso necesito a Tahar.

—¿Por qué debería arriesgar mis naves en beneficio de tu *pukkukta*?

—*Sfik*. Soy tu aliada. Puedo eliminar un problema. Equilibrio, *hakkikt*. El equilibrio dentro del Pacto. Escalar una montaña es una cosa, construir una casa en ella es algo muy distinto.

Los kif se removieron entre las sombras de la habitación. Sikkukkut se había quedado como paralizado con el vaso en su mano. *Demasiado lejos, dioses, has dado un paso de más.*

Pero:

—Para ser hani sabes captar excelentemente la política —dijo Sikkukkut, y tomó un sorbo de su parini. Su lengua lamió cuidadosamente sus labios cuando hubo acabado.

—*Hakkikt*, puede que las hani lleven poco tiempo en el espacio, pero la política es el aire que respiramos.

Sikkukkut arrugó el hocico.

—Así que tus deseos se refieren al pequeño asunto de siete hani más y una nave bien armada, cuya conducta futura respecto a nosotros tú garantizas. Y quieres también la nave Ehrran para entendértelas con ella. Kkkt, hani, me diviertes. Puedes quedarte con la tripulación de Tahar y la *Luna Creciente*. Kgotk skkukun nankkaíkt

nok takkif hani skkukunikkt ukku kakt tokt kiffik sikku nok-kuunu kokkakkt taktakti, ¿kkkt?

Algo sobre entregarle también un millar de kif, más o menos. Los bufidos de la risa kif resonaron por toda la habitación.

—Bien —dijo Sikkukkut—. ¿Qué más tenía que contarte Ismehanan-min cuando se encontró contigo?

Dioses. Por el flanco y apuntando hacia adentro.

—Aparte de avisarme sobre lo que estaba ocurriendo en mi planeta, el problema de Akkhtimakt en dirección a Punto de Encuentro. Era eso, básicamente. Y me advirtió también sobre el tratado de los stsho con el *han*, cosa que ya sospechaba. — Al darse cuenta que le estaba dando tal cantidad de información cierta se le formó un nudo de angustia en las entrañas, pero tenía que dejar caer algo de moneda sobre la mesa, y esto era, muy probablemente, lo que Sikkukkut ya sabía... teniendo en sus manos antiguos partidarios de Akkhtimakt.

—Kkkt. Sí. Y los humanos van a venir. ¿Te habló de eso?

—Dijo que venían en esta dirección.

Su lengua se hundió de nuevo en el vaso. Un destello de sus oscuros ojos.

—Sé más precisa.

—Él no fue más preciso.

—Tt'a'va'o —dijo Sikkukkut—. Continúa.

Pyanfar volvió a parpadear. No hacía taita fingir sorpresa. Lo que sí le costó un gran esfuerzo fue vencer la oleada de miedo que nació en su interior. Lo poco que había bebido estaba combinándose con la medicina que había tomado antes y zumbaba dentro de su sangre.

—Tt'a'va'o —dijo—. Sé que los stsho están muy asustados. Los mahendo'sat no pueden contenerles. Esta alianza con Akkhtimakt es lo peor que podían haber hecho para su futuro, pero era la única esperanza que tenían los stsho de conseguir naves armadas, cosa que el *han* no estaba en condiciones de proporcionarles en cantidad excesiva. Los kif son algo conocido. Los stsho siempre se asustan más de lo que menos entienden. Y piensan... aunque, creo yo, equivocadamente, que saben cómo engañar a un kif haciendo que se enfrente a otro kif.

Un murmullo, un roce de túnicas que se agitaban.

—Kkkkt. Este lugar es una mina de información. Aquí acaban llegando a mis oídos todo tipo de cosas. ¿Dónde irán ahora los humanos?

—Los stsho piensan que a Punto de Encuentro. Quizá lo hagan, no lo sé. —Tomó un sorbo casi imperceptible del licor y decidió correr un riesgo que le helaba la sangre—. Puede que los tc'a intervengan en cierta medida en esa decisión.

El hocico de Sikkukkut se movió levemente. *Un punto. Miedo.*

—¿Eso es lo que piensas tú, o lo que piensan los mahendo'sat?

—Tengo la impresión de que es la realidad. No me gusta, *hakkikt*.

—Dices que no conoces el rumbo de los humanos. Kkkt. Tienes un recurso para averiguar algo al respecto.

—¿Mi tripulante humano? *Hakkikt*, los mahendo'sat podrían saberlo, pero Tully lo ignora. Tengo la impresión de que las naves humanas están improvisando su rumbo... sabiendo dónde pueden ir. Y Tully abandonó a la humanidad... hace meses ya. No tiene más idea de adonde van los humanos que yo... de hecho, menos aún porque yo he hablado con Dientes-de-oro.

—Kkkt. —Sikkukkut la contempló pensativo durante largos segundos—. Interesante. Interesante este humano. Amigo tuyo. Amigo mío. Yo no dejaría de sacarle todo el provecho a un regalo... ya que esperas mi generosidad.

—Sigo siendo hani, *hakkikt*. Tenemos nuestras diferencias. No puedo abandonar a un tripulante para entregarlo. Pero la *pukkukhta* es un buen regalo para un *hakkikt*, ¿no? *Pukkukhta* es algo que tenemos en común. Y si gano... Chanur tendrá que hacer ciertos cambios en el hogar. *Pukkukhta*, desde luego. Si no quieres más tratados hani-stsho, *hakkikt*, puedo ofrecerte ese regalo con mis mejores saludos. Motivos comunes. ¿No era ésa tu descripción de una buena alianza?

—Tienes ciertas aspiraciones en Anuurn.

—Oh, sí. En Anuurn y en el espacio.

Otro largo silencio. Un seco resoplido.

—Las prisioneras carecen de importancia. —Sikkukkut agitó su mano izquierda y depositó su vaso en una mano que apareció instantáneamente para ocuparse de él—. Vete. Ya he gastado bastante tiempo con esto.

Pyanfar se puso en pie e hizo una reverencia; Haral la imitó.

—Y la nave —dijo Pyanfar.

—Detalles —Sikkukkut agitó nuevamente la mano—. Cuida de ellos, Skktotik.

Unos kif aparecieron en el muelle con algo para entregarles.

—Podrían esperar, por todos los dioses —dijo Tirun; e Hilfy se volvió hacia ella y la miró sintiendo que el corazón le latía fuertemente. Tirun era la veterana; Tirun era quien tomaba ahora las decisiones en la *Orgullo* y quien ocupaba el puesto de Haral. Hilfy se limitó a mirarla, conocía a Tirun Araun durante el tiempo suficiente para saber que con Tirun estaban por un lado los impulsos y, por otro, el sentido común con el que domeñaba los impulsos. *No te echas atrás, no muestres miedo...*—. Dioses —murmuró Tirun con furia en los ojos—. Hilfy... esos kif están apretando fuerte: no me gusta nada su momento de aparecer, pero están apretando tanto como pueden, aunque con suavidad. Tenemos que aceptar lo que traen.

—No podemos darles largas, tan seguro como que la lluvia cae —dijo Hilfy—. Yo bajaré.

—Llévate a Khym contigo.

—Prefiero a Geran.

—Quiero dos ojos más aquí arriba en los tableros. Llévate a Khym.

—Está bien. —Hilfy puso el comunicador general de la nave a poco volumen—.

Geran, Tully: hacéis falta en el puente. *Na* Khym, dirígete a la cubierta inferior.

Al dejar su puesto sintió que algo temblaba dentro de su estómago. Terror, puro y simple. Pyanfar estaba fuera con Haral, y los kif querían entrar por la compuerta con su inofensiva carga de una jaula repleta de apestosas alimañas y un pequeño recipiente de cereales.

«*Saludos del hakkikt*».

De Sikkukkut, que llevaba ya un tiempo bastante largo y preocupante reteniendo a Pyanfar y Haral en su nave.

Geran llegó al puente antes de que Hilfy hubiera podido dirigirse al compartimento de las armas.

—Kif abajo —dijo Tirun a su espalda dirigiéndose a Geran—. Tenemos visitantes.

Un asiento suspiró al recibir el peso de Geran en tanto que Hilfy se colgaba de la cintura una automática y cogía una pistola ligera para Khym y otra para ella. Le temblaban las manos. Cuando Tully entró en el puente, alzó la mirada hacia él.

—Siéntate en el puesto de observación —dijo Hilfy al ver que Tully la miraba—. Ayuda a Geran.

—¿Py-anfar tener problema? —preguntó Tully. Había pánico en sus ojos, el pánico de sus pesadillas—. ¿Qué hacer?

—¡Siéntate! ¡No me hagas preguntas! —No pretendía hablarle de ese modo, casi en un rugido. Había sido el instinto quien la había impulsado; el terror, la indignación ofendida. Machos. No era el tipo de combate en el que ellos pudieran participar... todavía no. Y todo lo que tenía para ayudarle en la cubierta inferior era un macho que no le pertenecía. Pyanfar podía manejar a Khym. Pyanfar podía meter la cordura a golpes en ese duro cráneo, pero ella estaba ahora fuera de la nave, con los kif, sólo los dioses podían saber en qué clase de apuros... y *na* Khym estaba enterado de ello.

Dioses, dioses. Cerró secamente el armario y al otro lado del puente Tully se instaló en el asiento contiguo al de Geran, dos ojos y dos manos más en una crisis... ésa, al menos, era una tarea que podía hacer. Bastante hábil y analfabeto. Y mortalmente asustado.

—¡No te muevas de ahí! —le estaba diciendo Geran por el comunicador. Hilfy adivinó a quién se dirigía, seguramente Chur también había oído esa llamada al puente.

Hilfy fue corriendo hacia el pasillo superior. El peso del arma golpeaba su pierna, con una pistola ligera en cada mano camino del ascensor que la llevaría abajo.

—Por aquí —dijo su guía en las entrañas de la nave kif, tras haber recorrido estancias que apestaban y corredores bañados por luces de sodio, y después de cruzar un par de puertas que parecían ominosamente capaces de cerrarse mediante sellos de seguridad.

Al otro extremo de ese último umbral había celdas con barrotes.

—¿Espero fuera, capitana? —dijo Haral.

—Sí —respondió Pyanfar. Haral se quedó ante el umbral de esa puerta, con la mano sobre el arma en un gesto tan rápido como firme. Pyanfar bendijo el sentido común de su primer oficial al ver lo que hacía.

Pero los kif ejecutaron una maniobra similar: uno de sus oscuros guías cruzó el umbral y le indicó que entrara mientras que los demás se quedaban fuera montando guardia junto a Haral.

Un movimiento, una respuesta.

Una especie muy vieja en el arte del asesinato y la traición; en tanto que la especie hani apenas había salido de la era de las residencias amuralladas y las brillantes banderas. Pero sí, por los dioses, tenían sus propias formas de traición: una casa contra la otra, sin llegar jamás al veneno en la copa pero con muchos duelos, alianzas secretas y pequeñas delaciones. Pyanfar aspiró una honda bocanada de ese aire contaminado y cruzó el umbral, examinando el interior en busca de información. Distinguió una brizna de color en ese infierno negro y gris, más allá de los barrotes, acurruadas en un rincón, emitiendo apenas un destello de marrón color óxido, había un montón de cuerpos hani unidos en su miserable condición actual.

... Hilfy...

En este sitio. Aquí. Ninguna hani habría construido jamás un sitio parecido a no ser que estuviera loca, una jaula para criaturas racionales, un lugar de horrores y tormento.

Se suponía que este lugar debía dejarla impresionada. *Sikkukkut* así lo había dispuesto. Ni una sola palabra de explicación previa... sólo guías que habían venido para llevarlas hasta lo más hondo, para que vieran lo que les ocurría a las hani en este lugar.

—... órdenes del *hakkikt* —habían dicho los guías en el pasillo contiguo a la habitación del *hakkikt*, y las habían llevado a un ascensor, haciéndolas bajar más y más por el inmenso anillo de la *Harukk*, conduciéndolas hasta la popa. Para recobrar a las prisioneras, habían prometido. Y el mensaje estaba muy claro: *«enfréntate a lo más oscuro de mi hospitalidad, hani; o dime que tienen miedo. Dímelo delante de mis capitanes y mis sicofantes y sabremos qué lugar ocupan las hani en nuestras filas, y en nuestros planes futuros. Sabremos cómo debemos tratar contigo... cuánto puedes soportar y cuánto eres capaz de conservar. ¿Eres como Ehrran, cazadora Pyanfar? ¿Dónde se halla tu punto débil?*

»¿Sería muy útil saber eso... cuando nos encontremos en el espacio, cuando tus nervios y los míos guíen naves y tenga que medir el tiempo de tus reflejos?...

»¿Dónde están tus reacciones, cazadora Pyanfar... para que, de ese modo, pueda predecirlas?».

Pyanfar recorrió la mitad de la distancia que la separaba de los barrotes y se detuvo allí. Hubo un pequeño movimiento en el montón de hani acurrucadas en la esquina de su celda. Un tensarse de músculos y luego unos ojos que se abrían unos milímetros, apenas una rendija; si es que habían estado dormitando, el que se abriera la puerta exterior había atraído su atención. Y ahora su presencia ante ellas haría que despertaran del todo.

Chanur, su enemiga, resplandeciente con su oro, sus sedas y sus armas, inmóvil junto a su centinela kif en el corazón de esta cárcel.

—Quédate a mi espalda —dijo Hilfy cuando ella y Khym llegaron a la compuerta, volviéndose y alzando la mirada hacia ese imponente corpachón—. Cúbreme. No dispaes hacia la entrada; podrías hacer que nos encontráramos todas de repente expuestas al vacío. ¿Me escuchas na Khym?

—Sí —dijo él, y sus orejas se movieron, con lo que Hilfy supo que la había escuchado. Pero sus ojos estaban muy oscuros. Y eso significaba problemas, igual que el silencio que había mantenido mientras iban por el corredor hacia abajo.

—Si cometes un error puedes matarla... ¿entiendes? Probablemente esto no es nada, sólo los alimentos que se supone debemos recibir para ese kif, los dioses se lo lleven...

—No estoy loco —dijo Khym, y el vello se erizó alrededor de sus hombros—. Pero son tripulantes de Sikkukkut. Está intentando algo.

Estaba pensando.

—Estoy segura de ello —dijo Hilfy, apretando la tecla del comunicador junto a la escotilla—. Abre, Geran.

—Estoy en el monitor —dijo la voz de Tirun—. Con cuidado, prima. Y no toques nada de lo que traigan.

Las tripulantes de Tahar se fueron poniendo en pie. La sangre se había secado sobre su vello y en sus melenas. La más antigua —Gilan, ése era su nombre—, había recibido el mordisco de un kif en el hombro izquierdo y la espantosa herida relucía bajo la capa de plasma que le había impedido desangrarse hasta morir. No era la única con heridas semejantes. Canfy Maurn tenía una mano envuelta en un trozo de tela y, a juzgar por la sangre que había en él, la herida era muy fea.

—Sácalas de aquí —le dijo Pyanfar al kif, sin dudar de que el kif iba a hacer

precisamente eso, y rápido—. Ya te han dado órdenes.

—Kkkt. —El kif alzó su rostro de largas mandíbulas, presintiendo la ocasión de verter sangre—. No acepto órdenes tuyas, hani.

—*Capitana* para ti, bastardo sin orejas. Estoy segura de que el *hakkikt* no te echaría de menos.

—Ssss. Mis órdenes vienen sólo del *hakkikt*. No me presiones, hani.

La compuerta se abrió. Un grupo de kif se encontraba ante ella, una masa negra que se recortaba ante las luces anaranjadas del tubo de acceso. Los dos primeros sostenían una gran jaula metálica en la que se removían veloces criaturas oscuras que no paraban de chillar. Hilfy aspiró el aire frío que entraba por la escotilla. Había en él un olor sofocante y ponzoñoso aparte del amoníaco que ya esperaba encontrar.

—Podéis dejarlo ahí mismo —dijo Hilfy, sosteniendo la pistola en su mano y apuntando a los kif en general—. Nosotras lo entraremos.

—Pero se nos ha ordenado que seamos corteses —dijo el kif situado a la izquierda, cruzando el umbral con un extremo de la caja entre las manos.

—¡*Quieto!* —Hilfy cogió la pistola con las dos manos y recordó el peligro de disparar. Hacer que se colocaran en ángulo hacia la pared. Apuntar bien, que cada disparo diera en su blanco. El pánico hacía que sus manos oscilaran.

Una muralla viviente de color rojo y marrón se interpuso ante Hilfy, apartando el arma a un lado.

—Ha dicho que quieto —gruñó Khym y, con una rapidez que parecía imposible en él, su mano avanzó hacia el kif.

—¡Cuidado! —gritó Hilfy. La jaula cayó ante Khym y chocó contra el suelo en un estrépito de metal y chillidos. Khym la aplastó bajo sus pies. Sus manos giraron en el aire sosteniendo un kif envuelto en su túnica y lanzándolo contra el muro de la compuerta en tanto que los demás avanzaban—. ¡Khym, sal de en medio!

Khym había cogido otro kif con una sola mano y, tras arrojarlo a un rincón, se estaba encargando de un tercero. Hilfy alzó la pistola y usó su culata sobre el hocico de un kif. Las criaturas que habían logrado huir de la caja chillaban y gemían por entre sus pies. Pisó algo duro que le hizo perder el equilibrio justo cuando el kif intentaba coger su arma. De repente, el kif que la atacaba salió disparado hacia atrás. Khym lo tenía cogido por el pescuezo y lo arrojó por la escotilla, pero falló el tiro. El kif dio en la pared y se quedó inmóvil, derrumbado sobre una segunda jaula que se encontraba en el suelo del tubo de acceso, lo que provocó unos chillidos de pánico por parte de las criaturas que contenía.

Un kif situado al final del tubo de acceso les apuntó con su arma.

—¡Khym! —aulló Hilfy—. ¡Una pistola!

Khym se quedó inmóvil, como helado en mitad de la línea de tiro.

La escotilla se cerró en aquel preciso instante, y a ambos lados hicieron luego las armas.

Hilfy se dejó caer sin fuerzas sobre la pared y Khym siguió inmóvil donde estaba.

—*¿Estáis bien?* —preguntó Tirun por el comunicador—. *Hilfy, Khym, ¿estáis bien?*

—Bondad divina —jadeó Hilfy. Tirun la había oído... la veterana navegante espacial había accionado el control de la compuerta desde el tablero principal. Khym seguía inmóvil con las orejas pegadas al cráneo. Cuando se volvió hacia ella, en su rostro había una expresión de aturdimiento—. Es una trampa —le dijo Hilfy con voz ronca a Khym y Tirun—. Pretenden apoderarse de la nave y la capitana y Haral están a bordo de la *Harukk* mientras ellos intentan tomar la *Orgullo*.

El kif, sin apartar los ojos de ella, fue hacia la celda, hurgando entre sus negras ropas para acabar sacando una ficha-llave.

—Vosotras —les dijo a las tripulantes cíe Tahar—, id saliendo una a una. Pasáis a la custodia de esta hani. Si hubiera alguna dificultad... mataré a una de vosotras. Escogeré al azar. —Metió la ficha en la cerradura. La puerta se abrió.

—Chanur os va a sacar de aquí —dijo Pyanfar.

—La capitana está a bordo —dijo Gilan con voz ronca, al otro lado de la puerta abierta.

—Está en mi nave. Vamos, Tahar.

Gilan Tahar parpadeó en silencio, aturdida, puso una mano en el umbral y salió de la celda, con el brazo herido colgando a un lado y el paso inseguro. Sus compañeras de tripulación la siguieron: Nahum y Vihan Tahar; Nif Angfylas; Canfy Murn, Tav y Haury Savuun. Haury daba la impresión de que realizaba un inmenso esfuerzo al caminar, se apretaba las costillas con los brazos y cojeaba. Tenía una pierna manchada de sangre, las orejas desgarradas y abundantes heridas en la piel. Estuvo a punto de caer sobre los barrotes y Tav la sostuvo, manteniendo su propio cuerpo entre su hermana y los kif.

—Vamos —dijo Pyanfar en un ronco murmullo... *Rápido, moveos, no nos hagáis perder más tiempo aquí. Y no intentes ninguna locura, Gilan Tahar.* Señaló la puerta de salida y sintió que sus entrañas se convertían en un tenso nudo. Haral estaba más allá de la puerta, no podía verla. Los barrotes de metal, la crueldad de este lugar: algo que le hacía enfermar el alma, infeccioso y paralizante. Mata, pensó, caza, y sus garras brotaron en un acto reflejo. Era el olor del miedo, omnipresente en toda la nave, un olor endémico entre los kif.

El guía-centinela se dio la vuelta y fue hacia la puerta, dirigiéndola en silencio, sacándola de aquel lugar con la recompensa que había ganado. Un puñado de vidas hani. Una promesa... la promesa de un *kif*.

—El *hakkikt* recibirá mi informe —dijo, no permitiendo que se le escapara esa oportunidad—. Me lo pedirá, kif. —Cruzó el umbral, aliviada al ver que Haral seguía allí, con la mano sobre la culata de su arma y plantando cara a los centinelas kif—. En marcha, nos vamos.

Hilfy entró jadeando en el puente y se apoyó en el asiento de Tirun. Khym entró algo después que ella, y Geran y Tully se dieron la vuelta.

—¿Hemos perdido alguna sección de ese tubo? —le preguntó a Tirun.

—Sigue estando seguro —dijo Tirun—. La presión está bien. Nos hallamos en contacto con Jik y Dientes-de-oro por canales abiertos... la capitana nos arrancaría la piel si usáramos ese código.

—¿Qué dicen?

—No están muy contentos. Jik dice que va a mandar unos cuantos tripulantes a este muelle...

—Por todos los dioses, Tirun, Pyanfar está con los kif... tenemos que entrar ahí...

—Hilfy... —Tirun se dio la vuelta con las orejas gachas y los ojos muy oscuros—. ¡Por todos los dioses, estás hablando del condenado *hakkikt*! ¿Qué más quieres, una incursión contra la *Harukk*? Nos han intentado presionar y lo hemos impedido. ¿Qué más quieres que hagamos? ¿Quieres que vayamos ahí pegando tiros y que las maten a las dos?

Hilfy dejó escapar el aliento con un suspiro, apoyada en el asiento de Tirun, sintiéndose como una estúpida, sabiendo que lo era. Notaba que sus articulaciones estaban flácidas y temblorosas, ya fuera por la carrera hasta el puente o, simplemente, a causa del pánico.

—Que Tahar suba al puente. La capitana está arriesgando la piel por su tripulación... y Tahar conoce a los kif que hay ahí fuera.

Las orejas de Tirun se irguieron de golpe y luego oscilaron indecisas, adelante y atrás.

—Bueno, siempre será de provecho la presencia de dos manos más en el puente. Hazlo, Geran. —Otra oscilación de sus orejas, un fruncimiento de su ancha nariz y su labio superior subió levemente—. Y, ahora que lo pienso, en esta nave tenemos otro cerebro que conoce a esos kif.

—Skkukuk —dijo Hilfy. Sus entrañas parecieron desplomarse en un abismo. Sabía que no podría comportarse racionalmente en esta situación, pero era una orden de Tirun. Era ella quien lo había dicho y no podía discutirlo bajo ningún concepto.

—Si le necesitamos —añadió Tirun, agitando una vez más sus orejas cargadas de anillos... veterana de cien crisis, Tirun Araun, correcta y difícil de sorprender. Y mientras tanto, su hermana Haral estaba ahí fuera, con Pyanfar, en peligro: era fácil olvidar que entre las dos existía ese lazo personal tan desesperadamente íntimo. Tirun

hacía que se olvidara eso, al obrar sin vacilar, sin dejar que su interés personal se interpusiera entre ella y la nave. Hilfy miró a la vieja navegante y luego se volvió hacia Geran Anify, cuya eficiencia se encargaba ahora a la vez de comunicaciones y observación. El trabajo pasaba de ella a Tirun y otra vez a ella, igual que una máquina en perfecto funcionamiento, mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor. Por primera vez en su vida de adolescente supo verdaderamente lo que valían quienes la superaban en edad, y supo lo que le faltaba todavía por conseguir. Fue como si le hubieran dado un golpe en el vientre: lo que ella era, lo que eran ellas y, probablemente, que no viviría lo bastante para alcanzarlas. Pero incluso esa idea era puro egoísmo, algo con lo que Tirun no perdería el tiempo en un instante de crisis. Lo vio todo en un relámpago parecido al de una detonación, un segundo de pánico. Y entonces descubrió que sus rodillas volvían a estar firmes, que en un lugar secreto de su ser había algo de Tirun, algo que nunca había sido consciente de tener guardado allí, justo al lado de donde guardaba su mal genio y su ira.

Al infierno mahen contigo, Hilfy Chanur, con tus miedos y tus preciosas necesidades... La nave tiene un problema.

—Tahar ya viene hacia aquí —dijo Geran. Otra luz destelló en el panel de comunicaciones, otra llamada. Hilfy ardía en deseos de alargar la mano e interceptarla, recobrar su puesto en los controles. Pero ahora Geran ocupaba su asiento, con Tully a su lado allí donde pudiera ayudarla mejor, con los ojos clavados en la pantalla de observación y acechando cualquier movimiento en Kefk: incluso algo tan minúsculo como un vehículo de remolque podía acabar con ellas si se estrellaba en sus toberas; o si algún saboteador utilizaba una de las entradas de servicio provisto de un traje espacial y colocaba algún explosivo en los grandes paneles de tobera de la *Orgullo*, o en su eje. Eso, como mínimo, las dejaría medio lisiadas. Haría que cualquier salto desde Kefk fuera incierto, quizá lo bastante para matarlas si lo intentaban. Lo suficiente para que...

... oh, dioses, para obligarlas a negociar...

—Tirun —dijo Hilfy, apoyándose en el respaldo de su asiento—. Si nos causan alguna avería... tienen a Pyanfar y Haral a su alcance. Quizás es lo que están intentando. Apoderarse de la nave si pueden; si no, dejarla averiada... Nada personal por parte de los kif: si tienes la ocasión de rebajar a un aliado demasiado poderoso conviniéndolo en un subordinado, lo haces.

Las orejas de Tirun se movieron. La había oído. Hilfy dio unos cuantos pasos hacia adelante para ocupar el asiento contiguo al de Tully y encargarse de las funciones de observación con unos ojos capaces de leer y unas manos que podían usar los botones.

Y, entonces:

—Eran unos ocho kif —le estaba diciendo Geran a otra nave por el comunicador

—. No. No. No, capitana. Permítame preguntárselo a mí... Permita que... Deje que se lo pregunte a nuestra oficial al mando, capitana. Tirun, es la *Vigilancia*. Ehrran va a mandar tripulantes tuyas para garantizar la seguridad del muelle.

—Que los dioses la... Dame esa línea.

—Acaba de cortar la conexión.

En el ascensor de la *Harukk* había nueve hani y dos kif armados. La puerta se abrió para dejarles junto a la entrada de la nave, en esa luz más tenue y ese aire más frío que dominaban el último tramo abierto a los muelles.

Vamos a conseguirlo, pensó Pyanfar, cosa que había dudado en lo más hondo de la nave, cuando se hallaban en la prisión. Había dudado de todo hasta que los kif las llevaron al ascensor y dos entraron en la cabina con ellas, superados en número al menos durante esa distancia y mientras se hallaran dentro de la cabina; y empezó a creerlo cuando vio abrirse la puerta que les permitía la salida al nivel correcto de la nave, en un pasillo donde no las aguardaba ninguna emboscada, ningún contingente de guardias kif oculto detrás de una esquina. Cuando miró por encima de su hombro hacia los kif y las tripulantes de Tahar, sus ojos se posaron en Haral y percibió el leve movimiento de sus orejas y sus ojos, clavados en los de ella como por telepatía, el mismo pensamiento: *Estamos cerca, capitana, quizá tengamos una oportunidad de salir con bien después de todo.*

Pyanfar se dio la vuelta y siguió caminando al paso que les marcaba su guía. Esta vez quienes pasaban junto a ellas sí las miraban, por fin despertaba su curiosidad, haciéndoles calcular de nuevo el tipo de juego que se estaba librando ahí, le pareció a ella.

Haciéndoles pensar en cuál era el juego y quiénes lo estaban jugando.

—*Esa maldita estúpida* —dijo Jik por el comunicador—. *Ella no hacer, ella no hacer...*

Y cortó bruscamente la conexión. Ése fue el comentario de Jik a la decisión tomada por Rhif Ehrran de aventurarse en los muelles de Kefk. Hilfy lo oyó en compañía de las demás y se volvió hacia la derecha al entrar la capitana Dur Tahar rápidamente en el puente.

—¿Qué ocurre con mi tripulación? —jadeó Tahar sin perder ni un momento.

—Estamos trabajando en ello —dijo Hilfy y se levantó de su asiento, dejó el monitor en posición de alerta. Dur Tahar en el puente de la *Orgullo* merecía que al menos una tripulante se pusiera en pie para evitarle molestias a Tirun. Khym ya se estaba empezando a levantar, decidido a encargarse de tal misión en un momento que quizá no era el más apropiado.

—Bien, ¿qué está pasando? —preguntó Tahar, mirando hacia el puesto de mando y a Tirun, que estaba enzarzada en una urgente comunicación con Dientes-de-oro y no tenía tiempo para hablar—. ¿Qué problema hay?

—Bien ¿qué dicen? —La parte esencial de la conversación parecía estar a cargo de Tirun—. ¿Tiene alguna buena razón el *hakkikt* para que nuestra compuerta haya recibido disparos? ¿Por qué esas malditas alimañas andan sueltas correteando por

toda nuestra cubierta inferior? ¿Dónde está nuestra capitana, eh? ¿Lo saben?

La respuesta del comandante de la *Mahijiru* fue inaudible.

—La capitana está fuera intentando que liberen a tu tripulación —le dijo Hilfy a Tahar—. Mientras tanto, nos acaban de atacar. ¿Quieres ocupar un puesto de tripulante, capitana? Estamos metidas hasta la nariz en problemas. Nos sería realmente una gran ayuda tenerte ahora en un puesto de observación. Tully no sabe interpretar demasiado bien las pantallas.

Había esperado alguna protesta de rango. Tahar bajó las orejas y se dirigió hacia el puesto indicado sin hacer ni un solo comentario. Pero Tirun hizo girar su asiento antes de que Tahar pudiera acomodarse.

—Esperad. Dientes-de-oro dice que no puede entrar en contacto con Sikkukkut. Los kif se están mostrando tozudos. Intentan ganar tiempo. No fue ningún accidente. —Tirun abandonó el asiento de Haral y, después de dirigir un gesto a Dur Tahar, ocupó el de Pyanfar—. Siéntate —dijo mientras accionaba de un manotazo el control de giro del asiento—. Tahar, ocupa el puesto número dos. Yo me encargaré de ponerte al corriente. Hilfy, Khym: haced que ese maldito kif suba aquí. Quiero hablar con él ahora mismo.

Hilfy cogió a Khym por el brazo y se puso en marcha.

Nadie ocupaba nunca el asiento de Pyanfar. Pero ahora sí. Ningún clan que no fuera el de Chanur se había colocado en los puestos de la *Orgullo*. Pero también eso había ocurrido... harían literalmente *cualquier cosa* que pudiera mejorar un poco sus probabilidades.

Caminaron rápidamente por el corredor principal y de repente se oyó el seco golpe de los generadores poniéndose en marcha, una vibración que recorrió toda la columna vertebral de acero de la *Orgullo*. Khym resbaló medio metro y se detuvo, dándose la vuelta antes de que Hilfy le cogiera por el brazo.

—¡Es la secuencia inicial de energía! —gritó Khym.

—Es sólo una precaución —dijo Hilfy, mientras tiraba de él y le hacía correr de nuevo hacia el ascensor—. No vamos a soltarnos. Tirun no haría eso. Por todos los dioses, sigue las órdenes que te ha dado.

Así que ahora todos nuestros sistemas se han calentado. Así que ahora los kif saben que podemos movernos. O disparar. Pueden destruirnos. Si llegamos a eso, podríamos llevarnos con nosotras todo Kefk. Eso es lo que Tirun les hace saber.

—Kkkt —dijo el kif de guardia en la compuerta de la *Harukk*—, kkkkt —añadió al ver lo que tenía delante, sin alzar la voz y usando un tono que una hani podía entender. Pyanfar mantuvo su mano cerca del arma y agachó las orejas, ya que el kif parecía estarla desafiando.

Entonces el guardia les hizo una seña con un movimiento de la oscura tela de su

manga que trazó un amplio arco. Pyanfar siguió andando hasta encontrarse en la fría atmósfera del acceso y se volvió bruscamente, con un fruncimiento de ceño en parte dedicado al kif y en parte motivado por la preocupación de que todo su grupo saliera con bien de la nave.

Las tripulantes de Tahar andaban tan bien como les era posible, Gilan sin ayuda, Naun y Vihan arreglándoselas para sostener a Haury entre ellas, Nif y Canfy con Tav. Haral iba la última, con el rostro serio y tenso... *no te inclines, no muestres ninguna debilidad*. Sikkukut no se había olvidado de ellas; sentiría mucha curiosidad por ver lo que hacían, sospecharía todo tipo de alianzas secretas... les cortaría el cuello a la primera señal de que las cosas no eran tal y como se le habían presentado, o a la primera y confusa sospecha que los motivos hani pudieran hacer nacer en su mente.

Venga, seguid caminando. Pyanfar frunció el ceño con impaciencia al mirar a Gilan Tahar y giró sobre sus talones justo cuando Haral cruzaba la escotilla, bajando por la rampa hacia los muelles.

—Kkkkt —dijo Skkukuk, el kif, alzando su encapuchada cabeza del limpio lecho sobre el que reposaba en su ordenado camarote—. Kkkt. Joven Chanur...

—Arriba —dijo Hilfy. Tenía el arma en su funda y no hizo ningún gesto de amenaza. Khym estaba detrás de ella y eso era más que suficiente.

—El hambre me ha debilitado. Hani, no sirve de nada...

—Levántate, kif. Muévete. Hemos tenido un pequeño problema con tu cena. Anda dispersa por toda la nave. Nuestra compuerta tiene ahora una preciosa quemadura recién hecha. Querernos hacerte algunas preguntas al respecto.

—Traición —dijo Skkukuk. Salió de la cama con cierta dificultad, apoyándose con una mano para no perder el equilibrio—. Kkkt. Traición.

—Lo has entendido a la perfección —dijo Hilfy—. Vamos. Iremos arriba y lo discutiremos con el resto de la tripulación.

—No obra mía —dijo Skkukuk—, hani, no fue mi...

—¡Venga! —dijo ella.

Skkukuk avanzó hacia ellos. Khym cogió entre sus dedos el cuello de su túnica y Skkukuk se retorció, con los ojos desorbitados por el miedo y la alarma. Sus mandíbulas emitieron un preocupante chasquido.

—No ofrezco resistencia, quiero ir a vuestro puente, no hay necesidad de...

—Apuesto a que lo deseas —murmuró Hilfy, y le cogió de un brazo mientras Khym le cogía del otro; llevaron al kif casi a rastras, entre chasquidos y protestas. Algo pequeño y negro salió huyendo por el pasillo y se escabulló doblando la esquina para meterse en un corredor secundario menos frecuentado.

—Os he dado todas mis armas —siseó Skkukuk, luchando para liberar sus brazos—. ¡Soltadme! ¡Soltadme, hani idiotas! ¡Soy vuestro, soy leal a la capitana...!

—Sí, en el infierno mahen —murmuró Hilfy.

Llegaron al final de la rampa, pasando ante la hilera de cabezas ensangrentadas, y Pyanfar miró nuevamente hacia atrás con su mano sobre la pistola automática que llevaba. Las tripulantes de Tahar hacían cuanto les era posible sosteniendo en pie a Haury Savuun y manteniéndose en movimiento. Haral cerraba la marcha: era bastante fácil darse cuenta de que Haral hubiera preferido ir más rápido, pero había un límite a cuanto podían hacer las Tahar. Varios grupos de kif las observaban desde el muelle y en lo alto de la rampa.

—Kkkkt —el sonido llegaba a ellas desde todas direcciones—. Kkkkt.

Bien, fíjate en esas estúpidas, tradujo Pyanfar para sí, y se le erizó el vello. Miró por segunda vez a las tripulantes de Tahar y, en particular, a la primer oficial de la *Luna Creciente*. Escogió un instante en el cual no se la podría oír desde ningún extremo de la rampa.

—*Ker Dur* está a salvo —dijo rápidamente—. Ésa es la verdad. Y he conseguido recuperar vuestra nave. Sois libres. ¿Qué tal te encuentras?

Las pupilas de Gilan parecieron desenfocarse por un segundo, dilatándose y contrayéndose, convertidos en dos círculos oscuros rodeados de un mar ambarino a medida que iba comprendiendo el mensaje.

—La capitana está contigo... ¿Y la *Luna Creciente*?

—Tengo a las dos. Estáis a salvo. Vamos a llevaros a un lugar seguro tan pronto como podamos, vamos a dejaros libres... ¡*No te tambalees, maldición, el cuerpo erguido!* Tenemos mucho por andar, Gilan Tahar. En este muelle no hay ningún transporte que yo desee utilizar.

—Bien, capitana. —La voz de Gilan era ronca y nerviosa—. Estamos contigo.

Los kif murmuraban a los lados, emitiendo sus chasquidos guturales y alegrándose de lo que veían...

Sfik, pensó Pyanfar sintiendo que el corazón le daba un vuelco. Que los dioses las ayudaran: esta maltrecha tripulación de hani demostraba su vulnerabilidad como especie. *No son enemigas, los kif no ven a Tahar como enemigas nuestras. No les estamos tratando adecuadamente. Es una trampa, por los dioses. Sikkukkut tiene su propio sentido del humor y no ha querido hacerlas venir con una escolta kif. Vía hecho que nosotras las acompañáramos, con la esperanza de que alguna de ellas se desmayara durante el trayecto y ofreciera un buen espectáculo.*

—Capitana... —dijo Haral, unos cuantos pasos detrás de ella.

Los kif estaban ocupando posiciones en el muelle, cortándoles el camino que debían seguir. Tendrían que pasar por entre ellos o dar un rodeo.

—Lo haremos en serio —dijo Pyanfar, la mano sobre la culata de su arma, intentando que el balanceo de su cuerpo al andar fuera todavía más exageradamente

desafiante. Después de pensarlo durante un segundo sacó la automática de su funda y quitó el seguro, la empuñó con el cañón hacia abajo y la hizo oscilar a cada paso—. ¡Fuera! —gritó, agitando ante los kif el cañón de su arma—. ¡Honrado sea el *hakkikt*, maldita basura, tenemos que llevarnos a estas prisioneras y no vais a meter el hocico en ello!

Un lento movimiento que a Pyanfar le pareció perfectamente calculado, lo suficiente como para apartarse de ellas el mínimo necesario... si se les obligaba. Pero se apartarían. Mantuvo su dedo en el gatillo. Supuso que Haral, a su espalda, actuaba igual que ella, apoyándola y cubriéndola.

—¡Hani!

Un grito kif detrás de ellas. Pyanfar se detuvo de inmediato, con las piernas bien abiertas, apuntando con el arma hacia la multitud de kif que tenía delante. Sostuvo su automática con las dos manos, y supo que Haral se estaba dando la vuelta en una postura similar para enfrentarse a los problemas que tuvieran a la espalda.

—Tres. —La voz de Haral llegó a sus orejas, algo inclinadas hacia atrás; su espalda rozó la de Pyanfar—. ¡Dioses! ¡Le han dado a un kif! ¡Alguien ha disparado a...!

Pyanfar lanzó un grito de advertencia a los kif que tenía delante y giró para colocarse al lado de Haral justo a tiempo de ver cómo primero un kif y luego un segundo y un tercero se desplomaban sobre el muelle, *francotiradores*. Moviéndose rápidamente, empujó a Gilan Tahar hacia el revoltijo de grúas y cables que había junto a los diques.

—Cúbrete —le gritó—. ¡Maldita sea, busca refugio, muévete!

Las tripulantes de Tahar echaron a correr. Pyanfar se detuvo y volvió a girar, viendo cómo Haral cubría su retirada mientras los disparos seguían llegando de alguna parte. Los kif se derrumbaban y devolvían el fuego al mismo tiempo que emitían su parloteo en medio del tumulto.

—¡Cúbrete! —le gritó Pyanfar a Haral, y Haral retrocedió rápidamente. Los disparos se dirigían ahora hacia el muelle. A su espalda algo estalló con un ruido ensordecedor, emitiendo una lluvia de fragmentos que las golpearon como insectos—. ¡Adelante! —gritó Pyanfar, se dio la vuelta e hizo a las Tahar señas de que se movieran, de que cubrieran tanto trecho como les fuera posible.

—¡Moveos! —gritó Gilan Tahar, haciendo eco de su orden, al mismo tiempo que usaba su brazo bueno para tirar de Canfy Maurn—. ¡Venga, salgamos de aquí!

Kif disparando contra otros kif.

Los partidarios de *Akkhtimakt* se alzaban contra Sikkukkut.

—Tenemos una revolución entre manos —jadeó Haral, apareciendo junto a ella con un brazo alrededor de Haury Savuun y con Tav y Naun detrás de ella, casi sin aliento—. Capitana... tenemos que...

Un disparo rebotó cerca de ellas y Haral alzó la mano que sostenía el arma para protegerse los ojos, medio aturrida. Pyanfar giró rápidamente y disparó hacia el lugar de donde parecía venir casi todo el fuego.

—Por los dioses, están disparando hacia aquí, han...

Una ráfaga de disparos contestó al suyo, un trueno estremecedor, un impacto que la hizo caer de espaldas estrellando su cabeza sobre el muelle. Pyanfar rodó sobre sí misma y buscó refugio ciegamente.

—¡Capitana! —gritó Haral.

—Esperad, esperad —dijo Geran en tanto que el caos hacía erupción en el comunicador de la *Orgullo*—. Lo tengo... Tirun, tengo a Jik en el uno y a un kif en el dos...

—Pásame al kif —dijo Tirun. Se puso a la escucha mientras Hilfy y Khym se encargaban de mantener inmovilizado a su furioso prisionero kif.

—¡Cállate! —le dijo Hilfy a Skkukuk; y quizá fuera su orden o quizá fueran las noticias que brotaban de la con sola de comunicaciones, pero se calló.

... *Honrado sea el hakkikt Sikkukkut an'niktuktin* —decía la voz—. *Un ataque suicida llevado a cabo por elementos incontrolados ha puesto en peligro a vuestra capitana y a su tripulante. Estamos tomando medidas de represalia. Aconsejamos a todas las naves situadas en este mando que se muestren extremadamente alerta ante todo posible ataque externo durante la crisis. Orgullo de Chanur, no actúe de forma imprudente. El hakkikt tratará muy duramente a estos aventureros.*

—Vigíle —murmuró Hilfy, lanzándose hacia el comunicador—. Tully, cambio de puesto. Encárgate de la pantalla de observación número uno... la capitana Tahar tiene el monitor de ese puesto...

Tully se levantó. Hilfy se dejó caer con un golpe seco sobre el acolchado y cogió rápidamente una conexión de comunicaciones. Llegó a tiempo de recibir la retransmisión que los kif emitían por la conexión mahendo'sat, unos segundos después de que la recibiera Geran.

—Jik ya lo ha captado —murmuró Geran cuando el kif finalizó su mensaje y la *Aja Jin* acusaba recibo por ese canal.

—Aquí la *Orgullo de Chanur* —transmitió Hilfy por la conexión kif, hablando a toda prisa y sin tener autorización—. Comunicaciones de la *Harukk*... ¿dónde se encuentra nuestro personal? ¿Cuál es su posición?

—Pediré autorización para dar tales datos, comunicaciones de Chanur.

—Tienen miedo —siseó Skkukuk a su espalda—. El *hakkikt Sikkukkut* se encuentra en apuros... No son prisioneras tuyas, ahora no...

Hilfy hizo girar su asiento y clavó sus ojos en las pupilas del kif, rodeadas de círculos rojizos.

—¿Por qué?

—Porque, joven Chanur, dice que se encuentran en peligro. Admite una debilidad suya. Promete represalias. Esto no es precisamente controlar una situación. No es obra suya. No admitiría una debilidad ni tan siquiera como subterfugio.

Y en el canal de Jik, oyéndose por el altavoz general:

—*Tener personal fuera en muelle, tener Mahijiru en acción... ¿Dónde estar Pyanfar, Orgullo de Chanur? ¿Tener contacto?*

—¿Contra qué? —le preguntó Hilfy a Skkukuk—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

—Serán los partidarios de Akkhtimakt, joven estúpida. Tienen la esperanza de poder dar un buen golpe que cambie la situación. Es probable que se esté combatiendo incluso dentro de la *Harukk*. El *hakkikt* se estará en cargando personalmente de eso. Estará ocupado.

—Probablemente es cierto —dijo Dur Tahar mientras hacía girar su asiento y lo apartaba del monitor.

Hilfy se puso en pie con la pistola de bolsillo en la mano, apuntando hacia Tahar.

—Ése ha sido tu último bando, Tahar, ¿no es cierto? Estabas con Akkhtimakt.

Tahar agachó rápidamente las orejas. Sus ojos se volvieron casi blancos y se quedó helada en el asiento.

—Dispara o escúchame, Hilfy Chanur. El kif está diciendo la verdad. Pero se trata de algo local... no hay nada exterior coordinado con todo esto. Al menos, nada que yo sepa. Y podría saberlo. No. Es algo local. Tenemos a mi tripulación y a tu capitana ahí fuera, en los muelles. El kif está haciendo meras hipótesis, pero me parecen bastante buenas... no están donde el *hakkikt* pueda cogerlas ahora mismo, o ya lo habría hecho. No, esto se encuentra relacionado con el asalto de la compuerta. La estación de Kefk está contraatacando... los partidarios de Akkhtimakt han decidido actuar, y mi tripulación y tu capitana se encuentran atrapadas entre los dos bandos, por todos los dioses... *escúchame y baja esa condenada arma...*

Tirun hizo girar su asiento, todavía atenta a los mensajes y con la conexión pegada a su oído. Sus ojos se movieron rápidamente.

—Ehrran acaba de encontrarse con los kif... *¡Maldita sea!* Hay disparos en los muelles...

—Voy a salir —dijo Khym con voz átona.

—Vendrás con el resto de nosotras —dijo Tirun, levantándose de un salto—. Dioses, la capitana nos arrancará la piel a todas, pero cuando la hayamos rescatado puede empezar conmigo. Vamos a sellar la *Orgullo* por completo y saldremos a los muelles. ¡En marcha! Geran, encárgate de los cierres y pon la compuerta en automático. —Tirun atravesó el puente a toda velocidad y abrió el cerrojo del armario de las armas, entregándole una pistola a Dur Tahar.

—Yo —dijo Tully, puesto en pie, extendiendo su mano—. Yo.

Tirun le metió una pistola de bolsillo entre los dedos.

—Usa ésta.

—Vamos —le dijo Hilfy a Skkukuk y lo cogió presurosamente por el brazo con las garras fuera—. Te pondremos otra vez abajo.

—¿Y que se quede prácticamente solo a bordo? —dijo Tirun—. No, gracias. Él también viene. Y el primero: tú irás delante, kif.

El flaco cuerpo de Skkukuk se fue irguiendo lentamente y su cabeza se alzó al extremo de su largo cuello.

—Devuélveme mi arma, hani.

—Oh, será mejor que te consigas alguna —dijo Tirun, arrugando la nariz—. Alguna del *otro* bando.

—Capitana... —Haral se inclinaba sobre ella en el refugio al que habían logrado llegar, situado bajo una gran grúa, envueltas en una roja red de fuego que perforaba la humareda general y rebotaba en el muro y la estructura de la grúa. Haral había conseguido encontrar en algún sitio un pedazo de tela y le estaba limpiando la cara con cierta rudeza, moviéndose rápidamente al mismo tiempo que le zumbaban los oídos y el tiroteo continuaba. Todo estaba muy lejos de ella y, cuando por fin se aclaró, vio el rostro angustiado de Haral y sintió un fuerte dolor en la nuca.

—Dioses —murmuró Pyanfar. Apartó de ella la mano que la había estado cuidando e intentó moverse. Le dolía la piel. Se llevó una mano a la cintura y se limpió la sangre.

Fragmentos de metal. Astillas. Estaba cubierta de ellas, las sentía clavándose en su piel, notaba su vello pegajoso. Miró hacia las tripulantes de Tahar y parpadeó al descubrir sus rostros asustados: vio que Haral tenía la nariz lívida, y el pánico en Haral Araun era algo tan fuera de lo común que sintió temblar el mundo.

Un segundo temblor: esta vez una automática había dado en el muro de la estación, por encima de sus cabezas, y había hecho caer otra rociada de fragmentos. Quinientos kilos de cable seccionado cayeron sobre el suelo del muelle, lo bastante cerca como para que notaran el aire desplazado por su caída.

—¡Dioses! —exclamó Pyanfar. Logró ponerse de rodillas y buscó su arma para encontrar que no había nada en su funda.

—Ten —Gilan Tahar le puso la gruesa culata entre los dedos y Pyanfar miró primero a la oficial de Tahar y luego a su propia oficial: Haral se había asomado cautelosamente durante unos segundos al exterior de su refugio y había vuelto luego hacia ella con el rostro ceñudo.

—Ahí fuera está bastante animado —dijo Haral.

—No me des la información meteorológica, por todos los dioses... ¿tenemos algún sitio que nos cubra para seguir avanzando?

—Aquí nos encontramos bastante protegidas pero...

¡Bang! Otro gran trueno, otra lluvia metálica desde lo alto.

—¡Están disparando contra la condenada pared! —gritó Pyanfar—. Esos malditos imbéciles van a conseguir que todo este muelle salga volando hacia el espacio...

—Al final del muelle hay productos explosivos —le respondió Haral, también a gritos para hacerse oír por encima de los disparos, y señaló hacia los recipientes que llevaban la mortífera etiqueta amarilla de los combustibles—. ¡Si corremos hacia ahí puede que atraigamos el fuego sobre ellos y entonces sí que estaríamos realmente listas, capitana!

—¡Si nos quedamos aquí sentadas tampoco vamos a tener ninguna oportunidad! ¿Cuánto piensa esperar esa hermana tuya, eh?

—Yo estoy esperando a Jik —le contestó Haral.

—¡Bueno, pues va retrasado! ¡Y en caso de que Sikkukkut no pueda decirles nada tranquilizador, pronto vamos a tener en este muelle a todas nuestras condenadas tripulantes, y no creo que Sikkukkut tenga ahora tiempo para eso! Tenemos que movernos, prima, con recipientes o sin ellos. —Se volvió hacia Gilan Tahar y la encontró casi inconsciente debida a la pérdida de sangre. Gilan tenía un vendaje que cubría la herida de su hombro, pero ahora casi no se lo podía ver debido a la gran cantidad de sangre que lo empapaba. Haury Savuun seguía consciente y sólo los dioses sabían el esfuerzo que ello le costaba—. Gilan... tenemos por delante un largo trayecto. No queremos disparos... no queremos que se fijen en esos recipientes. —Buscó el interior de su bolsillo y, sacó la pistola ligera que tendió a Gilan—. Por si acaso... pero, por todos los dioses, no te separes de nosotras.

—Estamos contigo —dijo Gilan. Algo hizo explosión en lo alto y otro trozo de cable y tubería cayó sobre el suelo del muelle, rebotando locamente hacia el otro lado... del mismo modo que habría podido caer sobre ellas.

—¡Vamos! —gritó Pyanfar, lanzándose hacia el dique siguiente entre una espesa humareda surcada por los disparos láser. Había tanto humo que casi no se veían los soportes metálicos de la pared. Corrió hacia los recipientes que llevaban los círculos amarillos, recordando mientras corría que, por lo menos, los kif eran parcialmente ciegos al color.

Las alimañas correteaban asustadas por todas partes cuando llegaron a la escotilla y la abrieron con un golpe seco. Tirun se volvió para accionar el cierre bajo la tenue luz anaranjada del tubo de acceso. Hilfy echó a correr, dando un rodeo para apartarse de la jaula rota y el recipiente...

Explosivos... pensó de repente aterrorizada, explosivos, si es que los kif habían venido con la intención de abrir la compuerta como fuera.

—¡Sigue! —gritó, con todo el vello erizado, y Skkukuk pasó junto a ella

moviéndose a la máxima velocidad posible en un kif, con Khym y Geran pisándole los talones, cada vez más cerca. Tirun tropezó con la jaula y lanzó un juramento. Hilfy apretó con más fuerza su arma y corrió hasta reunirse con Khym al otro lado de la curva del tubo, con Tully y Dur Tahar siguiéndole de cerca—. ¡Tirun! —gritó, al tiempo que intentaba darse la vuelta, pero Tirun le contestó con un «¡Corre!», sin frenar su paso, viendo que ya estaban llegando al final del tubo... Tirun, que pese a no poder correr mucho lo haría tan bien como le fuera posible, cerrando el grupo y cubriéndoles la espalda aunque fuera ella quien estaba al mando.

—¡Sigue corriendo, sal de aquí!

Hilfy corrió y rebasó a Tully y a Tahar, alcanzando a Khym en las puertas de presión que se hallaban al final de la rampa. A lo lejos se oía levemente el chasquido de los disparos.

Un disparo dio en la pared interior. Skkukuk se detuvo con el cuerpo encogido y buscando un lugar donde refugiarse.

—¡Seguir, tú seguir! —gritó un mahe que se levantó de su escondite junto a la rampa agitando frenéticamente el brazo. Había mahendo'sat por todo el dique de carga, los tripulantes de Jik o de Dientes-de-oro. Hilfy buscó refugio inmediatamente tras la consola de control de la grúa en un intento de protegerse por entre su estructura metálica. Se apoyó en una viga y notó que el corazón le latía desbocado por el terror, miró hacia atrás para ver a Tirun, Tahar y Tully que corrían tan rápidamente como podían, escapando al peligro de la rampa. *Oh, dioses, dioses, sacadnos de esto... no puedo, no puedo...* Miró en dirección contraria pensando que Khym se habría refugiado entre los recipientes que había más adelante.

No lo había hecho.

—¡Na Khym! —gritó desesperadamente, acurrucada en la solidez de su refugio metálico, pues Skkukuk había seguido corriendo y Khym iba detrás—. ¡Dioses! ¡Khym! ¡Tío! ¡Detente! ¡Espera!

Y entonces todo pareció muy claro: la dirección que habían seguido los kif enemigos y la dirección del fuego coincidía con la que habían tomado Pyanfar y Haral. Consiguió que su miedo se escondiera en algún lugar frío y remoto y dejó de preocuparse por la supervivencia o la mortalidad.

Sigue, Hilfy Chanur, sigue, es sólo un macho enloquecido que quién sabe cuánto tiempo hace que debería haber muerto ya o un kif que va a cambiar nuevamente de lado... Sifué, idiota, Haral está ahí fuera, y Pyanfar... Corre hasta que los disparos, te rodeen y entonces busca refugio y dispara hasta que dejen de hacer fuego sobre ti. Es realmente muy sencillo, niña.

La voz de Haral le daba otra vez instrucciones.

Y la de Pyanfar: «condenada tonta».

Más disparos que hacían brotar nubecillas de humo allí por donde corría Khym.

Pyanfar llegó a la hilera de recipientes y siguió corriendo detrás de ella, sintiendo el dolor de sus huesos y su cabeza a cada golpe que daban sus pies sobre las placas metálicas del suelo. El aire era demasiado tenue y le quemaba los pulmones, el olor del amoníaco se mezclaba con el humo acre y el aroma del ozono. Logró tragar otra bocanada de aire con un jadeo cuando miraba hacia atrás y se detuvo un instante para hacerle una seña a Gilan y Naur, cubriéndolas sin disparar... no quería que se dieran cuenta de dónde estaba, pero mantenía el dedo fuertemente apretado al gatillo. Vihan guiaba a Canfy por el brazo, Nif y Tav venían después y, en último lugar, Haral con Haury a la espalda, avanzando tan deprisa como les era posible, teniendo en cuenta que no era Haury ningún peso ligero y teniendo en cuenta la corpulencia de la misma Haral.

—Sigue —gritó Pyanfar a la espalda de Gilan y volvió corriendo para alcanzar a Haral, que intentaba apartarse de los recipientes explosivos. C cogió a Haury en el mismo momento que empezaba a resbalar de entre los dedos de Haral, sin que ésta protestara por ello. Haral siguió corriendo y Pyanfar, sosteniendo como mejor podía el cuerpo de Haury, avanzó de nuevo prácticamente a ciegas debido a la falta de aire. Una repentina ráfaga de disparos incidió en el otro lado de los recipientes, sin alcanzarles: evidentemente, los kif comprendían el peligro que albergaban los recipientes. Siguieron avanzando y por fin llegaron al precario refugio que les ofrecía un transporte de carga. Pero después de eso había un espacio abierto, y la carrera no les ofrecería otro refugio que los soportes metálicos del muro. Después de eso tendrían que seguir corriendo sin parar durante un largo trecho.

Y si para entonces Jik no había logrado llegar hasta ellas, encontrarían en su camino algo que no podrían rebasar.

—¡Na Khym! —gritó Hilfy, haciéndole señas a su tío para que se pusiera a salvo. Él la oyó, por todos los dioses, la había oído; dio la vuelta y se reunió con ella junto a la grúa, apestando a sudor en tanto que Geran llegaba también a su refugio.

—Dioses —dijo Geran, señalando hacia adelante. Ahí estaba Skkukuk todavía corriendo, con un kif que se había quedado inmóvil ante él, como paralizado, como si estuviera intentando analizar lo que ocurría. Un instante después el otro kif disparó, dos veces, zig, zag, hacia el lugar en que Skkukuk *había* estado pero donde ya no estaba, porque ahora ya se estaba lanzando sobre el otro kif y lo hacía caer en un remolino de tela negra.

—Uhn —dijo Khym.

La cabeza del kif caía una y otra vez sobre el cuerpo de su enemigo: sólo los dioses sabrían qué estaba haciendo. Hilfy se estremeció y miró hacia atrás justo cuando Tully se reunía con ellas. Tahar y Tirun venían con él. Tully jadeaba

desesperadamente, con el rostro lívido y sin aliento bajo la atmósfera kif.

—¿Dónde está Skkukuk? —preguntó Tirun—. ¿Ha huido?

—Los dioses sabrán cuál de esos dos sigue con vida —dijo Hilfy—. Yo no lo sé ni me importa. —Alzó la pistola, aunque no tenía muy claro si iba a disparar o no.

La mano de Tirun saltó velozmente hacia ella, y la agarró por la muñeca.

—¿Qué pretendes? ¿Qué pretendes, Hilfy Chanur?

La furia que había en el rostro de Tirun la dejó asombrada y luego, muy lentamente, empezó a comprender. Hani. El hogar. Y la conducta civilizada.

—¡Es un maldito kif!

—¿Quién está al mando aquí?

Dejó que su brazo se fuera aflojando poco a poco y agachó las orejas en callada sumisión. Tirun le soltó la muñeca, con las orejas también gachas.

—Py-anfar... —dijo Tully, cogiéndola por el hombro, con fuerza—. Hilfy, Py-anfar...

Hilfy apartó su mano de una sacudida.

—Por todos los dioses, ¿podemos continuar? —preguntó Dur Tahar.

—Vamos —dijo Tirun. Esta vez fue ella la primera en *avanzar*, asumió el mando, esperando quizás el momento en que alguna otra, probablemente Hilfy, le arrebatara la dirección. Como una sombra, en los límites de su campo visual, vio cómo el kif se levantaba de un salto y corría hacia las sombras al otro extremo del muelle, entraba y salía por entre ellas buscando refugio, para desvanecerse por fin.

Pyanfar se tambaleó, y cayó de rodillas sobre el suelo metálico, girando en el último instante para proteger el cráneo de Haury... pero Haral y Tav fueron lo suficientemente rápidas y se lanzaron al mismo tiempo para recoger a Haury, mientras Haral conseguía también coger a Pyanfar por el cinturón, y la ayudaba a refugiarse tras una consola metálica.

—Oh, dioses —gimió Pyanfar mientras acomodaba como mejor podía sus rodillas heridas. Le dolían el pecho y el vientre, sentía que sus riñones se habían convertido en líquido, hacía ya mucho que no tenía sensibilidad alguna en las rodillas. Se apoyó en el brazo de Haral y por un momento dejó reposar todo su cuerpo en ella—. Soy demasiado vieja para esto... oh, dioses...

—Cierto —jadeó Haral. Las dos se sostenían mutuamente, agarrándose para no caer.

Y el mundo se convirtió en fuego y ruido.

—¡Bondad divina! —gritó Geran.

—¡Algo ha estallado! Dioses... —exclamó Hilfy.

El humo se alzó en el muelle como una pared negra y oscureció a los grupos de kif que parecieron convertirse en miniaturas, al mismo tiempo que por un segundo se hizo claramente visible el fuego de los láseres antes de oscurecerlo todo. Más adelante había algo rojo y marrón por entre toda esa negrura grisácea, unas siluetas pegadas unas a otras en el muelle.

—¡Mirad! —gritó Khym y corrió hacia allí sin esperar a nadie. Hilfy cogió a Tully por el brazo y corrió también. Las sirenas emitían la alerta que indicaba una descompresión, las series de tres timbrazos espaciados que servían de aviso a todos, sin distinción de especies o lógicas diferentes... *los muelles se encontraban en situación inestable*. Uno de los muros exteriores corría peligro. Y los disparos no cesaban. El fuego de las automáticas seguía salpicando las paredes internas y los kif les bloqueaban el camino manteniendo atrapado a ese grupo de hani que había ante ellas.

Geran abrió fuego e Hilfy la imitó, apuntando tan bien como podía y cambiando luego de postura, pues Khym se había puesto en mitad de su línea de tiro. Khym había empezado a correr, disparando sin cesar y aquí no importaba que fuera un pésimo tirador porque no era necesario escoger el blanco. Los kif se dispersaron ante ellas e Hilfy se tambaleó al recibir una astilla en la pierna: recobró el equilibrio y siguió avanzando por entre los soportes metálicos y los cables. Aún les disparaban, y ella devolvía el fuego a cada oportunidad que tenía, hasta que por fin salió de su refugio y corrió a través del muelle detrás de Geran para reunirse con el grupo de hani.

Y se detuvo, paralizada por la sorpresa.

Eran tripulantes de Ehrran, pantalones negros, pistolas y rifles vueltos hacia ellas.

Era el segundo impacto para un cráneo ya maltrecho y Pyanfar se quedó tendida en el suelo. Luchó contra las arcadas que amenazaban con ahogarla, sintió el aire cargado de sudor, humo y sustancias volátiles. Cuando recobró el oído fue para percibir el estremecedor gemido de una sirena por encima del tiroteo. Sintió que algo se agitaba junto a ella, consiguió enfocar sus ojos pese a su tendencia a bizquear y contempló el rostro aturdido de Haral a su lado.

—Creo que le han dado a esos recipientes —comentó Haral, también tendida en el suelo—. Oh, dioses, mi cabeza. —Y empezó a moverse, maldiciendo en voz baja e inconexa. Pyanfar rodó hasta apoyarse en un codo y logró sentarse.

—Gilan...

Todas las Tahar se movían... lenta y torpemente, pero se movían. Haury demostró estar viva al darse la vuelta sobre un costado e intentar levantarse sin ayuda. Pyanfar vio la expresión de sus pupilas, el brillo de locura, y giró sobre sí misma para mirar hacia donde éstas le indicaban. Los reflejos le hicieron apretar el gatillo de un arma

que no recordaba sostener entre los dedos. El disparo dio en un kif que ya saltaba sobre ellas, sus despojos se estrellaron sobre los recipientes que las protegían y cayeron luego al suelo a dos metros de ellas. Tres kif más huyeron en busca de refugio.

Pyanfar se quedó inmóvil, temblando igual que una adolescente aún lampiña; y luego recobró el aliento y logró mover los pies, usando una mano para apoyarse.

—Seguid —dijo con voz no demasiado firme. Alzó los ojos hacia el dique y se encontró con el hosco espectáculo de unas puertas de presión cerradas. Un dique vacío. O una nave que había decidido protegerse conectando los sellos de las puertas. Si era eso, en cualquier momento esas puertas podían abrirse para derramar sobre su refugio una oleada de kif hostiles—. Tenemos que continuar...

—Haury —protestó Tav, levantándose con las rodillas temblorosas—. Haury...

Estaba en lo cierto. Haury Savuun necesitaba que la llevaran. Ninguna de ellas tenía fuerzas suficientes para hacerlo. Pyanfar se dejó caer nuevamente al suelo y se quedó en cuclillas. Haral permaneció inmóvil, con las manos cruzadas detrás de una cabeza que, indudablemente, estaba funcionando en esos momentos igual que la suya, con el incesante latido de la sirena indicándoles que en cualquier momento el muelle podía hallarse expuesto al vacío.

—Han dejado de disparar —dijo Nif Angfylas, alzando sus orejas llenas de heridas pese al agotamiento—. Quizás...

Un disparo dio en la pared y todas se agacharon en busca de refugio.

—¡Dioses! —El ángulo de tiro era nuevo, unos cuarenta y cinco grados respecto a su ruta de huida, y bastante alto—. ¡Nos han atrapado!

Otro disparo estalló en lo alto y Pyanfar escondió la cabeza entre los brazos, alzándola luego con una expresión parecida a la desesperación... ese disparo había venido del otro lado.

—Nos tienen cogidas por dos direcciones —le gritó a Haral—. ¡Intenta localizar a ese maldito francotirador de ahí arriba, y cuidado con tu cabeza! ¡Creo que se encuentra en la pasarela del segundo nivel!

Avanzó a rastras buscando el otro lugar de donde procedían los disparos y sintió que había alguien cerca de ella: era Vihan Tahar, que examinaba el cuerpo del kif en busca de su arma y sus municiones. Vihan se pegó a su hombro mientras Haral se encargaba del otro lado de la consola que les ofrecía su pequeño refugio de forma triangular. El humo se alzaba en nubes cegadoras que parecían hervir. Fuera lo que fuera lo que había reventado, lo hizo a toda velocidad: olía como el combustible, pero un lago de esa sustancia seguía ardiendo sobre el muelle, despidiendo una claridad infernal que iluminaba el telón de humo suspendido sobre ellas. Los ventiladores no funcionaban en este muelle; los conductos del aire se habían cerrado para evitar la propagación del fuego.

El inconveniente era que eso también evitaba que respiraran. Su nariz estaba medio tapada. Se limpió los ojos con una mano cubierta de suciedad y comprobó los cartuchos de su automática. Sólo seis, y nada para volver a cargarla.

—No desperdiciemos los disparos —le dijo a Vihan, detrás de ella—. ¿Hay algo compatible con nuestras armas en ese kif?

—Tengo dos cartuchos —dijo Vihan, metiéndoselos entre los dedos—. Su arma ha quedado hecha pedazos.

—Ve al otro lado, quizás a Haral le hagan más falta; tengo...

Nuevos disparos; Pyanfar se arriesgó a disparar una vez y percibió el brillante destello de un rifle que las apuntaba, luego se lanzó al suelo, empujando a Vihan con el hombro.

Un trueno y un diluvio de partículas. Pyanfar alzó nuevamente el cuerpo y tuvo que contenerse para no gastar otro cartucho.

—Puede que haya logrado darle... no lo veo bien...

Los kif avanzaban, siluetas negras y lejanas que parecían bailar por entre el humo rodeadas por un lago de fuego dorado. ¿*Son de Sikkukkut?* ¿*O de Akkhtimakt?*

¡Boom! Del otro lado. Giró en redondo y se pegó a la consola con Vihan y Naur agazapadas junto a ella. Miró a Haral, que había imitado sus actos igual que en un espejo al otro extremo de la consola.

—¿Le diste?

—No lo sé —dijo Haral mientras se limpiaba los ojos llenos de lágrimas con una mano ensangrentada—. Maldito humo...

Pyanfar miró hacia arriba y vio que el humo caía sobre ellas, oscureciendo ya la mayor parte de la grúa y haciendo colgar sobre sus cabezas un techo negro y asfixiante.

—Por los dioses, pronto tendrán que hacer funcionar esos ventiladores. —Estaba a punto de toser. Sus ojos también lloraban y sentía la garganta en carne viva.

—Tenemos cuatro diques hasta el muelle de al lado —dijo Haral.

—Ahí arriba hay una maldita barricada —dijo Gilan—. Tenemos kif entre nosotras y cualquiera de las salidas. Estoy segura de que las tuyas deben estar inmovilizadas por los francotiradores. Sikkukkut está perdiendo el combate...

—La consola... —dijo Pyanfar de repente. Se puso de rodillas y encontró el panel a su espalda con los caracteres kif que decían «EMERGENCIA».

La abrió de un tirón y sacó el equipo de primeros auxilios. Espuma de plasma, unos cuantos vendajes plásticos. Arrojó el contenido del equipo hacia Gilan Tahar. No había inyectables, ni oxígeno, ni suministros médicos de clase dos.

Miró de nuevo hacia arriba. Por encima de sus cabezas se encontraba el puesto de llamada de la consola, si alguien se atrevía a erguirse lo bastante como para intentar usarlo. Y, cuando lo hubiera conseguido, tendría que indicarle a los kif de la central

su posición exacta. Pero las sirenas comunicaban más desastres inminentes. El humo era cada vez peor.

Todavía de rodillas, Pyanfar se arriesgó a levantar la cabeza. Dio un rápido manotazo al micro, y otro golpe a los botones de línea situados en unos huecos del panel. No logró establecer conexión.

—Capitana... —exclamó Haral con voz angustiada en tanto que Pyanfar lo intentaba de nuevo.

—Ese condenado cable es demasiado corto, maldición... *Orgullo*, oídme, *Orgullo*, ¿me recibís?

—¡Prueba con la *Mahijiru*! —gritó Haral, agazapada junto a su hombro—. ¡Y baja la cabeza!

—*Capitana* —le respondió una voz hani, ronca y débil, medio ahogada por la estática—. ¿*Qué está pasando?*

—¿Chur? ¿Chur? ¿Dónde está Tirun? Necesitamos ayuda...

Algo pasó silbando junto a su cabeza e hizo explosión a su espalda; sintió que la cogían por las piernas y la hacían caer al suelo bruscamente, en tanto que Haral la cubría con su cuerpo y un segundo disparo hacía volar la esquina de la consola de control, levantando una acre nube de humo. En algún lugar de las tinieblas que colgaban sobre ellas se oyó el chirrido de un soporte que cedía, protestando, algo enorme que se estaba soltando...

—¡La grúa va a caer! —gritó Nif Angfylas—. Dioses, la grúa se está derrumbando...

Pyanfar rodó sobre sí misma y el ruido metálico se hizo aún más agudo y rechinante. No fue la única que se lanzó sobre Haury; Tav Savuun había cogido ya a su hermana por el otro brazo: hubo un confuso tumulto de manos bien intencionadas que pretendían ayudar. En lo alto, entre la humareda, la grúa seguía desprendiéndose entre gemidos chirriantes, impulsada por el inexorable giro de la estación y su propia masa de acero. Los cables cayeron a su alrededor, retorciéndose como serpientes.

—¡Corred! —chilló Pyanfar, luchando por levantarse y, al mismo tiempo, levantar a Haury. Sus rodillas temblaron bajo la carga que intentaba sostener—. ¡*Corred!*

—¿Dónde está mi tía? —le gritó Hilfy Chanur a las Ehrran por encima del estruendo de los disparos y el horrísono choque de algo que caía al final del muelle—. ¿Cuál es su posición? ¿Las habéis visto?

—¡Por ahí! —gritó en respuesta la más veterana de las Ehrran y agitó la mano hacia el humo—. ¿Cómo voy a saberlo? —Cuando Tully apareció jadeando, acompañado por Tirun, la tripulante se quedó boquiabierta—. Dioses... ¡Estúpidas!

Hilfy extendió rápidamente un brazo: Tully escapó a la presa de la Ehrran

encogiendo el cuerpo y girando rápidamente sobre el pie... Hilfy se interpuso en el camino de la oficial Ehrran y casi chocó con ella.

—Maldita chiquilla bastarda... —La Ehrran lanzó su mano izquierda, con todas las garras fuera, hacia el hombro de Hilfy. Como si surgiera de la nada, una mano pasó volando junto al hombro de Hilfy y la Ehrran retrocedió tambaleándose con un juramento.

Era el brazo de Tirun. Tirun, con las orejas gachas y una automática en la otra mano.

—¡Adelante! —gritó Pyanfar mientras observaba la ruidosa caída de la grúa que rebotó como si poseyera la maligna voluntad de un ser vivo, primero hacia las posiciones kif y luego hacia ellas, hecha pedazos que, en muchas ocasiones, se movían de forma independiente. El humo se agitaba a causa de la conmoción.

Y, por un precioso instante, esa loca violencia dominó los muelles, tan grande como la de los propios kif, impidiendo con sus rebotes que éstos se movieran.

—¡Adelante! —gritó Pyanfar. Las Tahar cogieron a Haury por los dos brazos y avanzaron cojeando. Pyanfar gastó un valioso disparo hacia el otro extremo del muelle para que los kif mantuvieran agachada la cabeza: Haral gastó otro de los pocos cartuchos que le restaban y Gilan Tahar hizo el tercer disparo, al mismo tiempo que las tres corrían agazapadas tras el refugio que les proporcionaba el montón de escombros en que se había convertido la grúa.

—¡Vamos! —le gritó Tirun a la oficial Ehrran—. Déjalo para más tarde, Ehrran... ¡Tenemos problemas ahí abajo! Si después quieres hablar de ello, perfecto. ¡Ahora, tenemos que ir hasta el final del muelle!

—¡Es Tahar! —La Ehrran señaló a Dur Tahar—. Por todos los dioses, Chanur...

—Déjalo para después —chilló Tirun—. Lo arreglaremos todo después, ¿me has oído? ¡Maldita sea, estás hablando con la oficial de una nave y tenemos vidas hani en peligro!

—No tengo porque respetar lo que me diga una Chanur. Has llevado al muelle a un macho armado, tienes también a un alienígena no-ciudadano y a una fugitiva declarada, con armas... —La Ehrran alzó su pistola—. ¡Estáis todas arrestadas!

—Condenada loca... —rugió Khym, avanzando hacia ella. Sonó un disparo y Khym dio media vuelta, sin dejar de avanzar...

—¡Dioses! —gritó Hilfy. Sus músculos saltaron y la impulsaron hacia adelante al mismo tiempo que Geran, Tirun y Tully.

Pero Khym no había llegado a detenerse; completó su giro, su puño llegó al blanco previsto y la Ehrran salió volando a través del muelle. El blanco que Hilfy

había escogido para ella continuaba con la boca abierta cuando Hilfy la golpeó. La hizo caer de rodillas, luego la enderezó con ayuda del cañón de su arma bajo el mentón: la Ehrran retrocedió.

—Una automática —dijo Hilfy con un feroz gruñido, por si a la tripulante de Ehrran le quedaba alguna duda en cuanto a qué tenía bajo el mentón—. Tira tu arma... ¡*Tírala!*

La tripulante, con los ojos casi en blanco, dejó caer su arma que produjo un golpe sordo al chocar contra el suelo. Hilfy le dio un leve empujón para apartarla. Las Ehrran se dispersaban, huían, dos de ellas algo retrasadas para recoger a su oficial al mando, que estaba inconsciente en el suelo. Tully se estaba levantando, con la nariz sangrante y las rodillas algo flojas, pero conservaba su arma entre los dedos y la última Ehrran salió corriendo al verlo. Hilfy tragó aire y apuntó con su automática al grupo que huía...

Su dedo estaba paralizado. Le temblaba la mano. Ninguna de ellas había disparado y tampoco ahora lo hicieron. Las pantalones negros cruzaron el área descubierta, y atravesaron un grupo de mahendo'sat que habían salido de sus refugios.

—¡Mahend'nai cashem-te! —les gritó Tirun—. ¡Hai na Jik!

—¡Pau nai! —le respondieron, también a gritos, agitando los brazos—. ¡*Esperar!*

—¡Malditos seáis, *ayuda!*

Nuevos disparos azotaron el muelle. Los mahendo'sat retrocedieron desordenadamente en busca de cobijo.

—¡Dioses! —gritó Tirun, no con su voz normal sino con un áspero graznido a punto de romperse; y también ellas buscaron refugio.

—¿Te encuentras bien, Khym, te encuentras bien? —preguntó Geran.

—Uhhnnn —murmuró con la mano sobre el hombro. De entre sus dedos brotaba la sangre. Tenía los ojos muy negros y daba miedo verlos—. Sigamos adelante.

—Venga —dijo Tirun y se levantó de un salto. Hacia el final de los muelles. Hacia donde estaba el combate. Era el único camino y era el que habían escogido seguir.

—¿Dónde está Tahar? —gritó Hilfy al darse cuenta repentinamente de que faltaba la capitana cuando empezaban a correr—. Tirun... Tahar...

—Sigue —le gritó Tirun. Agitó su brazo para indicar la dirección a tomar y jadeó para encontrar algo de aire en tanto que intentaba no quedarse atrás—. ¡Tahar se ha ido!

Estaba ya delante de ellas.

Pyanfar se detuvo y se volvió para disparar de nuevo hacia el muro interior de los muelles, con la intención de cubrir a las tres Tahar que llevaban a Haury Savuun,

interponiéndose con otro de los últimos cartuchos de su automática entre la indefensa Haury y la posibilidad de otro disparo.

Un proyectil muy bajo respondió a su disparo e hizo explotar una lluvia de partículas en la grúa derrumbada. Otro disparo pasó junto a ella y dio en la pared. Pyanfar se tambaleó y se dejó caer al suelo para aprovechar el mínimo refugio que tenían; se limpió la suciedad de los ojos, intentando ver con claridad.

—Tenemos que continuar —dijo, apartando a Nif para tirar débilmente con una mano del inerte brazo de Haury—. No tenemos otra oportunidad, nos hemos quedado sin refugio...

—¿Dónde esta Jik? —preguntó Haral, casi sin aliento, mientras seguían avanzando y un disparo se estrellaba en la pared y algo estallaba a su espalda—. Que los dioses pudran a ese bastardo sin orejas, ¿dónde está?

¿Dónde está Tirun?, tradujo mentalmente Pyanfar. Haral no había preguntado eso, ninguna de las dos se había preguntado eso en voz alta.

Y ante ellas, en todas partes al mismo tiempo brotó con la fuerza del trueno un mensaje por el sistema de comunicaciones públicas:

—... Ktogot ktoti nakekkekt makhaikki... kothoggi gothikkt nakst... sotkot naikhta... hakkikktu... skthsikki... nak sogjt makgotk Kefku...

—Sikkukkut... está proclamando... su victoria —jadeó Naun Tahar, mientras avanzaba penosamente con Canfy Mourn apoyada en ella.

—Qué suerte tiene —respondió Pyanfar con otro jadeo, agarrando a Canfy por el brazo libre al ver que ésta se tambaleaba.

Y se detuvo, parpadeando, con los ojos llenos de lágrimas debido al humo. Una solitaria silueta hani avanzaba hacia ellas a la carrera, y estaba armada.

—Dioses —exclamó Pyanfar—, ¡ésa es Dur! ¡Tahar! ¿Dónde están las otras?

Dur Tahar gritó algo en respuesta y pasó corriendo por la zona de fuego hasta encontrarse con Gilan Tahar... las dos primas entre la humareda, Gilan y Víhan, las parientes lejanas, reunidas en un rápido abrazo. Mientras Pyanfar luchaba por acercarse a ellas con Canfy en sus brazos, Tahar miró a su alrededor y entonces llegó corriendo Haral, que se volvía a cada dos o tres zancadas hacia la zona más oscura del muelle, donde seguían resonando sin pausa los disparos de los francotiradores.

—¿Dónde? —le gritó Pyanfar a Dur Tahar—. Maldita sea, ¿dónde está mi tripulación?

—Ehrran... —jadeó Tahar, y giró en redondo, cogiéndola por los dos brazos—... tuvieron un problema con Ehrran... Pyanfar... —Tahar tragó aire ansiosamente por segunda vez—. Vamos...

Pyanfar la examinó de pies a cabeza con la esperanza de que llevara más cartuchos para su automática, pero en la mano de Tahar sólo había una pistola ligera, nada más. Pyanfar sintió que su corazón se desplomaba.

—Tahar, ¿dónde está Jik? ¿Has visto a Jik o a Ismehanan-min?

—Esos condenados mahendo'sat se encuentran dispersos por todos los muelles manteniendo sus posiciones... no lo sé.

—¡Capitana! —gritó Haral. Pyanfar miró por encima del hombro de Tahar y vio más figuras que se aproximaban, pieles rojas y marrones y una camisa blanca que relucía por entre la humareda con un blanco natural.

—¡Dioses! —les gritó Pyanfar—. ¡Hay francotiradores! ¡Corred!

Vio a su tripulación que aparecía corriendo por entre el humo, y sintió que el corazón se le subía de un salto a la garganta. Tirun, Geran, Hilfy, Khym y Tully, todos armados; Khym con el brazo ensangrentado, Hilfy con una herida en la pierna y Tirun la última, cojeando, con el rostro fruncido en una mueca de dolor.

—¿Qué te ha hecho tardar tanto? —le gritó Haral a su hermana.

—Eh... —dijo Tirun, que se había detenido ante ella con la respiración entrecortada, y señalaba el muelle cubierto de humo—. ¿Qué esperabas? ¡La próxima vez que prepares una fiesta, Haral, danos la dirección, por todos los dioses!

—¡Salgamos de aquí! —gritó Pyanfar, moviendo el brazo—. ¡Levantad a las heridas y no dejéis que se caigan, vámonos de aquí!

Khym cogió a Haury Savuun en brazos, y ambos quedaron cubiertos de sangre al hacerlo. Tirun y Geran rodearon cada una con un brazo a Canfy Murn mientras intentaban recuperar el aliento y algo de serenidad. Partieron entre el humo y el estruendo de las sirenas, el profundo y ronco bajo de las sirenas que indicaban emergencia en el muelle y se alternaban con los altavoces que emitían crujidos y

silbidos, retumbando con las amenazas e instrucciones de los kif.

Un repentino resplandor de sodio hendió la humareda a su izquierda, cerca de ellas, una claridad que se llenó de sombras al emerger una serie de siluetas cubiertas con túnicas por el acceso de una nave.

Un centenar de kif, toda una tripulación se dirigía hacia ellas, nadie sabía por órdenes de quién. Quizás habían decidido por fin a qué bando unirse. Las sirenas empezaron a gemir nuevamente en un tono mucho más agudo. Sobre su flanco empezaron a llover nuevos disparos en tanto que otros kif se preparaban para responder al nuevo ataque.

—¡Corred! —chilló Pyanfar y se lanzó cojeando a través del muelle. Se volvió para disparar su último cartucho hacia donde más daño podía hacer, al punto en que los disparos eran más intensos y desde donde enviaban una lluvia de proyectiles que silbaban en sus oídos. Luego giró nuevamente y siguió corriendo, sin aliento, casi ciega, viendo sólo una serie de soportes metálicos junto a la conducción de carga principal, donde una cinta transportadora llevaba a los niveles superiores de la estación.

Frenó en seco al doblar la esquina y ver delante a un grupo de kif, con las automáticas apuntando hacia ella y su arma vacía.

Dioses, tuvo tiempo de pensar, sintiendo un profundo disgusto consigo misma.

El disparo de una automática dio de lleno en el grupo de kif. Pyanfar alzó instintivamente el brazo para protegerse los ojos, y sus piernas la hicieron saltar a un lado, moviéndose rápidamente para hacer más difícil los disparos del enemigo; acabó rodando sobre sí misma hasta quedar arrodillada, los ojos clavados en el único kif que seguía en pie, quien sostenía su automática muy apartada del cuerpo en una clara actitud de rendición al lado del confuso y humeante montón de lo que habían sido cinco compañeros suyos.

—Capitana —elijo Skkukuk, con la voz más alegre que Pyanfar le había oído nunca emplear a un kif, un segundo antes de que su tripulación apareciera para rodearla con un muro defensivo.

Pyanfar intentó levantarse y estuvo a punto de caerse otra vez, pero Tully, que era el más cercano a ella, la cogió por el brazo y le ayudó a recobrar el equilibrio.

—Temía traición —dijo Skkukuk agitando una mano hacia el resto de la tripulación—. Y, de ese modo, te seguí utilizando mis propios caminos, capitana, para serte de utilidad.

—Que los dioses nos salven —murmuró Tirun.

—Creo que lo más aconsejable sería volver a la nave —dijo Skkukuk—. El *hakkikt* Sikkukkut te recompensará por tal acto de prudencia.

—¡Tú eres uno de sus agentes! —gritó Pyanfar.

Una oscilación de sus negras mangas y la mano que sostenía el arma hacia el

montón de cadáveres kif que aún humeaba.

—¿No te ofrecí acaso mis armas? Soy *skku* de Chanur y de nadie más, y te he entregado a tus enemigos. —Skkukuk se volvió y señaló hacia el final del muelle donde se encontraba el dique de la *Orgullo*—. Los mahendo'sat han restablecido la seguridad en el muelle un poco más adelante. Ven y te enseñaré un camino sin problemas.

—Entonces, vamos —dijo Pyanfar, medio aturdida todavía—. ¡Adelante!

—¡Aparta a ésta de mi espalda! —Skkukuk señaló con una garra hacia Hilfy—. Esta...

—¡Sucia criatura! —gritó Hilfy y avanzó hacia él, pero Pyanfar la cogió por el brazo.

—¡Venga! —le gritó al kif.

El kif se dio la vuelta y echó a correr hacia otro refugio.

—Vamos —dijo Pyanfar mientras cogía todavía a Hilfy por el brazo y le daba un empujón hacia adelante para hacer que siguiera los pasos del kif que ya se estaba desvaneciendo igual que una mancha negra perdida en el humo.

¡Whump! Los sistemas de energía volvieron a encenderse en lo alto de la estación; las luces brillaron y el lejano zumbido de los ventiladores se hizo más próximo y firme. La estación de Kefk intentaba sobrevivir. Los altavoces continuaban su emisión inaudibles entre el estruendo.

Los disparos se hicieron más dispersos y casi dejaron de sonar; como si la entropía hubiera recobrado su dominio: una organización cada vez menor y un creciente deseo por parte de los kif que todavía luchaban de encontrar una salida conservando lo que hubieran podido ganar; y vivos. Ahora lo único que intentaban era defenderse.

Seguir al kif. Confiar en el kif que le había salvado la piel. Se encontraban dentro del radio de comunicaciones de la *Orgullo*. Pyanfar buscó el comunicador de bolsillo sin dejar su trote vacilante. Tosía a cada paso; parpadeaba para limpiar sus ojos de las lágrimas provocadas por el humo; esperaba por los dioses, que todo hubiera quedado ya a sus espaldas mientras iba siguiendo la veloz silueta del kif que saltaba de un refugio a otro.

—Chur —jadeó por el comunicador—. Chur, aquí Pyanfar... ¿me oyes?

No hubo respuesta.

Una docena de zancadas más.

—¡Chur!

Silencio en el comunicador. Podía haberse roto en una de sus caídas. Sí, podía haberse roto.

Skkukuk se detuvo repentinamente entre un conjunto de vigas y se pegó a ellas. El humo que tenían delante estaba surcado por luces que se encendían y apagaban

rápidamente, una columna de luces que subía hasta el techo, y destellaba sin parar, convirtiendo en hielo el corazón de todo navegante espacial.

De repente, toda la estación tembló. Pyanfar agitó salvajemente las manos para evitar la caída y se encontró junto a Skkukuk en tanto que los mecanismos hidráulicos y los giróscopos sonaban como truenos y un cambio de presión le causaba un agudo dolor en las orejas.

—Oh, dioses... —dijo. Se apoyó en una columna metálica y contempló la humareda mientras las demás se reunían con ellos. Las grandes puertas de la sección se habían cerrado. El dique de la *Orgullo*, de la *Mahijiru*... la *Vigilancia*, la *Aja Jin*... Estaban atrapadas.

—¿Qué...? —La voz de Khym, entrecortada por los jadeos, débil y asustada. Se apoyó en dos vigas cruzadas, jadeando, Haury hecha un ovillo en sus brazos—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dijo Pyanfar. Toda la estación parecía haber quedado súbitamente silenciosa. Las sirenas se habían callado—. Puede que haya un agujero... *La Orgullo*. Oh, dioses. No podemos pasar. —Intentó usar nueva mente el comunicador—. Chur, Chur, ¿me recibes?

No esperaba conseguir respuesta y no la consiguió. Dejó el comunicador otra vez en posición de recibir y sus ojos se encontraron casualmente con los de Geran.

—Probablemente es que la señal no puede pasar —dijo Pyanfar con voz ronca—. Con esa puerta cerrada, la recepción es casi nula.

—¡Ktiot ktkijik! —tronó el altavoz... EMERGENCIA. Y siguió repitiéndolo una y otra vez... Skkukuk alzó su largo y oscuro rostro para oír mejor, pero las palabras kif se perdían en un tumulto de ecos.

Otro altavoz aparentemente situado a un nivel más bajo empezó hablar en otra dirección.

—¡Capitana! —Haral señaló hacia cuatro mahendo'sat de brillantes atuendos que habían salido de un refugio y empezaban a correr, muy cerca de ellas.

Desesperadamente.

—Dioses —dijo Pyanfar—. Jik... Jik, bastardo sin orejas. ¿Qué está pasando?

Jik llegó casi sin aliento y la cogió por los brazos.

—Venir... tener que ir... otro camino. Tener no ir nave, no ir nave...

—¿Qué ha pasado ahí?

—Tener problemas, tener *Vigilancia*... creo que ella reventar dique. Creo que ella ir... ir Punto de Encuentro.

—¿Dónde está la *Mahijiru*? ¿Qué está haciendo la *Aja Jin*, en nombre de todos los dioses? ¿Tienes contacto con ella? ¡Destruid una de sus toberas! ¡Detenedla!

Jik parpadeó, respirando entrecortadamente.

—Perder contacto con *Aja Jin*... *Mahijiru* conectar energía. *Mahijiru*...

Vigilancia... ir.

—La está persiguiendo.

—Él no disparar, no disparar, Pyanfar. No saber qué hacer él... ¡Salir muelle, tenemos que salir muelle. Mi compañero... él... él no disparar!

—¿Quieres decir que huye con ella? ¿Que se ha ido con la *Vigilancia*?

—Afirmativo —dijo Jik, sacudiendo a Pyanfar—. Tenemos... problema...

—Kkkt —dijo Skkukuk—. Es algo más que eso. El *hakkikt* no estará hoy complacido con los mahendo'sat o las hani.

—¡Cállate! —gruñó Pyanfar; y Skkukuk metió la cabeza entre los hombros.

—Mira a tu alrededor —dijo Skkukuk.

—Uuhhhnn —dijo Haral; y Pyanfar miró.

Por entre la humareda empezaban a brotar sombras, sombras cubiertas con túnicas que convergían sobre ellas desde todos los lados, cautelosa y decididamente. Y sostenían rifles que las apuntaban.

—Serán del *hakkikt* —dijo Skkukuk—. Dado que no disparan... Nos devolverán a vuestras naves. O quizá no, según plazca al *hakkikt*. Kkkt. Espero que no le ofendieras cuando hablaste con él.

—Cuidado con Dientes-de-oro —murmuró Pyanfar, absorta—. Cuidado con Ismehanan-min.

—¿Qué decir? —preguntó Jik—. ¿Qué hablar, Pyanfar?

—No fui yo quien lo dijo. Fue Stle stles stlen. El stsho me avisó en Punto de Encuentro. Me avisó desde el primer momento. Pagué muy cara esa advertencia. Sí, pagué mucho por ella. —Guardó su automática sin municiones en la funda y contempló con ojos inexpresivos el círculo de kif que se iba estrechando a su alrededor—. Que nadie pierda la calma. Si es posible, intentaremos conservar las armas.

—Kkkkt. ¿Parini, *ker* Pyanfar?

—Lo apreciaría, *hakkikt*, —Pyanfar alargó una mano cubierta de suciedad y sangre seca para recibir la copa que un ayudante le tendía en la penumbra del salón de la *Harukk*.

Había vuelto al punto de partida. La sangre y el hedor de los muelles seguían pegados a ellas. Estaban cubiertas de heridas que no habían sido curadas. Aparentemente el *hakkikt* había decidido ignorar el mal olor, quizá le encantaba ver a sus oponentes sudando e incómodas.

Todas estaban allí, incluyendo a Hilfy y Tully, sentadas ante la mesa de Sikkukkut, en los asientos de patas parecidas a insectos: Haral; Dur Tahar; Jik; el resto de las tres tripulaciones, tanto hani como mahendo'sat, se encontraban junto a las sombras de la pared, flanqueadas por kif armados... salvo Haury Savuun. Los kif

se la habían llevado pese a que ellas habían protestado todo lo que la situación les permitía. No sirvió de nada. El que Hilfy y Tully estuvieran como invitados ante la mesa de Sikkukkut era, seguramente, una burla, así como lo era la presencia de Dur Tahar. Desde luego, la burla era todavía menos sutil con Skkukuk, que permanecía agazapado en el suelo junto a la silla del *hakkikt*, con las rodillas cubiertas por la negra túnica y casi tocando su cabeza encapuchada, los brazos invisibles: un Skkukuk muy, muy callado y quieto que permanecía encogido al máximo.

Sikkukkut tomó un sorbo de su bebida. No era parini. Sus negros ojos relucían.

—Si en el futuro deseo ver destruido algún muelle —dijo Sikkukkut—, no deberé sino invitar a mi amiga Pyanfar. Primero los stsho, luego los mahendo'sat y ahora los kif. Eres una huésped muy cara.

—Me gustaría entrar en contacto con mi nave.

—Por supuesto, ya lo harás. Kkkt. Chur Anify se ha quedado a bordo. Herida, según dices. Pero quizá todavía sea capaz de manejar los controles. ¿Quién sabe? Keia, la tripulación de reserva que dejaste en la *Aja Jin* se halla... virtualmente al completo, sólo faltas tú y tus cuatro acompañantes. Tú e Ismehanan-min retirasteis vuestras tripulaciones de los muelles al mismo tiempo que la *Vigilancia*. Para decirlo de un modo directo... ¿por qué?

—Afirmativo. Porque... —Jik hurgó en su bolsillo y extrajo un encendedor y un cigarrillo. Se llevó el cigarrillo a los labios y prendió el encendedor.

—No —dijo Sikkukkut en un tono que no admitía réplica. Jik, hizo una pausa en sus gestos y le miró, con el cigarrillo sin encender y la llamita aún ardiendo—. No —repitió Sikkukkut.

Jik se quedó totalmente inmóvil durante un segundo, como si estuviera indeciso. Luego cerró diestramente el mechero, se quitó el cigarrillo de los labios y guardó nuevamente los dos objetos en el bolsillo.

—¿Bien? —dijo Sikkukkut.

—Número uno seguro que la *Vigilancia* hacer problemas. —Jik señaló con el pulgar curvado hacia las siluetas de la pared y luego señaló vagamente a Tahar, que se hallaba a su derecha—. Ehrran salir, pensar quizá que echar mano a Tahar. Querer mucho malo ella. No bueno probar. *Orgullo* no dejar. Cosas ir mal rápido, disparos empezar, esas hani recibir orden de vuelta. Tripulación *Orgullo* ellas intentar encontrar capitana, ¿eh? Intentar cruzar muelle... al mismo tiempo salvar pieles todas esas Ehrran por accidente. Correr como en infierno, subir nave. Cuando yo ver tripulación *Vigilancia* correr por muelle, yo rápido nervioso también.

—Sabías lo que ella haría. —Sikkukkut tomó un sorbo de su copa y pasó la lengua con rápida delicadeza por sus labios—. Bien, mientras nos hallamos cómodamente sentados aquí, la *Vigilancia* prosigue su viaje hacia el exterior del sistema... y, sin duda, su objetivo es Punto de Encuentro. Tu colega y compañero de

negocios Ismehanan-min anda tras ella a toda velocidad, y ninguna de las dos naves ha hecho ni un solo disparo. ¿Te sorprende eso, Keia?

—Condenadamente seguro sorprendido —dijo Jik con el rostro ceñudo.

—¿Y a ti, *ker* Pyanfar?

Pyanfar agachó las orejas.

—*Hakkikt*, ya te dije lo que haría Ehrran apenas tuviera su oportunidad. No, no estoy nada sorprendida.

Esta respuesta no complació mucho al *hakkikt*. Pyanfar notó la tensión de los dedos que sostenían su copa, el relieve de las venas y los tendones bajo la piel gris oscuro. Pero el hocico se alzó nuevamente de la copa en un gesto lleno de gracia. En sus oscuros ojos brilló una lucecita ingenua.

—¿Qué harías tú, *skth skku*?

«*Mi vasalla*». Las orejas de Pyanfar se agacharon todavía más.

—Lo que sea necesario. El *hakkikt* no precisa mi consejo, pero nuestros intereses siguen siendo los mismos. *Pukkukhta*. Está claro que Ehrran pretende matarnos, y no tengo la intención de ofrecerle un blanco inmóvil. Con tu permiso, claro está, *hakkikt*... Lo que dije antes de que empezara el combate sigue siendo cierto.

—*Sktohk nef mahe fikt*. Alguien situado muy cerca quitó el seguro de una pistola con un chasquido. Un centinela acercó esa pistola a la cabeza de Jik y éste no movió ni un solo músculo: un segundo después cogió su copa de vino y tomó un sorbito de ella.

—¿Confías en nuestro amigo Keia? —preguntó Sikkukkut.

—Sigue aquí. Él también ha salido perjudicado en este asunto, igual que nosotros.

—Realmente le han engañado. Segunda pregunta: ¿es amigo mío?

—Como siempre ser —dijo Jik con una leve inclinación de su más bien amenazada cabeza, su anterior animación había dejado paso a un fruncimiento de ceño—. *Hakkikt*, largo tiempo yo trabajar con Ana Ismehanan-min. El algunas veces loco. Yo pienso quizás él tener idea, quizás ir ese sitio...

—*Humanos*. —Sikkukkut se inclinó hacia adelante, dejó la copa sobre la mesa y apoyó las manos en las rodillas, dejando que su larga mandíbula sobresaliera hacia ellos—. Ismehanan-min sabe con exactitud lo que intenta conseguir. Intereses mahen... los cuales quizá tengan muy poco que ver con los míos... o incluso con los tuyos, *ker* Pyanfar. Me pregunto qué discutieron esos dos entre ellos antes de que Ismehanan-min saliera del muelle. Me pregunto qué acuerdos existen. ¿No estarás tú casualmente enterada de tales cosas?

—Jamás encontré a Dientes-de-oro muy dispuesto a hablar de sus planes. —El cansancio que sentía era tal que temía echarse a temblar; quizá fuera el frío, o el miedo angustioso que despertaba en ella el angosto sendero por el que caminaban o la incertidumbre de cuál sería la próxima desviación. El arma seguía junto a la cabeza

de Jik; su estómago estaba lleno de hielo y apenas podía respirar por la nariz—. Dejó a Jik aquí. Así que a Jik no le dijo nada. Lo mismo ocurre conmigo. No me confió sus planes.

—Pero confió... ah, me desagrada tanto ese concepto... confió en esa Rhif Ehrran.

—No necesariamente, *hakkikt*. No creo que confíe en nadie.

—Pero Ehrran tiene una nave en su cola y, según los últimos informes, no está disparando. ¿Es característico de Ehrran eso?

—Lo es si tiene a la espalda una nave de caza. Sólo se muestra valiente en los muelles. No le he visto exhibir su estilo en el espacio. Pero sé que en un combate no podría enfrentarse a Dientes-de-oro. Es *imposible*, si él tiene mejor posición que ella. Una nave excelente, los últimos ordenadores, montones de programas exóticos... programas para todo. Pero yo no apostaría por el sistema de armamento de la *Vigilancia* contra la *Mahijiru* y tampoco apostaría por su tripulación. Es evidente que ella piensa lo mismo.

—Hay otra posibilidad. Ismehanan-min subió a la *Vigilancia* durante el tiempo que estuvo en el dique.

Pyanfar sintió que se le erguían las orejas, sin que hiciera falta fingirlo.

—¿Antes o después de que viniera a verme, *hakkikt*?

—Después. ¿Te sugiere algo eso?

—Sigue siendo posible que guardara relación con nuestros asuntos. —El sudor hacía que ardieran las heridas. Al otro lado de la estancia Canfy Tahar resbaló lentamente a lo largo de la pared hasta quedar medio sentada en el suelo: no se había desmayado; sencillamente, estaba al borde de su resistencia. Tav se arrodilló junto a ella y las armas de los kif se desviaron para cubrirlas. Seguían conservando sus armas: cortesía kif. Pero no las habían desenfundado, en tanto que los kif sí.

Y la pistola seguía junto a la sien de Jik. Tomó otro cuidadoso sorbo de su bebida, haciendo caso omiso de ella. Pero su acto había sido calculado y, además era peligroso.

—Dudo que la tuviera —dijo Sikkukkut—. Si todavía no son viejos conocidos que duermen en el mismo lecho, ya lo serán dentro de poco. ¿No dice así el proverbio hani?

Pyanfar parpadeó.

—Un niño de cien años... Ése proverbio es mahen. Un problema que perdura durante mucho tiempo a causa de una sola acción. *Hakkikt*, o Dientes-de-oro está cometiendo un serio error o sigue actuando en interés tuyo. Estará en Punto de Encuentro, allí donde resulta útil. Y no entra en su estilo consultar con sus compañeros de negocios.

—¿Qué hay de eso, Keia?

—Yo gustaría fumar ese cigarrillo ahora, *hakkikt*.

—¡Responde!

Los ojos de Jik giraron lentamente hacia Sikkukkut.

—Ella razón. Pienso que quizás Ana tener idea colocarse ahí donde poder hacer muchos problemas.

El largo hocico de Sikkukkut pareció encogerse levemente. No resultaba una expresión muy agradable. Dobló sus largos dedos bajo su mandíbula.

—Kkkkt. ¿Te das cuenta, Keia, de que tu posición no es muy cómoda? ¿Y añadir que ahora mismo tengo naves que se dirigen hacia el salto, naves que advertirán a mis enemigos? Que toda esa maniobra de diversión en los muelles... ¡Diversión, Keia!... ¿que fue quizá creada para dar tiempo a que esas dos naves escaparan?

—Ser kif quienes lucharon, *hakkikt*.

—¡Son gusanos que carecen de iniciativa hasta que alguien los mueve! ¡No me hables de los motivos kif! ¡No te hagas el inocente conmigo, mahe, o no me encontrarás tan cortés como he sido hasta ahora!

Pyanfar flexionó las garras e intentó pensar en algo que no fuera el martilleo de su corazón. Sus ojos amenazaban con nublarse: visión de cazadora. Hizo retroceder los bordes negros del túnel con un gran esfuerzo.

—Ella estaba en el puerto con él.

—Él... —dijo Sikkukkut secamente. El Kit se volvió hacia ella, olvidándose de su primera presa y cambiando de objetivo—. ¿Quién?

—Dientes-de-oro estaba en Punto de Encuentro al mismo tiempo que Rhif Ehrran; al mismo tiempo que tú, *hakkikt*. Me estoy preguntando quién hablaba con quién entonces. Tú hablaste con Dientes-de-oro. Él aludió a eso. Pero ¿quién se reunió con el stsho? ¿Y quién tuvo una cita con quién dentro de las oficinas stsho?

—No —dijo Sikkukkut, como si le hubiera estado dando vueltas a un trozo de comida dentro de la boca y hubiese decidido rechazarlo, delicadamente. Sus ojos ardían con toda una nueva serie de ideas—. No. No creo que los stsho posean tal valor.

—Entonces —dijo Pyanfar—, al menos los stsho debieron pensar que formaban parte de este trato. Pensaron que estaban guiando la cacería. O dirigiendo a los cazadores para que fueran donde ellos deseaban.

—Las suposiciones son un puente muy frágil, *ker* Pyanfar. Particularmente cuando las aguas son profundas... Intentas distraerme. Ya ves... sé qué es la amistad. La considero en la misma categoría que el martirio... la categoría de los términos que resulta útil conocer. Amistad... es algo que guarda relación con el cambio de lealtades en los momentos más inoportunos. Créeme si te digo que comprendo cuáles son las exigencias del comercio de alianzas y de la obtención de ventaja en el momento idóneo. Operemos con tales exigencias, ¿quieres? Consideremos lo que ha

motivado este intento de atentar contra mi vida... dado que, con toda seguridad, de eso se trataba. Consideremos cómo, de paso, se creó la situación adecuada para esa huida... la *Vigilancia* utiliza sus armas para despedirse de nosotros y con ello deja expuesto todo un muelle al vacío, un muelle que se encuentra convenientemente libre de mahen o hani que puedan convertirse en bajas. No está vacío de kif. Pero, y ello es notable, tu tripulación y las de la *Mahijiru*, la *Aja Jin*... Keia; y, por supuesto, la de la *Vigilancia* no se hallaban en ese muelle cuando éste perdió la presión.

Pyanfar Chanur, dijo:

—¡*Hakkikt*, no nos encontrábamos en una situación demasiado favorable!

—Calma, *ker* Pyanfar, y deja que mi viejo amigo Keia se encargue de sus propias explicaciones. Permítele hablar, que me cuente cómo fue tan afortunada la *Aja Jin* en sus cálculos de tiempo... ¿Quieres tu cigarrillo, Keia? *Cógelo*. Quizá eso te hará más fácil pensar.

—Afirmativo. —Jik metió nuevamente la mano en su bolsillo, controlando cuidadosamente sus gestos: no tengo prisa, decían sus movimientos. No has conseguido presionarme.

Y esa paciencia repentina por parte de Sikkukkut hizo que a Pyanfar se le erizara el vello de la nuca. Acechar a la presa, dando vueltas a su alrededor. *Cógelo*. Puedes tener lo que desees cuando yo lo permita. Cuando yo lo decida. Si así lo decido. Tu dependencia es tu vulnerabilidad y yo la controlo, se lo demuestro a los que se encuentran aquí, y tú debes consentirlo.

Y muy pronto habrá otras cosas.

Mira, cazadora Pyanfar, cuán fácil y peligroso es perder mi favor. La amistad y los parientes son tu propia dependencia. También puedo volver ese cuchillo contra ti.

Dioses... al oír que Hilfy dejaba escapar un largo y cuidadoso suspiro... *quédate quieta, sobrina*.

Una nubecilla de humo gris contra el resplandor anaranjado del sodio, flotando sobre la cabeza de Jik, rápidamente absorbida por la ventilación.

—Yo decir ti. —La voz de Jik sonaba tranquila y calmada y, dioses, apenas había un leve rastro de olor a miedo; así de resistentes eran sus nervios. El potente aroma del cigarrillo ocultaba otras pistas olfatorias, quizás en una deliberada estratagema por su parte—. Yo decir ti, no contento. Ana ser viejo amigo. Pero política hacer diferente. Nosotros mahendo'sat, *hakkikt*. Yo saber qué hacer él. Él apostar hasta el límite. —Hizo un gesto con la mano que sostenía el cigarrillo y guardó el encendedor—. Él llamar mí estúpido. Quizás yo ser. Nosotros no confiar ninguno en Ehrran. Yo saber condenadamente seguro cuando tripulación de Ehrran salir a toda prisa de muelle nosotros tener problemas. *Mahijiru* ya cerrada en compuertas. Enviar toda tripulación a bordo, decir que salir muelle como de infierno, intentar encontrar malditas estúpidas hani... —Señaló hacia Pyanfar y, por encima de su hombro, a las

demás—. Ellas ir buscar capitana. Condenadamente seguro yo no tener modo de pararlas. Ser condenadamente buena idea, de todas formas. Pyanfar ser aliada valiosa. Quizás hacer favor para *hakkikt*, ¿eh? Rescatar Pyanfar. —Otra profunda calada de su cigarrillo. El humo brotó lentamente de sus fosas nasales—. Yo no gustar que todo mundo salir de la *Orgullo*... pero ellas ir aprisa salir muelle. Eso idea número uno buena. No confiar en Ehrran. Yo correr como en infierno, intentar coger esas hani. No servir. Quedarnos atrapados. *Nosotros* no tener permiso *hakkikt* para estar en muelle, ¿eh? Todo maldito idiota ahí fuera querer dispararnos. *Hani* pasar. *Nosotros* atrapados. Así entonces tener un trabajo... mantener camino abierto para hani, volver a su nave. Hacemos. Esperamos que Ana coja a Ehrran. Yo pienso que él hacer. Él *seguirla*. Sigo esperando que él tener buena idea. Quizás ayudar. Él no gustar decirme lo que hacer. Quizás eso poner mucho nervioso amigo. Ahora ponerme condenadamente nervioso, ¿eh? Yo ser como ti, *hakkikt*. Yo siempre gustar saber qué hacer mi amigo.

—Pues tu *amigo* te ha dejado en una posición muy precaria. O quizás has escogido quedarte aquí para poder mentirme.

—Ah. No mentira. Tener que saber verdad para hacer mentira. Yo no saber. Él no hablar mí.

—Con eso quieres decir que nada puede sacarte esa verdad.

—No tener. ¿Qué querer? Yo decir dar ti Kefk. Yo dar.

—Kefk se encuentra en ruinas, Keia. Parece un regalo bastante dudoso.

—Tú tener mucho *sfik*. Tú entrar en Kefk, irte luego, tener recompensa mucho más grande, ¿eh? Akkhtimakt no tener. Tú ser rico, tú arreglar, fácil.

—Ah. Pero sigues suponiendo que Ismehanan-min nos apoyará en Punto de Encuentro.

—Él no como Akkhtimakt.

—Doy eso por sentado. Tú mismo sirves a tu Personaje, no a mí. Igual que hace él. ¿No quiere decir eso que existe cierto acuerdo en cuanto a la acción?

Jik dio otra profunda calada a su cigarrillo y después buscó un sitio para la ceniza. No había ninguno. Le dio unos golpecitos y la dejó caer al suelo.

—Yo sirvo Personaje. Yo digo claramente ti tener razón para querer ver como tú ser *hakkikt*. Pienso que eso bueno para todos. Así que sirvo a Personaje. Sirvo ti. Equilibrio, *hakkikt*. Tú ser Personaje que nosotros reconocer. Tú tener montón *sfik* con mahendo'sat. Estos ser locos tiempos. Mejor que kif tener Personaje mucho listo, ¿eh?

—Halagos, Keia, halagos de la más baja especie. Nuevamente diversiones. Yo te digo que no estoy convencido de que fueran kif quienes empezaron ese combate en los muelles. Y éste...

... en el espacio de tiempo necesario para guiñar el ojo Sikkukkut extendió un

brazo y varios guardias saltaron sobre Skkukuk, haciéndole levantarse a la fuerza.

—¡Kkkt! —La protesta de Skkukuk sonó muy ronca y angustiada.

—Él es mío —dijo Pyanfar con voz tensa. *Nunca retrocedas, nunca cedas, nunca permitas que un kif te robe algo tuyo, sea lo que sea*—. Es un regalo tuyo, *hakkikt*.

Peligroso. Oh, dioses, peligroso. También lo era dar muestras de temor cuando ese rostro de largas mandíbulas se volvió hacia ella.

—Sigue siendo tuyo —dijo Sikkukkut.

—Ha conseguido un poco de *sfik* —dijo Pyanfar—. A nuestro servicio, ahí fuera. Me gustaría conservarlo.

—¿Kothogot ktktak tkto fik nak fakakkt?

La pregunta iba dirigida a Skkukuk; y Skkukuk echó la cabeza hacia atrás como si quisiera estar muy lejos de Sikkukkut y no a su derecha.

—Nak gohtak hani, hakkikta.

—¿Nakt soghot puk mahendo'satkun?

—Hukhta. Hukktaki soghotk. Hani gothok nak uman Taharkta makkt oktkaikki, hakkikta.

«No». Desesperadamente. «No vi connivencia alguna entre ellas. Las hani discutieron sobre la posesión del humano y de Tahar y se fueron, hakkikt».

Un gesto de Sikkukkut. Los guardias soltaron a Skkukuk y él volvió a convertirse en un informe montón de telas que emitía silbidos y crujidos junto a la mesa.

—Así que él atestigua el comportamiento que me has narrado —dijo Sikkukkut—. Tu *sfik* sigue atrayendo poderosamente su servicio. Me pregunto si le impulsa la esperanza en tu favor o el miedo que me tiene.

—Es útil.

—Y, mientras hablamos, la *Vigilancia* junto con Ismehanan-min se apresura a traicionarnos en Punto de Encuentro. Me pregunto qué podrá atraerles de tal modo ahí, qué ha impulsado a Ismehanan-min a abandonar aquí a Keia, dejándole a mi capricho... Keia, amigo mío, ¿recuerdo correctamente un proverbio mahen según el cual las hojas verdes caen durante las tormentas y las amistades más robustas en la política?

—Largo tiempo amigo, Ana Ismehanan-min.

—Pero dejaría que murieses.

—Como tú decir, política. También... —Jik pellizcó el cigarrillo y dejó caer la colilla en el interior de su bolsillo—. También Ana mucho enfadado con mí. —Jik alzó los ojos, líquidos y vulnerables, ahora sin la menor duda al respecto—. Él sabe yo trabajar con tc'a. Estúpido, decir; Jik, tú ser condenadamente estúpido meter en esto la gente del metano. Ana, yo decir, yo no mucho preocupado, yo largo tiempo hablar con tc'a. Tener montón de tc'a conocidos desde mucho tiempo. Quiero que tc'a venga a Kefk... estupendo. Peligroso, quizá. Pienso que ahora quizá knnn tener

interés. Quizá bueno, quizá malo...

Oh, Jik, qué astuto. La conexión con los respiradores de metano. Eso es algo que le ha dado miedo a Sikkukkut. Por todos los dioses, no exageres ahora.

Jik se encogió de hombros.

—Así que Ana montón preocupado. Mucho interés knnn en este asunto humano. Muchísimo interés.

Un profundo silencio. Pyanfar se dio cuenta que contenía el aliento, y que no se atrevía a soltarlo. Mantuvo erguidas las orejas; e incluso ese gesto traicionaba su tensión, la tensión ya traicionada por las posturas de todos los presentes en la estancia, tanto hani como kíf. Los ojos de Tully volaron hacia Jik, hacia ella, hacia el kif, un solitario movimiento de zafiros brillantes en un mundo negro y gris.

—Sí —dijo Sikkukkut—. Habría interés por su parte. Y también yo he pensado que tenemos entre nosotros una fuente de información, en esta misma mesa. Tully... me comprendes, Tully.

Oh, dioses... Pyanfar percibió el levísimo encogimiento de Hilfy; la tensión de sus músculos, los de Tully, los de Haral... *Mira hacia aquí, Tully...*

—Entiendo —dijo Tully con su tono de voz más claro, al mismo tiempo que fijaba los ojos en Sikkukkut sin mirar a ningún lado, sin hacer ni una sola pausa para que pudieran aconsejarle de alguna forma—. No sé, *hakkikt*. No sé ruta. No sé tiempo. Sé que humanos vienen aprisa.

Durante un largo segundo Sikkukkut le miró, en tanto que los ojos de Pyanfar iban del uno al otro. Los brazos de Tully empezaron a temblar visiblemente, sus manos apretaban con fuerza sus rodillas.

—Tú y yo hemos hablado ya antes de este asunto —dijo Sikkukkut—. Pero ahora pareces haber adquirido una repentina fluidez de palabra al respecto.

—Yo tripulante, *hakkikt*, a bordo de la *Orgullo*. Pertenezco a la capitana Pyanfar. Ella decir hablar, yo hablar.

Que los dioses nos ayuden, ten cuidado, Tully.

—¿Dónde es más probable que aparezcan?

Ahora Tully miró hacia ella, una mirada desesperada y tranquila al mismo tiempo.

—¿Lo sabes? —le preguntó Pyanfar, y al hacerlo obró impulsada en parte por el deseo de saberlo y el de seguir le el juego a Sikkukkut. Tully nunca dejaba de sorprenderla—. Tully, maldición divina, *habla*.

Tully se volvió nuevamente hacia Sikkukkut.

—No sé. Creo que humanidad ir a Punto de Encuentro. Creo que Dientes-de-oro saber.

—Kkkkt. Sí, eso pienso yo también. Y eso piensa también Akkhtimakt, que logró arrancarle ese conocimiento a tus compañeros de nave. Ahora posee lo que llevaba esa nave, información que, sin duda, ya se ha difundido a varios puntos del espacio

mahen. Finalmente, la verdad llega de la fuente que menos probable, parecía. Me diviertes... Tully. Nunca cesas de divertirme. ¿Qué haré con Keia?

—Amigo —dijo Tully en voz baja y tranquila. Su mejor palabra. Casi la primera que había pronunciado. La palabra a la cual volvía siempre cuando no sabía qué decir.

—Pero ¿amigo de quién?

Silencio. Un largo silencio.

—Creo que Keia será mi invitado durante un tiempo. Volved a vuestras naves. Pondré en libertad a tu tripulación, Keia... pronto. No deseo que peligre el funcionamiento de tu nave. Y estoy seguro de que tu primer oficial es muy competente.

Jik buscó otro cigarrillo. Nadie intentó impedirselo. Sus ojos incidieron por un segundo en los de Pyanfar: *Vete*.

—Bien —dijo Pyanfar en voz baja—. Entonces, *hakkikt*, ¿debo interpretar que podemos irnos?

—Coge todo lo que té he dado. Volveréis a vuestra nave mediante una lanzadera. El acceso del muelle no puede ser utilizado.

—Comprendido. —Se levantó de la silla-insecto, entre la penumbra y el brillo anaranjado del sodio; y les hizo una seña a su tripulación y a las Tahar. Jik permaneció sentado donde estaba, fumando su segunda cigarrillo y dando la impresión de que iba a encontrarse en la tranquila compañía de sus mejores amigos en cuanto le dejaran solo.

Oh, dioses, Jik. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—El *hakkikt* prometió que sería todo —le dijo Pyanfar al centinela, con las orejas gachas y la nariz fruncida—. Quiero a la hani herida. Savuun. Haury Savuun. Ya sabes dónde se encuentra. Debes traerla.

Estaba ejerciendo presión... casi toda la que podía ejercer en esos momentos.

—Sí —dijo el kif encargado de la vigilancia con el cuerpo envarado y tenso. La hostilidad era palpable. No había odio, no era *odio* lo que ahora estaba en juego. Se trataba sencillamente de poner a prueba el crédito de esas extrañas ante el *hakkikt*. Cuándo matar. Cuándo avanzar y cuándo retirarse en nombre del *hakkikt*. Un kif nunca cometía dos errores.

Sí. Dio la vuelta e impartió las órdenes adecuadas.

Después de eso hicieron el viaje en silencio: bajaron por las entrañas de la *Harukk* hasta llegar a la zona de transportes; y no pararon ni un segundo de caminar hasta que se encontraron cerca de la gran sala de espera. Haury llegó por el otro ascensor, aturdida, se tambaleó sobre sus pies cuando la sacaron de él, pero *avanzó* con paso cojeante algo ayudada por los kif. Haury alzó la cabeza, irguió las orejas durante un

segundo y sus pupilas enturbiadas se dilataron en un momento de confusión para cobrar luego una expresión taciturna. Se movió por la estancia abarcando en su trayecto a sus amigas, los centinelas y la compuerta de entrada. Los dioses sabrían qué terrores había estado esperando al verse metida en el ascensor. Pero sólo la tensión de su mandíbula delataba sus emociones: era una hani que se había acostumbrado a los kif hacía ya mucho tiempo, callada y de expresión ceñuda, jugando eternamente al juego que mantenía con vida a cada kif.

—Vamos a salir de aquí —dijo Dur Tahar cuando Haury y sus centinelas estuvieron un poco más cerca—. ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente —dijo Haury con una voz que apenas era un ronco murmullo. Eso fue todo. Miró a Pyanfar durante un par de largos segundos con ojos inexpresivos y luego se encargó de ayudar a su hermana Tav, sustituyendo en ello a los kif. Había vendajes sobre sus costillas y plasma en sus heridas. Al menos los kif habían hecho algo por ella... aunque si habían sido o no cortesés ya era otro asunto.

—Id —dijo el kif de la compuerta, al tiempo que agitaba su oscura mano hacia la entrada de la navecilla—. Saludos del *hakkikt*.

El «*honrado sea*» se quedó atascado en la garganta de Pyanfar. Lanzó al kif una mirada ceñuda y se quedó inmóvil, con las manos en el cinturón, muy cerca de sus armas descargadas, mientras desfilaban las dos tripulaciones. Haral se quedó junto a ella. Entraron juntas en el breve tubo oscuro que había tras la compuerta.

Gracias a los dioses en esa navecilla no hacían falta trajes: nada de lo que tuvieran los kif podría haberles ido bien. Pyanfar recorrió el pasillo central hasta llegar a la parte trasera de la navecilla usada para transportar carga, donde Chanur y Tahar estaban sentadas codo a codo en los bancos, bajo una luz tenue y sin demasiadas comodidades. En la parte delantera el piloto kif dio su confirmación a la dotación de lanzamiento con una gutural serie de chasquidos y silbidos. Pyanfar tomó asiento y se puso el cinturón en tanto que empezaba el ciclo final de preparación para el despegue de la navecilla y la compuerta de la nave principal quedaba sellada. Las luces del interior envolvían a piloto y copiloto en un espectral resplandor anaranjado, creando sombras a cada uno de sus movimientos. El aire estaba frío y apestaba a maquinaria y amoníaco.

Nadie hablaba. Se balancearon, agarrándose a los soportes en tanto que la navecilla salía del compartimento de carga para entrar en el brazo de lanzamiento. Se movieron con suavidad, sin un solo temblor en el mecanismo. La *Harukk* estaba bien cuidada. Pyanfar se dio cuenta de esos detalles, recordando el ruidoso y poco fiable mecanismo de carga que la *Orgullo* había soportado durante años. En esta delgada y veloz nave asesina no había fallos, no había ni un pequeño error aun en aquellos mecanismos con un margen de tolerancia para ellos. A partir de tales detalles era posible deducir algo de su capitán, y Pyanfar guardó la información entre otras cosas

que ya sabía de Sikkukkut an'niktukktin, inquisidor de Akkukkak, intrigante de Mirkti, príncipe y señor de la medio destruida Kefk.

El amarre del brazo retumbó secamente y dejó libre su pequeño casco mientras el piloto, envuelto en sombras, alargaba su delgada mano conectando suavemente la impulsión a popa. Más allá de su sombra y del resplandor que emitían, el inmenso casco de una nave kif se fue levantando por la doble mirilla y luego giró a medida que su propia nave aceleraba, con una maniobra simultánea para salir de su plano de rotación de forma que la deriva de la estación trajera a la *Orgullo* hasta su punto de contacto.

Arrogante, pensó Pyanfar, irritada ante lo aparatoso de la maniobra de salida. *Ahí tienes un defecto que apuntarte.*

Demostraciones para los pasajeros. Sikkukkut le habría arrancado la piel a este piloto por eso. Y luego recordó la rampa de acceso a la *Harukk* y sus horribles adornos. *Literalmente. Oh, dioses, dioses, Jik...*

Los kif hablaban entre ellos y sus mirillas se oscurecían gradualmente. Ahora se encontraban en caída libre, en situación de inercia. A partir de aquí, lo más complicado quedaba a cargo de los ordenadores y las instrucciones con que les guiaba Kefk: las maniobras más difíciles, la conexión con el acceso de emergencia de una nave posada en el muelle, en una trayectoria computerizada de intercepción por entre las toberas y todas las superestructuras de unas naves unidas a un cuerpo en rotación. Lo que se proponían no era utilizar la abrazadera por cable y luego remolcarse con ella, sino entrar en contacto con la misma grúa de carga de la *Orgullo* y abordarla utilizando su energía. Eso requería un código de acceso para activar la escotilla y la grúa, una preciosa llave para entrar en los ordenadores de la *Orgullo* que ya estaba en posesión de los kif. Ese código tendría que ser cambiado inmediatamente cuando estuvieran a bordo. *Hazle algún daño a mi nave, condenado imprudente, y me quedaré con tus orejas.*

Era más fácil preocuparse por una compuerta averiada o un cambio de códigos que por otras cosas. Como la ausencia de comunicación con la *Orgullo*.

—Tu nave no responde —había dicho el oficial kif cuando le pidió que transmitiera la petición de ataque. Y eso quería decir que era Chur quien no respondía. Chur no podía responder. Geran lo sabía y estaba sentada con las demás, en silencio, con el rostro perfectamente inexpresivo cada vez que a Pyanfar se le ocurría mirarla.

La residencia de Chanur. La puerta del patio por la que entraron un día Geran y Chur, jóvenes, atrayendo las miradas allí por donde iban con su delicada belleza de Anify: Chur era todo encanto y Geran guardaba silencio con el rostro ceñudo incluso cuando Chur le estaba pidiendo favores al señor de Chanur y un puesto en sus propiedades.

—Vigila a las dos —había dicho el viejo señor, *na* Dothon, su padre—. Vigila a las dos. —Chur, la que siempre tenía lista la sonrisa, y Geran, la que siempre tenía a punto el cuchillo.

Ahora Geran tenía la mente ocupada con el cuchillo. Una disputa de sangre. Pyanfar lo sabía. Se mordió los bigotes, temiendo lo que ya podía encontrarse en la *Orgullo*, inquietándose ante el retraso que suponía utilizar esta lanzadera; aborreciendo todos los procedimientos de atraque que debían emplear y a los kif con su oscura mano en los códigos de la *Orgullo*, su presencia en los vulnerables accesos inferiores. Aliados. Aliados... mientras estaban haciendo sólo los dioses sabían qué con Jik.

«*Traidor*» era una de las palabras que se le ocurrieron, entre otras, para Ana Ismehanan-min. La *Vigilancia* debía estar ya entrando en el salto y la *Mahijiru* correría detrás suyo, mientras Dientes-de-oro sabía... por todos los dioses, *sabía* que dejaba a Jik en una situación desesperada. Pero ignoraba que le había dejado como prisionero. Pyanfar se negaba a creer que Dientes-de-oro estuviera enterado de que su maldito y loco compañero no había de volver inmediatamente a la *Aja Jin* con su tripulación, que ese estúpido demasiado leal se había encaminado en persona al muelle en busca de una amiga hani, intentando sacarlas de ese muelle que se encontraba amenazado y alejarlas de las represalias kif.

Y sólo había conseguido ser atrapado por los kif y quedarse solo en su guarida.

Soje Kesurinan estaba ahora al mando de la *Aja Jin*: era un oficial capaz, de primera categoría, como lo eran todos los tripulantes de Jik. Dado que era la segunda a bordo no debía de ser ninguna estúpida. Pyanfar esperaba que ahora no se portara como tal. Dioses, ésa era su esperanza.

Traición por todos lados. Sólo los kif no habían traicionado a nadie. Sólo los kif habían mantenido su palabra. Como Skkukuk en el muelle, un bulto de sombras al que era fácil olvidar, escondido en lo más recóndito de la popa. Skkukuk, que todavía no había cometido ninguna falsedad con ellas.

¿*Lealtad*?

«*Tu sfik sigue atrayendo su servido*», había dicho Sikkukkut de Skkukuk.

Y, un instante después, se había interrogado sobre la alternativa que motivaba la devoción de Skkukuk a su nueva capitana.

Chur. Jik. El frío de la atmósfera penetraba en la piel de Pyanfar. Pyanfar siguió sentada, con el cuerpo entumecido mientras la fuerza gravitatoria del giro la golpeaba, haciendo aparecer con su movimiento una gran masa blanca por la mirilla. El blanco y el negro se alternaron por la mirilla a medida que empezaba la secuencia de frenado y la rotación de Kefk hacía pasar una nave kif por debajo de ellas. Más despacio, cada vez más despacio, bajando continuamente hacia el lugar que ocuparía la *Orgullo*, arrastrada por la rotación. Lo consiguieron a la primera pasada y lo

agradecieron a los dioses: no habría que esperar nuevos giros. El código de acceso ya habría sido emitido. La *Orgullo* extendería su grúa de atraque y esperaría a que hicieran contacto con ella, siguiéndolas continuamente, alineando la nave de forma precisa a su trayectoria de aproximación.

El borde cónico de la *Orgullo* se acercó desde abajo, y adquirió una apariencia gigantesca por la diferencia de las escalas respectivas. El copiloto alargó la mano y se oyó el gemido de los sistemas hidráulicos que hacían extenderse los parachoques de su nave, un anillo concebido para abrazar el casco e impedir que el cono se los tragara por completo. Avanzaron lentamente hacia el interior, iluminado por una luz verdosa.

Contacto, y un suave rebote hidráulico al absorberse el choque gracias a su anillo, quedando finalmente conectadas las abrazaderas. Ni un arañazo, ni un chirrido. Una maniobra de atraque ejecutada a la perfección.

Arrogante y bueno, reconoció Pyanfar. *En caso contrario, nunca hubiese llegado a ser piloto de la Harukk, ¿verdad?* Una docena de preocupaciones distintas le roían el cerebro, sucediéndose rápidamente unas a otras a medida que dejaba de pensar en alguna. Otro gemido de los sistemas y un estremecimiento: la grúa de la *Orgullo*, que no había sido utilizada durante años, las estaba atrayendo hacia la escotilla. Los dos sistemas de compuertas emitían continuos timbrazos para que la grúa supiera la extensión que debía dejar entre ellas.

Ahora tenían una gravedad estable, al haber sido unidas por la grúa de la *Orgullo* al giro de la estación. Pyanfar se quitó el cinturón del asiento y tanteó con los dedos la rodilla de Khym y luego la de Haral hasta que los dos se quitaron sus cinturones y le hicieron sitio para que se instalara junto a Dur Tahar.

—Dur —le dijo—, eres bienvenida a bordo. Quiero decírtelo de nuevo. Por todos los dioses, espero que aún tengamos un poco de tiempo para estar aquí.

—Tienes problemas, lo sé.

—Tenemos equipo médico. La *Luna Creciente*...

—Estamos preparadas para ocuparnos de eso. Tenemos equipo bastante bueno. La piratería... rinde bastante, Pyanfar. Cuidaremos de Haury. Y de las demás.

Pyanfar asintió, se dispuso a dejar el asiento y recorrer la navicilla hasta la proa en tanto que la cubierta temblaba con el último contacto. El tubo de acceso empezó a chirriar y a moverse sobre ellas.

Dur Tahar la cogió del brazo.

—Lo que hiciste... ir en busca de mi tripulación; *quedarte* con ellas... me contaron cómo tú y Haral llevasteis a Haury por el muelle...

—Sí, bueno...

—Eh. —La mano apretó con fuerza su carne—. Chanur, ¿quieres mi palabra? ¿Quieres cualquier cosa de lo que poseo? Es tuya.

—¿Me seguirás en lo que haga?

—Hogar y sangre, Chanur.

Pyanfar asintió lentamente. Había ciertas cosas que no debían decirse a bordo de esta navecilla, donde cada una de las palabras que susurraran podía ser transmitida a los controles de proa o grabada para examen posterior. Ni el dialecto resultaba seguro: podía haber traductores kif. Y había un montón de cosas a las cuales no debían hacer ninguna alusión... como los planes para Punto de Encuentro o lo que harían si encontraban que en el otro bando había también hani. Cosas como lo que podía ocurrirle a la *Luna Creciente* respecto a su crédito con el *hakkikt* si salía huyendo.

—Cuando estábamos al borde del abismo hablé en favor tuyo —dijo Pyanfar.

—Ya te he respondido que estamos contigo.

Pyanfar clavó los ojos durante largos segundos en el rostro sombrío de Tahar y el último agarre entró en su sitio con un golpe seco mientras se abría la compuerta y su tripulación se quitaba los cinturones. Pensó de nuevo en la posibilidad de que las estuvieran grabando: movió sus ojos hacia lo alto y vio el leve movimiento de los párpados de Dur Tahar, señal de que se daba cuenta de ello y que pensaba lo mismo.

—Hay una nave a la que deseo en particular —dijo Pyanfar.

—Te refieres a la *Vigilancia* —dijo Tahar.

—Me refiero a la *Vigilancia*.

—No pienso disputártela.

—Bien. —La compuerta de la navecilla se abrió con un zumbido y dejó entrar una claridad anaranjada. Pyanfar se dio la vuelta y buscó la escalerilla, al tiempo que dirigía una seña cortés a los dos tripulantes kif. Haral la precedía hacia el pálido círculo que silueteaba la compuerta de la *Orgullo* entre los oscuros remaches del acceso; Haral sacó de su bolsillo un pedazo de tela kif y, envolviendo con ella la palanca, que estaba a temperatura espacial, tiró de ella. La compuerta se abrió con un soplido de aire a distintas presiones, dejando brotar un hálito de aire fresco y limpio. Haral miró hacia abajo desde la parte superior de la escalerilla, bañada por una claridad blanca; Pyanfar le indicó que siguiera adelante y que mandara al infierno los protocolos. Haral trepó por la escalerilla y cruzó la compuerta.

Pyanfar la siguió, sintiendo cómo temblaban los peldaños bajo el choque de otro cuerpo con el metal. Emergió a la brillante claridad blanca que iluminaba la compuerta de emergencia de la *Orgullo* y dio la vuelta para tirar de las manos de Tirun, ayudada por Haral. Luego entraron Geran, Tully, Hilfy y Khym con su brazo sangrando de nuevo tras la apresurada rociada de plasma que le habían dado los kif. Lo había olvidado, lo había olvidado por completo. Ya se había erguido para ocuparse de Khym cuando oyó que algo subía ruidosamente por la escalerilla y vislumbró una sombra que avanzaba hacia ellas.

Se agachó y le ofreció su mano: Haral no pensaba hacerlo. Los oscuros y huesudos dedos de Skkukuk se cerraron sobre los suyos y apareció de un salto a través de la escotilla, con toda la agilidad de su especie, los ojos muy abiertos y la cabeza erguida.

Así que la capitana le había ayudado con su propia mano... Los ojos de Skkukuk brillaban y sus fosas nasales se habían dilatado por la emoción. Pyanfar sintió una mezcla de disgusto y frustración. La escotilla se cerró con otro zumbido y el sello quedó asegurado con un golpe ahogado después de que Haral pulsara el botón de control. La escotilla interior se abrió dejándoles libre el corredor de entrada.

—Geran —dijo Pyanfar al instante, dándose la vuelta—. ¡Adelante!

—¡Bien!

Su delgada silueta las precedió por la compuerta, a toda velocidad.

—¡Poned los sellos de seguridad! —le gritó Pyanfar a su tripulación en general, dejando que ellas se encargaran de ese problema. Siguió los pasos de Geran, subiendo hacia lo alto de la nave para... que los dioses las ayudaran, para encontrarse con lo que hubiera en el puente, fuera lo que fuera.

Oyó el sello de la compuerta. Las luces se encendían ante ella en el corredor a medida que los monitores captaban el sonido de Geran a la carrera y, un poco después, el ruido de sus pisadas.

El ascensor la estaba esperando: la orden de que se abriera la compuerta lo había hecho bajar automáticamente. Su puerta se abrió al apretar Geran el botón de llamada. Pyanfar entró patinando después que ella, y cerró rápidamente la puerta mientras Geran tecleaba el código que las enviaría primero hacia arriba y luego hacia el lado, con un rápido recorrido a través de los rieles internos en busca del pozo principal de ascensores.

Geran estaba jadeando. Tenía las orejas pegadas al cráneo y en sus ojos se veían círculos blancos. Estaba cerca del pánico y se negaba a mirar hacia donde estaba Pyanfar, mantenía la vista fija en las luces del indicador en tanto que la cabina subía y subía por el interior de la nave hasta encontrarse en el pozo principal y el pasillo que las llevaría al puente.

Ahora no había tiempo para intentar consolarla. Y tampoco serviría de nada.

Fueron a la carrera por el pasillo principal: una cosa pequeña y oscura huyó chillando de su camino para meterse por un corredor lateral, y otra las precedió durante un trecho, aterrorizada... *dioses, ¿qué son?* Pyanfar las apartó de su mente, concentrada en un problema y sólo en éste. Miró rápidamente hacia el interior del camarote que Chur había ocupado; la puerta abierta le mostraba... dónde no estaba Chur. La cama vacía, las ropas arrojadas a un lado, los tubos colgando, la maquinaria de apoyo vital con sus luces de alerta encendiéndose y apagándose. Pyanfar giró sobre un solo pie y corrió en pos de Geran. Entró a toda velocidad en el puente,

donde una delgada figura roja y marrón yacía derrumbada en el puesto de Hilfy, con la cabeza sobre la consola. Junto al hombro de Chur había una pistola. Su brazo inerte colgaba sobre el respaldo del asiento.

Geran se detuvo con la mano en el asiento, y levantó la cabeza de Chur, usando las dos manos para apoyar su nuca en el acolchado. La mandíbula de Chur colgaba flojamente. Pyanfar se acercó para ayudar en lo que pudiera, sintiendo cómo le temblaban las manos.

Las orejas de Chur se agitaron rápidamente, su mandíbula se cerró y sus ojos se medio abrieron: un segundo después se lanzó salvajemente hacia los controles y la pistola que había sobre ellos.

Pyanfar la contuvo.

—Todo va bien, todo va bien —dijo mientras la sostenía y colocaba su rostro allí donde los ojos de Chur, paralizados por la emoción y el aturdimiento, fueran capaces de comprender quién era—. Somos nosotras.

—Dioses —dijo Geran, y se dejó caer lentamente de rodillas junto al asiento. Tenía las orejas gachas. Se agarró al brazo del asiento, temblando visiblemente—. Por todos los dioses, Chur... ¿Qué haces aquí?

Las orejas de Chur se agitaron rápidamente y luego se ladearon hacia su hermana, volvió también la cabeza hacia ella.

—¿Lograsteis salir todas? —preguntó con la voz convertida en un fantasma casi inaudible.

El ascensor estaba funcionando otra vez.

—Ahora suben —dijo Pyanfar—. Incluso Skkukuk ha logrado volver, mala suerte.

—¿Está con vosotras? —preguntó Chur con voz pastosa—. Dioses, creía que andaba suelto por la nave. He visto cosas... pequeñas criaturas negras. No podía encontrar a nadie en la nave... Dioses. —Chur se apoyó en el acolchado del asiento y parpadeó, lamiéndose los labios—. La *Vigilancia*... se fue, capitana. Intenté apuntar los cañones, intenté detenerla. No conseguí fijar las coordenadas. El armamento todavía sigue activado... —Señaló vagamente hacia el puesto de Haral—. Regresé aquí... no recuerdo... encontraba condenadas criaturas negras por todos los pasillos...

Pyanfar se puso en pie y se dirigió hacia su asiento. La luz que indicaba el armamento activado encendía y apagaba su destello rojo en los tableros. La desconectó, colocó otra vez la cubierta protectora, y alzó la mirada al abrirse la puerta del ascensor al final del pasillo: unos instantes después su cansada tripulación se encaminaba rápidamente hacia el puente incluido el kif.

—¡Está bien! —les gritó desde el puente, violando la regla cardinal que ella misma había establecido. Luego se acercó nuevamente a Chur, y sólo entonces se dio

cuenta de que Chur no llevaba encima absolutamente nada—. Dioses... —murmuró sin tener a mano ni una manta y con dos machos, no, tres—, a punto de entrar en el puente; luego decidió que a nadie le importaba eso. Todos eran tripulantes, incluso el kif, Skkukuk, que les había seguido de un lado a otro quisieran o no. Tully entró corriendo con los demás, Chur sonrió y alzó la mano para dar una palmadita en su ansioso rostro, delante de Khym y de todo el mundo.

—Vamos a llevarte de nuevo a la cama —dijo Pyanfar—. Esa condenada máquina está a punto de quemar todos sus fusibles ahí abajo.

—Uhhnnn. —Chur puso una mano sobre el brazo del asiento para incorporarse y volvió a caer en él—. Dientes-de-oro —dijo de repente, con voz aturdida—. Dientes-de-oro.

—¿Qué pasa con Dientes-de-oro?

—Salió después de Ehrran... mandó ese mensaje...

—¿Lo tienes?

Chur señaló con la mano hacia el panel de comunicaciones.

—Debe estar en algún sitio de ahí. En el descifrador... funcionando...

Pyanfar se acercó al panel dispuesta a escuchar el mensaje ahí mismo, pero luego se detuvo con la mano sobre los controles al recordar que Skkukuk estaba también ahí, en el puente. Se dio la vuelta y agitó la mano hacia la tripulación.

—Tirun, encárgate de los controles. Quiero una comprobación general de sistemas. Rápido. Geran, Hilfy, llevad a Chur a su cama. Haral, Khym, Tully, llevad a Skkukuk a su camarote y luego lavaros un poco, cuidado de vuestras heridas y subid aquí a toda velocidad. Tenemos cosas que hacer.

Las orejas de Haral cayeron hacia los lados.

—Tú estás en peor estado que yo.

Las partículas de metal se le clavaban a cada movimiento que hacía; la mayor parte del vello no cubierto por sus ropas estaba lleno de sangre seca procedente de los alfilerazos metálicos que había recibido. Su cabeza, golpeada varias veces, le latía dolorosamente de tal forma que ya se había acostumbrado a esa sensación. Probablemente era cierto que se encontraba en peor estado que cualquiera de los presentes. Pero:

—Venga —dijo, porque había ese mensaje de Dientes-de-oro en el descifrador. Haral supo lo que pensaba gracias a su callada manera de seguir siempre sus mismos procesos mentales. Aunque había protestado y su protesta había sido archivada, Haral se dio la vuelta y fue hacia Skkukuk para llevárselo del puente.

—Soy un aliado valioso —dijo Skkukuk, irguiéndose ofendido—. Capitana, no quiero que mi puerta se cierre con llave, no soy...

—Cállate —dijo Hilfy, encarándose con él sin dejar a Chur—. Muévete.

—Pretende hacerme daño —dijo Skkukuk—. Kkkt. Kkkt. Capitana... —Se

apartó a un lado al mismo tiempo que Khym extendía la mano hacia su brazo—. ¡Se han llevado mis armas! Te advierto de que sus intenciones...

—¡Fuera! —dijo Pyanfar. Skkukuk se encogió rápidamente y agachó la cabeza. Haral le indicó que se pusiera en movimiento. *No tendría que haber gritado*, pensó Pyanfar. *No tendría que haber gritado; después de todo, me ha salvado la vida, por decirlo claramente. Pero es un kif.*

Le hicieron salir del puente y se lo llevaron por el corredor entre Haral, Tully y Khym. Y, mientras tanto, Hilfy y Geran le dieron la vuelta al asiento de Chur y, con el mayor de los cuidados, se inclinaron sobre ella y la cogieron en brazos.

—Puedo caminar —dijo Chur—. Puedo caminar, sencillamente estaba cansada y... —Pero no le dejaron poner los pies en el suelo y se la llevaron a lo largo del pasillo, mientras murmuraba protestas durante todo el trayecto. Sólo entonces, se dio cuenta, de que había olvidado ponerse los pantalones.

Pyanfar se dejó caer en el asiento vacío y conectó el sistema de comunicaciones para que repitiera lo grabado. Nada. La frustración hirvió en su interior: cambios en los sistemas, cada vez que se daban la vuelta había un nuevo artilugio introducido en la nave.

—Por todos los dioses, ¿cuál es la secuencia de acceso al descifrador?

—Es la CVA12 —dijo Tirun desde el puesto de Haral—. Lo pondré en tu monitor uno, lo estoy localizando... ya lo tengo.

El mensaje empezó a pasar.

—¡Maldita sea, está en mahensi! —Pyanfar lo detuvo, lo rebobinó y lo hizo pasar por el traductor.

—Situación en deterioro —dijo la monótona voz del traductor—. Aviso destino humanos Punto de Encuentro. Mismo yo. Tengo que hablar con Stle stles stlen. Quizás hacer trato. Ehrran partir; yo también partir. Hacerle compañía. Salir ambos muelle número uno rápido. Tener que empezar un poco jaleo.

—¡Que los dioses se lo lleven!

—... Mejor oportunidad que yo poder dar.

—¡Que se lo lleven a su propio infierno! ¿Sabes lo que has hecho, condenado bastardo presumido, sabes dónde has dejado a tu propio compañero de negocios?

El mensaje había terminado. Pyanfar desconectó el aparato con manos algo temblorosas. Y se quedó sentada con los dos puños muy apretados, hasta que el túnel negro se esfumó de sus ojos. Luego, con mucho cuidado, tecleó otra llamada.

—*Aja Jin*, aquí Pyanfar Chanur, adelante.

No lo había puesto en el codificador. Los kif del muelle, los kif en la estación de mando... sí, indudablemente estarían controlando incluso las líneas que teóricamente se definían como protegidas. Todo. No resultaba político estar demasiado relacionado con la *Aja Jin* en estos instantes. O hablar con ella en secreto.

—*Capitana, aquí Soje Kesurinan, Aja Jin. ¿Vuelto ya? ¿Tener noticias?*

—Malas noticias, Kesurinan. Vuestro capitán y sus acompañantes han sido detenidos. Se encuentran bajo la custodia del *hakkikt*. Creo que vuestro personal será liberado. No se ha dicho nada respecto a vuestro capitán. El *hakkikt*... —Manténte neutral, sé ambigua, informa de la situación a Kesurinan esperando que sea capaz de leer entre líneas—... el *hakkikt* desea tener alguna garantía sobre la buena conducta de la *Aja Jin*. Después de que la *Mahijiru* se marchara de ese modo... Y quiere discutir el asunto. ¿Algunas noticias sobre eso?

—*Saltar* —dijo Kesurinan después de unos segundos—. *Confirmado. ¿Tener datos sobre situación actual de capitán?*

—Sólo que el *hakkikt*, honrado sea, quiere hablar con él. A solas. Cuando le dejé se encontraba bien.

Honrado sea. *Nos están espiando, Kesurinan, recuerda eso, estamos en un auténtico apuro. No me hagas demasiadas preguntas.*

Una larga pausa al otro extremo de la línea.

—*¿Tener sugerencia, capitana?*

—Creo que si podéis ofrecer una buena explicación de lo que anda tramando la *Mahijiru* con Ehrran, eso supondría una gran ayuda.

—*Tener* —dijo Kesurinan. La tensión de su voz era audible incluso a través del acento y la estática de la comunicación—. *Yo hacer número uno rápido.*

—Si tú te enteras de algo más, comunícanoslo a toda velocidad. Creo que la situación de vuestro capitán es extremadamente delicada. Creo que no sabe la información que el *hakkikt*, honrado sea, quiere obtener de él. Si puedes averiguarlo quizás eso le ayude. ¿Entendido? Usaremos toda la buena influencia de que disponemos.

Otra larga pausa.

—*Sí, entender. Gracias, capitana Chanur. Gracias tú llamarnos.*

—Lo siento —dijo ella, hablando con toda sinceridad, y cortó la transmisión. Apoyó su dolorida cabeza en sus manos y no pudo evitar un respingo al tocar uno de los varios morados que había en su cráneo. Estaba sangrando. Sintió la humedad y contempló el pelaje que se había manchado entre las almohadillas de sus garras. Empezó a temblar—. Voy a lavarme —le dijo a Tirun—. ¿Puedes encargarte de todo durante un tiempo?

—Sí —dijo Tirun sin volverse. En los tableros se sucedían rápidamente las series de comprobaciones, que investigaban cualquier tipo de daño exterior poco visible que pudieran haberles causado los kif o la misma Ehrran.

O la *Mahijiru*. No podía creer que la *Mahijiru* hubiera desertado y que Dientes-de-oro les hubiera vuelto la espalda.

Pero todo eso era política. Igual que la política del *han*, igual que la loca carrera

por el poder que había provocado que ella y Ehrran se convirtieran en enemigas. En este caso se trataba de dos socios que habían discutido violentamente sobre cómo tratar a los kif: Jik quería un compromiso; Dientes-de-oro jugaba a un juego distinto, que involucraba a los knnn, un juego en el cual quizá las apuestas fueran demasiado altas, tan altas que resultaba inconcebible imaginarlas, un juego en el que la amistad no tenía lugar alguno dentro de la ecuación.

Los asuntos de los gobernantes, los Personajes. La especie hani jamás había tolerado ningún tipo de derecho divino; para decidir en sus propios asuntos sólo contaba el derecho de los clanes, o los derechos que grupos de éstos tuvieran para conservar un territorio. Y, por los dioses, las hani jamás habían doblado la rodilla ante nadie que no fuera sus parientes y el señor de la mansión.

Honor a él. Honor a un príncipe de piratas que torturaba a sus amigas y se reía en silencio cuando una hani tenía que hablarle de forma cortés.

Pagaría por la vida de Jik con el discurso que a él le viniera en gana, sin importar lo educado que debiera ser; y, por todos los dioses, a la primera ocasión que tenga le pagaré con algo muy distinto.

Es probable que él también lo sepa.

Me quería a mí antes de querer a los mahendo'sat. Me ofreció una alianza en Punto de Encuentro. No podía confiar en los mahendo'sat. Eso ya lo sabía. Sabía cómo engañar a una hani: aprecia lo que Chanur puede hacer y lo que hará... el modo en que el han considerará todo eso, oh, sí, el han, que desea ver nuestras pieles clavadas en una pared. El han lo vio claro antes que los kif... vio lo que éramos capaces de hacer después de que elimináramos el poder de Akkukkak, después de que entráramos en contacto con los humanos. Sabían lo que haríamos... si éramos ambiciosas. Y pensaron que lo éramos. Y nos obligaron a serlo.

Salió del puente y se detuvo ante la puerta de Chur, donde habían vuelto a instalarla Hilfy y Geran.

—Malditas agujas —le dijo Chur.

—Claro. Si vuelves a soltarte de esa máquina me encargaré de hablar personalmente contigo.

—El mensaje de Dientes-de-oro.

—Ambiguo, como siempre. —Notó el modo en que Hilfy y Haral la miraban—. No sé lo que pretende hacer. Seguramente no le habían hablado a Chur de Jik y sus compañeros y le habían ocultado las malas noticias tanto como les había sido posible. No te muevas de ahí, ¿de acuerdo?

—¿Adónde va?

—Cree que se dirige a Punto de Encuentro. Eso mismo piensan todos los que conocemos. Va a celebrarse una gran fiesta.

—¿Iremos nosotras?

—Oh, sí. Apuesta por ello, prima. Estaremos ahí.

Chur parpadeó y giró la cabeza hacia Geran, que estaba conectando tubos en su codo.

—La capitana no me lo está contando todo, ¿verdad?

Geran apretó los labios y no dijo nada.

—Una conspiración —murmuró Chur.

—Hizo un buen trabajo —dijo Pyanfar, pensando que Chur aún podría oírla.

—Sí —respondió Geran.

Pyanfar se quedó en el umbral durante unos instantes, observándolas a las tres. Chur, Geran, Hilfy. Todas ellas habían cambiado en algo, salvo Chur, salvo, *quizá*, Chur. Geran se movía en silencio, con delicadeza y sin hacer gestos innecesarios: en su rostro había una especie de tensa animación: una máscara. Seguramente Chur debía haberlo notado, conocedora de la rabia asesina que estaba enterrada bajo ella. Geran la del cuchillo; Geran, la silenciosa. Geran, que últimamente sonreía con la boca y no con los ojos. E Hilfy... Hilfy se había convertido en un mecanismo que podía saltar con el simple roce de un cabello. Ya no existía la joven Hilfy, ahora no había nada de joven en ella. Hilfy se había templado igual que un cuchillo; y cuando permanecía quieta y callada, siempre había sombras moviéndose detrás de sus ojos, cosas de las cuales Hilfy Chanur nunca hablaba. Ahí había oscuridad y el fuego del sodio, y ningún baño era capaz de eliminar la pestilencia de la sangre y el amoníaco.

Pero Hilfy había estado ahí con ellas, sentada, inmóvil, escuchando cómo Pyanfar andaba sobre el alambre con los kif; al igual que Geran, consumida con la preocupación que sentía por su hermana, sin delatarla jamás; y Tirun había hecho su trabajo igual que Haral, siempre en el lugar donde más se las necesitaba.

Y sentados codo a codo en el oscuro salón de consejos... Tully, que estaba respondiendo tranquilamente al kif; y Khym, que jamás había perdido el dominio de sí mismo; dos machos que habían contenido calladamente la ira en su interior aguardando las órdenes de su capitana. Tripulantes. Igual que el resto de ellas. Lo mejor. Su orgullo, la *Orgullo*. Algo que los kif jamás tendrían.

—Ah —dijo Pyanfar como resumen de todo lo ocurrido, y se alejó por el pasillo.

Terminará en
EL REGRESO DE CHANUR

Nota de la autora

Algunos lectores me han hecho preguntas sobre la composición de esta serie de libros. No, *El Orgullo de Chanur* es totalmente independiente como historia y, sí, guarda relación con *La aventura de Chanur*, *La venganza de Chanur*, y *El regreso de Chanur*, pero esa relación no es tan estrecha como la que une entre sí a esas tres novelas. Todas ellas pertenecen al universo Alianza-Unión de *La estación Downbelow*, *The Faded Sun* y otras novelas. El espacio del Pacto se encuentra al otro lado del Sol en relación a la Alianza y la Unión; y todos los acontecimientos de estas novelas tienen lugar después de *La estación Downbelow* y *Merchanter's Luck*, y de forma simultánea a los de *40.000 in Gehenna*.

La división en *aventura*, *venganza* y *regreso* es mía. El mismo sistema de distribución masiva que pone rápidamente los libros en sus manos exige, desgraciadamente, que los almacenistas y los distribuidores tengan que observar ciertas consideraciones de tamaño y almacenamiento y esa realidad tiene también efectos en los escritores. Si alguna vez los lectores se han preguntado por qué hay tal abundancia de trilogías en el moderno negocio editorial, déjenme explicarles que hay para ello más razones de las que puedan parecer a primera vista, muchas de las cuales no guardan ninguna relación con los deseos de los escritores y editores, o con lo que sería mejor para la historia. La desgraciada realidad es que cuando un escritor concibe una historia realmente larga y complicada, su conocimiento profesional del negocio editorial le dice que el libro tendrá problemas de distribución si no lo divide en partes. ¿Por qué tres, y no dos? Porque, estimado lector, los libros tienen principios, mitades y finales; y mientras que en la mayoría de historias la parte central se resiste a ser dividida, casi siempre resulta posible, haciendo ciertas alteraciones en los acontecimientos relatados, dividir cualquier historia en tres partes.

Pero, entonces, ¿qué debe hacer el escritor con esta larga historia? Bueno, naturalmente, debe cambiar su idea, dividir el argumento en tres etapas, ya sea ello adecuado o no, y sencillamente, hacer que aparezcan dos finales extra más que sirvan más o menos poéticamente como puntos de conexión, de modo que en el mercado puedan aparecer tres libros distintos. Y si una historia sufre por ello, si pierde unidad y si lo que en ella acontece debe ser manejado de forma totalmente distinta a la que en un principio concibió el escritor, ése es el precio que debe pagar.

En caso contrario, el escritor puede sencillamente abandonar por completo las historias largas y complicadas, y escribir tres libros más cortos que le permitirán vivir casi igual de bien, gracias a ustedes, lectores, que si hubiera escrito una trilogía, y tres veces mejor que si hubiera escrito un libro muy largo cuya distribución hubiera sido un fracaso total.

Por lo tanto, los lectores deben contentarse con historias que contengan puntos de

conexión creados artificialmente, o con novelas más cortas pero independientes. Las dos decisiones afectan a la calidad de las historias en este campo, y eso significa que este ámbito literario ve cómo le resulta imposible producir obras de la complejidad que su misma naturaleza, la construcción de mundos, requiere muy lógicamente para crear. Ésa es la razón de la proliferación de trilogías, cuasi-series y todo tipo de estructuras que han brotado para permitir un más amplio desarrollo de este mundo literario, pero que, inevitablemente, oscurecen el aliento intelectual y afectan la calidad literaria de lo que produce un autor.

DAW Books ha permitido a esta autora una libertad muy arriesgada y nada común, al dejarme contar la historia como *debía* ser contada, dentro de lo posible, y sin insistir en que cada parte tuviera una resolución final independiente. La única concesión a los volúmenes separados que he permitido se encuentra en los comienzos; y *en ningún momento* he manipulado los acontecimientos para hacer que se ajustaran al Juego de la Trilogía. Doy las gracias a mis editores, que siempre han estado dispuestos a correr riesgos en el negocio, y se han situado al lado del escritor y defendido los intereses del lector, dándole historias que de otro modo éste jamás habría podido ver en su auténtica forma.

C. J. Cherryh, Edmond, Oklahoma, septiembre de 1985.



CAROLYN JANICE CHERRYH, nacida en 1942, ha hecho famoso su pseudónimo C. J. Cherryh desde que apareció su primera novela *GATE OF IVREL* (1976), que le mereció el premio John W. Campbell de 1977 al autor más prometedor. El éxito de sus primeras obras le llevó a abandonar su trabajo como profesora de latín y dedicarse completamente a la escritura.

Se trata de una autora muy prolífica (dos o tres buenas novelas al año), que posee una extraña habilidad para zambullir al lector en el corazón de culturas extrañas y ajenas y, por ello, ha sido comparada a Ursula K. Le Guin. Capaz de utilizar un ágil ritmo narrativo, ha recreado la clásica *space opera* a la que ha incorporado un tratamiento maduro y completo de los personajes, a menudo femeninos y de culturas no humanas.

La primera y prometedora novela se extendió hasta una trilogía conocida como *The Book of Morgaine* formada por *GATE OF IVREL* (1976), *WELL OF SHIUAN* (1978) y *PIRES OF AZEROTH* (1979), para llegar a convertirse en tetralogía con *EXILE'S GATE* (1988). Otra de sus series famosas es *The Faded Sun* compuesta por *THE FADED SUN: KESRIT* (1978), *THE FADED SUN: SHON-JIR* (1978) y *THE FADED SUN: KUTATH* (1979).

Obtuvo el Hugo de 1982 por su novela *LA ESTACIÓN DOWNBELOW* (1981), en cuyo universo se ambientan también *MERCHANTER'S LUCK* (1982), *FORTY THOUSAND IN GEHENNA* (1983) y la más reciente *CYTEEN* (1988) que se ha dividido en tres volúmenes para su edición de bolsillo: *THE BETRAYAL* (1989), *THE*

REBIRTH (1989) y *THE VINDICATION* (1989) por causa por su gran tamaño. Otra serie es la formada por *PORT ETERNITY* (1982) y *VOYAGER IN NIGHT* (1984).

Estuvo a punto de ser la primera persona que obtuviera el Hugo dos años consecutivos con *EL ORGULLO DE CHANUR* (1982), cuyo gran éxito de ventas llevó a la aparición de la tetralogía de la *Saga de Chanur* formada además por *LA AVENTURA DE CHANUR* (1984), *LA VENGANZA DE CHANUR* (1985) y *EL REGRESO DE CHANUR* (1986).

Con *ANGEL WITH THE SWORD* (1985) se establece el punto de partida de una serie genérica en la que otros escritores crean historias con personajes y ambientación comunes; lo que se llama un «universo compartido». El título genérico es *Merovingen Nighths* y hasta ahora se han publicado cuatro volúmenes bajo los auspicios editoriales de la misma C. J. Cherryh: *FESTIVAL MOON*, *FEVER SEASON*, *TROUBLED WATERS* y *SMUGGLERS GOLD*. Más recientemente, la inagotable imaginación de Cherryh ha creado el universo de *The Sword of Knowledge*, cuyo primer volumen *A DIRGE FOR SABIS*, ha aparecido en 1989 firmado conjuntamente con Leslie Fish.

También destaca en el campo de la fantasía con la serie formada por *THE DREAMSTONE* (1983), *THE TREE OF SWORDS AND JEWELS* (1983) y otras obras como *SERPENT'S REACH* (1980).

Más estrictamente de ciencia ficción son *BROTHERS OF EARTH* (1976) y *HUNTER OF WORLDS* (1977) y, más recientemente, *CUCKOO'S EGG* (1985) y *LEGIONS OF HELL* (1987).

Son ya más de 30 los títulos citados que no agotan todavía la ingente producción de Cherryh en estos últimos doce años. Hay que añadir *HESTIA*, *THE GREEN GOODS* (escrita en colaboración con N. C. Henneberg), *SUNFALL*, y *WAVE WITHOUT A SHORE*. Y todo ello sin contar sus relatos cortos, algunos de los cuales están recogidos en la antología *Visible Light* (1986) que incluye, entre otros, el relato *Cassandra*, ganador del premio Hugo de 1979.

Y esta fecundidad no parece estar reñida con la calidad. Su obra, apreciada por el público, es también muy reconocida por críticos y estudiosos, principalmente por su gran imaginación, la cuidada y minuciosa descripción de culturas extraterrestres y su tratamiento del rol de los sexos en otras culturas.

Notas

[1] Como se relató en *El Orgullo de Chanur* y *La aventura de Chanur*. <<